

RESERVOIR BOOKS

Johnny Cash

El hombre de blanco

Novela



**Johnny Cash y
el Apóstol Pablo:
dos hombres separados
por dos mil años y aun
así muy similares.**

RESERVOIR BOOKS

Johnny Cash

El hombre de blanco

Novela



**Johnny Cash y
el Apóstol Pablo:**
dos hombres separados
por dos mil años y aun
así muy similares.

RESERVOIR BOOKS

Johnny Cash
El Hombre
de Blanco

Traducción de Luis Murillo Fort

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Este libro está dedicado a mi padre, Ray Cash (1897-1985),
veterano de la Primera Guerra Mundial.
Licenciado con honores. Conducta: Buena.*

Los amigos del nazareno se habían unido
y eso me encolerizó
y celosamente llevé a cabo una matanza.
Sus lugares secretos descubrí,
hice que los azotaran, que los encadenaran,
pero algunos lograron huir
temerosos de mí y con razón.
Entonces se me apareció
el Hombre de Blanco
en un halo de luz tan cegadora
que caí a tierra
y aquel resplandor
me privó de la visión.
Entonces el Hombre de Blanco
habló con voz dulce y afable,
me había dejado ciego para que pudiera ver
al Hombre de Blanco.

© 1986, JOHN R. CASH
AURIGA RA MUSIC, INC.

Introducción

Es altamente improbable que, con los años que dediqué a escribir *El Hombre de Blanco* y el largo período de descanso que me tomé después, ahora pudiera nombrar a todas las personas que de un modo u otro, directa o indirectamente, proponiéndoselo o sin proponérselo, por azar, por accidente, sin darse cuenta, sin querer, sin intención, a regañadientes, o con entusiasmo, con esperanza, con voluntad de ayudar contribuyeron a la finalización de este libro.

Muchas de ellas no recuerdan, como quizá yo tampoco, ni se dan cuenta del importante papel que desempeñaron en esta obra, y lamento no haber hecho honor a aquellos cuya contribución escapa a mi memoria.

Gracias a Irene Gibbs, mi secretaria, que escribió a máquina y reescribió y reescribió y reescribió.

A Roy M. Carlisle, de Harper & Row San Francisco, que, después de leer mi primer borrador, dijo: «Venga ya, John. Hazme el favor. Reza un poco más, dale unas vueltas a la primera escena que describe la liturgia del culto cristiano, y luego vuelve a escribirla. ¿Lo harás?».

Gracias también a los agnósticos, los ateos, los que no se preocupan y los que no se molestan. Creo que fueron de los que más me inspiraron y me animaron, al proporcionarme la fuerza negativa que necesitaba contraponer a mi determinación.

Soy un hombre viajero y conozco a mucha gente. En alguna ocasión he tenido oportunidad de hablar con personas de creencias diversas. Me presenté a un judío ortodoxo en la zona de recogida de equipajes del aeropuerto de Newark. El hombre me estrechó la mano con renuencia. Y dio un paso atrás, entre dubitativo y asombrado,

cuando le pregunté: «Por favor, ¿podría hablarme un poco sobre la fiesta de las Semanas, tal como se celebraba alrededor del año 60 d.C.?».

Al final se entusiasmó con el tema y me facilitó información muy valiosa sobre ese período.

Mantuve numerosas charlas (a veces confusas) sentado a la mesa con miembros conservadores de la sinagoga sobre la vida en el Templo durante el siglo I. Me instruyeron sobre la ética, las tradiciones, las costumbres y los actos de la vieja escuela, la nueva escuela y los no escolarizados.

En una tienda de Los Ángeles compré unas típicas alforjas, que he llevado al hombro en mis últimos cinco años viajando de acá para allá. Dentro llevaba mi «libro», y también la Biblia de Referencia Thompson; la Nueva Versión Internacional; la Biblia católica; y de vez en cuando *Everyday Life in Jesus' Time*; *Foxe's Book of Martyrs*; *A History of the Early Church*; *The Twelve Apostles*; *The Twelve Caesars*; la *Enciclopedia Judía*; y los escritos del historiador judío romanizado Flavio Josefo.

June leía todas y cada una de las páginas que yo escribía y, con su sinceridad a prueba de bomba, me daba su opinión. Yo escuchaba, esperaba, rezaba... y luego obraba según mi propio juicio, como hacía con otros críticos menos categóricos que June.

—¿Y qué puede decirme de ese nuevo libro que está escribiendo? —me preguntó un periodista.

—Se titula *El Hombre de Blanco* —respondí.

—Buena idea. *El Hombre de Blanco*, del Hombre de Negro.

Asentí, a la espera.

—¿Y de qué trata?

—Del antes y el después de la conversión de Pablo —expliqué—. Es una novela.

—¿No habla de usted?

—No, transcurre en el siglo primero de nuestra era.

—Vaya, así que una novela. ¿Sale algo sobre cárceles y demás? —preguntó riendo.

—Pues sí, porque resulta que Pablo cantaba en su mazmorra. Solía cantar una

canción sobre la evasión.

—No me diga. ¿Y qué canción era esa?

—No lo sé —dije—. La cantaban a dúo Pablo y un tal Silas, pero no llegaron a grabarla.

A otros a quienes se lo había comentado les entusiasmó saberlo, o al menos les intrigó.

—¿La historia está escrita desde una perspectiva baptista? —preguntó uno—. Porque usted pertenece a la Iglesia baptista, ¿no?

—Pablo no era baptista —respondí—. Él reprendía a aquellos cuyos principios doctrinales se centraban en Juan el Bautista.

—Entonces ¿es usted católico?

—Tal vez —dije—, ya que católico significa «universal».

—Pero no de la Iglesia católica romana...

—No —dije—. Pablo era judío. Doctor de la Ley.

—Entonces está escrito desde el punto de vista judío, ¿no?

—No, desde mi punto de vista —repliqué.

—Pero usted es baptista.

Al final me decidí por una respuesta básica:

—Yo, como hombre que cree que Jesús de Nazaret, un judío, el Cristo de los griegos, era el Ungido de Dios (nacido de la semilla de David, por la fe como tuvo fe Abraham, lo cual le valió la rectitud), estoy injertado en la vid verdadera y soy uno de los herederos de la alianza de Dios con Israel.

—¿Perdón?

—Que soy cristiano —dije—. No me colguéis otra etiqueta.

Se produjo un largo silencio, al cabo del cual dijo:

—Bueno, Adolf Hitler era cristiano.

—No lo era —objeté—. Lo que hizo nada tenía que ver con Cristo.

—¿Cómo lo sabe?

Me quedé pensando.

—Realmente no lo sé —respondí—, pero Jesús dijo: «Por sus frutos los

conoceréis», y yo he podido ver sus frutos.

—¿Dónde? —preguntó.

—En el Museo del Holocausto de Jerusalén.

Gracias a Ken Overstreet, Jay Kessler, Dan McKinnon y a todo el personal de Youth for Christ.

Gracias al doctor David Weinstein, rector del Spertus College of Judaica de Chicago, por su inestimable contribución.

Karen Robin, la esposa de mi agente Lou Robin, es una concienzuda estudiosa del cristianismo y hace poco se ha convertido al judaísmo, al cual ha consagrado estudios sobre su Ley y su tradición, tanto antigua como moderna. Karen tuvo la gentileza de empujarme a indagar y demostrar numerosos fragmentos hebraicos de mi narración. Estoy, pues, en deuda con ella, lo mismo que con su marido, Lou, que se apuntó (e incluso hizo pequeñas aportaciones) a todo un banquete de alimento espiritual.

Gracias a Stephanie Mills, Chet Hagen y Judy Markham. A Marty Klein, director de la Agency for the Performing Arts, con quien tengo relación desde hace quince años, que escuchó con atención fragmentos de mi historia y me animó calurosamente a expresar esta obra con mis propias palabras y mis propias imágenes.

Cuando June y yo nos casamos en 1968, leíamos mucho. Nuestros gustos en cuanto a lectura tenían mucho en común.

Yo acababa de dejar atrás siete años de adicción a las anfetaminas y otros medicamentos, años durante los cuales a veces me convertía en un ser abatido, incoherente, impredecible, autodestructivo y presa de intensos terrores.

Con mucho amor y mucha oración y toda esa locura a mis espaldas, June y yo pasamos muy buenos ratos leyendo grandes libros. Tras haber estado de vacaciones en Israel, nos encantaba leer todo lo relativo a esa tierra, en especial las obras ambientadas en los tiempos de Jesús: *Ben Hur*, *La túnica sagrada*, *El cáliz de plata*, *Médico de cuerpos y almas* y *The Source*.

Ezra Carter, el padre de June, me legó al morir su biblioteca de temas históricos y religiosos. Me había hablado a menudo de sus lecturas favoritas, libros sobre los primeros padres de la Iglesia, sobre los concilios posteriores y anteriores al de Nicea. Antes de morir me decía a menudo: «Verás como te gustan Josefo, Plinio, Seutonio, Gibbons y Tácito».

Al principio Josefo me pareció lento y pesado, aparte de difícil de leer, pero cuanto más me adentraba en su lectura, más me entusiasmaba, pues veía el mundo romano de Josefo como debieron de verlo los primeros cristianos. Con el tiempo leí a todos estos autores y compré muchos otros libros relacionados con la Judea del siglo I. Aquellos viejos tomos polvorientos cobraron vida.

Por ejemplo, ¿sabéis cuándo fue la primera vez que alguien «hizo un calvo» (del que se tenga registro, al menos)? Dejadme aclarar que se trata de despelotarse en un lugar público, solo que aquí la única carne que se enseña es la del trasero.

Flavio Josefo, que escribía alrededor del año 80, nos cuenta que ocurrió durante el reinado de César Augusto, cuando los soldados romanos provocaron casi una rebelión al desfilarse frente al Templo de Jerusalén portando sus estandartes y sosteniendo en alto el águila imperial. Furiosos por la presencia de semejante imagen grabada, los sacerdotes y ancianos del Templo profirieron insultos y arrojaron piedras contra el estandarte. Mientras la columna militar pasaba, ignorando a sacerdotes y ancianos y al Templo mismo, cuenta Josefo que «un centurión se detuvo y se encaró a los judíos. Luego, dándoles la espalda, se levantó la túnica, se bajó el taparrabos y, doblándose por la cintura, mostró a sacerdotes y ancianos sus partes traseras». El primer «calvo» del que se tiene noticia.

Durante tres años, June y yo seguimos unos cursos por correspondencia sobre la Biblia del Christian International en Phoenix a través del Evangel Temple de Goodlettsville, Tennessee, que era la iglesia a la que pertenecíamos entonces. Hacíamos deberes, ya fuera en casa, en la carretera, en autobuses o en aviones, y a veces también en un lugar tranquilo, una especie de cabaña que teníamos en el bosque, cerca de casa. Siempre que disponíamos de unos minutos o unas horas, los dedicábamos al estudio, y luego mandábamos el trabajo por correo y esperábamos al

siguiente curso.

En 1977, tres años después de iniciar nuestros estudios, recibimos diplomas sellados y firmados del Christian International, diplomas que nunca llegamos a colgar. «Esto es solo el comienzo —dije yo—. Para mí, ese documento solo significa que ya estoy preparado para estudiar la Biblia.»

No podía quitarme de la cabeza el último curso que había terminado: «Vida y epístolas de san Pablo». Empecé a leer libros sobre Pablo, varias novelas, algunas realmente buenas, sobre todo las escritas por Sholem Asch y John Pollock. Luego abordé los comentarios sobre Pablo a cargo de Lange, Farrar, Barnes, Fleetwood y otros. Al ver que había tantas opiniones diferentes en tantos campos, empecé a tomar notas y a escribir mis propias reflexiones sobre Pablo. Se han escrito infinidad de páginas sobre sus diferencias con Pedro y con Marcos, pero descubrí que la Biblia puede arrojar mucha luz sobre esas crónicas.

Durante siglos predicadores de todo tipo han especulado sobre la composición física de esa «espina clavada en la carne»: cómo era de grande, dónde la tenía clavada. ¿Por qué Pablo no se la arrancó? Porque no pudo, de ahí tal vez que viajara en compañía de un médico (Lucas). Alguien afirmaba que seguramente era epiléptico. ¿La espina era acaso un símbolo? Otro decía que Pablo sentía debilidad por las mujeres muy jóvenes, y así sucesivamente.

Y decidí que, bueno, si los teólogos podían hacer tantas conjeturas y convertir el asunto en algo interesante, yo también podría aportar mi granito de arena. A fin de cuentas, Pablo se había convertido en mi héroe. ¡Era invencible! Se fijó la meta de conquistar y convertir al mundo pagano e idólatra. Y mientras vivió hizo todo lo que se había propuesto.

Sonreía en las persecuciones. Fue apaleado con varas, fustigado a latigazos, apedreado; fue insultado, linchado, encarcelado; su propio pueblo lo odiaba. Y sin embargo decía que, gracias a Jesucristo, había aprendido a estar contento en cualquier situación en que se encontrara.

Al final de sus días, viejo y encarcelado en Roma, escribió sobre cosas que aún deseaba hacer, una de las cuales era nada menos que evangelizar España. Siempre tenía un gran plan en mente y siempre lo llevaba a cabo; y también realizó multitud de

viajes a las ciudades en las que ya había estado para cerciorarse de que la gente seguía haciendo las cosas como él les había enseñado.

Empecé a escribir sobre Pablo un poco al modo de un documental, pero de entrada no había gran cosa que documentar. De repente aparece en la ejecución de Esteban, y según la Biblia Pablo había votado contra él. Los que mataron a Esteban pusieron sus prendas a los pies de Pablo (Saulo). ¿Por qué?, me preguntaba. Necesitaba saberlo. Y averigüé la razón.

Cuando dijo que perseguía a los cristianos con todo su celo, yo necesitaba saber qué había dicho exactamente y qué fue lo que hizo. ¿Cuánto tiempo duró aquello? ¿Qué pensaban de él los de su propio pueblo? Como fariseo, ¿qué relación tenía con el sumo sacerdote? ¿Se alegró este de proporcionarle cartas de recomendación para ir a Damasco porque deseaba perderlo de vista? Es probable que sí. Pablo había enturbiado la paz en Jerusalén, eso está claro.

El Imperio romano tenía su propia espina en la carne: Judea. El peor de los destinos para cualquier funcionario romano era ir a «gobernar» Judea. Se trataba de un lugar remoto y miserable. En la época de Tiberio, gobernadores o procuradores como Pilato y Marcelo no tardaron en comprobar que los judíos se gobernaban solos, con el Templo a su único Dios como centro de su vida religiosa y social. El sumo sacerdote era su cabeza visible, el jefe, enviara Roma a quien fuera.

Roma se vio obligada a permitirles acuñar su propio dinero, pues las monedas romanas con sus imágenes idólatras estaban prohibidas en los lugares santos. Las monedas judías eran de diseño simple y tosca factura. En una de las caras aparecía un manojo de trigo o un granado, y en la otra cifras que indicaban el número de años transcurridos desde la última rebelión contra Roma.

Al principio, el sumo sacerdote y el grueso de la población de Judea consideraban a los seguidores de Cristo otra más de las numerosas sectas judías, la más despreciable de todas ellas. Adoraban a un predicador galileo ya muerto que ni siquiera fue capaz de mantenerse con vida. Pereció de la manera más ignominiosa que los romanos eran capaces de idear. Se decía que sus amigos robaron el cadáver después de enterrado; el robo de tumbas era un crimen de lo más depravado y se

castigaba con la pena de muerte.

Las historias de terror iban en aumento. Sus amigos dijeron que se había levantado de entre los muertos, que caminó junto a ellos y luego ascendió a los cielos ante sus propios ojos. Posteriormente, el sumo sacerdote fue informado de que los discípulos del nazareno habían guardado su sangre y que la bebían en sus reuniones. Beber sangre, según la Ley de Moisés, era algo execrable. ¿Y la carne? Sí, contaban también que Cristo había dejado trozos de su carne para que la comieran a modo de recordatorio. ¡Canibalismo!

Así pues, no fue solo la teocracia del Templo de Jerusalén la que consideraba enemigos de Dios a los cristianos; toda la opinión pública estaba en su contra. Para sobrevivir, se convirtieron en una sociedad cerrada. Y el hombre que más tarde escribiría catorce libros del Nuevo Testamento fue su más acérrimo perseguidor.

Jesucristo nos dijo cómo vivir. El apóstol Pablo nos mostró cómo hacerlo. Jesucristo nos dijo cómo morir, sin temor, a la espera de una eternidad de paz, y Pablo nos mostró cómo prepararnos para ello.

Fue Saulo de Tarso, el perseguidor de los discípulos del nazareno, quien abandonó Jerusalén rumbo a Damasco para localizar, arrestar, llevar a juicio y ejecutar a aquellos que adoraban aquel «Nombre».

Y fue Pablo, el apóstol de Cristo ante el mundo, quien entró en Damasco unos días después.

Jesús había muerto, resucitado y ascendido a los cielos, según sus discípulos, los cuales esperaban un segundo advenimiento. El prometido regreso los mantenía en vilo. Todos los conversos esperaban ese acontecimiento. Nadie, y menos aún Saulo el fariseo, autoridad y experto en Ley mosaica, esperaba verlo aparecer en mitad de un día despejado y que mantuviera con él una conversación cara a cara.

Hasta donde he podido calcular, sin contar las pausas en el diálogo entre Jesús y Pablo y conforme a lo que este escribe en sus Cartas, la conversación duró aproximadamente un minuto, quizá unos segundos menos. Pero, gracias a esa conversación de un minuto, el mundo cambió. Fue un minuto primordial en la historia del género humano. Ese minuto determinó el destino de innumerables millones de personas que no habían nacido aún. Ningún acontecimiento, aparte de la venida al

mundo del propio Jesucristo, ha afectado tan poderosamente a la vida de la humanidad como las órdenes dadas y aceptadas en ese minuto. Pero lo que sabemos de Saulo/Pablo desde tres años antes de ese minuto hasta tres años después, podemos deducirlo de unos pocos versículos.

En los años 1978 y 1979 pasé noches en vela pensando en Pablo y en su sorprendente transformación, en cómo dio la vuelta a su celo por perseguir y masacrar y, de un momento para otro, decidió abogar por Cristo con el mismo celo. Ese período de seis años me intrigaba mucho. A medida que profundizaba en mis estudios, iba anotando mis propios pensamientos acerca de Pablo. En mi mente era ya un personaje con un determinado carácter y personalidad, y yo quería dotar de carácter y personalidad al sumo sacerdote que lo había enviado a Damasco. Quería poner nombre a las personas a las que persiguió y aniquiló, quería verlas y oír las en aquellos primitivos oficios religiosos cristianos.

Alguien dijo que un novelista religioso puede ser «el mentiroso de Dios»; es decir, que al novelar la actividad y la realidad que rodean un corpúsculo de verdad es posible iluminar y activar grandes verdades. Yo no pretendo ser ni he dicho nunca que sea un novelista, pero supongo que lo que escribí sobre Pablo fue tomando esa forma. En esos pocos versículos descubrí una historia que contar, y la historia que cuento en torno a ellos es de mi cosecha.

Naturalmente, la parte de las Escrituras que habla de esos seis años en los que me centré no necesita que yo la ilumine: la verdad es su propia iluminación. Durante el proceso de estudio, empecé a vislumbrar que había allí profundidades insondables.

¿Qué fue exactamente lo que Pablo estaba viendo y oyendo en el instante en que quedó cegado en el camino de Damasco? Supongo que mi intención era traspasar el gran vacío, percibir aunque fuese una simple chispa del brillo divino que abatió a Pablo. Uno de los días en que estaba cavilando sobre todo esto, no diré que viera una chispa de brillo divino, pero sí que algo me abatió.

Un avestruz intentó matarme. Yo estaba en la cabaña, tratando de salvar el abismo entre cielo y tierra y poner por escrito algunas de mis ideas. La cabaña se encuentra en el bosque, cerca de mi casa, en un área vallada de veinte hectáreas poblada de

animales salvajes. Me levanté para dar un paseo y relajarme un poco, y de repente me encontré en el sendero frente a un avestruz de casi dos metros y medio de altura. Había perdido a su pareja con las heladas del invierno y se había vuelto hostil. Estaba pensando en Pablo abatido en el camino de Damasco por una luz cegadora cuando fui abatido por las dos grandes patas de un avestruz.

Después de golpearme, corrió hacia el bosque. Me puse de pie, me palpé aquí y allá, vi que no estaba herido y seguí caminando por el sendero.

Volvía ya a la cabaña después de dar mi paseo cuando me topé de nuevo con el avestruz. Estaba en medio del camino, y al verme extendió las alas y me siseó amenazador. «Será mejor que te enseñe quién es el dueño de estas tierras», dije, agarrando un palo largo. Y entonces me atacó. Blandí el palo con la intención de atizarle en el largo cuello, que es justo lo que el avestruz quería, porque saltó para ponerse fuera de mi alcance y al descender me golpeó con las dos patas por delante. Esta vez me rompió tres costillas, y solo mi cinturón me salvó de que me desgarrara con sus enormes y mugrientas zarpas.

Como Pablo al ser abatido por la Luz, caí de espaldas, pero, a diferencia de Pablo yo me rompí dos costillas más al dar contra una roca. El avestruz echó a correr y me dejó allí tirado. Al final conseguí llegar a casa y avisar al médico.

De los analgésicos pasé a los somníferos. De los somníferos pasé (otra vez) a las anfetamidas, y al poco tiempo volvía a ser aquel tipo de humor inestable y no precisamente la alegría de la casa. Lo que tenía escrito sobre Pablo quedó guardado en un armario. Solo muy de vez en cuando lo sacaba e intentaba escribir algo. Las drogas que alteran el estado de ánimo perturban la mente, y si un escritor recibe la inspiración cuando está bajo su influencia, el resultado, una vez sobre el papel, suele ser inane, sin el menor sentido.

Tuve que pedirle a Billy Graham que leyera «mi libro», y cada vez que hablaba con él me preguntaba si ya lo había terminado. Yo le decía: «He estado muy ocupado con los bolos», o alguna excusa por el estilo. La verdad es que necesitaba ver más de lo que Pablo había visto en el camino de Damasco y después, pero no había manera. No tenía visión. No tenía inspiración.

Intenté varias veces «escaparme para escribir» a Florida o Jamaica, pero no podía

escapar de mí mismo. El fuego y el espíritu se habían extinguido por culpa de la medicación que estaba tomando. Empecé a desear no haber dejado que Billy Graham, ni nadie más, leyese nada de lo que había escrito. Pero ya era tarde para eso.

John Seigenthaler, del *Tennessean* de Nashville, lo había leído también y en abril de 1982 escribió para mí una larga crítica de «mi libro», animándome a terminarlo, diciendo que era una historia importante. Desde aquel día llevé la carta de John junto con mi maltrecho y manoseado proyecto de libro, y aunque no contesté a su crítica, creo que debí de leerla un centenar de veces.

June se fijó en que ya no escribía nunca. Sabía el motivo, cómo no, así que no tuve que darle explicaciones.

En una de sus prédicas, oí a Billy Graham decir desde el púlpito a sus oyentes que Johnny Cash había escrito un libro sobre Pablo titulado *El Hombre de Blanco*, y que en su opinión era de lo mejor que había leído nunca sobre Pablo. Me sentí incómodo y avergonzado. El libro estaba por terminar y Pablo seguía indefinidamente varado en el camino de Damasco. No conseguía «ver» la experiencia de Pablo, y decidí que había querido abarcar más de lo que podía. Había perdido la pasión por escribir; es más, olvidé la mayor parte de lo que había escrito, no en vano habían pasado siete años desde que me pusiera a ello. «He cambiado de opinión —me dije para mis adentros—. Soy totalmente incapaz de escribir una novela. ¿Por qué llegué a pensar siquiera que podría hacerlo?» Me arrepentía de la obligación con que me había cargado.

Llevado por el entusiasmo de los primeros momentos, le había hablado de mi proyecto a todo el mundo. «Dentro de unos meses —solía decir—. Sigo trabajando en ello.» Pero no era así. En 1983 lo tenía ya guardado en un armario y solo quería olvidarme del libro. No quise verlo siquiera durante tres o cuatro meses seguidos, pero no por ello conseguí olvidarlo. Un día volví a sacarlo, consulté mis notas, intenté retomar la escritura. Una y otra vez escribía docenas de páginas mientras estaba dopado, pero luego, cuando las leía con la mente despejada, acababa prendiéndoles fuego.

En octubre de 1983, haciendo el equipaje para una gira por Europa, vi la carpeta de

El Hombre de Blanco en el fondo del armario, la saqué y la puse al lado de la maleta.

—¿Piensas terminar el libro? —preguntó June.

—No sé si soy capaz —dije.

—Claro que eres capaz. Es importante. Durante los vuelos vas a tener tiempo de sobra.

Hacía muy poco que había sufrido otro accidente. Tuve una caída y me fracturé la rótula. Metí analgésicos fuertes en la maleta, suficientes para toda la gira, y por supuesto somníferos por si el dolor me impedía dormir, y también, cómo no, anfetas para contrarrestar la resaca de los somníferos cuando tuviera que actuar.

Me llevé el «libro» de gira, pero al final no llegué a mirarlo ni una sola vez. La mezcla de medicamentos me produjo un bloqueo absoluto. Actuamos en catorce ciudades distintas, pero solo recuerdo cuatro.

Mi estado físico, pero también mental y espiritual, se deterioraba a pasos agigantados. Volví a casa y fui directo al hospital con una hemorragia interna. La gran cantidad de pastillas que había tomado tanto de día como de noche me habían agujereado el estómago. Después de ponerme catorce bolsas de sangre para reemplazar la que había perdido, los médicos decidieron que la única opción era operar. La intervención duró siete horas; me extirparon la mitad de las entrañas y tuvieron que ponerme nueve bolsas más de sangre.

Me administraban morfina por vía intravenosa las veinticuatro horas, durante muchos días seguidos, y recuerdo que tenía unas alucinaciones espantosas. Veía gente que venía a matarme. Arrojaba cosas, chillaba. Los terrores duraron todo el tiempo en que permanecí bajo el efecto de la morfina. Estuve a un paso de la muerte. En mis alucinaciones veía a viejos amigos que en realidad no estaban allí, pero ellos me hablaban, y todas las conversaciones parecían una despedida. Me decían cosas como «Bueno, al menos puedes decir que has tenido una vida plena», o «Cuidaremos de June y de John Carter».

En la duermevela oía hablar a los médicos junto a mi cama. «No tiene muchas probabilidades de sobrevivir», dijo uno de ellos. Y otro: «El corazón se le ha parado una vez. Dudo que pueda aguantar mucho tiempo más».

A menudo abría los ojos y veía la cara de June y su expresión resignada. A la

familia le decía que me pondría bien, pero no daba la impresión de estar muy convencida. Muchas veces me encontraba lo bastante consciente como para rezar, y muchas veces, en medio de los dolores y del terror mental, sentí la cálida presencia del Gran Sanador y en todo momento supe que iba a vivir, que él no me daba por perdido todavía.

En una ocasión, estando inconsciente, noté de pronto el contacto de una mano en la frente y oí la voz de mi madre. «Señor —dijo—, te llevaste a uno de mis chicos, y si piensas llevarte también a este, tuyo es, pero te lo ruego, déjale vivir y enséñale a servirte mejor. Seguro que todavía podrá hacer cosas por ti.» Aunque no se me permitían visitas, mi madre consiguió colarse.

Llegaban muestras de cariño y preocupación de todas partes. Poco a poco empecé a estar consciente unos minutos cada día, y después una o dos horas.

Waylon Jennings me envió una nota a cuidados intensivos. La enfermera me la leyó. Decía Waylon: «No me imagino un mundo sin Johnny Cash. Sal pronto de ahí». Cada día recibía un mensaje de algún tipo de Waylon, y empecé a esperar con ansia su llegada. En uno de ellos decía simplemente: «Salgamos de nuevo a la carretera».

Empecé a sentirme vivo otra vez, encontrando inspiración a diario en aquella frase de Waylon: «No me imagino un mundo sin Johnny Cash». Yo había caído hasta lo más hondo del pozo y Dios me enviaba a seres queridos como June, Waylon, Jessi, Billy y mis padres; ellos hacían mucho más por mi recuperación que toda la atención médica que recibía.

Cuando salí de cuidados intensivos mi familia estaba allí. La habitación se llenó de caras conocidas, a excepción de una. Estaba también presente un médico del Betty Ford Center; los había reunido él para explicarles mi situación.

Como me habían estado administrando morfina y otros narcóticos durante tanto tiempo, el médico sugirió que en cuanto estuviera en disposición de viajar ingresara en el Betty Ford Center de California como paciente voluntario para someterme a una cura de desintoxicación y rehabilitación. Iba a ser duro, pero, en su opinión, era la única manera de que sobreviviera, y la educación que recibiría allí sobre mis problemas de dependencia de sustancias me ayudaría en el futuro a evitar cualquier

tipo de estupefaciente.

Estuvimos hablando largo rato. Mi pastor, el reverendo Courtney Wilson, también estaba presente y rezó por ello. Decidí ingresar de forma voluntaria.

Unos días después, mientras June recogía mis cosas, la llamé, le dije dónde estaba mi manuscrito y le pedí que lo metiera en la maleta. Después de dos semanas en el Betty Ford Center, volví a leerlo. Y entonces lo vi todo con claridad: adónde iba a conducir a Pablo y cómo terminaría la historia.

Durante casi dos años trabajé en el manuscrito siempre que disponía de tiempo, pero como había perdido tantos meses de trabajo —grabaciones, conciertos, televisión, etcétera — y había tanta gente que dependía de mí, avanzaba muy despacio. Sin embargo, el principal problema era el capítulo sobre lo ocurrido en el camino de Damasco. Recé para tener una visión, una revelación, algún atisbo de lo «prohibido», una mirada a la conexión cielo-tierra tal como la experimentó Pablo.

Los sueños siempre han desempeñado un importante papel en mis asuntos. Por ejemplo, varias veces he soñado con canciones nuevas que nunca habían sido cantadas, y entonces me despertaba y las escribía. Varias de ellas las he grabado. De niño, soñé que un ángel venía a decirme que mi hermano Jack iba a morir, pero que debía entender que era el plan de Dios y que algún día lo comprendería. Jack murió dos semanas más tarde. También en sueños recibí el anuncio de la muerte de un amigo cercano. Al día siguiente llamé a su casa y resultó que había fallecido la noche anterior en un accidente de coche. La noche del día de Navidad de 1985 tuve otra experiencia onírico-visionaria.

Mi padre había fallecido y ese día yo había ido a la funeraria con el resto de la familia. Se le veía muy apuesto, vestido con un traje azul magnífico y la corbata color borgoña. Por su semblante, no parecía que hubiera cumplido ochenta y ocho años. Después de meses de sufrimiento, ahora parecía estar en paz. El funeral, eclesiástico y militar, iba a tener lugar al día siguiente. El reverendo Courtney Wilson pronunciaría unas afectuosas palabras en el cementerio y habría una salva de veintiún fusiles para despedir al veterano de la Primera Guerra Mundial.

De niños, mi padre siempre nos había comprado fuegos artificiales por Navidad y el Cuatro de Julio. Era una forma de hacernos ondear la bandera y alabar al Señor. En octubre, confiando en que mi padre estaría en casa para las fiestas navideñas, compré todo un surtido de fuegos con la intención de lanzarlos en el patio delantero de su casa, de modo que mi padre pudiera verlos desde la ventana.

Volví de la funeraria la tarde del 25 de diciembre, cuando ya se ponía el sol, y dejé a mi madre en su casa. Sus nietos, biznietos y otros amigos y seres queridos iban a quedarse con ella.

Fui a mi casa para cambiarme y, en un rincón del vestidor, vi la caja grande de fuegos artificiales que había comprado en octubre. La saqué y se la enseñé a June.

—Pensaba lanzarlos esta noche para papá —dije—. En el patio delantero.

—A los niños les gustaría verlos —dijo June—. Y el abuelo querría que lo hicieras.

Dudé un poco y al final dije esa vieja cursilería de «¿Qué van a pensar los vecinos?». Entonces me eché a reír.

—Esta noche papá los va a ver mejor que nunca —dije—. Ya no tiene cataratas en los ojos.

Los monté en fila, a lo ancho del patio delantero de mis padres: cohetes, bengalas, tracas, fuentes de colores, candelas, palmeras, conos arcoíris... todas aquellas cosas que brillan, explotan, estallan, refulgen y centellean. Mi madre lo vio desde dentro de la casa; los niños reían y chillaban de contento ante aquel despliegue pirotécnico. Hubo un constante fluir de fuego multicolor por todo el patio, las risas no paraban. Cuando acabó todo, le di un beso de buenas noches a mi madre y le recordé la hora en que iría a recogerla al día siguiente para asistir al funeral.

Me acosté temprano, pero creo que tardé tres horas o más en dormirme profundamente. Soñé que estaba delante de la casa de mis padres, mirando hacia la calle, como si esperara a alguien. Estaba allí solo, y mi madre dentro de la casa.

Un largo coche plateado bajó por la cuesta y se detuvo junto a la acera, a unos cinco metros enfrente de donde yo estaba. No había conductor, pero la portezuela izquierda trasera se abrió y mi padre bajó y vino caminando hacia mí. Llevaba puesto

aquel magnífico traje azul, una camisa blanca de seda y la corbata borgoña. Se me acercaba sonriente y con andares de persona joven. Sus ojos claros centelleaban; no estaban cubiertos por esa película mate de la vejez que estaba acostumbrado a ver, sino que eran unos ojos marrones claros y brillantes. Su sonrisa dejaba ver unos dientes de hombre joven, y tenía toda su cabellera canosa, en la que se mezclaban los tonos oscuros y grises.

«Estaba esperando que volvieras a casa», le decía yo, tendiendo una mano para estrechar la suya. Él hacía lo propio, y estábamos a unos pocos palmos el uno del otro cuando de repente, entre ambos, surgía del suelo un largo chorro de luz. Él sonreía con complicidad, bajaba la mano y se me quedaba mirando. El haz de luz iba haciéndose más ancho, y más brillante, creando un abismo insalvable entre los dos. Lo veía sonriendo al otro lado, y supe que no podía tocarle.

Miraba a mi espalda, hacia la casa. No podía ver a mi madre, pero sabía que estaba dentro. Entonces miraba de nuevo a mi padre y le preguntaba:

—¿Vas a entrar? A mamá le gustaría.

Y él, sin dejar de sonreír, contestaba:

—No, hijo, creo que eso solo nos causaría más dolor a todos.

La luz entre los dos seguía brotando del suelo. No se me ocurría otra cosa que decirle:

—Tienes muy buen aspecto, papá.

Y él me decía, en voz baja:

—Dile a tu madre que no puedo volver. Me siento muy a gusto y feliz allí donde estoy.

—Muy bien —respondía, y sabía que realmente estaba bien.

—Mi sitio ya no está aquí —añadía mi padre.

La luz cobraba intensidad, ya no podía verle al otro lado. De pronto desaparecía la luz y con ella mi padre, y el coche plateado ya no estaba en la acera. En el patio delantero no había otra cosa que restos de los fuegos artificiales.

Me desperté y miré el reloj. Era la una. No había dormido más que unos minutos. Me levanté y estuve andando de acá para allá toda la noche, preocupado por aquel sueño tan real, tan diferente a cuantos había tenido jamás. Me parecía haberlo vivido.

El amanecer me encontró sentado junto a la ventana contemplando el lago, y por fin hallé paz y entendimiento.

Ese día, incluso durante el funeral, sentí que el peso de la pena desaparecía. Cuando fui a recoger a mi madre, la casa estaba llena de gente: familiares, amigos, seres queridos. Me la llevé aparte y le dije:

—Esta noche he tenido un sueño enviado por Dios, mamá. —Ella sonrió, creyéndome —. He soñado con papá, y me ha pedido que te diga una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó, tomándome la mano.

—Me ha pedido que te dijera que se siente a gusto y feliz donde se encuentra ahora. Y luego ha dicho que su sitio ya no estaba aquí.

Le expliqué todo el sueño, lo del coche plateado, el traje azul y la corbata borgoña, el abismo de luz que se abría entre papá y yo.

Mamá primero lloró, pero luego rio y dijo:

—Dios aún tiene su mano posada sobre ti.

Ambos sentimos una gran paz aquel día. Mamá coreó el «Amazing Grace» y salió de la iglesia a la cabeza del clan familiar con una sonrisa de gozo, sabiendo que su ser amado descansa en paz y a la vera de Dios.

Nunca he tenido el privilegio de vivir una experiencia como la de Pablo camino de Damasco, pero en la noche de la Navidad de 1985 tuve ese sueño o visión y vi una luz que no era de esta tierra, y mucho más hermosa que la caja entera de fuegos artificiales.

En el Apocalipsis se describe al Cristo glorificado con imágenes de llamas y fuego. También el fuego, el agua y el viento simbolizan a veces al Espíritu Santo, al igual que las lenguas. Todo ello contribuyó a encender mi imaginación.

Me puse a trabajar. Volví a disfrutar escribiendo. Desde que mi padre murió he «terminado» varias veces *El Hombre de Blanco*. Nunca me sentía satisfecho pensando que me había dejado algo importante o que había algo que no tenía sentido. Si la editorial no llega a decir «Basta», aún seguiría escribiendo.

Aunque este libro no consiga iluminar ningún corpúsculo oculto de verdad, habrá cumplido su propósito. Sirvió para hacerme volver a la Biblia: he investigado,

meditado, imaginado y hablado de ella durante casi diez años. En mi descargo solo puedo decir que se trata de una novela. Aparte de eso, es algo que de todos modos habría tenido que hacer.

Por favor, entiéndase que creo firmemente que la Biblia, el conjunto de las Sagradas Escrituras, es la infalible e indiscutible expresión de la Palabra de Dios. He puesto mucho cuidado en no tomarme libertades con la Palabra eterna. Allí donde la Palabra calla, y por el bien de la narración, he seguido a veces puntos de vista tradicionales. Otros elementos, algunos personajes, conversaciones e incidencias, son fruto de mi amplia y a veces extraña imaginación.

Quizá algunas pocas cosas de las que he escrito, sugiero con toda humildad, deriven de una pequeña chispa de la inmensa provisión del resplandor de Dios.

Dedico este libro a mi padre, Ray Cash, cuyo rostro veo en esa pequeña chispa.

JOHN CASH

Bon Aqua, Tennessee

21 de marzo de 1986

Prólogo

El nazareno le había puesto por nombre Cefás, «piedra», pero sus actos eran cualquier cosa menos pétreos. Iba tocando manos que le tendía la muchedumbre. La gente pronunciaba su nombre y suplicaba que los tocara. A muchos su contacto los dejaba en trance. Unos se desmayaban; otros volvían la cara al cielo y pronunciaban alabanzas por haber tenido la fortuna de ser tocados por el gran pescador.

Fue avanzando en dirección este por el valle de Tiropeón y luego calle arriba hacia la escalinata del porche meridional del recinto del Templo. Llevaba puesta una túnica artesanal de pelo de cabra y unas sandalias que él mismo se había hecho. Era un hombre alto y robusto, de cara cuadrada y nariz ancha. Unas cejas oscuras proyectaban sombra sobre los bondadosos pozos de sus ojos negros. Su pelo espeso y descuidado era de un tono cobrizo, y su barba roja no había conocido navaja ni tijera.

Se desplazó entre el gentío con gráciles y amables movimientos. Le seguían multitud de niños, algunos de los cuales le tiraban de la túnica. Entonces se agachó y, sonriente, levantó a un niño con un brazo y a una niña con el otro. Sosteniéndolos muy cerca de su cara, les frotó con su áspera barba y los críos rieron llenos de regocijo.

Al pie de la escalinata, rodeados por un gran número de personas, estaban Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo de Galilea. Juan estaba hablando a la muchedumbre citando algunas palabras de Jesús.

—Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí nunca pasará hambre, y el que crea en mí nunca pasará sed.

—Dame ese pan de vida —gritó un hombre aquejado de parálisis tendiendo las manos, que le temblaban de mala manera.

Juan se las cogió y dijo:

—En nombre de Jesús de Nazaret, queda sano.

El hombre alzó las manos que ya no temblaban frente a su cara y lloró sin poder contenerse.

Llegaban de Jericó y de Betania. Llegaban de Samaria, los pobres, los enfermos los ciegos. Eran tantos que atestaban las entradas y salidas de Jerusalén. A cientos llegaban, a miles. No les intimidaba el calor ni el polvo, avanzaban cojeando sobre muletas improvisadas o transportados en literas por sus seres queridos. Un hombre venía desde Belén arrastrándose sobre manos y rodillas. Todos tenían en mente un destino común, el pórtico de Salomón, la amplia columnata en el lado oriental del recinto del Templo. Era allí donde cada tarde a las tres predicaba Cefás, o Simón Pedro. Centenares de personas se habían congregado ya en el pórtico. Varios cientos más ocupaban los escalones, y un gentío enorme iba llegando desde todas direcciones para intentar ver a Cefás el pescador.

Un hombre que tenía los pies y las manos retorcidos le gritó: «Haz que tu sombra pase sobre mí y me cure». La sombra de Pedro cubrió al hombre al detenerse frente a él. Sonrió y luego siguió adelante, dejando al hombre en trance y con lágrimas en los ojos.

Pedro fue hacia la grada y el gentío que allí había se apartó para dejarle subir y volvió a apiñarse a su paso. Los escalones se convirtieron en una masa de humanidad que iba avanzando hacia el inmenso cuadrilátero, que se abría hacia el patio de los Gentiles.

Rodeado de toda aquella muchedumbre, Pedro empezó a hablar.

Al otro lado del recinto del Templo, dentro del patio de Israel, el consejo estaba en plena sesión. Caifás, Jonatán, Alejandro y Teófilo, la parentela del viejo Anás, el sumo sacerdote, estaban sentados con el sanedrín.

Jonatán era oficialmente el sumo sacerdote y llevaba la indumentaria propia de ese cargo, al igual que Caifás, el sobrino de Anás. El joven Alejandro hacía sentirse incómodo a Anás debido a su nombre griego. Se había oído decir, en el propio patio de Israel, que la elección de Alejandro al sumo sacerdocio sería motivo de vergüenza

para Israel. Las palabras «padre Alejandro» sabrían amargas en boca de un hijo de la Alianza.

La situación era extraña. Jonatán había sido bien aceptado y servido. Sin embargo, para un pueblo tan macerado en historia, los cuatrocientos años transcurridos desde que el griego macedonio Alejandro Magno saqueara ciudades y masacrara a los hijos de Israel eran un tiempo relativamente corto.

Pero a Alejandro le llegaría su hora.

Cuando Anás, de blancos cabellos y calva incipiente, decidió ocupar el sillón del sumo sacerdote, su familia lo hizo en asientos secundarios cercanos, aunque en un nivel inferior.

Anás no solo regía el patio de Israel; su poder, influencia y riqueza terrenales se extendían por todas las inmediaciones. Cerca de Belén poseía una vasta parcela de tierra en la que sus pastores criaban blanquísimas ovejas para su venta en los patios de ese mismo Templo en el que ejercía de sumo sacerdote. Sus palomares de Betania y del monte de los Olivos alojaban a millares de aquellas arrulladoras aves blancas, que los más pobres compraban para ofrecer en sacrificio. Sus riquezas habían crecido a un ritmo asombroso. Athena, su esposa griega, supervisaba los puestos ambulantes en el recinto del Templo. Anás poseía un fabuloso tesoro en monedas extranjeras de oro y plata.

El sumo sacerdote levantó la vista hacia el reloj de agua dorado que había en el balcón. La balanza de la justicia colgaba de dicho reloj con sus platos equilibrados. La décima hora del día había quedado atrás.

—¿Algún otro asunto pendiente? —preguntó Anás a sus hijos y sobrino.

Desde su escaño en el consejo, Saulo el fariseo, el más joven y más reciente miembro del sanedrín, se puso de pie alzando el brazo izquierdo.

—¿Sí? —dijo Anás mirándolo con gesto cansino, y luego otra vez al reloj.

—El Señor nos ha enviado un profundo sueño —dijo Saulo, parafraseando la cita del profeta Isaías—. Ha sellado nuestros ojos y cubierto nuestras cabezas.

Anás miró de soslayo a Caifás y luego a Jonatán, buscando alguna indicación de a qué se estaba refiriendo el fogoso fariseo. Comoquiera que los otros se encogieran de hombros, Anás dijo:

—¿De qué estás hablando, Saulo?

Saulo esperó unos instantes para dar más fuerza a sus palabras y luego, con osadía, dijo:

—Este consejo corre peligro de incurrir en sacrilegio. Las leyes y sacrificios que protege son objeto de mofa dentro de los propios patios del Templo.

Anás se quedó inmóvil, esperando, la vista fija en Saulo. Los otros sacerdotes miraron al sumo sacerdote, nerviosos por saber cómo manejaría el enfrentamiento.

Saulo continuó, en voz aún más alta que antes:

—Los principales apóstoles del carpintero-rabino de Nazaret están ahora mismo predicando y haciendo curaciones en el pórtico de Salomón. Su jefe es un tal Cefás, el mismo que estuvo ante este tribunal y fue advertido de que no debía seguir enseñando en nombre del nazareno. —Su ánimo se encendió—. ¡Cefás sostiene que el nazareno tiene el poder de resucitar a los muertos!

Anás suspiró ruidosamente. Bajó la vista y luego miró de nuevo a Saulo.

—¿Ese Cefás vuelve a enseñar en nombre del nazareno?

—¡Sí! —exclamó Saulo—, y cada vez son más quienes le siguen.

Anás se quedó pensando y suspiró de nuevo; luego, con el bastón de oro macizo que sostenía en la mano, golpeó un sonoro címbalo.

—Que el Altísimo sea alabado por la sentencia de este tribunal —dijo.

Al instante, siete guardias del Templo entraron y se plantaron frente al sumo sacerdote. El jefe de ellos dio un paso al frente.

Anás le dijo:

—Haced todo lo posible por no inquietar a la gente del pórtico de Salomón, pero en el momento propicio arrestad a Cefás y a los que como él predicán y sanan en nombre de Jesús, el nazareno.

El jefe de la guardia levantó el brazo izquierdo para saludar al gobernante de los judíos.

—Encarceladlos —prosiguió Anás—, y traedlos mañana por la mañana ante este consejo.

El aire era malsano, la prisión apestaba. Los chillidos de las ratas eran constantes. Pasada la medianoche, Pedro y Juan estaban sentados en el húmedo suelo con la espalda contra la pared. Habían estado hablando largo y tendido, compartiendo el goce del sufrimiento por amar a su Señor. Los dos guardianes, sentados uno a cada lado de la recia puerta de hierro, dormitaban arrullados por el murmullo de las voces de Pedro y Juan.

Los apóstoles se quedaron callados, y también ellos habrían dormido... de no ser por la luz. La luz parecía venir de ninguna parte y de todas a la vez. Un resplandor blanco cubrió la puerta de la mazmorra y los barrotes de hierro se desvanecieron. Apareció entonces una forma angelical allí donde antes había barrotes.

El brillo que despedía el ángel era cegador. Pedro y Juan cerraron los ojos y se postraron de rodillas. El ángel tendió sus manos hacia ellos, indicándoles que se pusieran de pie.

—Id al Templo —dijo — y hablad al pueblo palabras de vida.

Pedro y Juan se levantaron y, al ir hacia la luz, una gozosa calidez los envolvió. Fue atravesar la luz y recuperar la libertad. Luego, tan rápido como había aparecido, la luz se extinguió. La puerta de hierro, cerrada, con los guardianes durmiendo al lado, estaba de nuevo allí.

Al día siguiente fueron arrestados otra vez cuando salían del Templo después de predicar ante una gran muchedumbre en el patio sur. Los llevaron a presencia del sumo sacerdote. Anás los miró con pausada frialdad.

—No hay duda de que os habéis ganado el favor de la gente de esta ciudad —dijo a los pescadores. Y luego, con cinismo, añadió —: La noticia de que sanasteis a ese tullido en la puerta llamada Hermosa ha corrido de boca en boca. Vuestros seguidores crecen por momentos.

—La piedra que los constructores rechazaron se ha convertido en piedra de toque —dijo Pedro.

Anás hizo caso omiso de la cita de los Salmos, negándose a equiparar la profecía del salmista con la venida del nazareno.

—Teníais órdenes tajantes de no predicar en nombre del nazareno —dijo—. Se diría que os empeñáis en culpabilizarnos de la sangre de ese hombre.

Juan tomó la palabra por primera vez.

—Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres —dijo.

Pedro, a todas luces al mando de su defensa, alzó la mano. Miró bondadosamente a su joven compañero y, continuando donde lo había dejado Juan, añadió:

—El Dios de nuestros padres levantó a Jesús de entre los muertos.

Una oleada de cuchicheos recorrió el sanedrín. Saulo de Tarso murmuró para sí, pero en voz lo bastante alta para que le oyeran todos:

—¡Anatema!

Pedro hizo caso omiso.

—Aquel a quien hicisteis crucificar Dios lo ha exaltado a su diestra como príncipe y salvador, a fin de que pueda conceder el arrepentimiento y el perdón de los pecados a los hijos de Israel. Nosotros somos testigos de estas cosas, como lo es el Espíritu Santo, que Dios ha dado a quienes le obedecen.

Gamaliel, que era un acreditado doctor de la Ley, levantó ambas manos y se hizo el silencio.

—Padre Anás —dijo—, es impropio que estos hombres estén ante esta corte, si es que esta corte va a debatir ahora sobre su destino. Propongo que sean trasladados a una cámara segura hasta el momento de pronunciar sentencia.

Anás hizo una seña al capitán de la guardia, y Pedro y Juan fueron sacados delicada pero rápidamente de la sala.

Luego, Anás indicó a Gamaliel que se adelantara para dirigirse al sanedrín. Cuando las voces callaron y tuvo a todo el mundo pendiente de él, Gamaliel dijo:

—Hombres de Israel, reflexionad sobre lo que vais a hacer con estos dos hombres. No son los primeros en Israel que consiguen atraer al pueblo. Hace un tiempo un tal Teodas consiguió el apoyo de unas cuatrocientas personas. Fue asesinado, y sus seguidores se dispersaron.

»Ahora, una vez más —continuó—, centenares, si no miles, se congregan a diario para oír a esos pescadores de Galilea. Por sus actos no parece que estén promoviendo

la rebelión contra Israel ni contra Roma. Algún poder sanó a ese lisiado que lleva cuarenta años sentado en la puerta llamada Hermosa. Este tribunal lo examinó, y ahora la ciudad entera conoce el milagro.

»Y aprovecho para recordaros que, en los días del censo, Judas el galileo encabezó una revuelta. También él fue muerto y sus seguidores acabaron dispersándose. Por consiguiente, os aconsejo que dejéis a esos hombres en paz y los pongáis en libertad. Si sus actos son de origen humano, fracasarán. Pero si su obra viene de Dios, no vais a poder pararlos, ya que estaréis combatiendo contra Dios.

Saulo bajó la cabeza en señal de sumisión. Semejante afirmación por parte de Gamaliel ante el sumo sacerdote equivalía a un ultimátum al sanedrín y a una decisión del mismo.

Anás hizo que trajeran de nuevo a Pedro y Juan a su presencia y les dijo:

—Seréis conducidos a la sala de las Flagelaciones. Los azotes, cuando menos, os recordarán que este tribunal sigue siendo el órgano gobernante de los judíos y que este Templo es la morada del Altísimo. Tened presente que nuestras tradiciones y nuestras leyes sagradas no son susceptibles de interpretaciones individuales. Si volvéis a las andadas y seguís predicando en ese nombre, seréis traídos de nuevo ante este tribunal para vuestro juicio definitivo.

El sonido de los latigazos resonó en la estancia de piedra. Pedro y Juan estaban de cara a sendas columnas de mármol, los brazos en torno a la fría piedra y las manos fuertemente atadas. El látigo laceraba sin tregua sus espaldas. Aunque les mordía la piel y hacía brotar gotas de sangre que resbalaban espalda abajo hasta el taparrabos, el semblante extático de Pedro se mantuvo inalterable.

La tortura de la flagelación era lo único que el sanedrín había copiado de los romanos. Las vestiduras del reo eran desgarradas por detrás, dejando la carne a la vista para los treinta y nueve azotes de rigor.

Hacia la mitad del suplicio Juan gimió de dolor. Al oírle, Pedro gritó:

—¡Resiste, Juan! Considera un privilegio glorioso que estemos sufriendo en nombre del Señor.

Saulo estaba junto a la puerta, observando en silencio. Jamás había sentido un odio semejante. «¡Cuánta estupidez y cuánto fanatismo! —pensó—. Sería mejor que todo

Israel se librara de esta lepra religiosa...»

El juramento, 37 d.C.

Poco antes del alba un ruido despertó a Saulo en su habitación. Al principio no oyó nada pero luego, otra vez, un crujido, como de pies pisando paja. El ruido cesó. Saulo miró a su alrededor en la penumbra del cuarto y vio que estaba solo. «Habrán sido imaginaciones mías», pensó, y se quedó otra vez medio dormido. Pero poco después oyó de nuevo aquel ruido, acompañado de unos golpes suaves. Volvió a mirar lentamente a su alrededor, primero hacia la pared y la ventana y luego, forzando la vista, comprobó que la puerta seguía con el cerrojo echado. No había nada. Miró entonces hacia la pared del fondo, donde estaba el telar. No detectó nada raro, pero oyó ruido de nuevo. Venía de la zona de la habitación donde estaba el cubículo con sus rollos de las Escrituras. Tenía fija allí la vista cuando la luz de la mañana le reveló la escena. La cubierta de terciopelo había caído al suelo. Sus rollos seguían donde siempre, excepto uno, que estaba ligeramente fuera, y una rata enorme lo estaba royendo.

Un gemido grave brotó de la garganta de Saulo, y al oírlo la rata dejó de mordisquear y alzó la cabeza, volviendo hacia el hombre sus negros ojillos. Saulo se levantó despacio. La rata no se movió. Saulo bajó una mano al suelo y agarró una de sus sandalias. La sostuvo en alto y, con un gruñido, se la arrojó a la rata. El roedor dio un salto y desapareció. La sandalia hizo caer otro de los rollos.

La rata se había escondido debajo del telar y Saulo se arrastró por el suelo, apartó el telar y saltó con los pies descalzos sobre la dura piedra, allí donde había estado la rata. Miró en derredor para ver si la localizaba. La capa de Saulo estaba en el suelo, junto a la cama. Dio unos saltitos danzarines sobre ella, pero la rata no estaba allí.

Avergonzado de sí mismo, volvió a pasear la vista por la habitación. El vil roedor tenía que estar entre el cesto y el huso. Se acercó despacio y propinó un puntapié al cesto. La rata dio un salto, pero al hacerlo se llevó consigo unas fibras enredadas en sus patas. Empezó a brincar de un lado para otro y a dar volteretas, desesperada por desengancharse, pero no hacía sino embrollarse todavía más. Saulo vio cómo se escabullía convertida en una bola de algodón. Se calzó una sandalia y pisó a la rata para inmovilizarla. El monstruo chilló agitando las patas en un intento de liberarse. Saulo la miró con odio, pensando en cómo acabar de una vez con ella.

Cuando ya se disponía a quitarle la vida, recordó una cosa. «Ese bicho asqueroso tiene en el estómago hebras de las Sagradas Escrituras», dijo en voz alta. «Tiene que morir», pensó, pero seguía sin decidirse a aplastarla a causa del valioso rollo. «Qué espantosa aparición he tenido», susurró, un pie apoyado firmemente en el suelo y el otro con la rata debajo. «¿Qué significado tiene esto, oh, Señor? —gimió—. Dedicó todo el día a tu sagrada palabra, y un mensajero de Satanás, un... un verdadero demonio del infierno entra a robarme mientras duermo.»

Se quedó allí de pie pensando largo rato, y finalmente agarró con los dedos de una mano la cabeza de la rata, la levantó y la desenganchó del amasijo en que estaba trabada. Luego abrió la puerta y arrojó la rata viva a la calle, todavía con fibras enganchadas en las patas. No miró si el animal conseguía desembarazarse de sus ataduras, simplemente cerró la puerta y echó otra vez el cerrojo.

La habitación estaba revuelta. Saulo recogió el rollo que había caído al suelo y lo examinó a la luz bajo la ventana. Era el libro del profeta Isaías. Al girar sus dos cilindros, descubrió que había una concavidad y un pequeño desgarrón allí donde la sandalia había impactado. «Podría hacer que me lo repare un escriba de la Torá», pensó. Él mismo había copiado los rollos años atrás, escribiendo con un estilo sobre pergamino. La tinta la había elaborado mezclando ciprés con negro de humo. Si hubiera pensado en añadir a la mezcla aceite de ajeno, su amargor habría servido para ahuyentar a roedores e insectos por igual.

Examinó con cuidado el otro rollo dañado y vio que, en efecto, la rata se había comido un trozo. Abrió el pergamino de las Crónicas y lo extendió sobre la mesa. Aunque faltaba una pequeña parte de texto, Saulo conocía bien aquel pasaje. Las

palabras tenían mil años de antigüedad, la promesa que Dios hizo a Salomón: «Si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla y ora, si me busca y abandona su mala conducta, yo lo oiré desde el cielo, perdonaré su pecado y restauraré su tierra».

Dios hizo estas promesas a Israel durante la Fiesta de los Tabernáculos en la consagración del Templo que Salomón hizo construir, el primer gran Templo edificado en el lugar donde se alzaba ahora el Templo más grande. Las promesas iban acompañadas de una advertencia: «Si observas mis preceptos y mis mandatos, yo instauraré el trono de tu reino... Pero si os volvéis en mi contra... y servís a otros dioses...».

Al abrir el rollo un poco más, extendiendo con cuidado el pergamino sobre la mesa, comprobó que la rata había causado más desperfectos de los que él pensaba. «Esta casa que he consagrado a mi nombre la arrojaré de mi vista, y será objeto de burla y escarnio entre todas las naciones... Porque ellos han abandonado al Dios de sus padres, que los sacó de la tierra de Egipto...».

Saulo gimió ante semejante profanación de las Sagradas Escrituras, aquellas espantosas marcas de dientes en el pergamino.

—El sagrado Templo del Altísimo no caerá jamás —dijo en voz alta—. Su servicio y su casa son mi vida, mi ración diaria, mi servicio diario.

Volvió a enrollar el texto sagrado y lo devolvió con sumo cuidado a su cubículo. Tardó un rato en poner otra vez en su sitio el telar, el cesto y el huso. Una vez hecho esto, se acercó al aguamanil y se lavó todo el cuerpo, se cepilló el cabello y la barba y se puso un taparrabos y una túnica limpios. Se giró en dirección al Templo, donde el sol que asomaba sobre el monte Nebo empezaba a bañar sus pináculos en un resplandor dorado. Entonces empezó sus oraciones matutinas. Le esperaba un largo y complicado día.

Jonatán ben Anás, el sumo sacerdote, miró desde su asiento al joven fariseo que tenía delante. Era un hombre menudo; tenía los cabellos y la corta barba rizada de un castaño rojizo, pero sus oscuros ojos parapetados bajo gruesas cejas negras eran

vivaces y penetrantes. Saulo de Tarso había llevado ante el sanedrín a otro reo acusado de blasfemia. Solo se hallaban presentes cuarenta y dos miembros del consejo; eran muchos los que habían aducido pretextos para no tener que asistir a la vista y decidir el destino de otro seguidor más del nazareno crucificado.

Desde los últimos días de Herodes, el Templo de Jerusalén era vigilado por lo que los judíos habían dado en llamar «el malvado ojo celestial»: la constante presencia de guardias romanos en lo alto de la fortaleza Antonia, situada en la esquina noroccidental del complejo sagrado. Dicha fortaleza podía albergar hasta un millar de soldados. Pegadas a uno de sus muros estaban las cuadras donde guardaban los caballos sirios. Marcelo, el gobernador romano, no se privaba de ninguno de los lujos que su cargo y su posición le permitían. Su palacio de justicia estaba en la planta principal, al pie de la torre, y contaba con numerosas dependencias oficiales y estancias a su alrededor. Debajo del mismo estaban las mazmorras, un lugar de pesadilla, oscuro y nauseabundo, casi tan grande como el propio cuartel. Allí iba a parar la escoria de Jerusalén: borrachos, ladrones y rebeldes, todo aquel que no se plegara a la ley romana, así como los zelotes apresados, a la espera de juicio por resistencia organizada contra el gobierno romano en Judea.

En un balcón del costado del gran salón que tocaba al muro del Templo había dos enormes puertas de hierro ante las que montaban guardia constante diez soldados romanos. Más allá de esas puertas había un pasadizo a través del muro, una tierra de nadie de cuarenta codos de largo que desembocaba en otro par de enormes puertas de hierro que daban a la zona del Templo. El pasadizo había sido abierto por orden de Herodes, y los devotos escupían asqueados al oír su nombre. No podían olvidar que el sagrado Templo de Dios era mancillado en su esquina noroeste por la presencia de los odiados romanos. La torre de los soldados podía verse incluso desde una parte del patio sacrificial descubierto. Al otro lado del segundo par de puertas de hierro había un amplio balcón desde el cual setenta anchos peldaños descendían hasta el patio del Pueblo y el complejo del Templo.

En días festivos y otras celebraciones, el gigantesco rectángulo del Templo alojaba una enorme muchedumbre de peregrinos. Sus muros exteriores medían ochocientos codos de longitud. Hechos con bloques de piedra blanca cortados con precisión, los

muros tenían ochenta codos de altura por cuarenta de grosor. El Templo de Jerusalén era el centro de adoración y sacrificio, pero muy poca gente se acercaba a la zona de la escalinata que llevaba hasta las puertas vigiladas. Cualquier judío se consideraría sucio si pisaba el pavimento de la fortaleza Antonia.

El edificio más cercano a estas escalinatas era el Gazith, la sala de las Piedras Labradas, o cámara del consejo del sanedrín. Los judíos querían creer que el sanedrín era la más alta instancia, pero era innegable que quienes ostentaban el poder máximo eran los funcionarios romanos, que decidían incluso sobre asuntos judíos si se involucraban en ellos. La instauración de un sumo sacerdote como cabeza visible de este consejo era aprobada automáticamente por el gobernador romano si el elegido estaba dispuesto a ceñirse a la política civil y militar romana.

El sanedrín celebraba sesiones diarias excepto el sabbat y en las festividades religiosas judías; sus decisiones y dictámenes no solo eran aceptados por los judíos de Judea, sino también por aquellos diseminados por todo el imperio. En esta cámara los setenta y dos miembros votaban, a favor o en contra, de asignar fondos del tesoro del Templo a diversos proyectos y obras de beneficencia. En ella se juzgaba a los malhechores; se decidía sobre litigios y se dictaba sentencia.

Detrás de Saulo había un hombre llamado Esteban. Iba descalzo y, aparentemente, la única prenda que llevaba encima era una túnica de basto pelo de cabra. Estaba completamente inmóvil, y aunque su mentón imberbe se hallaba salpicado de sangre seca y en su mejilla podía verse un gran moretón, su rostro se mantenía inexpresivo y sus ojos azules miraban fijo al frente. La presencia del sumo sacerdote y de la corte suprema no parecía intimidarlo; era obvio que tenía la mente en otra parte. Sus cabellos rizados y cortos, al estilo griego, enmarcaban su rostro como un halo. Era alto y de porte regio, con espaldas anchas, brazos largos y musculosos, labios gruesos y nariz aguileña. Un hombre muy apuesto, en suma, y con la prestancia de quien poseía riquezas y posición. De hecho, venía de familia acomodada, pero había decidido abandonarlo todo a fin de promover la causa de Jesús de Nazaret.

Jonatán quería acabar cuanto antes con el asunto del nazareno, pues desde la muerte de este sus seguidores habían sido un constante problema. Era evidente que la secta

estaba todavía muy viva.

—Saulo de Tarso —preguntó, solemne, el sumo sacerdote —, ¿quién es ese hombre y de qué se le acusa?

Saulo observaba con actitud triunfal. Sus ojos oscuros, bajo las gruesas y ensortijadas cejas, tenían una mirada penetrante.

—Se llama Esteban —dijo—. Es un judío de mi tierra, Cilicia, pero a diferencia de mí, tiene alma de gentil. Conozco a los de su clase, padre Jonatán. Les enseñar desde jóvenes a emponzoñar la Ley, y ahora, aquí en la ciudad de Dios, su perversa religión está cristalizando. Este hombre predica doctrina radical en nombre del Carpintero. Es uno de sus principales seguidores. Ha blasfemado en público de Moisés y de la Ley y mancillado el mismo Templo. Tengo aquí a dos testigos que hablarán en su contra.

—Adelante —dijo el sumo sacerdote.

Uno de los dos aludidos avanzó, sin mucho convencimiento. Al igual que el otro, iba sucio, descuidado y harapiento, miembro de la escoria callejera que siempre estaba atenta a la posibilidad de ganarse una pieza de plata por servicios prestados. Cojeaba ligeramente, torciendo el pie hacia el exterior, y apoyó el peso en ese lado al andar.

—Habla —le dijo en voz baja Saulo cuando el otro se detuvo a su lado.

El hombre tartamudeó un poco, sin duda temeroso ante aquel grupo de augustos jueces y el propio sumo sacerdote.

—Mi hermano aquí presente y yo —empezó diciendo— hemos oído cómo el tal Esteban mancillaba este Templo. ¡Dijo que Jesús de Nazaret lo destruirá!

Se oyó un murmullo colectivo en el sanedrín.

—Jesús de Nazaret está muerto —dijo el sumo sacerdote.

—Este hombre aseguró que está otra vez vivo y que volverá para destruir el Templo y abolir sus sacrificios —respondió el testigo.

—¿Le oíste tú, personalmente, decir esas cosas?

El hombre miró a su hermano y luego a Saulo. Finalmente, asintió con la cabeza y dijo:

—Sí.

El hermano era tuerto; abría mucho su único ojo para compensar la falta del otro. Tímido y adulator, pero dispuesto a tomar parte en la representación, dio un paso al frente y, con la cabeza gacha para esconder su malformación, dijo:

—Le reza a ese Jesús. —Hizo una pausa, consciente de que todas las miradas estaban posadas en él, y continuó a trompicones —: Pervierte el culto de los judíos extranjeros que acaban de llegar aquí. Le hemos oído hablar ante centenares de personas en la lengua de los griegos. Se hace rodear de los de la sinagoga de los Libertinos, y también de los de la sinagoga de las Islas del Mar, profanando este santo Templo.

El primer testigo, deseoso de recuperar protagonismo, intervino:

—Va por ahí haciendo magia, engaña a la gente arrogando a ese Jesús curaciones que supuestamente ha llevado a cabo por su mano.

—¿Qué trucos y qué curaciones se atribuye? —preguntó el sumo sacerdote.

El hombre reaccionó perplejo y nervioso, azorado ante esa pregunta tan directa.

—Yo... yo...

—Habla —le ordenó Saulo.

—Saulo, ten la amabilidad de sentarte hasta que termine el interrogatorio —dijo el sumo sacerdote.

Saulo fue de mala gana hasta el banco más cercano y tomó asiento mirando hacia Esteban y los dos testigos.

—No tiene más poder que aquel mago egipcio que iba por Jerusalén engañando a todo el mundo —empezó el testigo.

El sumo sacerdote le interrumpió.

—Tu opinión personal no nos interesa. Este hombre está acusado de blasfemia. ¿Fuiste testigo de ello?

—Había un mendigo en la puerta de Damasco que decía ser ciego. Todo el mundo sabía que veía tan bien como pueda ver yo, pero el hombre era un vago y por eso pedía limosna a desconocidos. En estas llegó el tal Esteban. Había mucha gente en la puerta, y sabía que podría convencer a muchos de que tenía poderes milagrosos. Se paró delante del mendigo y le cubrió los ojos con las palmas de las manos. Al

retirarlas, el mendigo exclamó: «¡Puedo ver! ¡Puedo ver!».

El sumo sacerdote volvió a interrumpirle.

—No estamos aquí para evaluar la validez de trucos de magia ni curas milagrosas. Se trata de decidir si este hombre ha cometido o no blasfemia.

La inquietud en el sanedrín iba en aumento. Uno de los jueces indicó a un siervo que le llenara su copa de zumo de granada y vino. Muchos de los jueces tomaban esa mezcla de fruta y vino durante las sesiones.

En ese momento el maestro Gamaliel alzó la mano para hacerse ver.

—¿Puedo formular una pregunta al testigo, padre Jonatán? —dijo sin alzar la voz.

Jonatán asintió, y todos los ojos de la sala se volvieron hacia Gamaliel.

El apuesto y regio Gamaliel era una de esas personas cuya presencia llenaba toda la estancia. Era alto y delgado como un sauce. El poco pelo que le quedaba asomaba plateado bajo el turbante de fariseo. Su semblante era bondadoso, paternal. Inspiró hondo y juntó las manos al frente, los dedos de una apenas tocando y tamborileando en los de la otra. Sus elegantes movimientos lograron serenar al hombre al cual se dirigía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Semei de Hebrón, maestro Gamaliel —respondió el hombre.

Saulo se enderezó en su asiento y se volvió hacia Gamaliel, su viejo profesor, quien raras veces tomaba la palabra en las sesiones del sanedrín. Pero siempre que lo hacía merecía la pena oírle hablar. Era el maestro más querido y respetado de Jerusalén.

—Semei —empezó Gamaliel —, este consejo pasa la mayor parte de su tiempo escuchando acusaciones contra los que abogan por las doctrinas de ese nazareno. Por lo que respecta a las supuestas curaciones milagrosas, ya hemos oído demasiado sobre personas que se arrojan tal o cual poder, de tal o cual origen. Ahora quisiera preguntarte una cosa.

«Sé lo que va a preguntar —pensó Saulo, con aire triunfal —. Ahora viene cuando lo declaramos culpable.»

—Semei —continuó Gamaliel —, este hombre, Esteban, ¿invocó el nombre de alguna divinidad al llevar a cabo esa supuesta curación?

—No, maestro —dijo Semei—. Lo hizo en nombre del nazareno, Jesús.

Se oyeron murmullos en la cámara. Uno dijo: «Lapidadlo». Y otro: «No hay más que hablar». Los guardias del Templo alineados ante las paredes de la sala cerrada del consejo se pusieron alerta. El sumo sacerdote levantó las manos reclamando silencio.

Aunque Esteban no se había movido, la vista siempre fija al frente, parecía estar muy lejos de allí. En su rostro afloraba un asomo de sonrisa. Muchas miradas curiosas estaban pendientes de él, pero el maestro Gamaliel no había terminado aún.

—¿Tu nombre? —preguntó al segundo testigo.

—Cononia, también de Hebrón, maestro —respondió el hombre.

—Cononia, ¿estabas con tu hermano en el momento en que oyó al acusado invocar el nombre de Jesús el nazareno? —inquirió Gamaliel, despacio y con gesto serio.

—Yo... estaba allí, maestro. Entré por la puerta de Damasco justo detrás de mi hermano.

—¿Oíste hablar al acusado? —insistió Gamaliel, paciente.

—No, maestro —respondió el testigo, pero al momento añadió —: Oí decir al ciego que Esteban lo había curado.

Gamaliel suspiró y volvió a sentarse.

—Gracias, padre Jonatán. No tengo más preguntas —dijo.

Saulo se puso rápidamente en pie para que lo viera el sumo sacerdote, y este le dio la palabra con un gesto de cabeza.

—Maestro Gamaliel —dijo Saulo —, he estudiado a tus pies durante años. Fuiste tú quien me introdujo en la sagrada Torá. ¡Tú, maestro, me enseñaste a amar la Ley! Tú llenaste mi mente y mi corazón con las tradiciones orales de nuestros padres. Conservo como un tesoro los años que me concediste. En mi vida hay tres cosas importantes: nuestro pueblo, nuestra Ley y nuestras tradiciones. La Ley la recibimos de manos del Altísimo, y veo ahora que su autoridad e integridad están amenazadas por esa secta infame. —Saulo iba alzando la voz. Gesticulaba mucho, y sus ojos refulgían. A medida que hablaba, sus manos cortaban el aire como si descuartizaran víctimas imaginarias —. Gracias a mí se ha arrestado y juzgado a muchos de ellos.

Por fortuna, en numerosos casos he podido ver cómo se hacía justicia, pero a este hombre —Saulo, ya gritando, señaló con el dedo a Esteban —, a este apóstol del supuesto mesías difunto, lo he estado vigilando y es una presa de las grandes. Cada semana cientos de personas quebrantan la Alianza ancestral y se pasan a la facción de los corruptos. ¡Este hombre es su cabecilla! ¡Debe morir!

Saulo se sentó. El sudor resbalaba por su rostro y todo él temblaba. Abriendo y cerrando los puños, miró fijamente al acusado.

Gamaliel, al igual que Saulo, pertenecía al muy respetado grupo de los fariseos, que había empezado a florecer cuando las influencias paganas pusieron en peligro el poder y el espíritu de Israel. De ahí surgió la necesidad de proteger la fe verdadera, y un grupo de devotos se organizó para rebelarse contra la contaminación del espíritu judío. Se hacían llamar fariseos, y ejercían una poderosa influencia moral y espiritual sobre el pueblo.

Otro grupo, el de los saduceos, tenía también amplia representación en el sanedrín. Muchos de estos hombres estaban allí porque pertenecían a familias ricas y poderosas. Aunque de puertas afuera ayudaban a mantener el culto, eran hombres mundanos y les importaba poco la estricta interpretación rabínica de la Ley a cuyo cumplimiento contribuían.

El sumo sacerdote habló antes de que Gamaliel pudiera reaccionar a la invectiva de Saulo.

—No tenemos autoridad para ejecutar la pena de muerte sin la aprobación de Roma —le recordó.

Saulo se obligó a calmarse antes de responder al jefe de la cámara.

—Si los romanos no se enteran, no nos causará ningún daño, padre —dijo—. Muchas veces han hecho oídos sordos en lugar de implicarse en nuestros asuntos. Yo personalmente he administrado el castigo a varios de estos insectos en ciertas situaciones, cuando los descubría cometiendo actos abominables contra Israel, y tengo intención de hacer cuanto esté en mi mano para llevarlos ante la justicia.

Estaba furioso y desesperado por añadir más cosas que quería decir, pero no se atrevió. Sabía que el sumo sacerdote tenía una estrecha relación con Marcelo, el procurador romano. Y también sabía, aunque no se atrevía a decirlo, que el hecho de

que los romanos miraran hacia otro lado en tantos asuntos judíos respondía a un acuerdo tácito entre Jonatán y Marcelo. El sumo sacerdote controlaba al pueblo, evitaba rebeliones contra Roma y aconsejaba tolerar la presencia del estandarte romano en los juegos. A cambio, Marcelo daba a Jonatán rienda suelta en el ejercicio del culto y de las normas religiosas, que incluían procesar a los acusados de herejía y blasfemia. Se suponía que era un pacto secreto, aunque muchos, como Saulo y otros miembros del sanedrín, estaban al tanto del entendimiento entre el sumo sacerdote y el gobernador. No obstante, a fin de que dicho acuerdo siguiera vigente, tenía que ser clandestino; dicha subversión no podía llegar a oídos de Tiberio, de modo que todos fingían no conocer su existencia.

—Saulo —dijo muy serio el sumo sacerdote, señalándolo con el dedo—. Tú no eres la Ley. Es el voto de este sanedrín el que impartirá justicia.

—Sí, padre —dijo Saulo, resignado.

Cononia levantó la mano pidiendo permiso para hablar de nuevo.

—¿Sí?

—Padre —comenzó el testigo—, el mismo día en que mi hermano oyó a Esteban utilizar el nombre de Jesús cuando tocó al ciego, volvimos a pasar un poco más tarde y le oímos hablar en arameo ante una muchedumbre congregada cerca de la puerta.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Pues dijo... y mientras hablaba señaló en dirección al Templo, hacia el interior, al sanctasanctórum, y dijo...

—¿Qué fue lo que dijo? —volvió a preguntar con calma el sumo sacerdote.

—Dijo que Jesús abandonaría la diestra del trono de Dios para retornar y destruir el Templo y abolir los sacrificios —balbució el hombre.

Un clamor se elevó en el sanedrín. Varios fariseos se pusieron en pie y se rasgaron las vestiduras tirando de ellas con ambas manos, del cuello hacia abajo, como muestra de conmoción y repugnancia ante tamaña blasfemia. En el rostro de Saulo se dibujó una sonrisa de triunfo. Ahora que los dos testigos habían declarado haberle oído revelar las pretensiones de Jesús, Esteban ya no tenía salvación. Muchos de los miembros del consejo despotricaban contra él, señalándolo con el dedo. Algunos se

golpeaban el pecho en señal de protesta. Preferían detener el latido de su corazón a seguir oyendo abominables sacrilegios.

Saulo, viendo que Esteban seguía imperturbable, hervía de indignación. «Este hombre está en este lugar santo —pensó—, cerca del mismísimo lugar donde mora el Altísimo, aparentemente ufano de las cosas horribles que ha dicho y hecho. Sonríe sin parar para sus adentros. No debería haberlo traído a presencia de este consejo, sabiendo con certeza que es culpable. Debería haberlo matado con mis propias manos. Me está haciendo perder el tiempo, y yo necesito no descuidar el trabajo que se me ha encomendado. —La mente de Saulo se desbocaba furiosa. Apenas si podía permanecer quieto en su asiento—. ¿Cómo puede predicar sobre ese difunto mesías? Incontables generaciones de judíos han vivido y han muerto con la gloriosa esperanza por la que yo rezo a diario: ¡el verdadero Mesías!»

Desquiciado por la ira, Saulo se puso de pie.

—Este hombre es culpable —le gritó a Jonatán.

Una exclamación colectiva ratificó sus palabras. El sumo sacerdote empezó a aporrear la mesa.

—¡Silencio! —gritó repetidas veces.

Durante todo el revuelo, Gamaliel había permanecido sentado. Conocía la profecía de Jesús sobre el Templo de Jerusalén, que sería destruido, que no quedaría de él piedra sobre piedra. Jesús había pronunciado estas palabras ante sus discípulos poco antes de morir, contándoles las cosas horribles que habrían de acaecer y los signos del final de los tiempos. Cuando los gritos cesaron y se hizo el silencio, Saulo, rojo de furia, advirtió que todos los ojos estaban puestos en él, incluida la serena mirada de su maestro Gamaliel. De mala gana, volvió a sentarse.

Esteban permanecía impertérrito, su expresión inalterable. Todo él tenía un aire ultraterreno; parecía sentirse en paz en medio de todo aquel alboroto, incluso se habría dicho que irradiaba alegría.

Los dos testigos estaban ahora en cuclillas cerca de las imponentes puertas. El sumo sacerdote los miró con seriedad y un guardia los hizo avanzar de nuevo. Saulo había pedido que las puertas permanecieran cerradas durante la sesión. Muchos compañeros de Esteban habían pretendido entrar en la cámara del consejo, pero Saulo

había conseguido mantenerlos fuera y que no presenciaran la vista. Hecho el silencio, el sumo sacerdote se dirigió así a Esteban:

—Has sido acusado de hablar en nombre de Jesús el nazareno. Tus acusadores también te han oído decir que ese mismo Jesús destruirá este lugar santo. ¿Son ciertas ambas cosas?

Como si de repente hubiera caído en la cuenta de dónde se hallaba, Esteban parpadeó. Se volvió hacia Saulo y le miró, no con inquina sino con bondad. El de Tarso respondió lanzándole una mirada asesina. Esteban dirigió luego la vista hacia sus acusadores, los cuales agacharon la cabeza, incapaces de sostenerle la mirada. Contempló los rostros expectantes del sanedrín y entonces, en un tono de voz sorprendentemente potente y autoritario, dijo:

—Hombres, hermanos y padres, oídme. La gloria de Dios se apareció a nuestro padre Abraham cuando este se hallaba en Mesopotamia, antes de trasladarse a Canaán, y Dios le dijo: «Abandona tu país y a tu pueblo y ve a una tierra que yo te mostraré». Salió del país de los caldeos y vivió en Harán. Fue enviado por Dios a la tierra en la que ahora vivimos.

«¿Qué está tramando? —se preguntó Saulo—. ¿Qué tiene que ver Abraham con su respuesta a los cargos de que se le acusan? ¿Acaso confía en demostrar su inocencia contándonos la historia de nuestro pueblo? Por más elocuente que sea, no logrará borrar sus blasfemas palabras.»

Miró ansioso hacia el sumo sacerdote, pero Jonatán, al notar la impaciencia de Saulo, le hizo una señal para que permaneciera callado.

Esteban prosiguió, y estuvo hablando durante muchos minutos. Volvió a contar la historia de Israel desde la llamada de Abraham, explicando que los judíos eran un pueblo especial elegido por Dios para divulgar su palabra y su salvación de la humanidad. Relató apropiadamente las historias de Isaac y Jacob, de José y sus hermanos, de Moisés. Luego contó cómo Moisés había hablado con Dios y cómo este le entregó sus oráculos, los Diez Mandamientos. Hablaba en un hebreo perfecto y sus palabras resonaban en la cámara. A medida que transcurrían los minutos, el odio que sentía Saulo por él no hacía más que crecer.

«La lengua me hendirá la boca», pensó Saulo, sintiéndola reseca. Chasqueó los dedos para que un siervo le llevara algo a fin de refrescarse, y de la bandeja de plata cogió una copa de zumo y vino mezclados, vertió en ella un poco de miel y removió sonoramente mientras Esteban proseguía. «Es un buen orador —pensó—. Podría pasar por un dios griego, un profanador de la Alianza. No tiene ningún derecho a hacerse llamar judío. Tener que estar aquí callados mientras este hombre nos cuenta historias de nuestro pueblo, con el sumo sacerdote y todo el sanedrín por público, y eso después de haber mancillado el nombre mismo de Israel...»

Saulo bebió un poco mientras el orador evocaba la época de David y Salomón y la construcción del primer Templo.

Al oír que Esteban hablaba del Templo, Saulo aguzó los oídos. «¿Caerá él mismo en su trampa? ¿Afirmará una vez más que Jesús es capaz de destruir este sagrado santuario?»

Pero Esteban citó a los Profetas:

—El Altísimo no mora en templos hechos con las manos.

«Trata de impresionarnos con sus conocimientos de las Escrituras —pensó Saulo—. Nadie se dejará engañar por este traidor.»

—«El cielo es mi trono y la tierra mi escabel. ¿Qué casas me construiréis?» — prosiguió Esteban, citando a Isaías —. «¿No han hecho mis manos todas estas cosas?»

Saulo apretó con ambas manos su copa.

—Gente terca y hastiada de mente y de corazón. Carecéis del espíritu de la santidad lo mismo que vuestros padres. Ellos mataron a los profetas que nos hablaban de la venida del Justo —dijo Esteban en alta voz, señalando con el dedo al sumo sacerdote—. Se os concedió la Ley como bendición divina y no la habéis mantenido. Sois traidores y asesinos.

Saulo se puso inmediatamente en pie y, profiriendo un grito de guerra, se abalanzó sobre Esteban. La pesada copa de plata, que había arrojado en el momento de levantarse de su asiento, impactó con un golpe sordo en la sien de Esteban, que cayó de espaldas.

—¡Saulo! —gritó el sumo sacerdote—. Eres doctor de la Ley y has golpeado a un

hombre que todavía está siendo juzgado. ¡Es un acto ilícito!

Pero nadie oyó sus palabras pues otros miembros del consejo se habían sumado a la agresión. Los ancianos abandonaron a una sus asientos y, entre gritos, atacaron a Esteban. Cononia y Semei se les unieron, aliviados al comprobar que la vista había ido en su favor. El sumo sacerdote reclamó orden, y finalmente Saulo, agotada buena parte de su furia, se incorporó para detener a los otros.

—¡Lleváoslo y lapidadlo! —dijo a todos los presentes, sin dirigirse a nadie en particular.

—¡Alto! —gritó el sumo sacerdote—. Ese hombre no ha sido declarado culpable. Saulo de Tarso, ¿no tienes poder para dar una orden de ejecución!

Saulo estaba fuera de sí. Lanzando fuego por los ojos, giró en redondo para encarar al sumo sacerdote y gritó:

—¡Somételo a votación!

Jonatán ben Anás volvió la cabeza hacia el lacerado cuerpo de Esteban, que en ese momento intentaba ponerse de pie, y sintió por él una extraña compasión. «Qué apuesto es este hombre —pensó—, qué diferente de tantos y tantos rabinos desharrapados, algunos con numerosos grupos de seguidores, que reinterpretan y a menudo descubren nuevas bellezas en las Escrituras.» Sin embargo, la interpretación de Esteban había ido más allá de la iluminación para entrar en el territorio de herejía.

Jonatán se dirigió al sanedrín.

—Todos los jueces que consideren a este hombre culpable de la acusación de blasfemia que se levanten con la mano izquierda alzada.

Todos lo hicieron salvo Gamaliel, que seguía meditando sobre el discurso de Esteban. Cuatro o cinco saduceos a quienes les daba lo mismo una cosa que otra no se movieron de su sitio.

—Este tribunal —sentenció Jonatán ben Anás— considera a este hombre, Esteban, culpable.

De súbito, antes de que nadie pudiera ponerle la mano encima para llevárselo, Esteban se incorporó y, sentado en el suelo, abrió los ojos y miró fijamente en la dirección de Saulo. Tenía los ojos vidriosos y en sus labios ensangrentados jugueteaba una sonrisa; sus manos se alzaron en un gesto de alabanza. Durante una

fracción de segundo la expresión de su cara dejó a todos conmocionados, y en el silencio reinante dijo gozosamente:

—Mirad, puedo ver el cielo abrirse, y al Hijo del hombre sentado a la derecha de Dios.

Todo el mundo volvió la cabeza hacia donde Esteban estaba mirando. Saulo, al ver que todos los ojos apuntaban hacia él, miró rápidamente a su espalda y luego, abochornado por haberse visto interrumpido con lo que no era sino un truco, dijo rápidamente a Cononia y Semei y los guardias del Templo:

—¡Sacad de aquí a este hombre!

Los guardias, junto con siervos, ancianos y otros presentes, incluidos los dos testigos de cargo, sacaron a Esteban del Templo y lo condujeron por las calles hasta la puerta que llaman Dorada. Mientras se apresuraban a sacar de la ciudad al maltrecho y ensangrentado Esteban, muchos curiosos del populacho se sumaron a la turba, lanzándole gritos y puntapiés, contentos de formar parte de la excitación general. Sin embargo, entre los que seguían al grupo había muchos de la secta de los nazarenos, que habían estado rezando frente a la cámara del consejo por la liberación de Esteban; ahora lloraban desconsolados mientras seguían a la turba encabezada por Saulo de Tarso.

Desde lo alto del peñasco que dominaba el valle del Cedrón, justo enfrente del monte de los Olivos, arrojaron a Esteban al vacío y contemplaron cómo su cuerpo caía chocando contra las rocas y desgarrándose hasta llegar al fondo. Magullado, descalabrado, prácticamente muerto, logró ponerse de hinojos, levantar la vista hacia sus acusadores y exclamar:

—Señor, no les tengas en cuenta este pecado.

—¿Qué dice? —preguntó a gritos Saulo—. ¿Qué está diciendo?

La mayoría de los ancianos y guardias ya había abandonado la escena y regresado al Templo. Saulo, sentado en un saliente de roca, miraba a Esteban en el fondo del barranco.

—Le está rezando a Jesús —dijo Cononia.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Semei.

Saulo se volvió hacia un anciano y dos guardias.

—Quitaos las túnicas y ponedlas a mis pies —dijo.

Si ninguno de los verdugos llevaba vestiduras propias del Templo, nadie podría demostrar después que la ejecución hubiera sido llevada a cabo con el beneplácito del consejo. Se despojaron de sus prendas exteriores y las dejaron a los pies de Saulo.

Este vio que en la fortaleza Antonia unos guardias romanos armados de arco y flechas los estaban observando desde lo alto. Estaban demasiado lejos para constituir una amenaza para Saulo, pero él odiaba aquella fortaleza, aquel símbolo de la injerencia romana en los asuntos judíos. No los temía en absoluto, él mismo era ciudadano romano por nacimiento, pero vivir con la presencia de soldados del imperio venía siendo para él motivo de dolor. Jamás lograría tener paz de espíritu mientras estuvieran allí, en su amada Judea, pero nunca les tendría miedo.

Incorporándose, agitó el puño en dirección a la fortaleza y luego escupió ruidosamente al suelo para mostrar su repugnancia ante la presencia de los soldados. Los romanos dieron la espalda a lo que ya sabían que iba a ser otra ejecución judía y se olvidaron de Saulo y sus compañeros.

Saulo señaló a Esteban y ordenó:

—¡Matadle!

Las primeras piedras erraron el tiro; luego una le dio en el hombro y le rompió la clavícula. Aun así, Esteban permaneció erguido, el rostro cubierto de sangre y el semblante extrañamente dichoso. Cononia levantó una piedra grande y puntiaguda y, en el momento de arrojarla, Esteban exclamó:

—¡Señor, te encomiendo mi espíritu!

La piedra dio en el blanco, aplastándole el cráneo, y Esteban cayó muerto.

«Nunca he visto a nadie morir así», pensó Saulo, y durante un buen rato mantuvo su atención fijada en Esteban. Apenas si reparó en que los otros recogían las prendas que habían dejado a sus pies y partían en silencio. Saulo se quedó solo y turbado. «Este hombre tenía algo diferente —reflexionó—. Casi parecía feliz de que lo mataran. Hasta el último aliento no ha dejado de sonreír.» Las cavilaciones de Saulo se vieron

interrumpidas por el gentío que pasó por su lado y descendió hacia el Cedrón. Hombres y mujeres corrieron hasta donde el cadáver de Esteban yacía boca abajo y empezaron a llorar y a proferir gemidos.

La ira de Saulo renació.

—¿De dónde han salido todos esos nazarenos? —se preguntó en voz alta—. ¿De las cuevas del Cedrón? ¿Del huerto de Getsemaní? ¡Los hay por todas partes! ¡A centenares!

Estaban procediendo a levantar el destrozado cuerpo de Esteban para llevárselo de allí. Hombres y mujeres desharrapados formaban la larga y doliente comitiva que se alejó del Cedrón. Varios de ellos se encogieron de miedo cuando Saulo se irguió para gritarles, los puños cerrados con rabia:

—¡Escucha, oh, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es!

Y detrás de Saulo, una voz suave añadió:

—Pero tú, oh, Señor, eres un Dios compasivo y piadoso, tardo para la ira, lleno de misericordia y verdad.

Saulo se volvió y allí estaba el anciano Nicodemo, de blancas barbas, veterano miembro del sanedrín. Su réplica fue instantánea:

—Así habló el Señor que creó el cielo... —dijo sin vacilar—. ¡Yo soy el Señor y no hay otro!

Nicodemo respondió al punto, citando el Levítico:

—No te vengarás ni guardarás rencor alguno a los hijos de tu pueblo, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor.

Saulo contuvo su cólera. Nicodemo no se hallaba presente cuando Esteban había sido condenado por sus propias palabras.

—Ese hombre ha sido declarado culpable de blasfemia, maestro Nicodemo —dijo—. Si hubieras estado hoy en el sanedrín, habrías dado tu voto para que lo mataran.

Una sonrisa irónica jugueteó en los labios de Saulo, pues dudaba de lo que acababa de decir: Nicodemo no había estado presente en ningún juicio contra un discípulo del Carpintero.

Aunque Nicodemo estaba oficialmente retirado del sanedrín y era un principal entre los judíos, de vez en cuando asistía a las sesiones del consejo para estar con sus

viejos amigos. Como ministro supervisor de las aguas del Templo, delegaba muchas de sus obligaciones en administradores y sacerdotes. Cada día le entregaban un informe sobre la pureza y abundancia del agua que llegaba a las numerosas salas y patios del recinto a través del acueducto de las piscinas del rey Salomón, en el camino de Hebrón.

Saulo no quiso dar su brazo a torcer y citó nuevamente el Libro.

—Aquel que blasfeme el nombre del Señor será sin duda ejecutado y todos los fieles lo apedrearán. —La última frase la pronunció con un énfasis especial—. Las Escrituras no pueden decirlo más claro, ¿no es cierto, maestro Nicodemo? ¿Acaso es posible debatir estas sagradas palabras?

Nicodemo suspiró y fue a sentarse en una piedra a poca distancia de Saulo. Sus bondadosos ojos lo miraron con piedad. Nicodemo tenía los hombros encorvados, y sus blancos cabellos enmarcaban su rostro bajo el tocado que llevaba. Las comisuras de los ojos eran una maraña de arrugas y sus manos temblaban ligeramente. Por respeto a su edad y a su cargo, Saulo se sentó de nuevo y esperó a escuchar lo que el anciano tuviese que decir.

—No, Saulo, yo no habría dado mi voto para condenar a ese hombre a muerte —dijo Nicodemo. Miró hacia el Cedrón, que ahora estaba vacío. La única prueba de la ejecución eran unas cuantas piedras esparcidas y una sombra oscura en la arena, allí donde Esteban había caído de bruces—. Yo no le desearía esa muerte a nadie, sea judío o griego, esclavo o libre. Estos ojos han visto ya muchas muertes, y tras mucha reflexión, creo que los hombres harían mejor en no seguir asumiendo la responsabilidad de hacer sufrir y de matar a otros hombres.

—Son los crímenes de este hombre contra el Altísimo los que han provocado su muerte, maestro —dijo Saulo.

Apenas si había hablado con Nicodemo en los cinco o seis años que le conocía. Nicodemo había tratado personalmente a Jesús el Carpintero y se había mostrado muy tolerante con él. Habían hablado en numerosas ocasiones, le había oído predicar y no había aprobado su muerte cuando fue condenado por Caifás y el tribunal.

Mientras Saulo pensaba estas cosas y escuchaba el paternal discurso de Nicodemo,

su ira volvió a despertarse.

—Dime, maestro, ¿acaso el galileo no afirmaba ser el hijo del Altísimo? — preguntó airado.

Nicodemo tardó en responder, y cuando lo hizo, dijo afablemente:

—Él no hizo muchas afirmaciones sobre sí mismo, Saulo. Puso a Dios como origen de todo poder terrenal.

Saulo no necesitaba interrogar a Nicodemo para saber lo que Jesús enseñaba. Conocía las palabras de Jesús casi tan bien como las de Moisés. Muchas veces en los últimos años había oído exponer y debatir las enseñanzas de Jesús. Le había llenado de asco escuchar a aquellos fanáticos santurrones proclamar su independencia respecto de la Ley y su salvación por la simple fe en Jesús. Aquellas personas profanaban la Ley, la Ley sagrada. Para Saulo, la Torá lo era todo. La Palabra, la riqueza de la Palabra, era algo en lo que ahondar, algo con lo que envejecer y encanecer, algo capaz de suscitar día a día nuevos gozos para la mente. No había mejor objetivo en la vida que el estudio y la contemplación del Libro. Aunque Saulo sabía que la perfección era un atributo exclusivo de Dios, él se había propuesto desde siempre alcanzar el logro definitivo: la misión de cumplir los 613 mandamientos y observancias de la Ley. Imposible o no, esa era la alta meta que se había fijado. Para ser un judío integral, el sentimiento judío no bastaba; se requería la práctica y la observancia. En el alma de Saulo estaban grabadas las costumbres, fiestas, reglas y tradiciones de su pueblo. Cuantos más años pasaran, más amaría la Ley.

Los gozos de la inspiración que el estudio de las Escrituras conllevaba lo hacían sentirse plenamente realizado; la satisfacción espiritual, que eliminaba sus necesidades humanas, la hallaba en eso y en la práctica de las costumbres, fiestas y tradiciones de su pueblo. No tenía tiempo ni lugar para una familia y las riquezas mundanas carecían de atractivo para él.

«Cuando mis cabellos sean blancos como los de Nicodemo —pensó—, yo no me voy a quedar sentado dudando confuso de mi alianza con Dios. Viviré y moriré según la Ley, y llevaré la Palabra y la Ley en mi corazón hasta el último de mis días.»

Saulo se levantó y miró a Nicodemo. Sereno ahora y seguro de sí mismo, bajó el tono de voz normalmente un tanto agudo, pero sus palabras conservaban cierta acritud.

—Maestro —dijo —, el shemá, que proclama que Dios es uno, fue lo primero que memoricé de niño. El primer mandamiento es adorar a nuestro único Dios. Los seguidores del Carpintero, en el bautismo, en la oración, en sus rituales, adoran a tres dioses: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aunque sea solo por esta razón, esa gente me parece una afrenta a todo cuanto yo considero sagrado. La espada de su palabra atraviesa mi corazón solo de pensar en lo que afirman. ¡El Hijo de Dios crucificado por los inmundos romanos! ¿Es que el Creador del cielo y de la tierra necesita la ayuda de un hombre incapaz de salvarse para terminar su obra? —El tono de voz parecía suplicar ahora a Nicodemo que entendiera su punto de vista —. ¿Vamos a permitir que personas que viven entre nosotros y que se llaman judíos vayan por ahí proclamando la divinidad de un nazareno que tuvo una muerte vergonzosa en la cruz? ¿Es que el mesías prometido durante cientos de años no fue más que un simple error, visto y no visto?

Nicodemo miró a Saulo con gesto compasivo.

—Y la tercera divinidad que ellos sostienen que mora en su interior es el Espíritu Santo —continuó Saulo —. Maestro Nicodemo —dijo, intentando no encenderse, recordándose que, al fin y al cabo, aunque no sentía nada especial por ese hombre, Nicodemo era un líder del sanedrín y uno de sus principales sacerdotes —, el Espíritu Santo del Dios de Israel fue la inspiración divina de nuestros patriarcas y nuestros profetas. Si me permites la pregunta, ¿acaso la carne, débil y corruptible como es, puede alojar la quintaesencia del espíritu, el Espíritu Santo?

—Dios es un espíritu, Saulo —respondió Nicodemo —, y aquellos que lo adorar deben hacerlo tanto en espíritu como en verdad.

«Está citando al nazareno —pensó Saulo con amargura —. Un maestro del Templo de Dios sentado ante mí citando frases de un rebelde muerto...»

—Si me disculpas, maestro —dijo Saulo, y se alejó apresuradamente.

Nicodemo, cabizbajo, permaneció donde estaba.

—Mía es la venganza, dijo el Señor —pronunció con voz débil.

Se levantó, envolviéndose en su túnica, y tras una última mirada al lugar manchado de sangre donde había yacido Esteban, dio media vuelta y echó a andar lentamente

hacia la ciudad con el corazón en un puño. Debía ir a ver a los familiares de Esteban para darles el pésame. Sintió un escalofrío al recordar la fiereza en la mirada de Saulo. Era la señal de que un nuevo baño de sangre estaba a punto de empezar.

Saulo avanzaba a grandes zancadas a lo largo del muro oriental del Templo. Cuanto más se alejaba del valle, más deprisa caminaba, balanceando sus largos y musculosos brazos al ritmo de los decididos andares de sus cortas piernas. Daba miedo verle, aquel ser formidable con la capa ondeando tras de sí, sus oscuros ojos mirando fijo al frente, sus pobladas y enmarañadas cejas arqueadas hasta rozar casi el turbante. Solo su atuendo era ya motivo para que muchos se pararan a mirarlo. Su tocado y su túnica eran indicativos de su posición en el Templo, pero sobre los hombros llevaba una prenda de malla y en los pies gruesas sandalias como las que usaba la guardia del Templo, provistas de anchas tiras de cuero trenzadas hasta la rodilla.

Avanzó con furia hacia la entrada del recinto. ¡Estaba completamente decidido! Acabaría con los fieles del nazareno. Creía solemnemente que aquella era obra de Dios y tenía un profundo interés personal en la tarea. Siempre se había esforzado por complacer a Dios, y sin embargo tenía constantemente la sensación de no haber hecho suficiente, de haberse quedado corto a la hora de cumplir los designios divinos. Ahora tenía la oportunidad de compensarlo, de complacer realmente a Dios con un espléndido servicio a su pueblo. Esta idea le dio nuevas energías y redobló el entusiasmo de su celo.

«Dios reveló su plan para el hombre en el monte Sinaí —pensó—. Durante siglos la Torá ha mantenido su riqueza y su gloria, conteniendo la promesa de que el Justo, el Ungido, descenderá de los cielos en todo su esplendor. Son promesas con las que ahuyentar a los falsos profetas y los fingidos mesías que tratan de imponerse a la fuerza. Nadie debe seguir predicando las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Hombres como ese Esteban, que tratan de conectarlo a Dios como hijo, de entronizarlo en una trinidad divina, deben ser silenciados. El nazareno —concluyó Saulo— no es una nueva verdad que Dios haya agregado al Sinaí después de pensárselo mejor.»

Jonatán ben Anás era de estatura media y complexión normal. Llevaba con orgullo sus

vestiduras y tenía el porte de un rey cuando se paseaba por sus aposentos. Colgada del cuello solía portar una gruesa cadena de oro, en la mano izquierda lucía un sello de oro y un anillo con un gran rubí en la derecha. Era un hombre asombrosamente apuesto, de cabellos cobrizos y tez rubicunda. A veces parecía un poco huraño porque su cara no era fácil de interpretar. Recibía a todo el mundo con la misma expresión plácida, tal vez a modo de escudo contra el incesante aluvión de visitantes. Jamás bajaba la guardia dejando ver sus sentimientos, pero aun así no estaba preparado para una visita de carácter privado del impetuoso Saulo de Tarso.

En ese momento estaba dictando cartas a un escriba, el cual escribía lenta y esmeradamente con un estilo sobre el pergamino. Había un guardián junto a la puerta cuando Saulo irrumpió, el rostro enrojecido y sudoroso. El sumo sacerdote alzó una mano para detenerlo mientras continuaba dictando, resuelto a completar su escrito antes de que perdiera el hilo. Nadie entraba así como así en su aposento privado; el guardián se sintió confuso al ver entrar a Saulo sin previo aviso; no sabía si debía permitirle seguir allí. Pero Saulo hizo caso omiso del guardián y se quedó esperando a que el sumo sacerdote le dijese algo. Por fin, terminada la carta, el escriba recogió sus rollos y se dispuso a salir.

—Pídele que se quede —le dijo Saulo al sumo sacerdote—. Requiero sus servicios, si no tienes inconveniente.

Saulo era consciente de su intromisión, pero para él en ese momento no había nada más importante, ninguna tarea era más vital para la santidad de aquel Templo que la que él se disponía a abordar. Jonatán se sintió irritado y esta vez no intentó disimular. Se acercó a Saulo y se detuvo a un palmo de su cara.

—Es tarde —dijo Jonatán ben Anás, considerando que, quisiera lo que quisiese Saulo, podía esperar al día siguiente—. Hoy ha sido una jornada de mucha tensión para cualquier hombre bueno. Mañana, Saulo, mañana. Ya nos ocuparemos de lo que sea menester.

Pero Saulo no estaba dispuesto a rendirse.

—Esteban, el discípulo del nazareno, ha muerto. Sus amigos lloran ahora sus despojos. La noticia de su ejecución no tardará en estar en boca de todos ellos, y

empezarán a desperdigarse. Solicito una carta de autorización oficial del sanedrín para buscarlos allá donde se encuentren y traerlos ante la justicia.

El sumo sacerdote miró detenidamente a Saulo antes de hablar.

—¿Asumirías tú personalmente la tarea de acabar con la comunidad de los nazarenos?

—Sí —respondió Saulo sin dudar un momento—. Dios quiere que los herederos de su Alianza no tengan que sufrir esta degradación entre su pueblo.

Jonatán se tocó la cadena que le colgaba del cuello.

—El asunto del nazareno es agua pasada —dijo, haciendo un esfuerzo por ser paciente—. ¿Dios quiere? —preguntó, y lo repitió más fuerte—: ¿Dios quiere? ¿Se te acaba de revelar a ti la solución, después de los años que llevamos lidiando con esa gente? ¿Has sido bendecido con el conocimiento de la voluntad de Dios?

—Es la Ley de Dios lo que me motiva, padre —replicó Saulo—. Como dijo el salmista: «Me complazco en hacer tu voluntad, oh, mi Dios; tu Ley anida en mi corazón». Padre Jonatán —continuó Saulo—, la ira de Dios bulle dentro de mí. Nadie ama tanto la Ley como yo, ni nadie ha intentado con más ahínco ser un mejor guardián de la Ley: por tanto, a través del amor y el conocimiento de la Ley que albergo en mi interior, estoy llamado a llevar a cabo esta tarea, que me consta es voluntad divina.

Jonatán estaba furioso.

—¿Que estás llamado? ¿Que estás llamado? ¿Has oído la voz de Dios, o se te ha aparecido a ti personalmente? ¿En una zarza en llamas? ¿Cómo has sido llamado? —gritó.

Saulo no respondió a las preguntas. Se limitó a alzar la cabeza, aún con más orgullo, y decir:

—He sido llamado.

El sumo sacerdote no daba crédito. Miró estupefacto al joven guerrero que tenía delante. «Conocer la voluntad de Dios —se dijo para sus adentros—. ¿Cuántas vidas, y durante tantísimos siglos, han querido ver fervientemente en sus actos el reflejo de la voluntad divina? ¡Saulo, de la tribu de Benjamín, acaba de proclamar que él conoce la voluntad de Dios!»

Meneó la cabeza, desconcertado, y regresó a su asiento. Le llevó un tiempo responder. «Este hombre es peligroso», pensó.

—El fuego de tu fervor te consumirá, Saulo —dijo Jonatán sin alzar la voz—. Los fanáticos, sea cual sea el motivo de su fanatismo, siempre son gente marginada, y la mayoría de ellos suele acabar precipitándose al abismo.

»Saulo —concluyó el sumo sacerdote —, ¿no estás de acuerdo con el maestro Gamaliel en que si los nazarenos son herejes y su culto está fuera de la voluntad de Dios, tal como tú dices, ellos mismos se aniquilarán en su intento de coexistir con los que adoramos al único Dios verdadero? ¿Por qué un hombre de la Ley como tú ha de embarcarse en una misión de destrucción y violencia?

—Dios lo quiere —dijo Saulo sin más.

«Este hombre va a causarme muchos problemas», pensó Jonatán.

—Pero morirá mucha gente, Saulo. Gente de tu misma raza y tu misma sangre, en su mayoría. No estamos hablando de griegos ni de paganos. Son de las doce tribus: parientes tuyos.

Saulo no respondió al momento.

—Desentenderse de la Alianza por voluntad propia equivale a separarse de la viña de Israel. Yo voy a espigar ese viñedo.

Jonatán suspiró largamente. Estaba claro que seguir hablando con aquel hombre no tenía sentido. Con o sin la aprobación del sanedrín, el de Tarso perseguiría a los nazarenos. La mejor solución sería que el beneplácito del Templo fuera acompañado de cierto control autoritario sobre los actos de Saulo; una carta serviría para, al menos, hacerle salir de la ciudad. Aun así, habría que vigilarlo y pararle los pies de un modo u otro si ponía al Templo en un aprieto o se volvía peligroso.

—Haz que el escriba redacte la carta. Después la examinaré y pondré mi firma en nombre de los altos sacerdotes, siempre y cuando me parezca una cosa segura y sensata —dijo Jonatán ben Anás.

Saulo se volvió hacia el escriba y este desenrolló un nuevo pergamino.

A LAS SINAGOGAS JUDÍAS DE JUDEA,
SAMARIA, FENICIA, SIRIA,
Y DEMÁS DISEMINADAS POR EL EXTRANJERO

Sirva esta carta como presentación de su portador, Saulo, de la tribu de Benjamín, fariseo y miembro elevado del Sanedrín en el Templo del Altísimo de la Ciudad Santa de Jerusalén.

Por la presente, este tribunal encomienda a Saulo la tarea de examinar la doctrina explicada en cualquier sinagoga o lugar de reunión; en caso de descubrir enseñanzas o prácticas heréticas por parte de la secta llamada de «los nazarenos» o «la Gente del Camino», arrestará y llevará ante la justicia a los partidarios de Jesús de Nazaret, el cual falleció tras ser crucificado por los romanos siguiendo órdenes de Poncio Pilato.

Se sabe que estos apóstoles predicán, enseñan y hacen proselitismo de la divinidad de Jesús de Nazaret sosteniendo que resucitó de entre los muertos y ascendió a los cielos, donde, aseguran, está sentado a la diestra del Altísimo. Este y otros preceptos semejantes van contra la Ley de Moisés y la Orden de este Templo Santo.

Deberá concederse esta autorización a Saulo, hijo de Benjamín, por cuanto es necesaria para frenar el crecimiento y la expansión de la secta de los nazarenos.

JONATÁN BEN ANÁS
Sumo sacerdote

El escriba derritió un poco de cera y vertió unas gotas sobre el pergamino. Se lo presentó al sumo sacerdote, el cual presionó la cera con su anillo y le entregó el pergamino a Saulo justo en el momento en que Nicodemo entraba en la estancia.

Saulo se puso tenso. El olor de su transpiración se mezcló con los aromas a aceite de limón y cedro que flotaban en el aposento. Sintiéndose como si le hubieran seguido y pillado cometiendo un acto innegable, dijo:

—No temas, maestro Nicodemo. El Templo aprueba la tarea que me dispongo a llevar a término. Unos días más aquí, y luego dejaré de ser una molestia para ti.

Estaba ya en la puerta cuando Nicodemo le dijo:

—Saulo, recuerda las palabras de Zacarías: Sed justos en vuestras sentencias y que todo hombre sea compasivo y misericordioso con su hermano.

Saulo esbozó una sonrisa irónica y, mientras salía por la puerta, dijo:

—Yo sé quiénes son mis verdaderos hermanos, maestro. Ellos no corren ningún peligro.

—Saulo —dijo el sumo sacerdote con voz autoritaria —, debes traer a los

arrestados ante este consejo de ancianos para ser juzgados.

—¿Es que yo no pertenezco al consejo? —replicó Saulo a voz en cuello —. Mis testigos, los hebronitas, demostrarán que tengo razón.

Jonatán se lo quedó mirando, enojado, y Saulo dio media vuelta y salió.

—¿Qué se propone hacer? —le preguntó Nicodemo a Jonatán.

—Dios quiera que se marche pronto de la ciudad —dijo el sumo sacerdote —. Hasta que eso ocurra, lo mantendremos vigilado.

—¿Y después?

—Después lo seguiremos vigilando.

—Pero ese hombre está obsesionado, Jonatán —dijo Nicodemo.

—¡Basta de Saulo por hoy! —gritó Jonatán —. Me marcho a casa con mi familia.

Jonatán sintió cierto alivio ante la idea de la inminente partida de Saulo. Al fin y al cabo, no había solicitado fondos del tesoro del Templo. El suyo era a todas luces un empeño personal. Gracias a la cuidada redacción de la carta, el Templo no tenía nada que temer. Saulo sería el único responsable de sus actos.

Saulo atravesó el patio descubierto de los Gentiles. Aunque la tarde estaba ya avanzada, en el recinto del Templo había aún mucha gente y ruido, y en la gigantesca zona al aire libre eran millares las personas congregadas. Saulo dejó atrás los numerosos tenderetes de cambio de moneda. Para donativos al Templo se aceptaban únicamente las acuñadas por judíos en Judea. Las monedas romanas y las del resto de provincias debían ser cambiadas por moneda judía de curso legal. La más utilizada para donativos al Templo era el medio séquel de bronce. Incluso se cambiaban piezas de plata por estas monedas de menor valor. Los cambistas sacaban el máximo provecho posible de estos intercambios. Se regateaba acaloradamente y a gritos. Los propietarios de estos tenderetes de cambio se contaban entre los más ricos de la ciudad.

Con gesto asqueado, Saulo siguió avanzando entre un laberinto de vendedores de aves y otros animales para sacrificar. Había pichones, tórtolas y palomas blancas, estas últimas las más caras. Había carneros, ovejas, corderos y toda clase de cabras,

una gran variedad. Los más pobres solían optar por un par de pichones o incluso dos palomas. Los que podían permitirse el lujo compraban un cordero blanquísimo. En cualquier caso, la elección dependía sobre todo del día santo en concreto y de la clase de sacrificio que requería, o de los motivos personales para hacer una ofrenda particular.

Mientras caminaba, Saulo pronunció los trece atributos divinos, pidiendo misericordia a Dios por las transgresiones de Israel. «El Señor, el Eterno misericordioso y clemente, tardo de ira y grande en benevolencia y fidelidad, que prodiga misericordia a lo largo del mil generaciones y perdona la iniquidad, la transgresión y los errores y purifica. —Y luego, en voz bien alta, añadió —: Alabado sea el nombre del Altísimo.»

Por fin dejó atrás toda aquella locura mercantil, salió del recinto del Templo y se encaminó hacia el barrio donde vivía.

«Cuando venga el Mesías —se dijo para sus adentros —, purgará el Templo de Dios de estos adoradores del dinero. El profeta Malaquías dijo que entrará en este Templo y se ocupará de purificar a su pueblo, de refinarlo y purgarlo como el oro y la plata a fin de que pueda presentar al Señor una ofrenda aceptable. Púrgame y purifícame a mí, oh, Señor. Santifícame y dame fuerzas para la tarea que debo llevar a cabo.»

Estaba ahora al pie del enorme reloj —o clepsidra, como lo llamaban los griegos —, cuya aguja señalaba la undécima hora.

«Es ya la última hora para los nazarenos —pensó—. Se les acaba el tiempo.»

El reloj se elevaba por encima de los muros del Templo y podía verse desde casi cualquier punto de la ciudad. El agua con que funcionaba procedía de las piscinas de Salomón mediante deslizamiento por gravedad. El mecanismo del reloj era simple pero muy preciso: de una rueda dentada colgaba una cadena de oro que hacía girar la aguja. La cadena estaba sujeta a una gigantesca ampolla de cobre que flotaba en la artesa que comprendía la mitad inferior de la torre. Una válvula de precisión permitía salir la cantidad exacta de agua, y conforme el nivel del agua descendía también lo hacía la ampolla de cobre, tensando la cadena, la cual hacía girar la aguja del reloj.

Cada séptimo día, la noche siguiente al sabbat, se llenaba de nuevo el tanque y se ajustaba la válvula en caso necesario. Para los fieles como Saulo, el reloj de agua era una visión familiar. La gran campana de bronce de la torre tocaba cada tres horas, marcando sonoramente el paso del tiempo y llamando a la oración.

El ayuno

Sara le sirvió a su hermano el segundo plato de la cena. Saulo apuró la copa de vino del Carmelo, partió un pedazo de pan ácimo sobre el plato y lo mojó en el puré de garbanzos y cereales. Ofreció el pan a su sobrino de cuatro años, Jacob ben Leví, que estaba cómodamente sentado en el regazo de su tío. El niño comió con gusto.

Jacob era un muchacho vivaz e inteligente. Quería mucho a su tío Saulo, y este a su vez le tenía mucho afecto. «Ha salido a su madre en todo lo bueno —pensó Saulo—, lo que es una suerte. Hay que dar gracias al Altísimo de que se parezca tan poco a su padre, Leví ben Lamec.»

Sara le puso un cuenco a Leví y volvió a llenar de vino las copas.

—Come, Saulo —dijo, sentándose enfrente de él—. Jacob ya es mayor para hacerlo solo. Eres tú quien necesita alimentarse.

—Sí, madre —le dijo Saulo a su hermana, pero siguió dando de comer a su sobrino.

Leví guardaba silencio. Apenas si decía nada durante las comidas, cosa que a Saulo le iba de perlas. Leví era abogado, abogado civil, y Saulo tenía poco en común con él. Nunca en su familia había habido alguien con esa profesión, deshonrosa a ojos de Saulo. Leví era un deliberador, un árbitro en juicios públicos en los que hijos de Israel medían fuerzas entre sí. «Las riñas civiles de ese tipo —pensaba Saulo— solc acarrean deshonra a los litigantes y dan una fea imagen de los judíos.»

—Estoy impaciente por que llegue el siguiente plato —dijo Saulo—. Me ha parecido oler a ganso asado.

Su hermana se levantó, sonriente, para acercarse al horno.

Levíapuró su tercera copa y abordó el tema que sin la ayuda del vino no se habría atrevido a sacar.

—Parece ser que hoy el sanedrín ha juzgado al apóstol del Carpintero de Nazaret, un griego llamado Esteban. ¿Es cierto eso, Saulo?

—Lo es —dijo Saulo, sin levantar la vista de su plato.

Leví, que era un hombre corpulento, sudaba copiosamente pese a que en el tejado donde estaban cenando hacía fresco. Desde donde Saulo estaba sentado, las iluminadas alturas del Templo enmarcaban la cabeza de Leví, cuyos mofletes se veían muy colorados a la luz de las velas. Una perpetua sonrisa suspicaz hacía que su cara pareciera aún más ancha, y sus labios estaban húmedos de vino. Mechones de enrevesado pelo negro se pegaban a su frente.

También Saulo notó que enrojecía, pero de cólera, a causa de la conversación que el otro pretendía entablar.

—Espero que los escribas lleven buena cuenta de los costes y del tiempo invertido en procesar a los innumerables miembros y seguidores de esa secta —dijo Leví ben Lamec.

Sara llegó justo a tiempo con la humeante bandeja. Saulo empezó a rebullirse en su asiento (el tema de los nazarenos siempre lo hacía subir por las paredes), pero ignoró el comentario de su cuñado; no pensaba discutir con él en presencia de su hermana y del niño.

Sara, sin embargo, notó que había tensión, y después de mirarlos a ambos dijo:

—Saulo, come. No cocino un ganso todos los días.

Cogió a Jacob, lo sentó en una silla para él solo y le sirvió carne. Sara era una mujer delgada y vivaracha, alegre por naturaleza, con unos ojos grandes y afectuosos. La parte superior de su vestimenta mostraba bordados de gran delicadeza, y llevaba sus espesos cabellos oscuros recogidos con mucha gracia detrás de la cabeza.

Saulo tomó unos bocados sin decir nada, pero no pudo aguantarse más. Tenía que contestar a la observación de Leví.

—No hay límite de tiempo ni de dinero cuando se trata de preservar la unidad de nuestra religión —dijo.

Leví ben Lamec hizo caso omiso del tono áspero de Saulo. Retrepándose en su silla, a gusto con la situación, dijo:

—Han pasado siete años desde que ejecutaron al Carpintero, y sus seguidores no dejan de aumentar. Condenando a uno más de sus apóstoles, ¿no crees que el sanedrín está escupiendo contra el viento?

Saulo no dijo nada y devolvió su atención a la comida.

Leví ben Lamec continuó:

—Yo presencié el registro de la muerte del nazareno en los archivos del pueblo. «Ejecutado. Muerte por crucifixión. Yeshua ben Yosef, carpintero de Nazaret.»

Saulo miró a su cuñado y, dominándose, le dijo:

—Deberían haber puesto «crucificado por los romanos».

—¿Es que nosotros no somos ciudadanos romanos? —preguntó Leví ben Lamec—. ¿Y por qué te molesta tanto el hecho de que lo crucificaran?

—Leví —dijo Saulo, manteniendo la calma —, soy un invitado en tu casa y me siento honrado de sentarme a tu mesa, pero debo decir que... —Hizo una pausa; quería medir muy bien sus palabras—. Sí, por nacimiento somos ciudadanos romanos, pero por encima de todo somos judíos. Y para mí la crucifixión es algo ajeno y pagano. La mera idea de suspender un cuerpo humano de una cruz y dejarlo morir en agonía es un arcaísmo; sin embargo ese nazareno merecía la muerte, y bien muerto está. No hablemos más del asunto.

—¿Te parece más humana la lapidación? —replicó Leví ben Lamec.

Esta vez Saulo le miró directamente a los ojos.

—Nuestro pueblo ha empleado tradicionalmente ese método para ejecutar a malhechores —respondió.

Leví se echó a reír.

—Vaya, cualquiera diría que eres macabeo, un abanderado de la independencia y la pureza, según lo expresas tú, de nuestra religión. Los tiempos han cambiado, Saulo. Dioses romanos y sobrescritos en latín aparecen en las monedas que empleamos para comprar pan. En todas las ciudades y pueblos importantes hay un centurión y un puesto militar romano.

A Saulo le hervía la sangre, estaba nervioso e inquieto; cada pequeño bocado parecía expandirse dentro de su boca hasta que conseguía tragarlo.

El voluminoso estómago de Leví dejó escapar un estruendo sordo mientras el abogado se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

—No necesito que me den lecciones sobre la historia reciente de este país —dijo Saulo con frialdad—. Hace casi cien años que el general romano Pompeyo invadió nuestras tierras, pero nosotros seguimos llevando a cabo nuestro culto y nuestros sacrificios en el Templo sagrado. El Altísimo no ha dado la espalda a su pueblo elegido.

—Ya, pero sigo sin entender —dijo Leví ben Lamec— por qué después de siete años la judicatura de esta nación se preocupa tanto por la gente que se acuerda de un simple rebelde más.

—No es solo que se acuerden de él —replicó Saulo—. Es que le adoran. Algunos hablan incluso de la «sinagoga de los nazarenos», y eso es algo que el sanedrín no puede tolerar. Y menos aquí. En Jerusalén. —Había ido alzando la voz—. Y menos a la sombra del Templo sagrado, donde mora el Altísimo.

Leví sonrió.

—Ah, querido cuñado —dijo, inclinándose hacia delante—, tienes a todo el mundo pagano en tu contra, lo cual no es ninguna novedad para nuestra nación. ¿Crees que tu ferviente empeño en nombre del pueblo judío va a significar algo?

A Saulo se le encendieron las mejillas. Sara consiguió intervenir a tiempo.

—Leví, te ruego que no hables de esto durante la cena.

Saulo quiso decir la última palabra.

—Sí, ese Esteban fue juzgado, condenado y ejecutado.

—Escupir contra el viento —repitió Leví, sirviéndose vino por cuarta vez.

Saulo había dejado de comer y tenía las manos cruzadas sobre la mesa.

—No habrás terminado ya, ¿verdad? —le preguntó Sara.

—Sí. Gracias por la cena. Debo irme tan pronto hayamos recitado la bendición.

El pequeño Jacob parecía ajeno a la tensión del momento; seguía partiendo pedacitos de carne y llevándoselos a la boca. Sara, sentada con los brazos cruzados,

procuró no mirar a su marido, que con la mirada un poco empañada por el vino sostenía su copa con ambas manos.

El lugar donde Saulo residía era una especie de pequeña cueva en el subsuelo de una sinagoga. El mobiliario era escaso. En el lado izquierdo, pegado a la maciza pared de piedra, había un aguamanil, con su jofaina y su jarro, con un paño encima para que el agua no se ensuciara. A mano derecha, bajo el solitario ventanuco, pero orientados hacia el Templo pese a que este no era visible desde allí, había un taburete y una mesita de tosca superficie, con un candil diminuto, una péñola y un tintero. En el otro extremo estaba la repisa tallada en la roca donde Saulo dormía. Una simple manta de pelo de cabra, que él mismo había tejido, y una estera de paja a modo de colchón constituían su camastro. Era casi imposible dormir confortablemente sobre aquella dura roca, aunque hacía ya tiempo que Saulo se había forzado a acostumbrarse a ello. Solo se reclinaba cuando estaba realmente agotado y muerto de sueño. La repisa permanecía siempre fresca y a oscuras. Al pie de la misma, en el suelo, había una pequeña alfombra que Saulo había hecho con lana de una oveja venida de Hebrón... Hebrón, donde reposaban los restos de Abraham, Isaac y Jacob.

Pegado a una cuarta pared había un gran telar vertical en el que Saulo tejía el pelo de cabra o la lana que previamente había hilado, y hacía paños para el rabino de la sinagoga. Saulo había confeccionado un recio toldo negro para cubrir la entrada principal. Como pago por la habitación que ocupaba, se dedicaba a hacer todo cuanto el rabino Baana ben David insinuaba que podía necesitar, desde un mantel para la mesa de los panes hasta un precioso paño de lana con ribetes dorados, además de un tapiz multicolor para tapar una antiestética zona donde habían clausurado una puerta antigua, una esterilla para el umbral e incluso unos suaves y cálidos zapatos para cuando hiciera frío. Saulo ayudaba también a Baana ben David en el mantenimiento de la sinagoga.

El afecto entre Saulo y el viejo rabino era mutuo. Saulo no recordaba que hubiera habido otro rabino en aquella sinagoga. Habían pasado más de diecisiete años desde que Baana ben David recibiera una carta de su viejo amigo Jano, un fabricante de

tiendas de campaña en Tarso, diciéndole que le enviaba al joven Saulo, de trece años, hijo de Benjamín. Jano era el *sandok*, el padrino, de Saulo. Según el fabricante de tiendas, el muchacho era de espíritu abierto y entusiasta y estaba en disposición de viajar. Su padre había muerto y su madre vivía en casa de un hermano, de modo que el joven podría dedicarse en cuerpo y alma al estudio de las Escrituras.

Saulo pensaba a menudo en Tarso, una hermosa ciudad de más de trescientos mil habitantes, en la que había nacido y pasado su infancia. Había en Tarso tres clases sociales: los muy ricos, que vivían en buenas casas de la ciudad y en las villas del monte o de la costa; los muy pobres, que vivían míseramente en la orilla oriental del río Cidno; y la comunidad judía, que habitaba en edificios de dos o tres plantas de ladrillo o piedra, atestados pero confortables, en las angostas calles de la ribera occidental.

Durante quinientos años Tarso había sido presa codiciada y lugar estratégico para las naciones en guerra al norte y al sur, al este y al oeste. En época de Alejandro Magno, la élite griega consideraba Tarso una ciudad bárbara. Sus construcciones eran de adobe y madera en su mayoría. Los más pobres vivían en innumerables cobertizos hechos de paja. Había también quien moraba en tiendas hechas de pelo de cabra negra, conocido como *cilicium*. Cuando Alejandro llegó a Tarso siguiendo el curso del Cidno, mandó incendiar la ciudad. Posteriormente fue reconstruida casi toda en piedra, y sus edificios más imponentes seguían el estilo de la Grecia clásica.

Se construyó una fábrica de moneda, y las monedas llevaban sobrescritos en griego, que era la lengua común de la gente de Tarso. Pero tras ser conquistada por los romanos en el siglo II antes de Cristo, el latín se impuso. Sin embargo, los judíos hablaban también en hebreo, leían las Escrituras en esa lengua y se la enseñaban a sus hijos.

Mientras vivió en Tarso, Saulo tuvo contacto con sirios, cilicios, pisidios, chipriotas y capadocios, así como con viajeros de extrañas y remotas tierras. Había visto llegar caravanas cargadas de mercancías orientales, desde sedas de todos los colores hasta encajes, pieles, marfil y madera de teca y de palosanto. Algunas caravanas seguían camino hasta Egipto para hacer trueque por piezas de bronce, joyas

etíopes y los cereales que crecían en abundancia en el exuberante delta del Nilo.

Al gran puerto de Tarso arribaban barcos de todos los países, y desde el oeste, a través de la escarpada cordillera del Tauro, llegaban por la calzada romana caravanas de comerciantes y viajeros. Las rutas romanas conectaban cualquier rincón de las provincias y países del vasto imperio con el Miliario de oro, situado en el centro de la ciudad de Roma.

Saulo recordaba la época en que trabajaba de niño con su padre. Fue en el puerto de Tarso donde había aprendido el oficio de confeccionar tiendas de campaña. También se acordaba de los grandes rollos de cáñamo, algodón o *cilicium*, y del gesto de aprobación de su padre cuando Saulo, menudo y ágil, trepaba veloz como un gato por las jarcias para remendar una vela desgarrada, usando las agujas y punzones que su padre le daba.

Al cabo de un tiempo, su progenitor consideró que ya podía volar solo. Día tras día el muchacho se despertaba temprano y, con las herramientas de su padre bien envueltas, partía a pie desde la ciudad y seguía la calzada romana hacia las estribaciones del Tauro.

En aquellas cuestas era donde los pastores nómadas apacentaban sus rebaños. Su vida entera giraba en torno al rebaño, y cuando los animales necesitaban pasto fresco, los pastores y sus familias desmontaban y plegaban sus tiendas de tela negra y las ataban a narrias tiradas por burros. Saulo los seguía en su periplo y a veces les echaba una mano con las tiendas. Cuando tenía que remendar alguna tela, siempre dejaba a los nómadas asombrados por la rapidez con que sus dedos utilizaban los utensilios y el hilo de *cilicium* para remendar un desgarrón o reforzar el tejido.

Saulo comía a menudo con los pastores. La comida era sana, pero no del gusto del muchacho. El ágape del mediodía consistía siempre en un estofado de carne de cabra con puerros y ajo y cualquier otra cosa que tuvieran a mano. El pan sin levadura pasaba de mano en mano y cada comensal partía un trozo lo bastante grande para sostenerlo con cuatro dedos y poder mojarlo en la olla comunitaria. El pequeño Saulo daba interiormente gracias a Dios al empezar y al terminar. Nunca comía mucho, solo lo suficiente para contentar a su anfitrión. Rechazar la comida habría sido un insulto para el nómada.

No recibía ni esperaba paga alguna por sus servicios. Iba de tienda en tienda, preguntando educadamente si necesitaban que les remendara alguna tela rota o vieja. Su aprendizaje le proporcionó experiencia práctica en la confección de tiendas. Al morir el padre, su madre puso a Saulo, que apenas contaba doce años, al mando del comercio de tiendas.

Saulo aprendió a dominar el oficio, y cuando llegó el momento de abordar la cuestión de sus estudios de la Ley, alguien sugirió que debía trasladarse a la ciudad santa y ponerse bajo la tutela del respetado Gamaliel. «¡Jerusalén!», exclamó Saulo al oír la noticia. ¡La ciudad de Dios! Cuántas veces había anhelado visitarla después de oír hablar de ella a gente que había estado allí. Cuántos miles y miles de personas habían vivido y muerto sin haber puesto el pie en ella. Saulo rezaba cada día sus oraciones arrodillado mirando hacia Jerusalén y el Templo sagrado. ¡Ahora podría ver ambas cosas!

Lo que más le fascinaba era el sanctasanctórum. Allí, detrás del velo, moraba la presencia del Divino. Saulo sabía que no iba a entrar nunca en el sanctasanctórum, pero la perspectiva de ver los muros y los parapetos del templo reflejados al sol hizo que su corazón brincara de alegría. «Jerusalén —decía—. Voy a ver Jerusalén.»

Los recuerdos de la infancia no le abandonaban, sentado ahora en su habitación en penumbra debajo de la sinagoga. Le vino de repente a la cabeza un pastor llamado Zeno de Éfeso. Zeno le había contado una historia sorprendente sobre ánares migratorios y águilas que vivían en las rocas y peñascos del monte Tauro, una historia cuya moraleja apuntaba a la oportunidad de hablar o de guardar silencio.

—Todos los años —le dijo Zeno—, con la llegada del invierno, desde que la gente cuenta historias a sus hijos, se habla de los guijarros de río caídos del cielo sobre la cordillera del Tauro, cuyas estribaciones llegan hasta Tarso y el río Cidno.

»Mira el monte Tauro. Sus peñascosas cumbres se elevan orgullosas hacia el cielo, y en sus majestuosos riscos anidan águilas temibles.

»Grandes cantidades de ánares viven en los fértiles valles de Cilicia, Frigia, Betania, el Ponto y el mar Negro, más allá de las montañas, durante el verano y el otoño. Llegado el invierno emprenden la marcha hacia el sur, rumbo al cálido y

fecundo delta del Nilo en Egipto.

»Cuando anochece, las águilas de las rocosas cumbres del Tauro aguardan el momento en que los ruidosos ánades pasen volando por la zona. Su plan es atacarlos, matarlos y llevarlos hasta sus nidos. Pero sin duda es designio de Dios que los ánades hagan lo que hacen.

»Antes de emprender el largo viaje que los llevará a sobrevolar las alturas del Tauro, cada ave toma del lecho del río un guijarro, uno no muy grande, que pueda llevar cómodamente en el pico. Solo entonces alzan el vuelo, rumbo al sur, remontando lenta pero incansablemente en la oscuridad de la noche. Y cuando sobrevuelan el monte Tauro, donde las crueles águilas esperan para lanzarse sobre ellos, ya están a muchos cientos de metros por encima de su cumbre. Merced a los guijarros que llevan en el pico, los ánades vuelan en silencio y de este modo pasan inadvertidos para las águilas. Luego, una vez que el peligro queda atrás, abren la boca y sueltan los guijarros. De este modo llegan a salvo a Egipto.

»Acuérdate de los ánades y las águilas —le decía Zeno—. Hay un momento para hablar y otro para callar.

El recuerdo de esta historia dejó a Saulo un poco intranquilo. «Ahora más que nunca —pensó—, es preciso que no olvide la lección de las águilas y los ánades: cuándo hablar y cuándo guardar silencio o abstenerme de hacer algo.»

Se puso el talit y, tocando amorosamente los vistosos flecos del chal, se volvió hacia el Templo, cerró los ojos y exclamó:

—¡Conságrame, Señor, a tu servicio! ¡A ti, oh, Señor, elevo mi espíritu! Que la integridad y la virtud me preserven, pues espero tu venida. Redímeme, oh, Señor, y demuestra mi valía. He caminado en la verdad. He odiado a los malhechores. En tus sinagogas te glorificaré, oh, Señor. Tus enemigos braman en medio del santo Templo. Los necios han blasfemado tu nombre. ¿Qué Dios es tan grande como nuestro Dios?

Oraba en voz alta, como si quisiera que su plegaria se alzara desde el sótano donde habitaba hasta alcanzar al Dios de las alturas.

—Tú estableciste testimonio en Jacob y dictaste unas normas en Israel, de forma que tus hijos pudieran alcanzar el conocimiento de la Ley, depositar en ti sus esperanzas y guardar tus mandamientos. Pero los infieles han accedido a tu legado,

mancillando tu santo lugar. Deja que desate tu ira contra ellos. Que los infieles comparezcan ante ti como prisioneros, llorando, y que reciban siete veces el castigo por sus ofensas. Tus enemigos perecerán, Señor, y yo destruiré en tu nombre a los malvados de la tierra y libraré tu ciudad santa de esos perversos.

El voto de los nazareos venía de muy antiguo. Saulo alcanzó el pergamino del Libro y releyó la orden que Dios dio a Moisés sobre la observancia de dicho voto. Durante siete días, Saulo ayunaría, rezaría y dormiría. No probaría el vino. No vería ni hablaría con nadie. No saldría de su habitación. Se consagraría íntegramente a la tarea que tenía por delante. Transcurridos los siete días iría al Templo y completaría su voto con sacrificios.

—Escucha, oh, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es —oró de nuevo.

Iría más allá de lo que el voto requería. Lo único que importaba era llevar a cabo su tarea. Se preparó mentalmente para renunciar incluso a los pocos placeres que se permitía. Saulo creía en efecto que todas las cosas fueron creadas por Dios para que el hombre gozara de ellas, pero había un momento para todo: un momento para reír, otro para llorar, un momento para saciarse, otro para ayunar. Esta vez, sin embargo, su ayuno iba a ser el más duro. Puesto que pedía a Dios una ración doble de energía, perseverancia y dedicación, iba a ofrecerle más que una doble ración de sacrificio. Meditaría sobre Dios con una actitud de alegría y gratitud por el privilegio de servirle con todo su corazón, su cuerpo y su alma.

Se acostó, sin encender la lámpara, en la repisa que le servía de cama. Se levantaría antes del alba y diría sus oraciones, pero no conseguía conciliar el sueño. Había sido un día estimulante y Saulo no podía quitarse de la cabeza todo lo ocurrido. Pensó en la muerte, la muerte por lapidación. Al recordar la cara de Esteban hizo un esfuerzo por apartar aquello de su mente, pero fue en vano. De nuevo tuvo pensamientos sobre la muerte, ahora por crucifixión, el tipo de ejecución más común entre los romanos, una manera especialmente cruel de prolongar la agonía. Los romanos habían ejecutado a mucha gente de su pueblo, incluso a amigos suyos.

Recordó que en una ocasión habían sido casi un centenar los crucificados en un mismo día fuera de los muros de la ciudad, pero a la vista de todo el mundo. Un grupo

de jóvenes de una casa de estudio se había reunido ante la fortaleza Antonia para protestar airadamente contra la erección del estandarte romano en lo alto de la puerta de Damasco. Unos soldados romanos salieron para contener a los que gritaban, y cuando los jóvenes empezaron a lanzarles piedras, acudieron más soldados, que con sus escudos y espadas acorralaron a los manifestantes contra la pared norte del Templo y los sometieron a golpes y estocadas. Algunos murieron allí mismo; a los demás los crucificaron horas más tarde.

Le turbó recordar aquello, e hizo un esfuerzo por borrarlo de su cabeza. Se concentró en las Escrituras y con los ojos abiertos empezó a recitar, pero cada vez que terminaba una plegaria o un versículo, el recuerdo de aquel día volvía a asaltarlo.

No se hallaba en la ciudad cuando sucedió, sino en el camino de Betania, comprando algodón y vellón a un comerciante rural. En el camino de regreso, al doblar el monte de los Olivos, vio que estaban levantando cruces en el monte Scopus. Echó a correr hacia allí y, haciendo caso omiso de las miradas hostiles de los romanos, contempló la terrible escena de los jóvenes que agonizaban en la cruz. Al mirar aquellos rostros transidos de dolor, de pronto vio una cara conocida. Saulo dejó escapar un grito al reconocer a Miguel, el hijo de dieciocho años de su vecino Natán, el quesero. Miguel siempre había sido un muchacho reservado y tímido, la antítesis del líder en una revuelta como aquella, pero sin duda estaba en contra de los romanos; o tal vez solo se había dejado llevar por el entusiasmo de sus compañeros. Comoquiera que fuese, ahora estaba clavado de pies y manos a una cruz romana y su muerte estaba próxima. Saulo se había arrodillado a los pies del crucificado, que se retorció y gemía sin parar, y rezó por él. A punto ya de expirar, Miguel miró al genuflexo y le reconoció.

—Tengo sed —susurró a través de los dientes apretados.

Saulo se incorporó, se acercó a un grupo de mujeres y les suplicó que mojaran una esponja en el vino mezclado con narcóticos que los romanos les permitían a los familiares y amigos dar a los moribundos. Saulo agarró una vara larga, clavó en un extremo la esponja empapada en el vino sedante y la acercó al rostro de su amigo. Miguel abrió la boca, tomó la esponja entre sus dientes y apretó para extraer el líquido. La droga hizo su efecto, y al poco rato el crucificado ya no gemía tanto y

dirigió a Saulo una mirada de agradecimiento.

—¿Por qué, Miguel? —preguntó Saulo—. ¿Por qué te has unido a una rebelión tan insensata?

—Por ti —respondió Miguel con un hilo de voz—. Y por Israel.

Saulo quedó a la vez dolido y perplejo ante la respuesta. Unos soldados romanos se le acercaron para decirle que se apartara. Él no les hizo caso.

—Pero ¿morir? —le gritó a Miguel—. ¿Qué causa merece que uno entregue la vida?

—Sobrevive, Saulo. Sobrevive si puedes —dijo Miguel—. Pero merece la pena morir por un hermano.

Un soldado golpeó a Saulo con la parte roma de su espada y lo hizo caer al suelo. Luego le propinó un puntapié en las costillas con su recia sandalia. Saulo se quedó quieto hasta que los romanos se alejaron, y cuando le pareció que el peligro había pasado, se incorporó un poco y miró de nuevo a su amigo agonizante.

Suspendido de la cruz, de cuando en cuando Miguel apoyaba el peso del cuerpo en sus pies claveteados a fin de izarse y respirar mejor. Para entonces la carga que tiraba de su torso y de sus hombros hacia abajo había debilitado tanto su musculatura que el joven se asfixiaba. Sin poder recibir ninguna ayuda desde abajo, el crucificado boqueaba a fin de hacer pasar un poco de aire por sus atorados conductos respiratorios.

En ese momento, ya fuera por piedad o, lo más probable, para poner punto final al trabajo, un esclavo nubio de los soldados se aproximó armado de un martillo y con sendos golpes les partió las piernas a las víctimas. El amigo de Saulo lanzó un grito y luego boqueó. Al ser incapaz de llenar sus pulmones de aire, no pudo inspirar otra vez: Miguel ben Natán había muerto.

—Oh, Dios —exclamó Saulo desde su jergón—, renueva mi mente. Límpiala de toda maldad y toda preocupación y permite que piense únicamente en ti y en tu voluntad.

Aun así, tardó horas en dormirse, y cuando lo consiguió durmió de forma agitada. Aquella primera noche, sus recuerdos permearon sus sueños, sueños perturbadores en

los que aparecían Esteban y Miguel, y en ocasiones hasta el nazareno.

Al despertar, Saulo no recordaba nada con claridad. Se lavó a conciencia y luego, de pie mirando hacia el Templo, empezó sus oraciones matutinas. Hizo lo posible por no pensar en sus sueños de muerte cuando intentaron colarse en su conciencia una vez más.

—Santificame para tu servicio, oh, Señor —oró.

Transcurridas tres noches y un día, Saulo ya no tenía hambre. Empezaba a sentirse mareado y como si estuviera «por encima» de su cuerpo. Tenía la mente despejada, y en el momento de abordar sus plegarias vespertinas el cuarto día de ayuno, entró en un estado de oración, balanceándose sobre los talones mientras recitaba fragmentos de las Escrituras que conocía desde joven. Repitió una promesa de Isaías, y mientras pronunciaba en voz alta las palabras, se le ocurrió que el profeta debió de tenerlo en mente a él, Saulo de Tarso, cuando las escribió: «No temas, pues yo estoy contigo; sí, te fortaleceré; sí, te sostendré con la diestra de mi justicia».

Un ruido lo sacó de su ensimismamiento. Alguien llamaba a la puerta. La estancia estaba en penumbra, pues Saulo no había encendido el candil. Se asomó sin hacer ruido a la ventana y miró hacia la calle, que estaba al nivel de la vista. Y allí, a unos palmos apenas de su cara, vio los pies de un fariseo. Lo supo por la bastilla dorada de la buena capa de lino que el hombre llevaba puesta. Saulo se inclinó un poco y miró hacia arriba: reconoció al hombre que estaba llamando por segunda vez a su puerta. Era el maestro Nicodemo.

«¿Qué querrá?», pensó Saulo, apartándose con sigilo hacia la zona más oscura de su habitación. Nicodemo volvió a llamar, ahora más fuerte. «Vete, traidor», pensó, y casi se le escapó en voz alta. Se quedó quieto. Nicodemo no insistió más y lentamente se apartó de la puerta. «Sabe que estoy aquí y que no quiero verle —pensó Saulo—. Tal vez así sabrá lo que opina un verdadero hijo de Israel de quienes mancillan la fe de nuestros padres. Su rostro tiene el mismo brillo de santurróna piedad que tenía el de Esteban y el de otros nazarenos. No todo es paz y alegría en el Templo de Dios. Él descargará su ira sobre todos aquellos que le traicionan. Su venganza no hará distinciones, ni siquiera con Nicodemo.»

—¡Escucha, oh, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es! —dijo en voz

alta, levantando un puño cerrado en la oscuridad de su habitación, pegado a la pared sin nadie que le oyera salvo el mismo Dios; de haber habido alguien con él, habría podido ver el fuego que despedían sus ojos.

Empezó a pasearse por la estancia agitando los brazos, colérico, pero era innegable que sentía cierta curiosidad por saber a qué había venido Nicodemo. Sin duda para reprenderlo una vez más, pero Saulo pensó que quizá habría podido obligar al maestro Nicodemo a reconocer que mantenía contacto con los nazarenos. Era algo que sospechaba desde hacía tiempo, y pensar en ello hizo que sintiera aún menos respeto por el anciano. ¡Que aquel sabio de Judea pasara parte de su tiempo en la más alta instancia del pueblo judío, y que luego se sentara en el duro suelo con aquellos nazarenos rebeldes! Tenía que dejar de pensar en aquel hombre, de lo contrario se pondría enfermo.

—Renueva mi mente —exclamó—. Prepárame para servirte, oh, Dios.

Aquella cuarta noche la repisa donde dormía le pareció más dura que nunca. No había encendido el candil por miedo a que volviera Nicodemo. Renovó su voto de no hablar con nadie durante los siete días de su exilio voluntario. No dejó de moverse sobre la estera de paja que cubría la repisa de roca. Su habitación estaba oscura como boca de lobo, y cada vez que giraba el debilitado cuerpo de espaldas a la pared veía a través del solitario ventanuco un puñado de estrellas en el cielo despejado y sin luna. Su mente no paraba de exclamar: «¿Dónde estás, Dios? Deseo hacer tu voluntad. Vivo solo para servirte, pero estás tan lejos de mí...».

«¿Estará Dios entre esas estrellas? —se preguntó—. Sin duda, el Creador es más grande que su creación.» El único y verdadero Dios habitaba en alguna parte de aquel cielo, pero ese era otro misterio. ¿No había ordenado Dios que el tabernáculo del desierto fuera construido según sus indicaciones a fin de que él pudiera morar también entre los hombres? ¿No estaba su divina presencia en el sanctasanctorum del Templo de Jerusalén? ¿Y no moraba Dios en el corazón del hombre? ¿En la mente del hombre? ¿En su alma? Sentía con frecuencia la presencia de Dios, pero le daba terror. ¿Podía la bondad de Dios morar con la maldad del hombre, con el propio Saulo? Por más compromiso, por más dedicación que Saulo mostrara, ¿se manifestaría Dios en su

vida?

Las dudas lo corroían. Frágil mortal como era, independientemente de sus muchos sacrificios, de su abnegada dedicación, ¿podía el Omnipotente manifestarse en aquella su débil carne humana?

De repente se sintió avergonzado por su falta de entendimiento de Dios. Dios es ubicuo y omnisciente. El profeta dijo que está arriba en el cielo y abajo en la tierra, y por su parte el salmista decía: «Dios está en la sustancia misma que me hizo a mí». En el tabernáculo del desierto, ¿acaso no había indicado su presencia entre ellos con una nube durante el día y una columna de fuego durante la noche? ¿Cuán grande es Dios? ¿Cuán pequeño? Él está en todas partes, y sin embargo Saulo no hallaba paz en su interior.

—Permíteme trabajar a tu servicio, oh, Señor —exclamó—. En esta noble tarea que me has encomendado, déjame hallar la paz. Déjame hallar la alegría. ¡Deja que te encuentre!

Pero Saulo no hallaba consuelo. Cuando faltaba poco para que amaneciera, cayó en un sueño inquieto y extenuado. Y fue entonces cuando empezó aquel espantoso sueño.

Estaba en medio de una turbulenta crecida. Llovía a cántaros y, aunque era de día, estaba medio oscuro. Trataba de agarrarse a los arbustos de la orilla, pero la impetuosa corriente tiraba de él y el propio peso de su cuerpo arrancaba las plantas de raíz. Se hundía, emergía de nuevo, volvía a hundirse, emergía otra vez. Entonces veía una piedra grande que sobresalía de la margen del río y se aferraba a ella con dedos como garras. La piedra parecía firme; si lograba agarrarse bien, quizá podría salir del agua. Con todos sus músculos en tensión, los dedos en carne viva, alargaba el brazo tratando de encontrar un buen punto de apoyo, pero una ola repentina se lo llevaba de nuevo hacia dentro, y al darse cuenta de que se hundía en el agua, su propio grito pidiendo auxilio le despertó.

Se incorporó temblando, empapado en sudor frío.

—Comprendo el sueño, oh, Señor —musitó—. El salmista dijo: «El Señor es mi roca, mi fortaleza y mi salvador». Y yo sé, Señor, que la crecida simboliza a tus enemigos, mis enemigos, a todos los impíos. Pero en el sueño, ¿por qué no podía sujetarme a la roca? Oh, Dios, no me abandones. No permitas que me arrastre la

corriente. Tengo que cumplir una misión en tu nombre.

Después de un buen rato intentando acallar su atribulada mente, Saulo consiguió por fin dormirse otra vez. El sueño continuó. Ahora estaba caminando por la ribera, junto al río que fluía torrencial. Estaba empapado y tenía frío. Saulo fue consciente de que estaba soñando en una especie de duermevela, viéndose a sí mismo en su propio sueño; la sensación era muy extraña. Sabía que, en parte, su estado mental se debía al ayuno, pero aun estando suficientemente consciente para darse cuenta de ello, no conseguía despertarse. Se veía a sí mismo tiritar de frío, y de repente tenía frío, pero estaba sumiéndose en un sueño más profundo y no podía salir de él. Sudoroso, se revolvió y se agitó en la repisa de roca.

Del agua parecían llegar gritos, y daba la impresión de que había muchas personas en la corriente, aunque él no reconocía ninguna cara. Ahora le llegaban súplicas y lamentaciones, y el río se convertía en un mar cuya anchura no podía abarcar con la vista. Millares de personas eran arrastradas por el agua y sus voces eran extrañas, extranjeras. Él seguía caminando por la orilla seca y pedregosa, pero anocheecía y no vio el arroyuelo hasta que tuvo los pies metidos en él. Era un simple reguero, y a medida que el agua corría hacia el mar, le llegaron risas y llantos de alegría. Le pareció oír cánticos y alabanzas. Por lo visto, el agua del arroyuelo en el que se encontraba estaba obrando algún tipo de milagro en la gente metida en el agua. Vio que intentaban avanzar hacia donde él estaba; algunos le llamaban por su nombre. ¿Por qué le pedían a él que los salvara? ¿Y por qué intentaban acercarse a ese punto donde el riachuelo desembocaba en el mar? Saulo se echó a temblar de miedo. El agua del riachuelo tenía un olor extraño, un olor dulzón, y por primera vez advirtió que lo que cubría sus pies hasta los tobillos era... sangre. «¡Es sangre!», gritó, y entonces despertó.

Despuntaba el día, y los golpes en la puerta parecieron taladrarle las sienas. Se tapó los oídos con las manos y, agachando la cabeza y cerrando los ojos, trató de aislarse del mundo exterior y regresar a su sueño. La interrupción lo había dejado entre confuso e irritado. Aunque se trataba de una pesadilla, era preciso pensar, rezar e interpretar cuanto antes su significado, antes de que se le olvidara por completo,

pero alguien persistía en interrumpirle. El rabino Baana ben David llamó más fuerte y gritó su nombre:

—Saulo, Saulo. Abre.

Hasta unos minutos después, durante los cuales Saulo permaneció inmóvil y en silencio, el rabino no renunció a su intento. «Espero que me perdone cuando entienda que he hecho un voto —pensó Saulo—. Confío en que así sea. Incluso puede que ya lo haya entendido y esté rezando por mí.»

Cruzó la habitación y se miró en el espejo de metal pulido. Estaba demacrado tras una tormentosa noche de muy poco sueño y continuas pesadillas. Vertió agua del jarro en el aguamanil y se lavó a fondo. Mientras lo hacía, las palabras del salmista afloraron a sus labios al reproducir el sueño en su mente.

—Sálvame, oh, Dios, pues las aguas están entrando en mi alma... Me he convertido en un extraño para mis hermanos... El fervor de tu casa me ha devorado... Escarmiento a mi alma con el ayuno.

Se sentía muy débil; el simple hecho de estar de pie y lavarse era ya extenuante, pero el espejo le devolvió un rostro más animoso. Se cepilló el pelo. Se examinó bien, confiando en que su aspecto no delatara que estaba ayunando. Quería que su rostro reflejara fortaleza, pero los ojos mostraban desconcierto.

—La sangre —dijo—. Un símbolo de sacrificio, pero ¿qué sangre? ¿Sangre de quién? Los que estaban en el agua me llamaban en lenguas extranjeras. ¡Ojalá pudiera olvidar este sueño tan perturbador!

Mediada la mañana, Saulo volvió a sentirse en paz, leyendo los rollos de la Ley al pie de su ventana. Su brillante imaginación lo llevó en compañía de Moisés en sus andanzas por el desierto, tal como se narran en el libro del Éxodo. Estuvo con Moisés en el Sinaí. Mentalmente, le ayudaba a construir el tabernáculo. Pudo ver el atuendo sacerdotal de Aarón como si lo tuviera delante. Veía los Diez Mandamientos tallados en piedra por la mano de Dios. Oía a los hijos de Israel incurrir en la maldad y la idolatría y admiraba la cólera de Moisés. Saulo atesoraba sus preciosos rollos de las Escrituras y los tocaba con verdadero amor.

Volvió a fijarse en las marcas que el roedor había dejado en el rollo de las Crónicas. Pensó en hacer un rollo nuevo para sustituir el que estaba deteriorado. Sí,

conseguiría pergamino y él mismo copiaría el texto y tiraría el que había sido mancillado por la rata. Restauraría las palabras del Altísimo: «Este Templo que he consagrado a mi nombre, lo arrojaré fuera de mi vista...».

Estas inquietantes palabras le sugirieron un pensamiento atroz. ¿La destrucción del Templo? ¿La destrucción de la propia Alianza? Eso nunca. Los herederos de la Alianza ya habían fallado una vez, pues el Templo de Salomón se vino abajo, pero no volvería a ocurrir, porque hombres como Saulo se consagrarían a la protección de la Ley y de la Alianza. La morada del Altísimo en aquella ciudad, la suya, no se vendría abajo jamás.

Era la quinta noche cuando recogió los rollos y, sin encender el candil, volvió a guardarlos en su cubículo, los cubrió con el terciopelo y se acostó, débil como estaba, en la estera.

No se había permitido a sí mismo pensar de nuevo en el sueño, pues tenía la sensación de que, de alguna manera, estaba relacionado con los gentiles. No había querido parar mientes en los viles griegos idólatras ni en los despreciables romanos, aunque sabía que algunos de ellos esconderían a las víctimas de él, de Saulo, cuando dentro de dos días iniciara su tarea de preservar la unidad de la religión de sus padres. Por lo general, los romanos eran tolerantes con cualquier tipo de religión, incluso en la propia Roma, la ciudad del César. Ni siquiera creían realmente en sus propios dioses, así que ¿cómo iban a tomarse en serio al Dios de los judíos y la manera correcta de adorarlo? Más difíciles aún de entender eran los macedonios y los cilicios. Ellos adoraban cualquier cosa, incluidos sus propios cuerpos mortales. Tenían un dios para todo, para cada pecado, y eran incapaces de entender a un Dios judío que no era adorado mediante los placeres sensuales del amor. «Es la mentalidad de estas culturas lo que debilita y desvirtúa nuestra religión cuando estas gentes viven entre nosotros, infieles capaces de adorar a un pobre y errante rabino galileo crucificado. Uno de ellos era Esteban», se dijo Saulo para consolarse.

Cayó en la cuenta de que estaba cavilando otra vez sobre los nazarenos y quiso evitarlo.

—Dentro de dos días —reflexionó en voz alta —, mi tarea consistirá en aniquilar

la secta de los nazarenos, pero de momento, Señor, deja que medite sobre tu Libro sagrado.

En su mente se vio recorriendo el cauce seco del mar Rojo, sus aguas separadas, y finalmente le venció el sueño.

Tras la sexta noche, Saulo estaba aún más débil. Su cuerpo, de por sí delgado, no tenía ya ni una pizca de grasa. Se sentía mareado y, mientras caminaba ese día por su habitación, apenas si notaba el suelo bajo sus pies. Incluso totalmente despierto, le parecía estar por encima de su cuerpo. Era una sensación placentera. No tenía ni pizca de hambre; a partir del tercer día de ayuno no había vuelto a pensar en comida. Hacía breves lecturas de pasajes del Libro y luego meditaba extensamente sobre ellos. Pasaba horas sentado bajo el ventanuco. Estaba a un día de dar comienzo a su tarea de acabar con los nazarenos, y dentro de él no había más que la Palabra de Dios. Estaba totalmente convencido de que llevaría a cabo su misión. Mientras recitaba a Josué en voz alta, encontró un versículo que parecía un mensaje personal para él. «Este libro de la Ley no deberá salir de tu boca, sino que meditarás sobre él día y noche a fin de obrar conforme a lo que está escrito, pues de ese modo prosperarás y lograrás lo que te propongas.»

Justo cuando caía la séptima de las noches, el rabino Baana ben David llamó de nuevo a su puerta. Saulo se apartó rápidamente de la ventana para esconderse en la parte más oscura. No pensaba romper su voto por más solo que se sintiera y por más ganas que tuviese de hablar con su viejo amigo. Baana era una de las pocas personas con las que hablaba. Saulo tenía pocos amigos, y uno de ellos era el rabino.

Un día, furioso al salir el tema a colación, le había revelado sus sentimientos hacia los nazarenos, su deseo de acabar con ellos, y el viejo rabino le había aconsejado cautela. «Ya ha corrido demasiada sangre en esta ciudad, Saulo —le había dicho en un tono paternal—. El suelo de Israel no clama solo por la sangre de los profetas injustamente asesinados, sino también por la de tantos pobres y oprimidos. Cuida de no derramar sangre inocente.»

—¡Saulo! —llamó Baana ben David—. ¿Por qué no quieres verme?

Saulo permaneció donde estaba, callado, hasta que el rabino desistió y se marchó. Saulo fue a sentarse en su repisa, y de repente se dio cuenta de hasta qué punto se

sentía solo, muy solo. Deseó compartir sus grandes convicciones con aquel amigo, seguro de que Baana entendería ahora que era preciso acabar con los nazarenos. «Quienes mancillan la Ley no son inocentes, maestro —le había respondido Saulo—. Esa “Gente del Camino” terminará destruyendo la Ley. Aseguran que la fe en el Carpintero crucificado los santifica y les da la salvación, incluso la vida eterna.»

«Otras muchas facciones del judaísmo han afirmado lo mismo antes, Saulo —había respondido el viejo rabino—. Dios estableció su plan para la humanidad hace siglos y en términos muy claros. A estas alturas cientos, incluso miles de malhechores no van a modificarlo ni conseguirán que Dios cambie de opinión. Déjalos a su aire. La verdad de Dios es lo que nos protege.»

«Dios llama a su pueblo a la acción, maestro», había replicado Saulo, tajante.

Ahora, solo y débil en su habitación, le habría gustado contarle sus planes, compartir sus sueños con él, pero no debía hacerlo. Debía meditar sobre la tarea que iba a emprender a la mañana siguiente.

Saulo se acostó. Se sentía mareado y la cabeza no paró de darle vueltas hasta pasados unos momentos. Tenía la clara sensación de que el sueño se iba a repetir. También sus pensamientos daban vueltas y vueltas, y se vio inmerso dentro del mismo sueño antes incluso de quedarse profundamente dormido. Primero oyó las voces de la gente en el agua. Asombrado, vio que eran gentiles y que le gritaban en árabe, cilicio, griego, macedonio, latín. Clamaban su nombre en la versión de cada una de las lenguas. «¡Ayúdanos, Pablo! ¡Sálvanos, Saulo! ¡Paolo! ¡Pol! ¡Paulus!», gritaba la muchedumbre que se debatía en las turbulentas aguas que tenía a sus pies. De pequeño, en Tarso, le llamaban de estas diversas maneras, pero él siempre había reaccionado negativamente al «Pablo», el equivalente gentil del hebreo «Saulo».

Rostros y brazos levantados se perdían de vista en el oscuro horizonte. Él echaba a andar por la orilla, confuso e inquieto por que tanta gente lo reclamara a gritos, pero al mismo tiempo sin sentir necesidad alguna de ayudar a aquellos gentiles que le llamaban en diferentes lenguas. No pensaba que rescatarlos fuese responsabilidad suya, y sin embargo ellos sí parecían necesitarlo a él.

Una vez más no vio el arroyo de rojas aguas hasta que tuvo los pies metidos en él y

notó la humedad. Sabedor de que era sangre, despertó con un grito de angustia. Temblando ligeramente, la vista fija en el techo de piedra, susurró para sí: «¡La interpretación! ¡La interpretación!». Rebuscó en su mente en un intento de reproducir el vívido sueño, pero no alcanzó a interpretar nada y tomó la determinación de quitarse el sueño de la cabeza.

«Cuando me vuelva a dormir —se dijo—, no continuaré con el sueño. Meditaré sobre la Palabra de Dios.» Su prodigiosa memoria recitó palabra por palabra el llamado de Abraham, tal como aparece en el Génesis. Al relatarse la historia de José y sus hermanos, se demoró mentalmente en la capa de José manchada de sangre. Otra vez sangre. Eso lo llevó de vuelta al sueño, y ahora la sangre estaba en sus pies y también en sus manos. «No —se dijo silenciosamente—, debo meditar sobre la Palabra de Dios», y se fue quedando adormilado otra vez. En su mente veía el rollo del Éxodo, y llevaba leída buena parte del libro cuando se sumió en un estado a medio camino entre un ligero desfallecimiento y un sueño ligero, él mismo no habría sabido decir cuál. Estaba citando un versículo que hablaba de la Pascua de los israelitas, que derivó en una transición entre el estado de conciencia y la prolongación del sueño. «... y la sangre servirá de señal en las casas donde estéis. Así, cuando yo vea la sangre, pasará de largo...»

«¡La sangre! Tengo sangre por todas partes», gritaba en el sueño. Luego, dando la espalda al mar, empezaba a remontar la colina hacia una luz que había en lo alto. Sentía que algo tiraba de él. Resultaba aterrador, pero al mismo tiempo había en ello algo hermoso. Entonces trastabillaba y, al intentar recuperar el equilibrio, caía sobre la frente ensangrentada del sonriente Esteban. Consciente una vez más de que estaba soñando, intentaba despertarse, pero la luz que coronaba la colina se lo impedía. Llorando mientras corría, caía, reptaba y tropezaba con multitud de cadáveres, todos ellos con el rostro de Esteban, finalmente acababa tirado en el arroyo de sangre, abrazado al pie de la cruz. Alzaba la cabeza para ver la cara del crucificado, aunque no pensaba que fuera Esteban, ni su amigo Miguel. La luz que emanaba del hombre lo cegó, no sin que antes pudiera ver la inscripción. ¡El nazareno!

Despertó gritando y descubrió que se hallaba plantado en medio de la habitación, totalmente desorientado. Al comprender que había vuelto a tener aquel sueño

espantoso, fue a sentarse pesadamente en su repisa. Le inquietaba haber estado durmiendo de pie. «Tengo que encontrarle un sentido a esto», pensó. Se puso a meditar, pero ni en las Escrituras, ni en la Ley, los Profetas o los Escritos, pudo hallar la revelación del sueño en forma de reflexión bíblica. No conseguía dar una explicación racional a los gentiles que le llamaban a gritos, ni a Esteban repetido en millares de rostros. ¿Y por qué había soñado con el nazareno? Él nunca había visto a Jesús de Nazaret. Pero en su mente sí. Lo había oído describir a otros, de ahí que se hubiera hecho una imagen mental de él. Y la cara del nazareno era parecida a la de Esteban; no en las facciones, ya que el nazareno llevaba barba, sino en la expresión de júbilo, en aquel curioso semblante de gozo.

¿Y la sangre que manaba de él? A regañadientes, interpretó el resto del sueño. La sangre del nazareno era ofrecida en sacrificio a los gentiles, y Saulo, en terreno firme, debía ofrecerse a rescatarlos mediante el sacrificio cruento del nazareno.

—¡No! —dijo en voz alta, paseando agitado de un lado a otro de la habitación—. No, eso es lo que creen los herejes, no lo que yo creo. —Y añadió —: Perdóname, Señor, por dejarme engañar por el Maligno.

Se acostó de nuevo para meditar. La mente... la mente le hervía de palabras. Fragmentos de las Escrituras. No podía impedir el paso a las palabras. Millares de versículos daban vueltas por su cabeza, y en cuanto volvió a tenderse las palabras alzaron el vuelo. Un prisma de colores explotó bajo sus párpados cerrados, y encontró solaz en hacer pasar la Ley por la maquinaria de su prodigiosa mente. El sueño que siguió fue dulce y profundo.

Después de sus oraciones matinales, se sorprendió al descubrir que había dormido hasta una hora después de que el sol se alzara en el cielo. No recordaba haberse levantado nunca tan tarde. Claro que la víspera no había sido una noche cualquiera. El sueño lo había dejado anímicamente agotado, y su cuerpo, privado de sustento, se debilitaba a marchas forzadas. Por primera vez en siete días, Saulo se permitió pensar en comida. Más tarde compraría un par de tortas de cebada y dátil, queso y algo de vino en el bazar. «Olvidaré ese sueño», pensó.

—El sueño fue cosa del Maligno para perturbarme, pero yo no desesperaré —dijo

en un susurro —. Desesperar cuando la situación es dramática o complicada es negar la compasión de Dios para con sus criaturas. —Y luego alabó en voz alta —: Misericordioso eres tú, oh, Señor, que me das coraje en la adversidad.

Se puso un taparrabos y una túnica limpios; lustró sus sandalias, se calzó y anudó las tiras de cuero hasta la rodilla. Luego se puso el fajín y la capa del Templo. Cogió la carta del sumo sacerdote y la guardó por dentro de la túnica.

Frente al espejo, se colocó el tocado en la cabeza. El bonete pequeño y redondo, con su diseño y su banda distintivos, lo identificaban como miembro de la tribu judía de Benjamín. Luego, pensándolo mejor, se quitó el bonete y lo sustituyó por el tocado de forma cónica propio de los fariseos. Adornado con esta extraña mezcla de prendas eclesiásticas y militares, Saulo de Tarso, flaco y belicoso, puso fin a siete días de sacrificio y preparación y se encaminó hacia el Templo de Dios con la capa ondeando tras de sí.

Dentro del santuario del Templo estaba el lugar más santo, y en el interior de este el sanctasanctórum, morada del Altísimo. La sala estaba desprovista de mobiliario y la entrada a la misma no era una puerta sino una gruesa cortina dorada, o velo. La única persona que podía entrar en el sanctasanctórum era el propio sumo sacerdote, y eso únicamente el día de la Expiación. Entraba allí de rodillas y quemaba incienso, «un sacrificio de dulce aroma», como ofrenda al Altísimo. La norma que prohibía entrar a cualquier otra persona era tan drástica que el sumo sacerdote lo hacía con una cuerda en torno a la cintura por si sufría un desvanecimiento o moría estando dentro del sanctasanctórum. En tal caso, nadie más era digno de entrar en el santuario principal para sacar de allí al sumo sacerdote; la cuerda serviría para recuperar el cuerpo.

Del lugar más santo se elevaba una perpetua columna de humo negro, producto de los innumerables corderos, carneros, ovejas y palomas que eran ofrecidos en sacrificio cruento y quemados en el altar. En días despejados, podía verse el humo desde el monte Tabor, en Galilea, más de cien kilómetros al norte. En días húmedos y sin viento como aquel, el humo cubría la ciudad como un palio. El olor acre de pelo y carne chamuscados permeaba todas las casas de Jerusalén. Quienes se ausentaban por un tiempo de la ciudad descubrían que el pelo y la ropa les olían al humo de los

sacrificios en el Templo.

Para Saulo era un olor agradable. Había pasado mucho tiempo en los salones y patios que había al pie de las altísimas columnas contiguas al lugar más santo. En realidad, había pasado allí la mayor parte del tiempo desde que se iniciara en el estudio de la Ley. Hallaba placer en compartir su propia interpretación de ciertos pasajes de las Escrituras y le encantaba escuchar a otros, alumnos y maestros, exponer sus puntos de vista.

Pero Saulo era siempre muy selectivo a la hora de escoger con quién debatir. Nunca se había tomado muy en serio a los viejos rabinos. Los patios del Templo estaban repletos de ellos, y solían formarse grupos, pequeños y grandes, para escuchar a tal o cual predicador. Siempre que veía a galileos o extranjeros como los cilicios, gente de su propio país, Saulo prefería no mezclarse. La influencia griega y romana más allá de las fronteras de Judea podía ser perjudicial para la práctica fiel de la religión judaica. Saulo consideraba malignas las innovaciones en la liturgia.

Los judíos de Galilea eran para él los más despreciables de entre los extranjeros, no en vano formaban el núcleo principal de seguidores del Carpintero de Nazaret. Aborrecía incluso su dialecto; la manera que tenían de distorsionar la lengua de sus padres con aquella basta pronunciación lo sacaba de quicio.

Pero ahora se sentía contento y feliz, casi extático, mientras se acercaba al santuario. Pasó bajo la viga de mármol sostenida entre dos columnas. Talladas en la piedra, en hebreo, griego y latín, se leían en grandes letras estas palabras:

SOLO JUDÍOS: PENA DE MUERTE
PARA CUALQUIER OTRO QUE PASE

Saulo cruzó las enormes puertas de bronce corintio y empezó a subir los catorces amplios escalones de mármol. Las puertas eran tan pesadas que se requerían veinte hombres para cerrarlas por la noche. Se sentía ligero como el aire. Casi subió volando la escalinata, y cuando llegó al nivel del santuario, estaba tan mareado que habría caído en redondo de no ser por un guardián del Templo que lo sostuvo por el

brazo. No era la primera vez que el guardián veía a algún fiel desmayarse tras un período de ayuno.

Saulo se recuperó y fue hacia el lado derecho del gran altar donde se ofrecían los sacrificios. Rodeados de centenares de personas, había allí docenas de sacerdotes. Estos llevaban a cabo una gran variedad de servicios y ofrendas. Allí se consumaban los votos de los nazareos. Allí se sacrificaban animales. Una gran verdad de la religión de Saulo era: «Sin derramamiento de sangre, no hay remisión de los pecados».

A medida que el culto había ido degenerando y deteriorándose, y con el énfasis creciente en las formas ritualistas, un lucrativo negocio se le había presentado al viejo sumo sacerdote Anás. De ese negocio se ocupaban ahora el sumo sacerdote retirado, su sobrino Caifás, y el actual sumo sacerdote, su sobrino Jonatán ben Anás.

El viejo Anás había sido propietario de buena parte de las tierras entre Jerusalén y Belén. En ellas los pastores criaban los blanquísimos corderos que eran vendidos para el sacrificio. La mayoría de los que eran sacrificados en el altar del Templo procedían de esos campos.

En uno de los numerosos habitáculos adyacentes al gran altar —pensados para proporcionar un poco de intimidad en la última parte del voto nazareo —, Saulo se sentó ante una mesa baja y habló en voz queda al sacerdote que allí había.

—Un cordero del año, sin mácula, para quemarlo en ofrenda; una oveja de un año, sin mácula, para quemarla en ofrenda; y un carnero sin mácula en ofrenda de paz. También un pequeño cesto de pan sin levadura y obleas bañadas en aceite, y tortas de harina buena amasada con aceite.

Mientras Saulo hablaba, el sacerdote fue marcando la cantidad de cada artículo en una pizarra.

—¿Cuál es el propósito de tu voto? —preguntó, más por una cuestión de rutina que para obtener información.

—Testificar públicamente mi dedicación al Altísimo —dijo Saulo con orgullo —, con miras a un servicio que me dispongo a realizar para él.

Sabiendo que no era preciso que Saulo pagara por adelantado, el sacerdote le pasó la lista de sacrificios a un ayudante, y este fue en busca de lo necesario. Saulo pagaba

sus diezmos con regularidad y, paralelamente, añadía una cantidad para cubrir sus numerosas ofrendas. Debido a sus escasas posesiones mundanas y a su espartano estilo de vida, Saulo hacía generosas contribuciones al Templo, sacando el dinero de los modestos ingresos que percibía por su oficio.

El sacerdote cubrió los hombros de Saulo con una toalla, y de un frasco de aceite de oliva perfumado vertió un poco sobre su cabeza y procedió a darle un suave masaje en el cuero cabelludo, trabajando el aceite con la yema de los dedos. Después se situó frente a Saulo y le frotó la barba, y luego las cejas, con el aceite.

Acto seguido sacó una navaja de un estuche dorado y la asentó con sumo cuidado en una correa de cuero. Empezó a afeitar la cabeza de Saulo empezando por la frente y progresando hacia la nuca, cuidando de no dejar ni uno solo de sus recios y ensortijados cabellos, que iba amontonando en un recipiente. Le afeitó después los costados de la cabeza hasta dejarlo completamente calvo, la cabeza lisa y brillante debido al aceite de oliva.

Saulo permaneció muy quieto y con los ojos cerrados, en un estado de elevada concentración espiritual. El sacerdote continuó su trabajo. Le afeitó el labio superior y después las mejillas. El único vello que Saulo tenía ahora en la cara eran sus cejas. El sacerdote rasuró primero la izquierda y después la derecha, depositando todo el pelo en el recipiente.

A continuación dobló trocitos de pergamino con fragmentos de la Ley, como consta en Deuteronomio 6 y 11, y los puso dentro de un estuche rectangular de cuero negro. Apoyó el estuche en la frente de Saulo y luego le pasó las tiras de cuero alrededor de la cabeza para sujetar la filacteria. Por último hizo lo mismo con otro juego de pasajes bíblicos y prendió la cajita correspondiente a la muñeca izquierda de Saulo.

El joven ayudante había dispuesto los tres pequeños animales colgando, por sus cuartos traseros atados, de una cuerda tendida entre los pequeños habitáculos y el altar. Saulo siguió al sacerdote mientras este deslizaba los cuerpos a lo largo de la cuerda hasta un poste al borde del altar. De forma rápida e indolora, degolló a los animales utilizando un cuchillo ornamental de doble y afiladísima hoja. Era tan experto en ese menester que los animales no profirieron el menor grito. Las arterias

principales de la garganta evacuaron en pocos segundos la mayor parte de la sangre. Murieron calladamente.

Saulo se situó delante del sacerdote y oró en voz alta mientras la sangre corría por el surco que había junto al altar hacia una abertura practicada en el suelo. El oficiante deslizó por la cuerda a los tres animales sacrificados, y dos jóvenes diáconos que esperaban en las tinas los cogieron, los abrieron en canal, les quitaron los intestinos y toda la grasa y empezaron a limpiar las entrañas en una tina grande. Después, cuando vio que los diáconos estaban terminando su cometido, el sacerdote cogió el recipiente donde estaba el cabello de Saulo. Este se colocó detrás del oficiante, que arrojó el recipiente al fuego y luego hizo lo mismo con los intestinos de los animales sacrificados.

—Recibe esto, oh, Dios —rezó Saulo —, como recordatorio de mi penitencia, de mi sacrificio y dedicación absoluta a tu servicio.

Anocheecía, y ya estaban cerrando las enormes puertas de bronce cuando Saulo salió por ellas.

Desde el patio de los Gentiles, Baana ben David le reconoció por su manera de andar cuando Saulo cruzaba las puertas, y observó cómo su amigo hablaba animadamente con el capitán de la guardia del Templo. Saulo gesticulaba, hablaba con brusquedad. Le vio levantar seis dedos y señalar hacia la fortaleza Antonia.

—Seis guardianes del Templo, y cuatro soldados romanos para supervisar la misión —dijo Baana, pensando en voz alta —. Más sus dos testigos hebronitas. No habrá nada que le pare —añadió débilmente.

El capitán de la guardia no parecía convencido, y Saulo sacó rápidamente la carta del sumo sacerdote. Al ver el documento, el capitán giró sobre sus talones y partió en busca del contingente que Saulo necesitaba. Sin embargo, los romanos decidieron aportar diez soldados, aduciendo que debían superar en número a los guardianes del Templo.

«Primero oraré —pensó Saulo, disponiéndose a atravesar el patio de los Gentiles —; luego comeré, y dentro de una hora daré comienzo a la tarea para la cual he nacido.»

—Saulo.

Era Baana quien le llamaba. Saulo no lo había visto al pasar por su lado dando largas zancadas a fin de compensar la cortedad de sus piernas.

—Baana, espero que entiendas que... —empezó a decir Saulo.

—Sí, no pasa nada. Estaba preocupado por ti. Bueno, y no soy el único. Nicodemo preguntó por ti también.

Saulo apartó la mirada. El rabino añadió al punto:

—Tu hermana Sara está al corriente del voto que has hecho, y habíamos pensado que a estas alturas te vendría bien una comida caliente.

—Lo siento, Baana —dijo Saulo—. No tengo tiempo para ágapes. Las antorchas del Templo están encendidas. Mi preparación ha concluido.

El Templo era aún más bello de noche que de día. Estaba iluminado por grandes antorchas alineadas a lo largo de los muros exteriores y en las fachadas del edificio y las columnas del interior. En realidad eran grandes tinas colocadas sobre pedestales. Dentro de las tinas había una especie de brea, grandes bloques de petróleo endurecido y turba sacada de los yacimientos de asfalto próximos al mar Muerto. La brea ardía con llama viva y no proyectaba sombra alguna en el recinto del Templo.

—Saulo, tenemos que hablar —exigió Baana.

Saulo miró fijamente a los ojos de su amigo antes de responder. El rabino era un hombre de mediana edad, alto, de complexión normal; bajo la larga capa negra, que solía enredarse en torno a su cuerpo cuando andaba o incluso estando de pie, llevaba una simple prenda hilada a mano. Estaba ligeramente doblado por la cintura, y sus filacterias frontales eran lo que más imponía de su persona. Escrutó el rostro de Saulo con sus serenos ojos oscuros.

—Tengo puestos el corazón y la mente en mi tarea —dijo Saulo, alzando un poco el brazo izquierdo para mostrar la filacteria—. Estoy decidido a hacer la voluntad de Dios, y esa determinación está grabada a fuego en mi mente por el poder de los mandamientos que llevo entre los ojos. Y esta mano cumplirá su tarea de liberación de la infección de la Alianza, tan seguro como que Moisés liberó a nuestros padres. —Alzó la muñeca ante el rostro de Baana—. ¿De qué otra cosa hay que hablar, maestro?

—Saulo —dijo el rabino —, durante tu reclusión han ocurrido muchas cosas. La ejecución de Esteban ha hecho temblar toda la ciudad. Los nazarenos se han diseminado por doquier como ondas de un guijarro lanzado al agua. Las «ondas» piensan que tú eres el «guijarro». En Jerusalén apenas quedan unos pocos. Algunos fieles van todavía a las sinagogas, pero el grueso de la llamada «sinagoga de los nazarenos» se ha esfumado. En el Templo solo se reúnen algunos grupos, discretos y poco numerosos.

—Yo sacaré de esta ciudad santa a los pocos que queden, maestro —dijo Saulo—. Daré con ellos y los llevaré ante la justicia. Y luego perseguiré a los que han huido. —Hizo una pausa—. Estoy deseando empezar.

—Se te ve pálido —dijo Baana—. Estás en los huesos. ¿Acaso nuestras leyes alimenticias para la vida cotidiana no imponen ya al cuerpo suficientes restricciones?

—¿Mi hermana fue a verte? —preguntó Saulo cambiando de tema.

—Así es —respondió Baana—. Le acompañaba tu vieja amiga, Jemima de Jericó. Saulo apartó la vista. Oír el nombre de aquella chica de sus años mozos le perturbó. Descargó su ira contra el rabino.

—Esos comentarios sobre mi salud, ¿son por sugerencia de mi hermana?

—Sara desea verte, para prepararte una buena comida.

—¡No se rinde nunca! —gritó Saulo—. Es a Jemima a quien quiere que vea. ¡Pues que os quede claro a todos, definitivamente, que ya no tengo el menor interés en esa mujer! —Dio la espalda a Baana; estaba furioso—. No pienso ir.

—¿Y adónde irás? —preguntó el rabino sin alzar la voz.

—Tengo cosas que hacer esta noche —respondió Saulo en tono amenazador—. Y ni Sara ni Jemima pintan nada en este asunto. Y, ya puestos, tú tampoco.

—¿Qué cosas? ¿Dónde? —preguntó Baana.

—Ya te enterarás —dijo Saulo, marchándose—. Ya te enterarás...

La purga

En la sinagoga de las Islas del Mar, un hombre llamado Bernabé de Chipre estaba dirigiendo la palabra a la congregación de la Gente del Camino.

—Me atrevo a presentarme hoy ante vosotros en este lugar para hablaros de la gracia y la misericordia de Jesús nuestro Señor. En él no existe temor. No se nos ha dado el espíritu del temor, sino el espíritu del poder en su nombre. Por consiguiente, apelamos a él para obtener su misericordia, y a través de él hallamos la gracia que nos ayudará en momentos de apuro.

Los fieles eran mayoritariamente hombres, pero había también muchas esposas presentes, sentadas con unos cuantos niños en el suelo, a los pies de Bernabé. Todo el mundo estaba muy atento, muy pendiente de las palabras de aquel gran orador.

—Yo no permitiría que los perseguidores os hicieran daño alguno —prosiguió Bernabé—. El Señor no me ha inducido a promover el martirio, sino el arrepentimiento. Su reino no es de este mundo. Su reino debe ser establecido en los corazones de todos vosotros. El Espíritu Santo os guiará y os reconfortará en los momentos de miedo.

»Que la muerte de Esteban sea considerada un sacrificio más. Si debéis sufrir como él, sea, y que halléis la paz del Príncipe de la Paz en cualquier cosa que os acaezca. Pero debemos esforzarnos en servirle. No debemos temblar de miedo ante la idea de lo que puedan hacer los romanos o las autoridades del Templo. Los labios de los fariseos del Templo sirven a Dios, pero sus corazones están muy lejos de él.

»El Espíritu Santo que nos prometió Jesús nos guiará a todos hacia la verdad. La manifestación de ese espíritu en nosotros pudimos experimentarla el día de

Pentecostés. Esa promesa se cumplió. Debemos orar para la constante comunicación y enseñanza del Espíritu Santo. Vayamos adelante en su nombre con osadía, en el espíritu de su santidad. No temáis. Hablad de él. Contad sus maravillas. No lo neguéis bajo ninguna circunstancia y no seréis negados vosotros ante el padre celestial.

Saulo se acercó sigilosamente a la puerta, seguido de Cononia y Semei, los hebronitas. Ambos le habían seguido desde los escalones del Templo, dispuestos a ser útiles una vez más contra los nazarenos; Semei iba arrastrando su pata de palo por los adoquines, mientras Cononia caminaba con su ojo bueno muy abierto y siempre vigilante. Saulo representaba al Templo, y para ellos el Templo quería decir dinero. Unas cuantas monedas de plata de vez en cuando eran mejor que la calderilla que sacaban mendigando. Se sentaron sin llamar la atención en la parte de atrás y observaron la liturgia de los nazarenos. Fuera, junto a la puerta, permanecían los soldados romanos y los guardianes del Templo en espera de oír la orden de Saulo para entrar.

—Soy uno de los setenta discípulos —continuó Bernabé — a quienes Jesús envió a predicar su palabra. Otro hermano y yo estuvimos en Cesarea de Filipo con el fin de trabajar en las regiones circundantes. Mi compañero, Aristóteles de Creta, conocía a Santiago y a Juan, los hijos de Zebedeo que tuvieron una estrecha relación con el Señor, así como a Cefás, a quien llaman Pedro. A algunos de nosotros se nos ha concedido una dispensa celestial, una dispensa que es un honor y una bendición, pero que entraña también un deber, el de compartir los preceptos de Dios relativos a la salvación de la humanidad. Por el hecho de recibir y de compartir estas ideas a partir de una experiencia de primera mano con el maestro y sus amigos, compartimos también con vosotros la paz y el consuelo que os acabo de mencionar. Para ilustraros sobre Jesús nuestro Señor, quiero presentaros a mi amigo y hermano Aristóteles de Creta. Aristóteles estuvo en esa aldea al pie del monte llamado Hermón el día en que el Señor volvió con su círculo íntimo de discípulos. Pediré ahora a Aristóteles que dé testimonio de ciertas cosas relativas al Señor.

Bernabé volvió a tomar asiento y, al hacerlo, reparó en el fariseo sentado al fondo de la sala junto a la puerta. «Es el perseguidor Saulo de Tarso —pensó —, y anda buscando a un nuevo Esteban.» Sin embargo, Bernabé no dejó entrever que le hubiera

reconocido. Cerró los ojos en actitud de oración mientras Aristóteles empezaba a hablar.

—Te cazaré tarde o temprano —se dijo Saulo, pensando en Bernabé mientras le observaba—. ¿Una dispensa celestial? ¿Se refiere acaso a un precepto divino? Su distorsión del verdadero culto es ya tan variada que no tienen otro rumbo que el del total abandono de la ley. ¡Pues no será así en las sinagogas de Dios! —exclamó por lo bajo, cerrando los puños—. Ni siquiera en la sinagoga de las Islas del Mar. Oiré lo que tenga que decir ese Aristóteles y luego haré una buena criba con toda esta gente.

Miró a sus dos testigos. Los hebronitas estaban atentos al discurso del espigado cretense.

—Hermanos y hermanas —empezó Aristóteles, y cuando dijo «hermanas», Saulo advirtió que había mujeres cerca de la parte delantera del grupo de fieles.

Su rabia se acrecentó. «Ni una sola de las prácticas habituales en una sinagoga la hacen de un modo que no sea herético», pensó.

El orador prosiguió:

—He sido testigo de los milagros y oído las palabras del maestro en numerosas ocasiones. Los seguí, a él y a sus discípulos, durante meses como hicieron otros muchos hombres y mujeres por toda Galilea, Samaria y Judea. Anhelaba contarme entre su grupo más íntimo, trabajar solo para él, vivir únicamente para servirle. Pues, desde el primer momento, estuve convencido de que Jesús era algo más que un hombre.

La mano de Saulo se abrió y se cerró empuñando una espada imaginaria. Los guardianes que esperaban fuera sí que tenían armas reales. Los profetas habían hablado de la espada de Dios al servicio de la rectitud y la justicia.

—Estoy armado para el golpe de tu juicio, oh, Señor —oró.

Cononia y Semei miraban alternativamente a Saulo y al orador, esperando el momento en que el primero pusiera punto final a la alocución. Pero Saulo quería oírlo todo. Cuanto más hablara aquel hombre, más honda cavaría su propia tumba.

—El maestro nos dijo a Bernabé y a mí y a otros seguidores que aguardáramos en Cesarea de Filipo mientras él, Pedro y los hijos de Zebedeo subían al monte Hermón

Nadie sabía por qué había elegido ir en compañía de aquellos tres, pero yo estaba seguro de que debía de haber un motivo especial.

»Cuando volvieron del monte, hubo desacuerdo entre Santiago y Juan acerca de nimiedades como quién sería más importante en el reino del Señor. Estas discusiones venían de una falta de entendimiento de las palabras de Jesús.

»Sin embargo, el maestro les hizo entender rápidamente cuál sería su posición respecto a él, y lo hizo con una simple ilustración. Cogió en brazos a un niño pequeño y les dijo: “El que recibe este niño en mi nombre me recibe a mí, y el que me recibe a mí recibe a quien me envió”. Después —dijo Aristóteles—, resolvió el problema con una sola frase: “El más humilde de entre vosotros, ese será el más grande”.

—Tonterías —masculló Saulo—. Eso es filosofía de un santurrón medio chiflado.

—Advertí un notable cambio en Pedro desde su regreso del monte —continuó Aristóteles—. Incluso su aspecto era otro. Y no participaba en las discusiones banales con los demás discípulos. Parecía contemplar al maestro con nuevos ojos. Pregunté a algunos si sabían qué había pasado en el monte Hermón, pero nadie pudo contestarme. Solo me dijeron que Jesús había aconsejado a Pedro, Santiago y Juan no hablar de ello por el momento. Fue camino de Jerusalén cuando Santiago y Juan me contaron el milagro.

«¡El milagro! —pensó Saulo—. Más espectáculo para impresionar a la chusma.»

—Estaban en lo alto del monte, orando los cuatro, cuando de pronto el semblante de Jesús adquirió una belleza ultraterrena. Los otros se apartaron, temblando de miedo, y vieron cómo todo su ser era glorificado. También su atuendo cambió. La túnica adquirió un resplandor y una blancura como ninguna prenda en este mundo ha tenido jamás. Envolviendo su pecho apareció un manto de oro y los cabellos de su cabeza se tornaron blanquísimos. Manos y pies desprendían un resplandor celestial. Sus discípulos le contemplaron llenos de asombro.

«La altura, el aire enrarecido de la montaña, el frío y el viento —pensó Saulo—. Venga ya. Trucos, engaños, ilusiones. Vamos, griego delirante, quiero oír todo lo que tengas que decir.»

—Luego —prosiguió Aristóteles—, mientras estaba allí glorificado ante ellos, de repente aparecieron a su lado Moisés y Elías.

Saulo ahogó una exclamación y se irguió en su asiento. ¡Moisés! ¡Elías! Los hebronitas le miraron con gesto inquisitivo. Saulo estaba encendido de ira. Al ver que sus ayudantes le miraban esperando la señal, se contuvo, negó con la cabeza y levantó una mano para indicarles que todavía no era el momento.

A Bernabé no se le escapó la consternación reprimida en el rostro del perseguidor. Desde su asiento cerca de Aristóteles, había observado en silencio la reacción de Saulo a la mención de Moisés y Elías. Cerró los ojos y escuchó en actitud de oración el relato de su amigo.

—Moisés, Elías y Jesús nuestro Señor conversaron largamente mientras los tres discípulos se mantenían apartados y atentos a la milagrosa aparición. Jesús les estaba hablando a Moisés y Elías de su muerte, sepultura y resurrección inminentes. Los discípulos apenas entendían lo que estaban oyendo, pero interpretaron una parte de lo que decía Jesús como que, cuando él muriese, su espíritu iría al mundo de los muertos y él liberaría las almas de los rectos, de los fieles a la Alianza, y las llevaría al paraíso.

Saulo meneó la cabeza en su intento de seguir el hilo de aquella demencial historia. «No se quedan cortos a la hora de blasfemar —pensó—. Esto ha ido demasiado lejos.»

Aristóteles siguió hablando y, una vez más, Saulo demoró la orden para que entraran los guardianes y los soldados. Se fijó en que los niños estaban escuchando como extasiados, más cerca ahora del orador. No se oía un solo ruido, tal era la atención que todos le prestaban.

—De repente —dijo Aristóteles —, una nube brillante cubrió a los tres seres gloriosos y se oyó la voz de Dios diciendo: «Este es mi Hijo bien amado. ¡Obedecedle!».

Saulo se puso inmediatamente de pie y gritó «¡Blasfemia!»., señalando con el dedo a Aristóteles. Luego avanzó por el pasillo al tiempo que guardianes y soldados entraban en la sinagoga. Los niños, aterrados, corrieron a buscar a sus padres, algunos de los cuales estaban rezando, mientras otros miraban con miedo al perseguidor.

Bernabé se había levantado también, y Saulo se detuvo cuando el otro le señaló con

el dedo y le dijo muy serio:

—Saulo de Tarso, tú, como doctor de la Ley que eres, sabes que es impropio interrumpir a un orador invitado antes de que termine.

Saulo replicó al punto:

—Ni siquiera debería haber tomado la palabra para relatar semejante abominación. Ha puesto al Carpintero a la altura de Moisés y Elías, y ha añadido a sus profanaciones verbales la de que la voz de Dios proclamaba a Jesús como su Hijo.

Saulo empezó a girarse hacia los soldados, pero Bernabé continuó hablando en voz más alta.

—Déjale terminar. Tú harás lo que pensabas hacer, así que permite que el orador diga todo lo que tenga que decir.

—Habla, pues, blasfemo —le gritó Saulo a Aristóteles—. No harás más que condenarte.

Y se quedó plantado en el pasillo, los brazos en jarras.

Aristóteles no perdió la calma. Aunque no se había movido de donde estaba, la intervención de Saulo le había hecho perder la concentración y tardó unos segundos en recobrar el hilo de la historia. Bernabé volvió a sentarse. Los niños se aferraban a sus padres, mirando temerosos a aquel hombre de pie en el pasillo.

—La nube se evaporó —dijo Aristóteles—, y Jesús reapareció solo y con su aspecto humano. Los tres discípulos estaban confusos y asustados por igual. Pedro corrió hacia el maestro y, abrumado como estaba por lo que acababan de ver y oír, se atrancó con las palabras. «Es hermoso este sitio», le dijo a Jesús. Viendo que este callaba, Pedro, en un intento de decir lo más apropiado a tenor de tan inspiradora experiencia, añadió: «Deja que construyamos tres tabernáculos, uno para Moisés, otro para Elías y otro para ti».

Pensando que Aristóteles había terminado, Saulo dio un paso adelante, pero Bernabé lo detuvo una vez más.

—Antes de que procedas, Saulo, hijo de Benjamín, quisiera comentar brevemente las palabras de Pedro sobre los tabernáculos.

Saulo esperó, clavando la mirada en Bernabé.

Este siguió hablando en un tono afable y sereno, como si Saulo no estuviera

presente.

—Lo supiese o no Pedro en el momento de ocurrir, su ojo espiritual estaba viendo a Moisés como la Ley, a Elías como la Profecía, y a Jesús como el todo y el cumplimiento de ambos. Los profetas principales del Altísimo y el Hijo.

—¿Hablas por boca de ese hombre o por ti mismo? —le interrumpió en voz alta Saulo.

—Ni una cosa ni la otra —dijo el chipriota—. Yo hablo con la autoridad que me confiere el Espíritu Santo.

—¡Atad a ese hombre a una columna y azotadlo! —gritó Saulo a los soldados, señalando a Aristóteles. Luego, situándose en el lugar donde antes estaba Aristóteles, se dirigió así a los fieles —: Negad vuestra lealtad a Jesús de Nazaret y podréis iros. O quedaos a presenciar cómo castigamos a este blasfemo y seréis llevados con él a prisión y a juicio.

Al principio nadie se movió. Los reunidos se miraban unos a otros, miraban a Bernabé. Saulo volvió a gritar en el momento en que el primer azote del látigo de un soldado romano hendía la espalda desnuda de Aristóteles. Su esposa chilló y se echó a sus pies.

Los niños se escondían debajo de los bancos, llorando, muertos de miedo. Aristóteles sacudió a su mujer con el pie y le dijo:

—Coge a los niños y vete.

El látigo golpeó otra vez. La mujer se negaba a marcharse.

—Yo me quedo aquí contigo —dijo.

Algunos estaban saliendo ya de la sinagoga, llevándose a toda prisa a los niños. Los que se quedaron, más de la mitad, avanzaron a una señal de Bernabé y se situaron lo más cerca posible de Aristóteles. Luego, siguiendo el ejemplo de Bernabé, se postraron de rodillas y empezaron a rezar mientras el látigo seguía cebándose en la espalda del flagelado.

La flagelación romana era un castigo muy severo. Treinta y nueve veces caía el látigo sobre espalda y hombros. El instrumento consistía en un mango corto al que estaban fijadas largas tiras de cuero, puntiagudas y rematadas por pequeñas piezas de

pedernal, que con cada golpe se hincaban en la carne. El motivo de que fueran treinta y nueve los latigazos era el dicho: «Cuarenta latigazos bastan para matar a un hombre; si muere a los treinta y nueve, la culpa es suya».

Los soldados romanos y los guardianes del templo rodeaban a la congregación. Cuando terminara el castigo, serían llevados todos a las mazmorras. Aristóteles sería condenado por blasfemo y ejecutado de la misma manera que Esteban. Al resto los flagelarían.

La mujer de Aristóteles alzó la cabeza y gritó al ver la sangre que resbalaba por las piernas de su esposo por los cortes que el cuero le había hecho y los desgarrones del pedernal. Saulo se acercó de un salto y asestó una patada en el vientre a la mujer.

—¡No te acerques al condenado! —le gritó.

Bernabé se puso en pie al momento.

—Deja en paz a la mujer —le ordenó a Saulo.

Este agarró la espada de uno de los guardianes y, apoyando el extremo de la misma en el hueco de la garganta de Bernabé, lo hizo retroceder hasta acorralarlo contra la pared, más allá del altar.

—¿Tú también quieres morir? —le preguntó Saulo, desafiante. La punta de la espada se había hundido ligeramente en la piel de la garganta, y una gota de sangre resbaló por el acero —. Morirás, descuida —dijo Saulo —, pero a su debido tiempo, cuando te haya utilizado para sacar de sus madrigueras a todos tus amigos y seguidores del rabino mendigo. Cuando haya acabado con vosotros, tú habrás cumplido tu parte en el plan que Dios diseñó para mí. Y entonces morirás.

—No te temo, Saulo de Tarso —dijo Bernabé —. Haz lo que te plazca con este cuerpo. Mi alma ya está con el Señor.

Saulo apretó los dientes sin apartar la espada de la garganta del otro. Pese al dolor que le producía la punta clavada en la piel, Bernabé gritó sin mover siquiera la cabeza ni los ojos:

—¡Con gran tribulación es como entramos en el reino de los cielos! ¡Resiste los latigazos, Aristóteles! Que Dios te dé la gracia y la fortaleza.

—Cállate —le cortó Saulo, y el temblor de su mano hizo que se ensanchara el corte en la garganta.

—¡Sed valientes! —clamó Bernabé dirigiéndose a los fieles —. ¡Venceréis a este mundo gracias a él, que venció por nosotros!

Saulo levantó la espada y, con todas sus fuerzas, descargó la cara plana de la hoja contra la sien de Bernabé, dejándolo inconsciente al momento.

Aristóteles recibió el último de los treinta y nueve latigazos.

—Lleváoslo de aquí —ordenó Saulo a soldados y guardianes —. ¡Y a toda esta gente también, que no escape ninguno! ¡Hombres y mujeres! ¡Fuera!

Rubricó sus palabras golpeando con la espada plana la espalda lacerada de Aristóteles, así como las de los demás conforme iban desfilando hacia la puerta, empujados e insultados por los romanos.

Saulo miró en derredor. No quedaba nadie a excepción de Bernabé, inconsciente en el suelo, y un anciano que seguía postrado de rodillas, orando, al fondo de la sala. Los guardianes no habían reparado en él. Saulo se acercó al hombre y le empujó con el pie.

—¡Levanta! —dijo.

El anciano se limitó a inclinarse todavía más, sin dejar de rezar.

—¡Levanta! —gritó Saulo.

El hombre continuó rezando.

Fuera de sí, Saulo golpeó brutalmente al hombre con la espada. Al ver que el otro seguía negándose a levantarse, le hundió la afilada hoja en la cadera. Al sacarla, el anciano emitió un gemido y cayó de costado. Saulo lo agarró de un pie y tiró de él hacia la puerta, dejando tras de sí un rastro de sangre. Cuando lo tuvo fuera, después de arrastrarlo y darle de puntapiés, llamó a un guardián para que se ocupara de él. El guardián se llevó al gimoteante viejo hasta donde esperaban los demás para ser conducidos a prisión.

Saulo volvió a mirar al interior de la sinagoga y vio que Bernabé no había recuperado aún el sentido. Bajó la vista, y entonces se dio cuenta de que estaba pisando sangre. Le recorrió un escalofrío y se echó a temblar. ¡La sangre! «El arroyo de sangre», dijo casi en voz alta, y de pronto se acordó del sueño que había tenido. Parado en el umbral, se sintió por un momento abrumado de terror. Pero fue solo un

instante. Enseguida se armó de valor y, levantando la mano izquierda, gritó hacia la estancia desierta:

—¡Escucha, oh, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es!

A la traumática expulsión de los nazarenos de la sinagoga de las Islas del Mar le siguieron incidentes similares en otras sinagogas en días sucesivos. Tanto éxito tuvo la misión de Saulo que, al cabo de dos semanas, ya no se veía a ningún grupo de seguidores del Carpintero de Galilea reunido para su culto en público. Durante buena parte de aquellos quince días, Saulo intentó sorprender a Bernabé oficiando algún servicio público. Sin embargo, el de Chipre no regresó a la sinagoga de las Islas del Mar, como tampoco ninguno de los nazarenos.

Aristóteles murió en prisión un día después de ser flagelado. Se decía que dos de las mujeres fallecieron también antes de poder ser juzgadas. Una de ellas era la esposa de Aristóteles. Algunos fueron flagelados y puestos en libertad. Nadie sabía cuántos más podían haber muerto.

A partir de aquel día los servicios de los seguidores de Jesús se llevaban a cabo en casas de algunos fieles; a veces eran cien personas o más las que se reunían clandestinamente en un sótano. En ocasiones lo hacían también al anochecer en el tejado de algún amigo de la Gente del Camino. Varios fariseos, e incluso algunos romanos, les proporcionaron refugio. Los dirigentes del Templo y los romanos no tardaron en comprender que aquellas personas pobres y pacíficas no constituían una amenaza para nadie. Las leyes del sanedrín no variaron, pero la actitud de la opinión pública empezó a virar hacia una mayor tolerancia.

Al sumo sacerdote le habría gustado olvidarse de ellos y seguir con sus asuntos como de costumbre. Pero lo ocurrido a los nazarenos en la prisión romana había empezado a ser motivo de vergüenza.

La fiesta de las Semanas, el día santo Shavuot, estaba al caer sin que Saulo apenas se hubiera dado cuenta. Una tarde, al volver a su morada, vio al rabino Baana ben David

en el umbral de la sinagoga. Tenía en sus manos unas gavillas de trigo.

—*Shalom*, maestro.

—Que la paz sea contigo, hermano Saulo —dijo Baana.

Pero el rostro del rabino no reflejaba paz, sino dolor.

—¿Qué es lo que te aflige? —preguntó Saulo.

—El sumo sacerdote desea verte —dijo Baana—. Parece ser que un seguidor del nazareno murió tras ser flagelado, y que otro más estuvo a punto de hacerlo a causa de una conmoción y una infección por un corte en la garganta... de una espada.

—Bien, iré a ver al sumo sacerdote —dijo Saulo, ignorando la deducción de su amigo y pasando junto a él para cruzar el umbral.

Estaba más flaco. Se había saltado muchas comidas y perdido muchas horas de sueño. Pálido, sus ojos se veían hundidos en dos oscuros agujeros. Su rostro y su cabeza, por el pelo que le había ido creciendo en esas dos semanas, le recordaron a Baana la cabezuela de una de aquellas plantas que crecían silvestres en el páramo; era como un abrojo erizado de púas pero con dos ojos negros.

—¿Estás utilizando la sinagoga como almacén? —preguntó Saulo en tono de chanza.

Baana dejó las gavillas sobre una mesa que había en la entrada. La mesa estaba casi cubierta de todo tipo de grano, además de cestos con alubias, rábanos, pepinos, calabacines, cebollas, bayas, melones y tarros de miel.

—Mañana es el sexto día de siván —dijo Baana con una sonrisa—. ¿Eso no te sugiere nada?

Saulo se sintió avergonzado. Con todo lo ocurrido había perdido la noción del tiempo.

—Pues claro —dijo—, es la festividad de las Semanas.

Baana se sentó en un banco y se enjugó el sudor.

—Dime qué hay que hacer y te echaré una mano —dijo Saulo.

Tras un momento de duda, Baana agachó la cabeza, comprendiendo que no lograría hacer hablar a Saulo de su «misión», que tan preocupado tenía al rabino.

—Empieza por donde quieras —dijo al cabo—. Hay que poner aceite en los

candiles, y las esquinas del techo tienen telarañas.

—Descansa, maestro —dijo Saulo, entrando con decisión en la amplia y espartana estancia.

Había bancos para los hombres en la planta baja y, arriba, media galería para las mujeres. En el extremo opuesto estaba el arca de los rollos sagrados, cubierta por un tapiz hecho de terciopelo con ribetes dorados, el único lujo en todo el edificio. Delante del arca estaba el estrado, con la mesa de lectura. Habían apartado algunos bancos y el suelo estaba todavía húmedo, ya que la esposa del rabino lo había fregado.

Mientras ponía flores en los jarrones que adornaban las columnas de la galería, Saulo se arrancó a cantar:

*Cuando el Señor hizo volver
a los cautivos de Sión,
nos pareció estar soñando.
De risa se llenó nuestra boca,
de cánticos nuestra lengua.
Y dijeron las naciones paganas:
«El Señor ha hecho por ellos grandes maravillas».
El Señor ha hecho por nosotros grandes maravillas
y eso nos colma de alegría.*

Baana, que seguía sentado junto a la puerta, sonrió al oírle. «A ver si este hombre consigue animarse un poco —pensó—. Aunque no sabe cantar, al menos lo intenta. Hasta ahora su semblante siempre estaba ceñudo y amenazador, así que mejor que cante.»

De un trastero, Saulo sacó un recipiente grande de aceite de oliva. Fue de candil en candil y, bajándolos por medio de sus cadenas ajustables, los fue llenando de aceite mientras cantaba, ahora más alto:

Haz que vuelvan los cautivos, Señor,

*como fluyen los arroyos del desierto.
Los que con lágrimas siembran
con júbilo segarán.
El que llorando avanza,
esparciendo la preciosa semilla,
a buen seguro se regocijará de regreso,
cuando vuelva con las gavillas.*

Una vez que los hubo relleno todos, Saulo hizo varios viajes hasta la carreta que había junto a la entrada con los brazos cargados de grano y fruta y hortalizas. Había terminado el salmo, y se puso a recitar alegremente pasajes de las Escrituras apropiados para la ocasión. La alianza eterna:

*Mientras la tierra exista,
sementera y siega,
verano e invierno,
el día y la noche
no tendrán fin.*

Cargado el carronato, y viendo que en el interior de la sinagoga se hacía oscuro, Saulo cogió la caja de yesca del hueco que había junto a la puerta. Con el pedernal y el eslabón prendió una lamparilla, y la fue arrimando a los candiles colgados de las columnas para encenderlos uno por uno. Y salmodió:

*Extendió Moisés su mano
hacia el cielo,
y densas tinieblas cubrieron
tres largos días
toda la tierra de Egipto.
No se veían unos a otros,*

*nadie se levantó
de su sitio
durante tres días,
pero todos los hijos de Israel
tenían luz en sus moradas.*

Saulo fue a dejar la lámpara en su sitio y luego contempló la sala. Le gustaba mirar los candiles. Se quedó contemplando el rico tapiz que cubría la Torá.

*Naciones vendrán
a tu luz
y reyes al resplandor
de tu alborada.*

Vio las telarañas en el techo, y mientras empezaba a quitarlas con una escoba volvió a pensar en los hijos de Israel cautivos en Egipto como polillas en esas telarañas. Mientras hurgaba con la escoba en uno de los rincones, pensó: «Y fueron liberados por la todopoderosa mano del Señor».

El día siguiente, cuadragésimo noveno después del segundo día de la Pascua, festejaba la entrega de los Diez Mandamientos en el Sinaí y se hacía también la ofrenda de primeros frutos. Mientras seguía con la limpieza, Saulo se imaginó el dedo de Dios escribiendo en la piedra los mandamientos, el Decálogo, fuente de toda la Ley. Se puso a recitar los mandamientos.

—Yo soy el Señor, tu Dios. No tendrás otros dioses aparte de mí. No adorarás ídolos. No tomarás en vano el nombre del Señor. Observarás el sabbat para que sea el día santo. Honrarás a tu padre y a tu madre...

—No matarás —le interrumpió la voz de Baana ben David.

Saulo sintió un escalofrío en la columna, seguido de un acceso de ira.

Baana estaba de pie escrutando el rostro de Saulo y buscando... ¿qué? No lo sabía.

Tal vez alguna explicación de que no había sido él en persona el autor de las

muerdes y la destrucción de que le habían informado los últimos días.

—¿Qué más quieres que haga, maestro?

El anciano volvió al banco y, al sentarse de nuevo, le dijo:

—Ayer el sumo sacerdote envió a un representante suyo a buscarte, tres veces.

—¿Y qué quiere de mí el sumo sacerdote?

—Ese enviado dijo que quiere hablar contigo.

—¿De qué querrá hablar...? —dijo Saulo, más para sí mismo que para el rabino.

—Seguramente de lo mismo que a mí me gustaría hablar contigo.

Saulo le miró con frialdad, a la defensiva.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y qué es?

—Ve a ver al sumo sacerdote —respondió Baana—. No lo demores más.

Saulo se hizo acompañar al Templo por Cononia y Semei. A los dos les iban mucho mejor las cosas gracias a los triunfos de Saulo. Vestían túnicas y sandalias nuevas. Cononia lucía en el dedo un gran anillo de lapislázuli. El dedo en cuestión, sin embargo, seguía estando sucio. Permanecieron sonrientes detrás de Saulo, mientras echaban un vistazo a la elegante cámara de estudio del sumo sacerdote.

—¿Me has mandado llamar, maestro Jonatán? —preguntó Saulo.

El sumo sacerdote se levantó de su diván, y miró brevemente a los dos hebronitas y luego a Saulo antes de hablar:

—Sí. Siéntate. —Le señaló una cómoda butaca forrada de lino. Tras una pausa, y con un gesto de cabeza en dirección a los ayudantes de Saulo, añadió como sin darle importancia —: No será necesario que se queden. No voy a interrogarte.

Saulo indicó a los hebronitas que salieran y el sumo sacerdote volvió a tomar asiento. Observó de nuevo a Saulo antes de hablar. Tamborileó con los dedos sobre el brazo del diván y miró detenidamente al recién llegado.

—Pareces enfermo —le dijo.

—Me encuentro bien —respondió Saulo.

—Disculpa si hago el papel de padre preocupado, pero te veo más delgado, tienes mal color y te tiemblan las manos. —Hizo una pausa antes de continuar —: La

devoción es una gran virtud, Saulo, pero debo recordarte que los sabios llaman santurrón a aquel que pone en peligro su propia vida con estrictas medidas disciplinarias.

Saulo se irguió en su asiento, las manos juntas entre sus piernas.

—Te agradezco que te preocupes por mí, pero tengo más de treinta años. Siempre he sabido cuidar de mí mismo. —Hizo una pausa y se miró las manos. Le temblaban ligeramente —. Confieso, eso sí, que he perdido horas de sueño, y más de una comida, en el desempeño de mi misión.

—Tu hermana vino a verme —dijo Jonatán —. No quiere que enfermes. Le preocupa tu empecinamiento por llevar al límite tu resistencia en todo cuanto te propones. Te pide que vayas a verla de nuevo para que puedas comer y descansar.

—Sara insiste en hacerme de madre —dijo Saulo —. Entre ella y tú, estoy bier cuidado. —Tras una pausa, agregó —: Sí, supongo que un sueño reparador después de una de las buenas sopas de mi hermana no me vendría mal.

—Tu hermana es tu *kerovah*, tu pariente más cercano —dijo el sumo sacerdote —. Ella considera que tiene una responsabilidad especial en lo que respecta a ti. Además, Saulo —continuó en un tono coloquial —, puede que Sara adolezca de instinto maternal, pero su bondad la empuja a ayudarte en todo. Si no lo hiciera, se sentiría culpable y cruel.

Jonatán tenía mucho de que hablar con Saulo. Se acomodó en el diván, confiando en que el de Tarso se relajara. No fue así; Saulo permaneció erguido y con las manos apretadas entre las rodillas, dispuesto a escuchar el verdadero motivo de la entrevista. Jonatán ben Anás se tomó su tiempo. «Debo andarme con ojo —pensó—. Para tratar con un hombre tan arisco, es preciso echar mano de todo el ingenio.»

—Tu hermana —dijo — vino a mi casa acompañada de una amiga.

Saulo le miró inquisitivamente.

—Jemima es hija de un posadero de Jericó —continuó el sumo sacerdote —, y una mujer de una belleza extraordinaria. Me pareció además una persona humilde y retraída, virtudes indicativas de fortaleza y piedad. Son cualidades que en una mujer serían deseables para un hombre de auténtico espíritu judío como tú.

Saulo se mantuvo a la espera.

Jonatán prosiguió, con tiento:

—Tengo entendido que estuviste a punto de desposarla.

—No hubo compromiso matrimonial entre los dos —dijo Saulo.

—Un hombre necesita esposa —dijo con atrevimiento Jonatán.

—Dios no deseaba que yo me casara con Jemima, padre —dijo Saulo. Y luego, suspicaz, preguntó —: ¿Acaso Jemima tiene algo que ver con esa invitación a comida caliente y cama? ¿Está ella en casa de mi hermana?

—No, que yo sepa —dijo Jonatán—. Saulo, ¿no crees que casarse y propagar la raza forma parte de nuestra ética y nuestras tradiciones?

Esto irritó ligeramente a Saulo.

—Creo, padre —dijo—, que la Ley me manda servir a Dios con todo mi cuerpo y todo mi espíritu. Siempre he sabido que la buena fortuna de muchos hombres que se casan y tienen hijos no estaba hecha para mí. En mi vida no hay tiempo para formar una familia. —Sonrió al sumo sacerdote, para gran alivio de este—. Así que, además de ser un padre para mí, harías de casamentero, ¿no?

Saulo se apoyó en el respaldo, más relajado ahora, en vista de que Jonatán se tomaba su tiempo para ir al grano.

El sumo sacerdote continuó con firmeza:

—Mira, Saulo, yo creo que un hombre puede llevar a cabo la obra de Dios mucho mejor si cuenta con alguien que atienda sus necesidades cuando vuelve a casa. Nada puede reemplazar ese medio para la realización de un hombre que es la obligación y el goce de una esposa. Para ser más concreto, las relaciones conyugales son necesarias para el bienestar y la salud del hombre; gracias a ellas un hombre se respeta más a sí mismo y a su propio cuerpo, cuya satisfacción libera el espíritu.

Saulo dedicó unos segundos a sopesar estas palabras, pues quería dar una respuesta sencilla y directa para zanjar la conversación a este respecto.

—Padre Jonatán —dijo por fin—, todas estas cosas las aprendí cuando fui iniciado en el servicio divino, pero posteriormente he sabido que Dios no iba a permitirme ese lujo. El solaz conyugal que describes es para ti y los demás. Tengo

compañía femenina en una región de mi vida, que al parecer no puedo controlar, y que es en mis sueños. Pero si ahora hubiera de contártelos todos, podría tardar días. — Saulo hizo una pausa y volvió a centrarse en lo que esperaba que fuese el remache final a ese tema —. Yo nunca tendré la posición ni la importancia que tú tienes como sumo sacerdote, tu prominencia sobre el conjunto de los judíos, pero tan cierto como que el sol sale por el este, estoy convencido de que Dios me ha encomendado un trabajo especial. Ahora —añadió, haciendo una pausa —, ahora tengo la impresión de haber comenzado la obra para la cual nací. Y no me cabe en la cabeza que una esposa y una familia tengan parte en esto.

Viendo que el sumo sacerdote no decía nada, que se le quedaba mirando como si meditara sobre lo que acababa de oír, Saulo concluyó:

—A medida que va introduciendo su voluntad y sus designios en mi vida, el Altísimo me da fuerza y consuelo para superar mi fragilidad y mis tentaciones humanas. Hallo paz en su Palabra y en el cumplimiento de su servicio.

Dicho esto, se relajó un poco y apartó la vista de Jonatán con la actitud de quien daba por terminada esa parte de la conversación.

El sumo sacerdote se levantó despacio y caminó frente a Saulo de un lado a otro, mirándole. Finalmente meneó la cabeza, volvió a sentarse y dijo:

—El celibato forma parte del voto nazareo. Está claro que tú has hecho ese voto.

Jonatán se sentía un poco incómodo, y algo enfadado también. Aquel hombre era como un muro. Estuvieron un rato en silencio, observándose, y al final Saulo decidió ceder.

—Esta noche me permitiré el lujo de un plato de sopa caliente y una cama blanda, maestro. Gracias por transmitirme la invitación. —Y añadió, con aire pensativo —: La comida sí, seguro, pero la cama blanda solo si Jemima de Jericó no es huésped de mi hermana.

Saulo esperó. De la bandeja que había traído un servidor del Templo segundos después de que Jonatán tocara una campanita que había sobre su mesa, el sumo sacerdote cogió un cáliz de vino de frutas mezclado con miel. Saulo declinó educadamente la bebida.

—Mis fuentes, Saulo —dijo Jonatán ben Anás —, me han contado que hubo algún

muerto y varios heridos graves a resultas de tu incursión en la sinagoga de las Islas del Mar.

—¿Quién murió, maestro? —preguntó Saulo.

—El griego Aristóteles, a consecuencia de los latigazos. Un tal Bernabé, chipriota, se recupera de una herida de espada, y otro hombre, un anciano, podría morir también de una herida de espada. Según mis pesquisas, la fuente es un médico griego de Betania.

Saulo tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Me estás preguntando si todo eso es verdad, maestro?

—No —dijo Jonatán—. Simplemente estoy exponiendo la información de que dispongo. Y, según parece, fuiste tú personalmente quien infligió las heridas a esos dos hombres.

—La gente opone resistencia —dijo Saulo—. A veces hay que recurrir a la fuerza. A Bernabé el chipriota no lo arresté, porque esperaba localizar a otros de esa secta a través de él. Su desgracia explica por qué no se le ha visto últimamente.

No dijo más, prefiriendo no extenderse sobre el incidente en la sinagoga.

—La justicia, Saulo, solo es efectiva si va atemperada por la misericordia —dijo el sumo sacerdote—. La misericordia es indispensable para impartir justicia.

—A veces no es fácil manifestar un sentimiento como el de la compasión —replicó Saulo, airado—, sobre todo cuando tengo por ayudantes a un grupo de bárbaros romanos. En lo sucesivo, maestro, no voy a necesitar de su colaboración en el desempeño de mi trabajo. Solo llevaré conmigo a guardianes y servidores del Templo.

—A los romanos les parecería altamente sospechoso ver a un contingente del Templo recorrer las calles de la ciudad —le advirtió Jonatán, alzando él también la voz—. Tendrás que cooperar con los romanos.

«Lo que le preocupa —pensó Saulo— es su dinero y su cargo y su precioso pellejo.» Notó que empezaba a encenderse, pero fue capaz de controlar su ira.

—Llevaremos a cabo nuestras incursiones en lugares que los romanos no frecuentan —razonó Saulo—. La secta de los nazarenos ha pasado a la clandestinidad; se reúnen

en domicilios privados de conversos o simpatizantes.

—La mayoría se han marchado a otras ciudades —replicó Jonatán, más calmado—, a las ciudades de la Decápolis. Tras la muerte de Esteban se dispersaron por Samaria y el resto de Judea. He sido informado de que a los pocos días se sumaron a otros grupos en Antioquía, Damasco y Alejandría. La secta de Jesús se reúne allá donde haya sinagogas abiertas para ellos. —Hizo una pausa—. Por alguna razón, en Damasco existe una comunidad que los acogió con amor fraternal. Un enviado del rey Aretas de Arabia me informó de que allí los discípulos del nazareno se cuentan por centenares, y que el número de fieles no deja de crecer.

Saulo estaba inspirando hondo y sus manos volvían a temblar visiblemente. Se puso de pie, hizo una reverencia y, afectado como estaba por la noticia que acababa de recibir, dijo:

—En esas ciudades donde mis compatriotas judíos están tomándose libertades excesivas en lo referente al culto en público, se volverán corruptos incluso a ojos de los gentiles. Cuando un gentil ve que un judío es indigno, juzga injustamente a todo el conjunto de Israel y de su fe. Nuestro pueblo, en todas esas ciudades, debería esforzarse por llevar una vida que no desacredite el nombre de Israel ni, por consiguiente, el del Altísimo. Iré a Damasco, iré a Antioquía y Alejandría, a cualquier ciudad donde se alojen esos profanadores.

El sumo sacerdote se levantó despacio.

—Estás más decidido que nunca, ¿no es así? —dijo.

—¡Mucho más! —respondió Saulo con osadía.

Y, tras hacer una última venia, se marchó.

Jonatán se permitió una sonrisa. Tomó un sorbo del cáliz de vino de frutas. «Un hombre de mérito ha caído en el abismo del fanatismo —se dijo—. Bueno, al menos estará en Damasco.»

Una vez fuera de las murallas de la ciudad, Saulo atravesó el valle del Cedrón para remontar las laderas del monte de los Olivos con su séquito de guardianes y servidores del Templo, y los dos hebronitas, Cononia y Semei. Entre olivos

antiquísimos, sus testigos lo condujeron hasta Getsemaní, palabra que significa «la prensa de aceite». Este lugar proporcionaba gran parte del aceite empleado en candiles, fogones y cocinas de la ciudad. Bueyes enganchados a una vara larga daban vueltas y vueltas en círculos, haciendo girar las grandes piedras cuya presión extraía el aceite, que más tarde se refinaba antes de almacenarlo en ánforas de cerámica.

El propietario del huerto, el molino y el almacén, todo lo cual ocupaba media vertiente occidental del monte de los Olivos, era un tal José, oriundo de la localidad de Arimatea en Judea. José era miembro del sanedrín, un hombre recto y piadoso, y querido a pesar de su riqueza. José había estado presente en el consejo aquella turbia mañana, no hacía muchos años, en que juzgaron al nazareno y lo entregaron a Pilato.

El grupo de los nazarenos había encontrado en José a un amigo. De vez en cuando echaban una mano en la prensa de aceite y en el almacén, guardando y cargando ánforas para su envío. Utilizaban el almacén del de Arimatea para llevar a cabo su culto. Les parecía oportuno que estuviera emplazado en el punto exacto en que Jesús había sido arrestado; fue allí donde sus discípulos lo abandonaron por temor a los romanos y los guardianes del Templo.

José era propietario de un mercante que atracaba en el puerto de Jaffa. Cargado de aceite, el navío surcaba cada temporada las aguas del gran mar rumbo al oeste, y luego, atravesando el estrecho de Gades y Tingis entre las Columnas de Hércules, remontaba el tormentoso Atlántico siguiendo las costas de Hispania y la Galia para cruzar el canal de los Ingleses hasta Britania. El aceite era vendido o cambiado allí por estaño. Grandes carretas repletas de este mineral llegaban desde las minas que había río arriba hasta el puerto, donde era cargado para aumentar la creciente riqueza de José. Cada año, los artesanos de la calle de los caldereros en Jerusalén esperar con avidez la llegada del barco cargado de estaño.

A Cononia y Semei no les costó trabajo localizar a los nazarenos que se reunían en el almacén de José de Arimatea. Venían sospechando de algunos, y sabían que Jesús solía reunirse con sus discípulos en Getsemaní. Los dos hebronitas se habían escondido tras los enormes olivos y, al caer la noche, siguieron a los nazarenos y los vieron entrar en el almacén de aceite. Fue ante la puerta de dicho edificio donde los

testigos se detuvieron ahora y le dijeron a Saulo:

—¡Están aquí!

En la jamba de la puerta alguien había claveteado la forma toscamente tallada de un pez.

Al verlo, Saulo murmuró, colérico:

—¡Una señal secreta! ¡En vez de la mezuzá, encuentro el símbolo del pescador de Galilea! Esto es un lugar de reunión de los infieles que quieren echar abajo Israel.

Cogió la espada de uno de los guardianes, arrancó con la punta el pez tallado en madera y lo hizo pedazos en el suelo.

Empujó la puerta y entró. Habían arrimado muchas ánforas a las paredes para despejar una amplia zona y habilitar bancos colocando los extremos de unos tablones sobre los restantes recipientes. Al fondo había un altar improvisado con tablas superpuestas encima de unas ánforas. A Saulo le sorprendió ver allí a tanta gente reunida, y oírlos rezar todos juntos, hombres, mujeres y niños:

—Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga a nosotros tu reino...

Como tenían la cabeza gacha, no repararon en el perseguidor que acababa de entrar sigilosamente. En uno de los lados, Saulo vio a hombres y mujeres que parecían estar lavándose mutuamente los pies en las pequeñas bateas que se utilizaban para refinar el aceite.

José de Arimatea pasó entre los fieles portando un cesto de pan ácimo. Cada miembro de la congregación partía un pedazo y lo comía. Una muchacha iba detrás de José con un cáliz y una jarra de vino. Después de comer el pan, los fieles aceptaban un sorbo de vino del cáliz que la muchacha iba rellenando.

Saulo avanzó hacia José, pero este hizo caso omiso de él y empezó a hablar a los congregados.

—Hacemos esto en su memoria —dijo—. Este pan es un símbolo de su cuerpo, que fue crucificado por nosotros. —Hizo una pausa para mirar a Saulo, pero continuó—: Este vino es un símbolo de su sangre, que fue derramada por nosotros para redimir nuestros pecados. Así como él comió y bebió con los discípulos en aquella víspera de la Pascua, así nosotros conmemoramos ahora esa consagración.

—¡Estáis todos arrestados por la autoridad que me ha sido conferida por el sumo sacerdote! —gritó Saulo a José. Todos se volvieron hacia él, pero nadie parecía tener miedo —. Se os acusa de herejía, blasfemia y de actos abominables contra la Ley, el Templo sagrado y el Altísimo.

Los nazarenos permanecieron muy quietos y callados durante la perorata de Saulo, que ahora se dirigió a la gente sentada en los bancos.

—¡Rezar en lenguas paganas y recitar las Sagradas Escrituras en dialectos paganos! —clamó. Y luego, señalando a José —: ¡Y a ti te acuso de sacrilegio! Has mancillado la festividad de la Pascua utilizando algunos de sus platos como recordatorio del Carpintero en una fecha indebida.

José le sonrió y fue hacia la puerta.

—Prendedle —dijo Saulo. Dos de los guardianes del Templo agarraron de mala manera a José, uno por cada brazo —. Lleváoslos a todos a prisión —ordenó a los otros. Luego, volviéndose hacia José de Arimatea, dijo a los dos que lo tenían preso —: Quitadle la túnica y flageladlo.

Los guardias le desgarraron la prenda por detrás, dejándola caer al suelo, y José quedó en taparrabos. Él mismo ofreció la espalda a sus captores, y luego, encarando a Saulo, dijo:

—Que Dios tenga piedad de tu alma, hermano Saulo.

Fue en ese momento cuando este le reconoció. Nunca había visto a José de Arimatea con otro atuendo que el sacerdotal y en el entorno del Templo. Pero bajo la escasa luz de los candiles y con aquella sencilla túnica, le había parecido uno más entre la chusma nazarena.

Por un momento Saulo perdió brío y se echó a temblar. «¿Qué estoy haciendo?», pensó. Se disponía a someter a castigo a un miembro del sanedrín... Pero luego, al mirar a su alrededor, una cólera ciega volvió a apoderarse de sus sentidos.

—¡Flageladlo! —exclamó, al tiempo que se desgarraba su propia túnica desde el cuello hasta la cintura.

Empezó a caminar en círculos exclamando «¡Blasfemia! ¡Anatema!» y golpeándose el pecho mientras el látigo caía sobre la espalda de José, el cual no profirió un solo

grito mientras lo azotaban.

Saulo la emprendió a patadas con las bateas utilizadas para lavar los pies. Volcó el cáliz y el cesto del pan y aplastó con el talón los trozos esparcidos por el suelo. En esas estaba cuando, de repente, algo le hizo detenerse. Se había acordado de la rata, la rata a la que sorprendió aquella noche royendo sus rollos sagrados. Saulo miró al flagelado. Podía destruir su vida con la misma facilidad con que estaba aplastando ahora el pan ácimo. A la rata no la había matado porque era inocente en su hambre y porque tenía pergamino sagrado en sus tripas. La vida del flagelado, en cambio, no valía ni la de una rata.

Los guardianes estaban asestando ya los últimos latigazos cuando Saulo caminó hacia la puerta. Echó un vistazo de soslayo a la espalda ensangrentada de José y sintió un escalofrío al ver por un momento el rostro del hombre mirando hacia lo alto: tenía la misma expresión que Esteban al ser ejecutado. «¿Qué puede inspirarle semejante expresión de paz y de dicha en medio de la agonía?», se preguntó.

Justo cuando Saulo llegaba a la puerta, José exclamó:

—Que Dios te acompañe, hermano Saulo. Y que algún día conozcas a Jesús nuestro Señor.

Saulo se puso rápidamente en marcha hacia la prisión para terminar el trabajo.

—Que haya que ver esto en la ciudad de Dios... —dijo para sí—. Tengo que encerrarlos a todos. ¡José de Arimatea, nada menos! Que sangre. Que sus cicatrices le recuerden su transgresión. Mi causa es justa. No voy a debatir más con mis iguales. No voy a discutir de mi causa con el sumo sacerdote. Me comprometí y debo continuar. Espigaré en sembrados más importantes.

Se estremeció en el aire inusualmente frío de la noche estival mientras apretaba el paso en la oscuridad.

El nuevo día tardó en llegar, pues aquella noche Saulo apenas pudo pegar ojo. Una vez en su habitación bajo la sinagoga, recordó que había vuelto a saltarse la cena. Lo único comestible que tenía eran unos cuantos higos y unas almendras. No quería salir otra vez, era noche cerrada, de modo que se apañaría con eso. Poniéndose de cara al Templo, ofreció una plegaria de gracias por su magro refrigerio.

Se sentó a comer en soledad, mirando fijamente al candil y pensando. Se sentía

profundamente turbado, y eso no era lo que había esperado sentir, considerando el éxito de su misión hasta el momento.

¿Había caído en desgracia a ojos del sumo sacerdote? Sí, eso era evidente. Jonatán ben Anás le quería lejos de la ciudad. ¿Es que nadie le apoyaba? ¿Tan débil era la fe de la gente, que prefería tolerar aquella maldad a su alrededor? Baana ben David, y por supuesto Nicodemo, habían intentado convencerlo de que cesara en su empeño. ¿Acaso la alusión a la misericordia y la compasión por parte del sumo sacerdote en su último encuentro había sido un modo de sugerir que abandonara su tarea? Jonatán le había conferido autoridad en nombre de los ancianos y los principales sacerdotes. ¿Cuántos de ellos respaldarían todavía su campaña contra los nazarenos?

La carta aún era vigente. Mañana reuniría a su séquito y se pondría en camino hacia Damasco. Se puso de pie y rezó.

—Me complazco en hacer tu voluntad, oh, Señor.

Sintió cierto alivio al apagar el candil y tumbarse en la estera. Habían avanzado mucho. Según sus informaciones, en ninguna parte de la ciudad seguía venerándose en público al Carpintero de Nazaret. «El Altísimo está conmigo», pensó, cerró los ojos y se volvió hacia la pared.

Lo primero que se le apareció en la mente fue un rostro vuelto hacia arriba con una expresión de paz, gozo y resignación. ¿Quién sería? ¿Esteban? ¿El griego Aristóteles? ¿José de Arimatea? No, ninguno de ellos y todos a la vez. Eran el mismo. ¿Por qué esa misma expresión en la cara? ¿Y por qué los latigazos no les hacían gritar?

Aunque le inquietó pensarlo, hubo de reconocer que semejante entereza en un momento así era cosa de admirar. Todos ellos habían afirmado estar imbuidos del Espíritu Santo, una idea que, además de abominable, era totalmente ridícula. La Ley, los Profetas, los Escritos... esos oráculos de Dios habían llegado por vía del Espíritu Santo, mientras que de las bocas de los seguidores del nazareno no salían más que afirmaciones blasfemas sobre el Carpintero.

Saulo trató de racionalizarlo, y la mente humana, cuando está absorta en ideas elevadas, es un arma muy poderosa. ¿Acaso el engaño colectivo y la extraordinaria locura que rodeaban a ese Jesús habían dotado a la gente de un falso espíritu

sobrehumano? Tal vez fuera esa la respuesta. Estaban todos fascinados por una nueva idea, la de un hombre-dios vestido de harapos que les hablaba e incluso les tocaba, alguien de su propia condición. ¿Y las curaciones que supuestamente había hecho? Ilusos con ganas de creer. La gente había sanado porque tenía fe ciega en que así iba a ser. Pero había más. ¿Cómo podían aceptar tan fácilmente la idea de un hombre-dios? Los conversos se contaban por millares. Sin duda el Espíritu Santo intercedería para poner remedio a tanta demencia. Él, mientras tanto, seguiría adelante con su plan.

Pero la noche se arrastraba lentamente. Saulo estaba ansioso por hacer el equipaje y tenerlo todo listo para el viaje que emprendería al día siguiente, pero sabía que necesitaba descansar, tenía que dormir. Aquel rostro, sin embargo, se le aparecía una y otra vez. Saulo no lograba quitárselo de la cabeza ni conciliar el sueño. No había manera.

Intentó pensar en otra cosa: el viaje, los seis días de trayecto rumbo al norte hasta la capital siria. Aprovechando que cruzarían Samaria, tal vez haría una parada en Siquem para expulsar a cualquier miembro de la secta que hubiera recalado allí. La vieja ciudad de los profetas no debía tolerar blasfemos entre sus habitantes. Atravesaría el exuberante valle del Jordán un poco más al sur del lago, el mar de Galilea. Luego bordearía la orilla oriental para no tener que pasar por Tiberias, la ciudad que los romanos levantaron en la ribera oeste. No pensaba degradarse pisando la tierra del incestuoso e idólatra rey Herodes Antipas, títere del César y judío medio romanizado. Seguiría la ruta de las caravanas dejando atrás el lago y remontando apenas la vertiente occidental del monte Hermón para cruzar la bien regada llanura hasta Damasco. No había que preocuparse por los víveres pues encontrarían de sobra por el camino, dado que la cosecha había empezado ya: trigo, maíz, bayas, melones... todo lo que ofrecieran los campos. «Del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella», citó mentalmente, y rezó en silencio una oración de gracias por los alimentos que el Señor pondría a su alcance para fortalecerlos durante el viaje. Él, sus guardianes y los dos testigos cenarían pescado en la orilla oriental del lago. Los melones ya estarían maduros en los campos al pie del monte Hermón.

Unos meses antes los campesinos habían sembrado esos campos tal como venía haciéndose desde hacía mil, dos mil años, mediante un simple arado de madera y un

buey. Con una mano el labrador guiaba el arado y con la otra portaba la agujada, una vara larga terminada en punta para azuzar a la bestia cada vez que esta aflojaba el paso. Los necios animales soltaban coces cada vez que el labrador los pinchaba, pero era en vano; tenían que seguir adelante.

Era agradable pensar en la vida en el campo. El viaje de seis días, viendo a millares de ricos viajeros camino de otros tantos rincones del mundo, sería todo un alivio para Saulo, que llevaba varias semanas lidiando con lo que él consideraba gente desencantada e ingenua.

Fue pensar en ellos y reaparecer la cara. «Esteban. ¡Esa sonrisa! ¡Esa gozosa sumisión a la muerte! Están todos chiflados», pensó. Empezó a recitar las Escrituras, a meditar sobre la Ley y sobre los Salmos. Decidió que no iba a pensar más en aquellos rostros y que se dormiría enseguida, acunado por las sagradas palabras de los profetas. Y lo consiguió por fin. Pero le duró poco.

Soñó una variante de un sueño anterior. Estaba en lo alto de una loma, contemplando el ancho mar a sus pies. Ahora la luz estaba a su espalda, y él se había girado porque sus ojos no podían soportar el resplandor. El arroyo de sangre discurría junto a sus pies y se precipitaba colina abajo, pasando entre los cuerpos para desembocar en el mar oscuro. De nuevo creyó oír que le llamaban desde el agua, y al bajar y acercarse pudo escucharlo con más claridad. «¡Saulo! ¡Pablo! ¡Paulus!», le llamaban. Era como si las naciones del mundo entero estuvieran pronunciando su nombre. «¿Por qué me llamáis? —preguntaba a gritos en el sueño—. ¿Y a qué vienen esos nombres? Yo soy Saulo de Tarso, nacido de la tribu de Benjamín.» Pero la gente no dejaba de llamarle.

Tuvo miedo de las oscuras aguas, así que dio media vuelta y empezó a remontar la loma. Tenía que llegar a la luz. Y entonces cayó de bruces sobre el rostro de Esteban. ¿O era el de Aristóteles? ¿O el de alguna de las mujeres? Todos tenían aquel mismo semblante angelical. Por primera vez se fijó en que no todos eran Esteban, sino que llevaban la misma indumentaria típica de los seguidores de Jesús, y que todos parecían haber muerto en estado de éxtasis. Empezó a trepar apresuradamente, con la sensación de que tenía que alcanzar la luz. Agarrándose aquí y allá, reptando incluso,

finalmente conseguía llegar a la base de la cruz, y allí el terror desaparecía. Sin embargo, se resistía a mirar hacia arriba, pues temía la visión del nazareno crucificado. Entonces tocó con la mano algo que había en el suelo y, al mirar hacia abajo, vio aquel signo del pez, la talla de madera que él había destrozado con su espada. Se puso de pie y, haciendo un esfuerzo por aguantar el resplandor, volvió a ver la inscripción clavada sobre la cabeza del crucificado. El Carpintero pendía de la cruz, pero, por culpa del fulgor, Saulo era incapaz de mirarle. Se despertó con un gemido angustiado.

Por primera vez sintió una punzada de culpa. Por primera vez pensó en aquel que había muerto como resultado de su purga. Entonces pensó en Damasco y las otras grandes ciudades, y en cuántos, cuántos más morirían a consecuencia de su voto. El camino a Damasco se le antojó de repente un trayecto largo y arduo.

Pero, reprochándose su debilidad, decidió que no iba a tener otra vez semejantes pensamientos. Debía mantener la concentración. Era preciso preservar la unidad del único culto verdadero. El Altísimo había decretado la muerte de los blasfemos. Saulo tenía que ser fuerte. No podía permitirse que remordimientos injustificados alteraran su misión. Intentando una vez más conciliar el sueño, susurró:

—Mañana, Damasco.

La iluminación

Saulo contempló el perfil de la ciudad de Damasco desde la distancia. Estaba físicamente agotado, pero tener su destino a la vista le hizo sentir ganas de concluir el viaje y descansar. Necesitaba desesperadamente dormir. La casa de Judas el fariseo sería un buen refugio después del largo y penoso trayecto. Y confiaba en que la hospitalidad de Judas contribuiría a apaciguar su atribulada mente. Los últimos seis días con sus noches habían sido una tortura de dudas y temores; tal vez Judas le infundiría nuevos ánimos.

Damasco era una ciudad grande y a la vez extraña. Aun sabiendo que llevaba encima la carta del sumo sacerdote, Saulo estaba inquieto. Si en Jerusalén no había tenido ninguna sensación de triunfo por lo que había logrado, ¿sería aquí diferente? La purga de los nazarenos en la ciudad de Dios no le había aportado ninguna satisfacción real. Nadie le había ofrecido su apoyo, salvo los soldados romanos, que habían tratado con dureza a los prisioneros porque sabían que a nadie le importaba lo crueles que pudieran ser con unos judíos condenados por su propio pueblo. Saulo lamentaba el sufrimiento de las víctimas a manos de los romanos. Quizá en Damasco la cosa iría mejor. No llevaba escolta de soldados, pero el trato que recibirían sus cautivos en las cárceles sirias probablemente sería el mismo. La prisión militar de Damasco era tristemente célebre por la crueldad con que se trataba a los reos.

«Debo desechar estos pensamientos», se dijo. Había hecho un gran esfuerzo por acallar sus temores y dudas cuando él y su séquito se detuvieron en una posada al caer la noche. Pero luego le costó dormir. Y, una vez más, el sueño. Cada noche el mismo sueño recurrente. La cara de Esteban con aquella expresión gozosa; la gente

llamándolo a gritos. Y ahora soñaba también cada noche con el hombre del almacén de aceite, el que le había dicho: «Que algún día conozcas a Jesús nuestro Señor, hermano Saulo». Aquel hombre tenía el mismo semblante que Esteban. Daba igual a quien viera, el sueño, aquella expresión gozosa, era una constante.

Había un amor extraño en aquellos rostros. Un amor radiante mientras morían en medio de tormentos. Le miraban como si lo amasen. ¿Por qué? ¿Por qué le amaban? Él no los amaba en absoluto. Odiaba todo cuanto le estaban haciendo a la verdadera religión de sus padres. Ahora bien, ¿los odiaba personalmente? Suponía que sí. No estaba muy seguro. Pero sí sabía que no los amaba.

¿Ese amor procedía de Dios? Si era verdadero amor, tenía que ser así. Toda bondad es de Dios. Dios es todo bondad. Pero esas personas eran una afrenta a Dios eran lo contrario a Dios. Aun así... ¿amor? La aparente expresión de amor les duraba hasta el último aliento. ¿Intentaba Dios decirle algo a través de esas personas? ¿Debería abandonar su misión? ¿Cuántos más iban a morir en Damasco como consecuencia de su tarea? Pensar en hombres, mujeres y niños muriendo por su causa lo abrumó, sintió náuseas incluso, pero luego entró en razón. «El Maligno trata de desbaratar en mi mente la obra de Dios —pensó—. Nunca me dejaré dividir entre dos opiniones. Estoy cansado, y un cuerpo fatigado es terreno fértil para las fuerzas contrarias a Dios.»

Y aquel sol de mediodía... el calor era insufrible. Aumentaba el número de casas, granjas y rebaños conforme avanzaban por la calzada a través de la irrigada llanura. El ganado pacía a la sombra de los escasos árboles. Ni pizca de brisa. Los cultivos en los campos que flanqueaban el camino estaban inmóviles. Ni un solo pájaro surcaba el cielo, todos esperaban en sus nidos a que pasaran las horas calurosas del día.

La tierra se estremeció. ¿O acaso temblaba de miedo y asombro? El suelo daba sacudidas; las piedras se movían. Caían ramas de los árboles, y de un momento para otro una nube de polvo se elevó del suelo en todas direcciones. Sin darle tiempo a gritar, una luz pura lo dejó abrumado. El fabuloso resplandor de una luz mucho más brillante que el sol colmó el abismo entre cielo y tierra. La shejiná, la gloria de Dios, irrumpió con tal fuerza que Saulo y sus acompañantes cayeron al suelo. El núcleo de la potencia de aquella luz apareció ante sus ojos con tal esplendor que el resultado fue

la inmediata postración. En un momento Saulo estaba de pie y al siguiente yacía de espaldas, el rostro cubierto de ampollas y los cabellos chamuscados. Sentía el calor por todo el cuerpo, pese a que el centro de la luz lo tenía delante. Conmocionado, empezó a tiritar.

Aquella luz, aquella hermosa, horrible luz. Y ante sus ojos, manifestado físicamente en gloriosa realidad durante apenas una fracción de segundo, estaba el Hombre de Blanco. El Hombre, venido a la tierra para aparecerse ante Saulo en un torrente de maravillosa y deslumbrante belleza, un río de sustancia divina, era de un blanco tan blanco, tan puro y tan brillante, que le abrasó los ojos y los cubrió de escamas.

Saulo alzó la cabeza e intentó mirar de nuevo al Hombre de Blanco, pero sus ojos no veían. En la cara interior de sus párpados había una imagen en negativo del Hombre. No la olvidaría jamás. Maravillado y asustado a la vez, recordó la esplendorosa visión que lo había dejado ciego. Los pies descalzos del Hombre relucían como el oro, muchísimo más brillantes que los candiles de latón colgados de sus cadenas en la sinagoga. En el empeine de cada pie se apreciaba una herida bien cicatrizada; incluso esas heridas brillaban y refulgían.

Su túnica era larga y vaporosa, y ni el mejor batanero del mundo podría haber hecho un paño tan blanco como aquel. Parecía ser de una sola pieza de lino, tejida a mano, ¡pero qué extraordinario lino blanco! Ceñía su pecho un manto de oro. «¿Qué podía significar?», se preguntó Saulo. El atavío, desde luego, tenía un aire sacerdotal. ¿O acaso era para tapar algo? El oro, símbolo de la pureza de Dios, que disimulaba las manchas de sangre que habían caído de su frente, ceñida por una corona dorada. Saulo sabía pero no quería ni podía aceptar todavía el hecho de la identidad del Hombre de Blanco. Sus brazos estaban extendidos, y en la palma de sus hermosas manos se apreciaban sendas heridas.

Saulo no pudo distinguir las facciones del Hombre, se lo había impedido la luz, pero sus cabellos eran de un blanco níveo, igual que la túnica. Tenía la boca abierta, como si se dispusiera a hablar, y sus ojos habían traspasado el chorro de luz para tocar a Saulo en lo más hondo de su ser. Una mirada de amor. Una mirada de tristeza. Una mirada de compasión y entendimiento. Unos ojos terribles, cautivadores.

La luz tendió un puente sobre el vacío, la infranqueable barrera espacio-tiempo entre el cielo y la tierra, y en el mismo instante en que Saulo había visto todo aquello, vio también que alrededor, por encima y hasta los últimos confines más allá del Hombre de Blanco había miles de ángeles, decenas de miles de ángeles.

Saulo había oído decir que Jesús de Nazaret había afirmado ser capaz de convocar a doce legiones de ángeles si lo deseaba. Así lo aseguró ante los guardianes del Templo la noche de su arresto en Getsemaní. Pero aquí había más de doce legiones. ¿Setenta mil ángeles, quizá? No, más, muchos más. Como si setenta mil fuese una nimiedad. Y así era, pues los ángeles ascendían en el vacío entre el Hombre de Blanco y los confines más remotos del cielo divino. Un número inconmensurable de ángeles, formando una estela que empezaba a sus pies y se elevaba a través de un tiempo sin tiempo y un espacio infinito. Saulo yacía en el duro suelo del camino de Damasco creyendo que estaba muerto, que había sido arrojado a la oscuridad eterna. Y entonces lo oyó: un murmullo de agua. «¿De dónde saldrá este sonido de agua corriendo en medio de la ardiente llanura siria?», se preguntó. Y de pronto supo que el sonido llegaba de la misma brecha entre cielo y tierra, allí donde el Hombre de Blanco se había plantado frente a él. En su ceguera, Saulo comprendió que la experiencia celestial, ultraterrena, continuaba y que los sonidos que estaba oyendo no eran de este mundo. Se hallaba en presencia de la divinidad y estaba aturdido y petrificado a la vez por cuanto le acontecía. Lo que oía era el murmullo ancestral del trabajo productivo del agua que dividió los continentes cuando la tierra fue creada. Era el sonido de las aguas que se abrieron para dejar paso a Israel en el mar Rojo. Era un sonido de agua eterna, agua de vida, el agua que fluyó de la roca ante la vista de Moisés. El rugido y la furia torrencial fueron en aumento. Grandes olas oceánicas se estrellaban contra las rocas. Oyó el sonido vibrante de la mar gruesa, el agitarse y arremolinarse del agua en arroyos y ríos. Agua que caía, salpicaba, giraba sobre sí misma, que bullía en cortinas, en rociadas, en embudos, en mares enteros.

Y con aquel sonido de agua le llegaron de nuevo las voces. Los gentiles de todos los lugares de la tierra gritaban su nombre: «¡Saulo! ¡Pablo! ¡Pol! ¡Paulus! ¡Paolo!».

Mientras seguía temblando, presa del pánico, supo que estaba completamente

despierto porque notaba en la espalda las duras piedras calientes del pavimento. Entonces sintió que la cálida presencia se adueñaba de sus sentidos, la gloria del Divino colmaba su ser, tocándole, pero seguía habiendo aquella brecha espiritual entre su mundo y el otro más elevado. Y entonces la presencia le habló.

La suave y amorosa voz llegó mezclada con el sonido del agua, y a Saulo no le cupo duda de que le hablaba a él. Era una voz seria pero afable, penetrante y sin embargo reconfortante. Era una voz de amor, de familiaridad, de hermandad y compasión. Una voz tan imperecedera e ilimitada como la creación, procedente de la morada divina, salvando el abismo entre lo eterno y lo temporal, llegó a los oídos del perseguidor.

—Saulo —dijo la voz.

Saulo escuchó. Trató de alzar la cabeza, pero no veía nada. Quiso gritar «Estoy ciego», pero el rugido del agua habría ahogado sus palabras. Todavía era incapaz de hablar.

—Saulo —dijo nuevamente la voz, llamándolo por su nombre hebreo.

Hacía siglos que la Voz no se dirigía a un mortal desde la morada del Altísimo. Saulo temblaba de tal manera que no podía responder. Esperó, incapaz de decir nada.

«¿Será acaso el *Bat Kol*, el eco de la Voz Divina? —se preguntó—. Yo soy indigno de oír el eco de la Voz Divina.»

Pero aquello no era un eco. En un tono de afectuosidad casi infantil, a un tiempo cálido y suplicante, dijo la Voz:

—¿Por qué me persigues?

Y entonces lo supo. Aunque preguntó «¿Quién eres, Señor?», lo supo de inmediato. Aquella era la gloriosa voz humana del agua de vida, la voz del Hijo que resucitó y ascendió.

No tardó en oír la respuesta; si alguna duda le quedaba, se disipó cuando el Hombre de Blanco dijo en un tono coloquial y afable:

—Soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues. Ha de ser duro para ti dar coces contra la aguijada.

Al principio Saulo no entendió la frase final, pero poco a poco se le reveló su significado. Jesús solía enseñar por medio de parábolas. Saulo había estado dando

coces, oponiendo resistencia contra algo a lo que no podía seguir resistiéndose. Ciertamente, había habido claros indicios de que tal resistencia a la verdad no serviría de nada. Había tenido remordimientos y había empezado a dudar de si debía seguir adelante con su misión. Y luego, cuando pensaba en los que sufrían por su culpa, había sentido rencor, y había oído el grito interior clamando por sus víctimas. Le vino a la memoria la actitud de resignada preocupación de Baana ben David, su espíritu de bondad, su petición de tolerancia. Y recordó el intento del sumo sacerdote de hacerle entrar en razón y la oposición del maestro Nicodemo.

Pero, sobre todo, había estado dando coces contra lo que suplicaba su propia conciencia, ese espíritu de bondad que anidaba en su interior. ¡El Espíritu de Dios que llevaba dentro! ¿El... Espíritu Santo mismo? ¿Suplicando tolerancia, paz, justicia? ¿O tal vez el Espíritu Santo obrando a través de otros?

El sonido de las aguas continuaba en sus oídos y en su mente, penetrando hasta el interior de su alma. La voz había dicho «Soy Jesús de Nazaret», simplemente «Soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues...».

«¿Será él? —pensó Saulo—. Jesús, el Hijo de...»

Estaba demasiado aterrado para expresar con palabras las muchas preguntas que le venían a la cabeza. Aunque sus acompañantes se habían levantado y le miraban ahora confusos, Saulo, tendido aún en el suelo, sabía que estaba en conexión con una presencia que no era para ellos.

Finalmente acertó a preguntar:

—¿Qué quieres de mí, Señor?

—¡Levanta! Ponte de pie —le ordenó la Voz.

Al instante, y en respuesta a aquel mandato privado, Saulo se levantó con esfuerzo. Sus acompañantes lo agarraron por los brazos para sostenerlo, pues al principio no parecía capaz de mantenerse en pie.

Su aspecto causaba verdadero espanto. Era como si Saulo nunca hubiera andado antes. Tenía el rostro quemado, los ojos vidriados y cubiertos de una capa escamosa, blanca y lisa. Sus labios agrietados permanecían abiertos en un fútil intento de hablar. Sujetándolo uno por cada lado, los hombres lo hicieron girar hacia la ciudad y le

llamaron por su nombre, pero Saulo no les oía.

Lo que estaba oyendo era el sonido del agua, y luego el de un viento impetuoso. El fuego de la luz divina había abrasado su cara y formado escamas sobre sus ojos. Junto con los sonidos de agua y viento, oyó un crepitar rugiente de llamas. Fuego y viento son símbolos del Espíritu Santo. Y ángeles, todo un ejército de gloriosas voces resonando en cánticos de alabanza. A través de todos esos sonidos le llegó de nuevo la Voz.

—Me he aparecido a ti con este propósito —continuó la Voz —, para que seas testigo de estas cosas que acabas de ver y de las cosas que voy a revelarte, liberándote de tu pueblo y de los gentiles a quienes te envío ahora, para que les abras los ojos y los saques de la oscuridad y del poder de Satanás, a fin de que sean redimidos de los pecados y alcancen un lugar entre aquellos cuya fe en mí ha purificado. Ve a Damasco y allí se te dirán las cosas que debes hacer.

De pronto, la comunicación entre el cielo y Saulo se interrumpió. La Voz no esperó respuesta a sus mandatos. Saulo no supo más que debía obedecer. Fue consciente de que sus pies se movían y de que unas manos humanas guiaban sus movimientos.

—¿Qué le ha pasado en los ojos? —oyó decir.

—No ve nada —susurró alguien más.

Saulo notó que sus ojos pugnaban por derramar lágrimas, y al poco el llanto empezó a fluir a través de las escamas. Sus labios seguían sin emitir sonido alguno, pero dentro de su alma un grito empezaba a tomar cuerpo, un grito que proclamaba un júbilo indecible.

«Sí —respondió su mente —. Estoy ciego, cegado a fin de poder ver.»

—Dejad paso a este invidente —dijo Cononia en voz alta, tomando a Saulo de la mano izquierda para guiarle.

Su hermano Semei lo llevaba de la otra mano, y franquearon así el gran arco romano que enmarcaba la entrada oriental a Damasco, de la que partía la amplia calle flanqueada de columnas y conocida como la Recta. Bajo el arco, protegidos del calor intenso, había mendigos y gente durmiendo. Los guardianes y servidores del Templo tomaron la delantera camino de la casa de Judas el fariseo. La calle estaba prácticamente desierta, todas las tiendas cerradas durante dos o tres horas, mientras

durara el calor del mediodía. A media tarde volvería a la vida con todo el ajetreo del comprar y el vender, el regatear y el discutir, peleas a grito pelado por esta o aquella transacción. El que compraba artículos de latón sabía el precio exacto que estaba dispuesto a pagar; sin embargo, el que vendía no soltaría prenda sin discutir antes el precio. Quería tener la oportunidad de demostrarle al comprador que era un hombre caritativo y que se avendría a salir perdiendo para que el otro pudiera hacerse con tal o cual pieza, en vez de dejarle que fuera a la tienda de al lado, donde la mercancía era de menor calidad.

Saulo no era consciente de su paradero mientras pasaba por delante de aquellas tiendas guiado por sus acompañantes. Su mente estaba todavía con el Hombre de Blanco. La visión lo tenía sin habla, y aunque sus párpados estaban abiertos, no veía nada salvo la postimagen de la figura grabada en las escamas que habían cubierto sus ojos. Pero aquella imagen, él lo sabía, estaba estampada en su mente, porque en efecto había quedado ciego.

Judas el fariseo vivía en una casa espaciosa y columnada de estilo griego, un poco apartada de la calle Recta detrás de un jardín bien cuidado y un patio. Un servidor del Templo llamó tres veces golpeando la ornamentada aldaba. Al cabo de un rato, alguien entreabrió la puerta apenas lo suficiente para ver a aquel extraño grupo de hombres bajo el pórtico delantero.

—El amo está durmiendo —dijo de mal talante el criado.

—Avísale de que ha venido Saulo de Tarso. Tu amo le espera —dijo el servidor del Templo.

—Abre la puerta y hazle pasar —se oyó la voz de Judas desde el interior de la casa.

El criado obedeció y los hebronitas entraron llevando de la mano a Saulo; los demás se quedaron fuera.

Judas no le reconoció al momento, y cuando lo hizo se quedó de piedra.

—¿Qué te ha pasado, Saulo? —preguntó.

Saulo no dijo nada.

—Está ciego, maestro —dijo Cononia—. Una terrible luz nos ha tirado a todos al

suelo a poca distancia de la ciudad. La luz surgió justo enfrente de su cara y era como un relámpago, solo que sin trueno. No sabemos de dónde salía, pero mientras yacía en el suelo ha oído una voz; ha estado conversando con alguien, pero los demás no podíamos verle.

Judas se quedó mirando pensativo a Saulo por un momento, luego dijo:

—Eso es que ha estado mirando demasiado rato al sol de mediodía. Cualquiera se quedaría ciego. —Y dirigiéndose a su criado —: Ve a buscar al médico y dile que venga cuanto antes.

—Nada de médicos. —Era Saulo, que no había dicho nada hasta entonces. Luego en voz baja y afable, añadió —: Maestro Judas, si está lista mi habitación, quisiera tumbarme y estar a solas.

—¿No quieres un médico? —dijo Judas, extrañado —. Saulo, puede que el sol haya dañado tus ojos.

—No ha sido el sol. ¿Puedo... puedo ir a mi cuarto?

Sacó una bolsa con monedas que llevaba prendida del cinturón y se la dio a Cononia.

—No os voy a necesitar en Damasco —dijo —. Esto es lo que habríais cobrado. Volved a Hebrón, o a Jerusalén, y decid a los guardianes y servidores del Templo que he abandonado la misión que me traía aquí.

Los hebronitas se miraron extrañados, se encogieron de hombros y se encaminaron hacia la puerta mientras procedían a contar el dinero y repartírselo.

Judas tomó a Saulo de la mano y lo condujo hacia una puerta que daba a una pasarela cubierta. Dejaron atrás un jardín interior de diseño formal, subieron un tramo de escalera y franquearon una puerta de madera de limonero que daba a una habitación amplia y fresca. Judas lo llevó hasta una cama y le hizo sentarse sobre un mullido colchón de guata. Saulo se cubrió la cara con las manos.

—Gracias —dijo.

Judas miró un momento a su amigo.

—Descansa hasta la cena —dijo —, y después de que hayas comido algo, si no has... si no te encuentras mejor, mandaré a buscar a mi médico.

—Gracias, hermano Judas —dijo Saulo —. No voy a tomarnada esta noche. Tengo

que pensar... y rezar.

Judas se quedó allí unos instantes sin saber bien qué hacer, y luego le dijo a Saulo:

—¿Vas a abandonar tu misión? Al saber que venías hice llegar un mensaje al sumo sacerdote diciéndole que, en calidad de principal rabino de esta ciudad, te ayudaría en lo que necesitaras.

—Ya no puedo seguir destruyendo y matando, hermano Judas.

—¿Y qué piensas hacer?

Al tumbarse Saulo en la cama, la carta del sumo sacerdote cayó al suelo y Judas la recogió.

—Será mejor que la rompas —dijo Saulo.

—¿Puedo leerla? —preguntó Judas al ver el sello del sumo sacerdote.

—Haz lo que gustes —respondió Saulo—. Yo tengo una nueva misión.

Judas fue a su aposento privado y, tras leer la carta, murmuró: «¿Una nueva misión?». Empezó a pasearse de un lado a otro, pensando, cavilando, y finalmente tomó una decisión.

—Debo mandar aviso al sumo sacerdote. Podría ser que surgieran muchos problemas.

Por fin a solas, Saulo volvió a taparse la cara para esconder lágrimas de alegría. Eran lágrimas que brotaban desde el fondo de su alma. Se las secó con las manos y dijo:

—Gracias a Dios por este indescriptible regalo. —Dio rienda suelta a su llanto, y poco a poco empezó a sentir un inmenso alivio. Citando del profeta Isaías, dijo en voz alta —: Con gozo sacarás agua de los manantiales de la salvación.

Por encima de todo, sentía una enorme paz tras haber declarado que abandonaba su misión. Se sentía plenamente realizado en el humilde sometimiento a la voluntad del Hombre de Blanco.

Intentó rezar en voz alta, pero no podía articular palabra. No podía quitarse de la cabeza la visión que había tenido, la revivía a cada momento. El Señor había dicho: «Soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues. Ha de ser duro para ti dar coces contra la aguijada».

—Ahora lo entiendo —murmuró—. He intentado oponer resistencia a la aguijada del Espíritu de la bondad, el Espíritu mismo del Altísimo. ¡El Espíritu Santo! —Tras una pausa, susurró—: Ya no doy coces contra la aguijada.

Volvió a experimentar una sensación de gozo, y durante un rato fue incapaz de otra cosa que no fuera alabar al Señor. Entonces comprendió que esa era una parte de su religión que solo había practicado en forma. Con la mansedumbre de un niño, dijo:

—Oh, Señor, te ofrezco un sacrificio en alabanza. —Y recordó que Esteban había citado a Jesús: «En verdad os digo que si no os volvéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos...» —. Dame un corazón limpio, oh, Dios, y renueva mi espíritu. No me arrojes de tu presencia y no me arrebates tu Espíritu Santo.

Una cálida y apacible presencia lo invadió mientras yacía quieto en la cama, y Saulo la dejó que tomara el control. Era la misma presencia inquietante que había sentido en el momento de su visión, solo que ahora no veía al Hombre de Blanco. Pero la reconfortante presencia estaba allí y esta vez no sintió miedo.

Fue esa presencia, la del Confortador, la que habló a la mente interior de Saulo, a su corazón.

—No te dejaré desconsolado. Llenaré tu mente con mis palabras, y tú, a su debido tiempo, oirás las que dije a mis apóstoles. Y así como a ellos les enseñé, también te enseñaré a ti.

—Me someto, Espíritu Santo —dijo Saulo—. Mi sumisión será para siempre.

—No —susurró en silencio el Espíritu—. Eres carne y no sin pecado, y siempre serás esclavo de la guerra que el Maligno libraré para conquistar tu alma. Día a día, hora a hora, debes reafirmar que estás abierto a mi amor y mis consejos. Yo no te fallaré. Hablaré por tu boca cuando te falten las palabras. Animaré tu semblante cuando caigas en la desesperación. Fortaleceré hasta la última fibra de tus músculos y de tus huesos. Verás mucha persecución y mucho dolor, pero nada te separará del amor del Ungido mientras seas fiel a su llamada.

Saulo abrió los ojos de pronto e intentó mirar a su alrededor. Las escamas seguían allí; todo estaba negro. Sintió un repentino escalofrío y estuvo a punto de ceder otra vez al miedo.

—No temeré ningún mal —dijo en voz alta—. Tu vara y tu cayado me reconfortan.

Saulo experimentó una gloriosa revelación. La vara y el cayado de Dios: el Mesías, su Espíritu Santo... el Hombre de Blanco. La resurrección. El plan de Dios para la humanidad hecho realidad. El cordero sacrificial de Dios. El amor de Dios en forma humana. Un hombre a quien ver, a quien escuchar como vehículo de las palabras de Dios. El hombre-Dios, cuyas manos y pies y costado fueron atravesados, que fue objeto de burla con una corona de espinas y una túnica real, semblante de gloria. Gracias a su sacrificio vemos las inescrutables riquezas del amor divino. ¡Este es el Mesías de Dios! Su único Hijo, que dio la vida para acercarnos a él a través de la fe en esta nueva alianza; la justificación por la fe.

«El Mesías —pensó Saulo—. ¿No libraré a Judea de los romanos? ¿No ocupará el Mesías el trono de Jerusalén?»

El Confortador respondió:

—Dios no envió a su Hijo a la tierra para condenar al mundo, sino para que el mundo pudiera salvarse por su mediación.

La mente de Saulo volvió a guardar silencio, pero un momento después estaba citando a los profetas:

—Y una virgen concebirá y dará a luz un varón. ¿Habla de ti, Señor?

El Consejero entró en los razonamientos de Saulo:

—¿Cómo puedes enumerar los milagros de Dios? ¿Y de qué te maravillas, si todo milagro con Dios no es sino una gota de humedad de la gran marea de su rebotante divinidad? Así pues, la semilla de David está en efecto en el trono a la diestra del Altísimo, nacido de mujer para sacrificar la sangre de la expiación, su propia sangre.

Debilitado a consecuencia de tan elevadas e inspiradoras experiencias espirituales, Saulo se tumbó en su angosta cama dejando caer los brazos a los costados. Inspiró hondo varias veces y, pasado un rato, se sintió nuevamente sereno y en paz.

Alguien entró en la habitación y Saulo pudo oír un tintineo de utensilios y platos. Entonces olió la comida.

—Llévatela, por favor —dijo con amabilidad—. No voy a probar bocado.

—Sí, maestro.

La joven que había entrado volvió a salir con la bandeja de la cena sin hacer ruido, dejando una estela de aroma a pescado asado. Pero él solo tenía hambre de alimento espiritual, del Espíritu de la Verdad, del Espíritu de la Sabiduría.

Fue consciente entonces de otro olor, un olor terrenal, acre, almizclado, el de su propio cuerpo. Al caer en la cuenta de que no se había lavado, se levantó de inmediato y, extendiendo los brazos, tanteó en la habitación hasta localizar el aguamanil, con su jofaina y su jarra de agua. En un cuenco encontró la pequeña bola de jabón hecho de grasa de cordero, cenizas y piedra pómez. Se lavó con aquella agua perfumada, y cuando hubo terminado giró lentamente sobre sí mismo hasta que le pareció estar más o menos de cara al Templo de Jerusalén. Oró con fervor, sentidamente, más una alabanza que una oración. La ceguera le ayudó a abrir su alma a Dios y ofrecer una plegaria de acción de gracias.

Después de orar, Saulo entonó suavemente un salmo mientras tanteaba en busca de la cama. Al reclinarsse en ella, dijo estas palabras:

—¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria? Bienaventurado aquel cuya transgresión le es perdonada y cubierto su pecado.

«Señor —pensó —, abre ahora mis oídos a la voz de tu consejo.»

Y dijo la Voz:

—Podrás estudiar con los mejores maestros humanos, leer todos los rollos que se hayan escrito, aprender toda la teología de los siglos. Podrás comprender intelectualmente todos los enunciados de la verdad, Saulo, pero hasta que no entiendas que es el Ungido quien mora en tu vida, todo eso no te servirá de nada. El Espíritu de la Verdad, el Espíritu del Amor, debe permanecer dentro de ti, de forma que tú mismo puedas convertirte en fuente de donde la bondad y el amor de un niño manen como agua viva. —De Isaías fueron las palabras que Saulo oyó a continuación por boca de la Voz —: Yo te daré los tesoros ocultos y las riquezas de los lugares secretos, para que sepas que soy yo, el Señor, el Dios de Israel, quien te llama por tu nombre. Por amor a mi siervo Jacob y a Israel, mi elegido, te he llamado por tu nombre.

»Proclamo de nuevo ante ti el sagrado mandamiento —continuó la voz del Maestro

— de que ames a tu prójimo como a ti mismo.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué me has elegido? —preguntó Saulo.

—Para este fin te he llamado, para que seas mi apóstol y lleves mi palabra a todos los pueblos.

—Yo no soy bien parecido, Señor. Mis rasgos no son atractivos a la vista. No soy buen orador. Siempre que he intentado dirigirme a mi propia sinagoga, lo he hecho con torpeza y tosquedad. Nadie escuchará mis palabras. Tienes que buscar una vasija más robusta para verter tu agua viva.

La respuesta de la Voz fue sencilla y afable:

—Tu debilidad es el vehículo perfecto para mi fortaleza. Serás mi pastor, y testigo de cosas que ya has visto así como de otras que vendrán. Yo daré fuerza a tu alocución. Cuando tomes la palabra para hablar en mi nombre, seré yo quien hable por tu boca. Pondré en tu pensamiento lo que yo desee que manifiestes. Mi poder se reflejará en tus actos, en tus palabras y en tu semblante.

—Que se haga tu voluntad en vida mía —dijo Saulo, expectante, preguntándose qué iba a pasar.

La Voz había dado a entender que Saulo vería el futuro. Tales honores, tales dones, solo habían sido otorgados a los profetas antiguos, los videntes de Dios. Saulo no alcanzaba a entender la trascendencia de la idea; siempre había recelado de adivinos y falsos profetas, pero esto era diferente, esto era algo real. Le estaba sucediendo una cosa prodigiosa y estaba impaciente y ansioso por escuchar las siguientes palabras. Sin embargo, durante un rato solo hubo silencio; no se oyó ninguna voz, ninguna revelación.

Se incorporó en la cama y abrió los ojos. Negrura. Se puso de pie y dio unos pasos, extendidos los brazos al frente. Recorrió la estancia palpando las paredes, el umbral, la ventana, los escasos muebles. La Voz seguía callada. Volvió a la cama y se sentó, tembloroso y algo aterido. Se le habían enfriado las manos porque sus pensamientos eran de temor. De pronto le vino a la mente el rostro de Esteban y el de los demás. Le entró pánico en su ceguera al pensar en las mujeres y niños inocentes que habían sufrido por orden suya. Recordó las palabras de Baana ben David cuando le suplicó que abandonara su dedicación a la violencia en nombre de Dios. Sintió vergüenza al

rememorar los últimos encuentros con el sumo sacerdote Jonatán. Saulo le había pedido su bendición y visto bueno. Y Sara, su hermana, y el pequeño Jacob, ¿qué no estarían sufriendo por culpa de sus actos infames?

Exclamó:

—¡Oh, Santísimo...!

Pero antes de terminar, sintió que aquella cálida y reconfortante presencia le tocaba, y entonces la Voz dijo:

—Limpia tu conciencia de obras muertas y disponte a servir al Dios vivo.

—Pero soy culpable de haber derramado sangre inocente, Señor. He perseguido con saña a hombres y mujeres de corazón puro que buscaban la verdad.

—Has confesado tus pecados —dijo la Voz—, y él es fiel y justo para perdonarte. Hará que quedes limpio de toda iniquidad. El propósito de este mandamiento es promover la caridad que nace de un corazón puro, una conciencia buena y una fe sincera.

A medida que el Maestro le hablaba, Saulo notó cómo su mente iba abriéndose a nuevas y mayores verdades. Le abrumaba el hecho de haber sido elegido objeto de amor tan divino, y permaneció en total sumisión ante la voz del Maestro. Le sosegó y le indujo un sueño ligero, pero incluso entonces el Maestro no dejó de hablarle, de enseñarle cosas que Saulo no olvidaría. Su mente, aun dormido como estaba, era receptiva a la sabiduría impartida por la Voz del amor.

Una sonrisa se dibujó en su rostro y allí permaneció. Arrugas de júbilo aparecieron en la correosa piel que rodeaba sus ojos todavía ciegos.

En su mente estaban formándose imágenes. Apareció la del Hombre de Blanco, y al momento pudo oír la Voz hermosa pero temible que le decía:

—Yo soy el alfa y la omega, el principio y el final.

—La primera y la última letra del alfabeto griego —dijo Saulo—. ¿Qué significa eso?

—Soy alfa, el origen —dijo la Voz—. Y soy omega, la realización. De alfa, el origen, brotas tú como mi elegido. Yo iré contigo hasta omega y te glorificaré. Omega se convertirá en alfa. El final será el principio. Yo soy alfa y omega. Tu principio está

en mí, que no tengo fin.

»Recobra la vista, Saulo. Está atento a estas revelaciones —dijo la Voz—. Compartir el misterio que desde el principio del mundo ha sido un secreto de Dios. Él creó todas las cosas por mediación del Hijo. Sin él, nada que haya sido hecho se hizo.

—Escucha, oh, Israel: el Señor es nuestro Dios... —empezó a decir Saulo, pero calló, pues la Voz le estaba explicando justamente lo que tan confuso le resultaba.

—En otros tiempos Dios habló por medio de los profetas. En estos últimos tiempos lo hace por mediación de su Hijo, que es heredero de todas las cosas, y tú eres coheredero por mediación de su sangre expiatoria. Gracias a la sangre expiatoria del Hijo, el reino de los cielos.

»La alianza de Dios con Abraham es eterna. Ahora, de la semilla de David, ha salido la nueva alianza de la fe, el nuevo testamento de Dios. Su regalo para toda la humanidad, el sacrificio de su Hijo como propiciación de todos los pecados, el cumplimiento de la Ley.

»Nada destruirá a los elegidos de Dios, de modo que su plan pueda llevarse a cabo. Serán dispersados. Serán perseguidos, serán asesinados y aniquilados. El resto de los elegidos sobrevivirá a genocidios como en los tiempos de Mardoqueo y Ester. Aquellos que sobrevivan se multiplicarán y se esparcirán por la tierra. Vendrá la inquisición, vendrá el holocausto. El corazón de los elegidos puede llegar a enfriarse, en la creencia de que Dios ha olvidado su alianza con Abraham, de que no ha enviado al mesías que prometió. Pero Dios es leal y jamás descuida la promesa hecha.

»A su debido tiempo, el Ungido puso la piedra angular de su iglesia. Un pueblo hastiado fue incapaz de reconocer en él al espíritu del Altísimo. Ahora, el Espíritu Santo inicia su trabajo en hombres elegidos como tú, Saulo de Tarso, a fin de preparar a la novia para el retorno del Novio. Irás a los judíos diseminados por el extranjero, y a los gentiles, y proclamarás el evangelio de su salvación de todos los hombres. Se te abrirán unas puertas, otras se te cerrarán. Te guiará no tu voluntad, sino la voluntad de Dios. Mediante la transmisión del mensaje de amor del Hijo, de su sacrificio y resurrección, lo que queda de la semilla de Abraham volverá finalmente a reunirse.

—Tengo miedo —dijo Saulo silenciosamente—. Soy carne y soy sangre. Soy un

hombre como cualquier otro.

—La mente incorruptible del Espíritu Santo vivirá en ti —oyó decir a la Voz callada.

Tras un breve silencio, la Voz volvió a hablarle y, a través de sus cegados ojos, Saulo volvió a tener un atisbo de la gloria de Dios.

—Ahora —dijo Jesús — te mostraré las grandes cosas que deberás sufrir por mí.

De repente, Saulo perdió la conciencia de su cuerpo, de la estancia donde se hallaba, de las escamas que cubrían sus ojos. En la visión que le sobrevino contempló un gran mar, y en el mar había gente que le llamaba en multitud de lenguas. «¡Pablo! ¡Saulo! ¡Paolo! ¡Paulus! —gritaban—. Acude en nuestro auxilio. Enséñanos.»

Saulo experimentó una cercanía con el Consejero, el Maestro. Y entonces la Voz sagrada dijo:

—Esto es lo que significa ese sueño de las voces en el agua. Irás a las muchas islas del mar y predicarás en mi nombre. Llevarás primero mi palabra a tu propio pueblo, a las sinagogas en las cuales establecerás la grey. La salvación de Dios le es revelada a todos los hombres. Él tiene otros instrumentos, además de ti. Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos —dijo el Maestro—. Aquellos gentiles que a través del Hijo se hicieron uno con Dios al alojar en su interior el Espíritu divino serán injertados en la vid de Israel. El viñador irá podando la vid hasta conseguir el fruto perfecto. Muchos creerán en mí, pero muchos me rechazarán. Tú, Saulo, sufrirás cruelmente por la causa para la que has sido llamado.

Saulo se vio a sí mismo yendo de Damasco a Arabia y de Arabia a Jerusalén, todo en cuestión de segundos. A continuación se vio en Judea, Samaria, Siria, Cilicia, Macedonia, Grecia e Italia, en una ciudad idólatra tras otra de esos lugares.

—Contempla la tarea que se te ha encomendado. Esas mentes son totalmente opuestas al evangelio que tú darás a conocer, pero esas almas están ávidas de su sustancia. Observa a los tuyos.

Saulo vio horribles escenas de tortura, flagelaciones y lapidaciones; todo tipo de maltrato verbal y físico. Se vio a sí mismo envejecer en un momento, la cabeza medio calva y la espalda encorvada. Advirtió en su propia cara aquel semblante gozoso que

había conocido en Esteban. Vio que no estaba solo, que varias personas le acompañaban adondequiera que iba, y que su dicha aumentaba con el sufrimiento.

En cada extraño lugar donde se veía, veía también a compañeros y seguidores, hombres leales que compartían sus sufrimientos así como sus instantes de gozo. Le seguían muchedumbres como si él fuera un líder, pero también veía multitudes hostiles. Tuvo la sensación de que el Espíritu del Hombre de Blanco estaba con él en todo momento.

—Ven —dijo la Voz —, te mostraré muchas cosas. Algunos misterios deberás guardarlos en tu interior y no revelarlos nunca. Otras verdades las compartirás, y hay ciertas cosas que ni siquiera a ti te serán reveladas. Contempla y escucha ahora aquello de lo que te es dado ser testigo.

La oscuridad aumentó en torno a Saulo, el cual se sintió ingravido, flotando en algún lugar por encima de Damasco —no, más lejos todavía —, en algún lugar fuera de los aledaños del mundo. Entonces vio las estrellas, y más lejos aún ristas de estrellas que giraban como en una rueda. Estaba viendo una galaxia. La galaxia de millones de estrellas o soles, miles de millones de soles separados por enormes distancias. Vio mundos que brillaban y refulgían con unos colores y una luz desconocidos hasta entonces para él.

—El Señor ha hecho los cielos y el cielo de los cielos. Ve cómo flotan los mundos sin sujetarse a nada. Dios ha enumerado y puesto nombre a todas las estrellas y a todos los universos de la creación, y los llama por su nombre. El Señor se regocija en sus obras como un niño.

Saulo observó que el espacio no tenía fin, y tampoco principio. «¿Y qué hay — preguntó mentalmente — más allá de estos mundos?»

Por un momento, en la absoluta lejanía de los últimos confines del espacio, vio una luz, una luz brutal y embriagadora. No formaba parte del brillo de las galaxias que flotaban interminablemente en la negrura del espacio. Aquella luz estaba fuera de la maravilla de la creación y era de naturaleza intangible. La magnificencia de la luz abrumó incluso al ser espiritual de Saulo, y entonces comprendió que aquella era la Luz de la creación misma y que estaba en un plano de existencia diferente al de las infinitas estrellas y mundos. Sintió entonces que existía un abismo infranqueable entre

la Luz y él.

¡La Luz! Era la misma Luz de donde había surgido el Hombre de Blanco cuando se le apareció, la Luz que salvaba la distancia entre él y el cielo.

—¿Estoy viendo el cielo? —preguntó, y suplicó a la Voz para que le dejara ver más —. ¿Es la morada de Dios?

La Voz le cantó, y Saulo reconoció las dulces palabras del salmo: «Vestido está el Señor de grandeza y magnificencia. Cubierto está de luz ante ti. Anda sobre los vientos y hace de las llamas del fuego sus ministros».

—Ve la tierra a través de los ojos del Creador, una preciosa canica azul y blanca girando en un mar de oscuridad. Tú debes llevar la luz del Creador a aquellos que están sumidos en oscuridad espiritual.

Saulo estaba viendo de nuevo la postimagen del Hombre de Blanco en el ojo de su mente. Era consciente de estar tumbado en su cama en la casa de Judas, y sin embargo notaba que el canal de comunicación con la Voz seguía abierto.

—No te asombres de las cosas que se te han mostrado. Aunque él crea mundos infinitos, ahora vivirá dentro de ti... pero solo cuando tu yo se empequeñezca, cuando te conviertas en un niño. El autor de la magnificencia de toda la creación desea morar en ti con pureza infantil. Ni un solo gorrión cae sin que él lo vea. El Creador de soles observa hasta la muerte de una mariposa.

»Considera el amor del Señor; ve cómo se manifiesta en toda creación. Él separó los continentes de este mundo y formó los mares. Él ordenó que el sol saliera en el lugar y el momento apropiados. Él por amor derrama lluvia para satisfacer la tierra sedienta. Él hace que la hierba tierna crezca. Él sabe las ordenanzas del cielo. Él hace que aparezcan las constelaciones en el momento debido. Él provoca el viento. Él guarda tesoros de agua y nieve y los aporta a su debido tiempo. Él procura al cuervo su alimento. Él decide la hora en que las cabras de los montes dan a luz a sus crías; sabe los meses que tardan hasta parir. Él dio sus hermosas alas al pavo real. Él endurece el corazón del avestruz para que no cuide de sus huevos; el avestruz da la espalda a sus polluelos, pues muchos de ellos servirán de alimento a otras criaturas. Él dio fortaleza al caballo y puso crines en su pescuezo, y así el caballo entra en

combate con rabia y furor. Él decide que el halcón y el águila hagan su nido en las alturas. Pero, de toda la creación, la niña de sus ojos es el hombre.

»Por amor creó él al hombre, y no quiere que ninguno de ellos sufra, sino que lleguen a conocer su amor. Al hombre dio dominio sobre toda la tierra. Su alianza con él no ha sido olvidada. Los herederos de la alianza deben restaurarla y demostrar que sigue vigente por medio de la fe en su Hijo. Esa es tu tarea.

»Se te ha mostrado el ámbito de tu ministerio a fin de que pudieras conocer la importancia de tu llamado. Estudia para demostrar que eres digno de Dios, que trabajarás sin avergonzarte nunca de ello y que divulgarás su verdad.

El sonido de aguas tumultuosas, las aguas vivas, regresó a los oídos espirituales de Saulo. Tras las escamas de sus ojos una cara cobró forma, el rostro de un joven con barba. Entonces, desde fuera de las aguas, la Voz habló:

—Cuando vuelvas a abrir los ojos, verás esta cara. Es mi servidor Ananías, a quien envío para que atienda tus necesidades. Él ha sido fiel a su llamado; en él encontrarás un espíritu afín.

Saulo contempló mentalmente el rostro y vio que irradiaba el gozo del nazareno. Pensó en Esteban, en Bernabé.

La visión y la Voz se desvanecieron con el ruido de una puerta al abrirse.

—¿Puedo pasar? —preguntó Judas.

—Sí, maestro —dijo Saulo.

—Fuera hay un hombre que viene a verte —dijo Judas—. Me ha dicho que le envían pero no dice quién. —Hizo una pausa, pero Saulo no respondió—. Lleva una túnica sencilla y unas sandalias viejas —continuó—. Diría que es uno de los seguidores del nazareno.

—¿Por qué te lo parece? —preguntó Saulo, reprimiendo una sonrisa.

—No tiene importancia —dijo Judas—. Sigues sin ver, ¿no? ¿O has empezado a ver algo?

—Veo la eternidad —respondió Saulo, ahora sí sonriente.

—No quiero a esa gente en mi casa —dijo Judas.

—¿Por qué?

—He enviado un mensaje al sumo sacerdote informándole de que abandonas la

misión —dijo Judas, enojado—. Estoy esperando instrucciones tuyas.

Empezó a pasearse de un lado a otro de la habitación, y Saulo levantó una mano. Judas le miró.

—¿Qué nombre te ha dado esa persona que viene a verme? —preguntó Saulo.

—Ha dicho que se llama Ananías —respondió Judas—. ¿Conoces a alguien aquí con ese nombre?

Saulo tardó un momento en responder.

—Sí, es mi... médico.

—¿Tu médico? —exclamó Judas—. Ese hombre no es médico; lleva una túnica basta y no trae consigo medicinas ni instrumentos médicos.

Saulo se incorporó en la cama y dirigió sus ojos ciegos hacia su anfitrión.

—Por favor, maestro Judas, te ruego que le dejes entrar. Ese hombre me ha sido enviado.

Judas volvió a su aposento, llamó a un escriba y le habló así:

—La carta que voy a darte para el sumo sacerdote es de la máxima prioridad. Que los mensajeros no se detengan ni de día ni de noche hasta que la misiva esté en manos de su destinatario.

Saulo se levantó al oír pasos que se acercaban. Se hallaba en un estado de devota expectación cuando notó que un espíritu afín entraba en la estancia. Los pasos se detuvieron enfrente de él.

—¿Saulo de Tarso? —preguntó Ananías.

—Yo soy.

—Jesús nuestro Señor se me ha aparecido en una visión —dijo Ananías—. Me ha dicho que se te mostraron padecimientos que sufrirás en su nombre.

—He visto al Señor —dijo Saulo.

—He oído hablar de todo el mal que hiciste a la Gente del Camino en Jerusalén, y que viniste aquí con el beneplácito de los principales sacerdotes para encarcelar a los fieles que en esta ciudad habitan.

—Es cierto —dijo Saulo—, pero ahora he visto a Jesús.

Ananías se le acercó un poco más y, alzando las manos, aplicó las yemas de sus

dedos a los ojos de Saulo. Saulo notó el calor que irradiaban, el calor del Espíritu. Entonces levantó sus propias manos y las apoyó suavemente en las de Ananías.

—Hermano Saulo —dijo el recién llegado —, Jesús nuestro Señor, que se te apareció cuando venías a esta ciudad, me envía a ti a fin de que puedas recuperar la vista y llenarte del Espíritu Santo. El Dios de nuestros padres te ha escogido para que sepas cuál es su voluntad. Oirás la voz y verás el rostro del Justo.

—He oído su voz, y quedé cegado por su semblante —dijo Saulo.

Notó que sus rodillas flaqueaban y volvió a sentarse.

—El Señor —continuó Ananías — me dice que tú eres el instrumento que él ha elegido para llevar su nombre a los gentiles, a monarcas y también a tu pueblo, Israel.

Las manos de Ananías temblaron bajo el calor de las de Saulo. Las escamas desaparecieron de los ojos de este, y lo primero que Saulo vio fue el mismo rostro de amor de su última visión.

Paseó la mirada por la habitación y volvió a fijar la vista en aquella cara, tan parecida a la de Esteban.

—Llévame y bautízame, Ananías —dijo.

—Demos las gracias a tu anfitrión. Y luego iremos a mi casa.

Judas estaba en el patio y los vio salir.

—Has recuperado la vista, Saulo —dijo.

—Así es.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó Judas.

—Iré por todo el mundo —dijo Saulo —. Gracias por darme alojamiento. No tengo dinero con que pagarte, pero sí un valioso regalo si estás dispuesto a creer.

Judas tenía ganas de que se marcharan. Sabía que Saulo había estado ciego, pero ahora le parecía que estaba mal de la cabeza, conversando con el invisible y consigo mismo.

—¿A creer en qué? —preguntó, receloso.

—Que Jesús de Nazaret es el Señor —dijo Saulo.

Judas no hizo caso y se dirigió a Ananías.

—¿Adónde lo llevas?

—A mi casa —respondió Ananías —, pero nos encontrarás el sabbat en la

sinagoga Moriá.

—Allí os buscaré —dijo Judas viéndolos marcharse.

Saulo partió con Ananías después de dejar en la casa su capa de flecos dorados y el turbante de fariseo. Le temblaban las piernas tras las tremendas experiencias vividas en casa de Judas. Iba agarrado del brazo de su amigo mientras recorrían la calle denominada la Recta. Su formidable semblante era muy parecido al de Esteban, pero no como si estuviera al borde de la muerte, sino como si acabara de nacer.

Saulo ocupaba el asiento del predicador en la sinagoga del monte Moriá, en Damasco. Después de las plegarias, el rabino Judas había leído y comentado fragmentos de la Ley.

Saulo, en calidad de orador invitado, había pedido leer pasajes de los profetas y comentarlos. Vestía una sencilla prenda oscura, sin costuras, un talit sobre los hombros y en la cabeza el bonete de la tribu de Benjamín.

Leía con voz titubeante, no como si dudara de sí mismo, sino como si quisiera asegurarse de que se le escuchaba y se le entendía bien. Y cuando apartaba los ojos del pergamino con el texto de Isaías, dirigía la vista al frente, a ningún punto en particular.

Siguió leyendo, ahora en voz más alta:

—No solo te enviaré como mi siervo para que reúnas a las tribus de Jacob y hagas volver a aquellos de Israel que sobrevivan. Te haré también luz para las naciones, a fin de que mi salvación pueda llegar a todos los rincones de la tierra. Así habló el Señor, el Redentor y Santo de Israel, a aquel a quien otros desprecian, a aquel de quien su pueblo abjura.

Saulo cerró el rollo, lo introdujo en el arca y cubrió esta con la colcha dorada. Se incorporó, mirando a los presentes.

—El Santo, el «siervo» del que aquí se habla, es el Mesías. Ya ha venido.

Esperó a que terminaran los murmullos y el rozar de pies en el suelo y entonces continuó:

—He comprendido la belleza y las inescrutables riquezas de una palabra que, hasta hace muy poco, consideraba despreciable. Esta palabra es «Cristo», traducción al griego de «Mesías». —Alzó la voz a medida que aumentaban los murmullos de los asistentes —. Para los gentiles, que nunca tuvieron la promesa de un Mesías, como sí en cambio nosotros, la palabra «Cristo» adquiere connotaciones gloriosas. Y es que nuestro Mesías ha venido para todos nosotros por igual.

Judas el fariseo se puso en pie. Saulo se giró hacia él, retándolo en silencio a interrumpirle. Al cabo de unos segundos Judas se rindió y volvió a sentarse.

—En Cristo —continuó Saulo — tenemos a un nuevo sumo sacerdote que no exige sacrificios cruentos cada día, pues él mismo se ofreció por todos nosotros en sacrificio para limpiar nuestros pecados. Y ahora vuelve a nosotros en el Espíritu del Confortador y del Consejero. Todo aquel que recibe su amor pasa a ser coheredero con él en el reino de los cielos.

Judas se levantó una vez más para tomar la palabra, pero Saulo se lo impidió alzando una mano.

—Debatiré lo que haga falta y responderé a tus preguntas en cuanto haya terminado, maestro Judas —dijo Saulo —. Todavía me quedan algunas cosas que decir.

Judas se sentó de nuevo y, rojo de ira, miró en otra dirección. «¿Cómo hemos llegado a esto? —se preguntó—. ¡Un nuevo sumo sacerdote! ¿Qué pasará cuando esta herética disertación en mi sinagoga llegue a oídos de Jonatán ben Anás?»

Los congregados estaban inquietos. Los miembros de la sinagoga se hallaban en diversos estadios de sorpresa y hostilidad. Todos miraban ansiosos a Judas esperando que interrumpiera al orador.

Saulo se irguió. Parecía más alto. Levantó la cabeza para escrutar los rostros de los presentes y su semblante adquirió aquella serenidad gloriosa que observara en Esteban. Cuando reanudó su disertación, fue como si la Voz hablara a través de él. Se sentía un hombre renovado, lleno de energía, invencible y sin miedo a nada. En su voz resonaba el eco del fruto floreciente de la Palabra que llenaba su mente.

—El salmista le preguntó al Señor: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria?». La prueba de que se preocupa es que envió a su Hijo a morir, y por

nuestro bien padeció una muerte humana. Y a aquellos que pedían una señal, les dio la del profeta Jonás. Tres días estuvo sepultado, luego de los cuales, por el poder del Altísimo, se levantó de entre los muertos y ahora está sentado a la diestra de Dios padre.

La gente estaba cada vez más soliviantada, los murmullos iban en aumento, pero la voz de Saulo se elevó por encima del rumor. Cruzado de brazos, el rabino Judas esperaba muy serio a que Saulo concluyera.

—El Mesías, es decir el Cristo, dijo que su reino no es de este mundo. Pero al ser de este mundo por el bien de nosotros, es aquí donde derramó su sangre para redimirnos.

»Está establecido que los hombres mueran una única vez, y que después venga el juicio. Cristo murió para no morir de nuevo, pero ofreciéndose él mismo en sacrificio, murió para cargar con los pecados de todos aquellos que invoquen su nombre. Y es así que sin derramamiento de sangre no hay remisión de los pecados. El Cordero de Dios es el último de nuestros sacrificios cruentos. No hay corona de gloria sin la cruz, pero mediante su crucifixión y resurrección, si sabemos vivir en el vínculo de su amor, seremos coherederos con él en el reino de los cielos. Es la fe la que nos acerca a él y nos justifica. Por nuestra fe en él viviremos conforme a su pacto de sangre, y nuestra semilla de fe dará buenos frutos; luego por nuestras obras se nos conocerá.

»El nuevo pacto de sangre, el nuevo testamento de Jesús de Nazaret, no invalida en absoluto la Ley de Dios que los hombres de Dios de antaño nos dieron. La fe es la sustancia de las cosas deseadas, la prueba de cosas no vistas. Jesús es el cumplimiento de la Ley.

Saulo hizo una pausa. El rabino Judas estaba hundido en su asiento, mirando hacia un punto imaginario de la pared. Algunos miembros de la sinagoga Moría emularon la actitud de Judas y mostraron un educado desinterés mientras Saulo llegaba al término de su sermón. Pero este sonreía a aquellos que le escuchaban como en trance, hechizados por su aplomo de orador.

—El profeta Isaías dijo, y está escrito: «¿Quién ha creído a nuestro anuncio? ¿Y sobre quién se ha manifestado el brazo del Señor? El pueblo que andaba en tinieblas

ha visto una gran luz».

Recordando la gloriosa luz que le había dejado temporalmente ciego a las puertas de Damasco, Saulo hizo otra pausa.

—Yo he visto esa luz gloriosa —concluyó finalmente.

Después de la bendición, todos los ojos estaban clavados en él. Ananías se le acercó.

—Siéntate y espera a que se marchen todos —dijo—. Algunos damascenos se mostrarán muy hostiles contigo.

«Bueno —pensó Judas sin dejar de observar a Saulo, que seguía hablando en voz baja con Ananías —, ha llevado su mensaje a su gente, y eso a expensas de provocar un tumulto en esta sinagoga.»

Al ver que Judas se acercaba, ajustándose el cinto bajo la túnica, Ananías y Saulo se levantaron. Judas tenía el pelo gris y una larga barba puntiaguda que había encanecido prematuramente. Sus ojos de mirada seria e inteligente centelleaban.

—Dime, hermano Saulo, ¿cómo es que en tan poco tiempo has pasado de ser el principal perseguidor a ser la principal autoridad en las enseñanzas del nazareno? Tu estatus en el Templo de Jerusalén era producto de muchos años de estudio y contemplación de la Ley. Antes llevabas el tocado de los fariseos. Ahora pareces contentarte con una sencilla túnica y un chal de campesino. La única prenda de tu religión y de tu raza es el bonete que llevas como miembro de la tribu de Benjamín. —Judas estaba sinceramente desconcertado y, aunque el sermón de Saulo le había ofendido, tenía mucho interés en conocer la respuesta al enigma de aquel cambio radical—. ¿Dónde y cómo aprendiste tan deprisa la doctrina de la salvación por la fe en el nazareno crucificado?

Judas miró ahora a Ananías, pero este bajó la vista.

—Jesús se me apareció camino de Damasco —dijo Saulo. Y añadió con una afable sonrisa —: Y mientras estaba en tu casa como invitado, él me enseñó.

Las mejillas de Judas se encendieron.

—¿El nazareno en mi casa? —balbució.

—Su Espíritu —dijo Saulo—. Yo le he visto, e incluso hoy mismo me ha ilustrado

con sus consejos verdaderos y por mi boca ha hablado.

Judas se lo quedó mirando sin decir nada; no sabía qué réplica dar a tan escandalosa y presuntuosa afirmación.

—Te lo advierto —dijo al fin—. Ve en paz, pero no hables más en público en nombre de Jesús de Nazaret.

—¿Por qué, maestro Judas?

El rabino estudió los ojos claros y brillantes del de Tarso. Luego suspiró y dijo en voz baja:

—Has proclamado públicamente a otro sumo sacerdote, distinto de Jonatán ben Anás en Jerusalén. Puede que no salgas vivo de esta ciudad.

Saulo dejó pasar unos segundos y luego respondió en tono sereno:

—Es probable, si el Señor así lo decide. No temo lo que puedan hacerme los hombres, y tampoco puedo evitar predicar sobre Jesús. Gracias por tu hospitalidad, maestro Judas. —Levantó la mano a modo de despedida—. Debo ir con Ananías al encuentro de la Gente del Camino.

Judas los siguió lentamente hasta la puerta, y fue tan inesperado para él como para Saulo y Ananías cuando empezaron a volar las piedras. Tras observar los gestos de consternación de Judas durante el sermón de Saulo, una docena de miembros de la sinagoga Moría se habían congregado afuera. Saulo no había dado ni dos pasos cuando reparó en su presencia, y al mirar hacia su derecha apenas si tuvo tiempo de vislumbrar la piedra que le dio de lleno en la cabeza. Solo vio estrellas ante sus ojos mientras caía al suelo. Perdió el conocimiento apenas un instante, y luego notó que lo transportaban, pero no los hombres que querían matarle, sino Ananías y los otros nazarenos. Estaban peleando por él. Mientras se lo llevaban de allí, recibió varias pedradas más.

Judas gritaba a la multitud que se dispersara.

—Ya ha sido advertido y no volverá más. Dejadlo que se marche.

—Sí volveré, maestro Judas —dijo Saulo antes de caer de nuevo inconsciente.

Sus amigos se apresuraron a llevárselo de allí.

Un jinete llegó a galope tendido justo cuando ya se alejaban. Judas, que estaba en el umbral de la sinagoga, vio que era el mensajero procedente de Jerusalén.

—Es una carta del sumo sacerdote —dijo el jinete cuando Judas tendió una mano para cogerla.

El rabino volvió a entrar en la sinagoga para leer la misiva.

Para Judas, gran rabino de Damasco
Alabado sea el Altísimo.

Saludos.

Arresta a Saulo de Tarso y tráelo cargado de cadenas a este Templo sagrado. Se le acusará de blasfemia, asesinato y otros actos traicioneros y será juzgado por el Consejo Supremo.

JONATÁN BEN ANÁS
Sumo sacerdote
Sello estampado

En casa de Ananías, su mujer, Rebeca, y la esposa de uno de los ancianos habían entrado en la habitación llevando ollas de agua caliente. Rebeca estaba ahora a los pies de la cama donde Saulo yacía. Una piedra le había destrozado el dedo gordo del pie derecho, y mientras Rebeca se lo limpiaba con cuidado, Saulo movió el pie y sintió una punzada de dolor a lo largo de toda la pierna. La otra mujer le estaba limpiando las heridas que tenía en la cabeza. Saulo cerró los ojos, soportando el dolor. Mientras Rebeca le aplicaba en el pie un emplasto de hierbas medicinales, Saulo susurró:

—Mi cuerpo ha sido sembrado de deshonor, para crecer en poder.

Ananías tocó con sus dedos los ojos de su amigo y dijo:

—Una vez más tu cuerpo necesita reposo y reparación. El Espíritu Santo desea un templo sano donde morar.

Saulo yacía quieto, sintiendo la calidez de las hierbas sanadoras de Rebeca. Y notó que la punzada de dolor en la cabeza había desaparecido tras tocarle allí Ananías. Saulo abrió los ojos y le miró.

—Aunque yo no soy nada, Ananías —dijo —, incluso en mi nada me convertiré en el principal apóstol de Jesús. Su gracia me basta. Su fortaleza es el perfecto complemento a mi fragilidad.

Dicho esto, se incorporó y, sentado en el borde de la cama, se quitó el emplasto del pie y se levantó. Las mujeres se asombraron de su rápida recuperación, más aún cuando le vieron cruzar la estancia sin cojear y subir los escalones que daban al espacioso tejado de la casa. A medio camino, Saulo se volvió y le dijo a su anfitrión:

—Disfrutaré por Cristo de mis padecimientos, pues cuando estoy débil, soy fuerte.

Ananías se giró, sonriente, hacia su esposa.

—Di a las otras mujeres que convoquen aquí a los fieles —le dijo—. Dedicaremos este día a rezar por la nueva misión de nuestro fervoroso hermano Saulo de Tarso.

La errancia

Por la mañana temprano, hacia el final de aquella semana, Ananías buscó por toda la casa y no pudo dar con Saulo. No había dormido en su cama y no había señales de que hubiera estado en su cuarto. Rebeca se asustó cuando Ananías fue a despertarla para decirle que Saulo había desaparecido. La mujer se puso la túnica, se lavó la cara y las manos a conciencia y, después de cepillarse los largos cabellos negros delante del espejo de cobre, dijo:

—Tengo miedo por él, Ananías. No te lo había comentado antes por temor a que pensaras que eran desvaríos de mujer, pero estos dos últimos días me han llegado rumores de que alguien planea matar a Saulo.

Ananías rodeó con los brazos a su mujer y contempló su hermoso rostro preocupado en el espejo.

—¿De dónde salen esas habladurías, Rebeca? —dijo con voz afable, para no inquietarla.

Ella se volvió para responder.

—Indirectamente de la sinagoga Moriá —dijo, al tiempo que se recogía la melena en la nuca—. No te lo puedo asegurar, pero varias de las mujeres dicen que Judas, el rabino, envió a un mensajero a Jerusalén para informar a Jonatán ben Anás de que Saulo había abandonado su misión de destruirnos y de que se había unido a nosotros.

Ananías meditó unos momentos y luego dijo:

—A Saulo le alegraría que esa información se divulgara.

Miró un momento a su esposa y luego bajó al vestíbulo y fue hacia la puerta principal, pero justo cuando se disponía a salir oyó un ruido detrás de la puerta que

daba al sótano. Por debajo vio que se colaba un poco de luz.

Ananías abrió la puerta y bajó al sótano sin hacer ruido. Saulo estaba sentado en un taburete, la cabeza apoyada en los brazos cruzados y estos sobre el gran telar horizontal en el que había estado trabajando toda la noche. Clareaba el día por el ventanuco próximo al techo, derramando ahora más luz que la de la vela casi consumida que Saulo tenía a un palmo de su cabeza.

Ananías sonrió al ver a su huésped dormido e intentó despertarlo con suavidad.

—Saulo —dijo en voz baja —, arriba.

Saulo se despertó sobresaltado. Al ver a su amigo, sonrió dócilmente y se frotó los ojos, cansados y enrojecidos.

—No has dormido en tu cama.

—No podía dormir —dijo Saulo.

Ananías se lo quedó mirando un momento.

—¿Qué te preocupa, Saulo? —preguntó —. ¿Necesitas mi ayuda?

Saulo se volvió lentamente, fue hasta la pared delantera y levantó la vista hacia el ventanuco por donde la primera luz del sol empezaba a asomar.

—Jesús nuestro Señor me ha hablado de nuevo esta noche.

—¿Te ha dicho que tu vida corría peligro? —preguntó Ananías.

Saulo cruzó la estancia y se detuvo frente a su amigo.

—Yo no temo lo que los hombres puedan hacerle a mi cuerpo, pero ahora debo sobrevivir a fin de llevar a cabo la tarea para la que el Señor me llamó. Sí, Ananías —dijo —. Mis adversarios están más que dispuestos a matarme, y lo que el Señor exige de mí en este momento no es el martirio, sino que le sirva.

—¿Y qué vas a hacer, Saulo? Las puertas de la ciudad están vigiladas. Te arrestarán.

—Yo sé cómo puedes salir de la ciudad sin peligro —dijo Rebeca, que estaba bajando las escaleras del sótano. Ananías y Saulo se volvieron a la vez —. ¿Qué me decís de la ventana que hay en la muralla oriental? —sugirió.

El rostro de Ananías se iluminó. La biblioteca de Damasco estaba pegada a la muralla de aquel lado. La única abertura, apenas lo bastante ancha para que pudiera pasar un hombre, era una ventana de la tercera planta, donde se guardaban los textos

antiguos. En aquella sala de la biblioteca judía estaban los rollos grandes, escritos de los profetas y videntes de Israel, además de otros de Salomón y Ezra y numerosas obras de comentarios sobre los profetas. Había valiosísimos tesoros sobre ética, medicina, agricultura y filosofía, todos meticulosamente copiados de textos antiguos. Unos estaban escritos sobre piel de borrego, otros sobre pergamino, y algunos sobre papiro hecho de cañizo procedente del Jordán o del Nilo. La ventana la abrían y cerraban por las mañanas y por las noches para que el aire cálido y seco del este circulara por la sala a fin de evitar que el moho se cebara en los preciados rollos.

Saulo sonrió. «El Señor provee», pensó. Al mirar la vela, vio que estaba a punto de extinguirse.

—Esta noche puedes entrar en la sala de los rollos —dijo Rebeca—. Necesitarás a dos o tres hombres que vayan con un cesto y una cuerda de al menos setenta codos de largo.

—La ventana es muy estrecha —dijo Ananías después de pensar un poco—. ¿Cómo haremos pasar el cesto y a Saulo?

—Tiene que ser un cesto de los alargados —repuso Rebeca—, de esos para transportar tallos largos. —Miró a Saulo y sonrió, pensando en lo pequeño que se vería metido en un cesto así—. Tú, Ananías, asegúrate de que habrá gente con manos firmes para descolgarlo por la muralla.

—Mientras tanto —le dijo Ananías a Saulo—, te conviene dormir un poco.

—Lo intentaré —dijo Saulo.

—Sacarte de Damasco va a ser relativamente fácil —dijo Rebeca, ahora con el ceño fruncido—, pero me preocupa lo que pase después. Si te diriges a Jerusalén, es probable que te vean y te arresten. Y si entras en Arabia y encuentras una ruta de caravanas, podrían asaltarte los bandidos.

Saulo no pudo evitar una sonrisa.

—No llevo nada que pueda tentarlos. —Miró la vela en el momento en que se apagaba con un chisporroteo, y luego a Ananías y Rebeca—. El amor de Dios que se ha manifestado en vosotros es como esa vela que ardió gloriosamente durante toda su existencia. En vosotros, el fuego de su amor es más vivo porque lo compartís

conmigo, y es por eso por lo que he sido llamado, para que tome esta luz de amor y prenda su llama en otras vidas. —Hizo una pausa y luego añadió —: ¡Sí, debo partir esta misma noche! No hay crecimiento a menos que se esparza la semilla.

—Pero deja al menos que te prepare un zurrón con comida y un odre de agua para el camino —le suplicó Rebeca.

Dos pares de manos empujaron a Saulo por la abertura en la parte superior de la muralla oriental. Él había ayudado a Ananías y a los dos ancianos a introducir los hombros por el agujero. Ahora su seguridad dependía provisionalmente de ellos. La mitad superior de su cuerpo colgaba con la cabeza por delante, envuelta hasta el cuello en el cesto de paja.

El problema era la soga. La llevaba atada a la cintura y los otros estaban teniendo dificultades para meter cesto y cuerda por el agujero. De pronto, Saulo se vio fuera y en caída libre. Pese a la oscuridad, pudo ver el suelo allá abajo, aunque sabía que estaba a una distancia considerable. La cuerda, de repente, se tensó del todo. De la sacudida, el lazo que le ceñía la cintura se escurrió hacia sus caderas, dejándolo colgado cabeza abajo. Desde lo alto, los de arriba lo hicieron descender lentamente y Saulo, girando en círculos, suspendido por las caderas, intentó no perder de vista el suelo.

Y fue bajando, poco a poco, extendiendo los brazos por delante para frenar el impacto; pero el primer contacto no fue con el suelo, sino con una mata de espino. Saulo quiso gritarles a sus amigos que pararan, pero se contuvo a tiempo. La puerta oriental no quedaba lejos de allí, y dar voces habría sido una imprudencia.

Cerró los ojos y se preparó mentalmente para lo que sabía que iba a venir. Cuando sus manos sintieron los pinchos, Saulo intentó protegerse la cabeza, pero era casi imposible. Los que estaban arriba en la biblioteca notaron que la cuerda se destensaba y, comprendiendo que Saulo había llegado abajo, la dejaron caer por la ventana.

—Ya está —susurró Ananías.

Se apresuraron todos a bajar por la escalera hasta la puerta que daba a la calle.

En efecto, Saulo estaba abajo, pero con la cabeza metida en una mata de espino y atado a un canasto. Pasó momentos angustiosos cuando tuvo que meter manos y brazos entre las zarzas para aflojar la cuerda que lo tenía sujeto por las caderas. Al retorcerse para hacerlo, las espinas se le hincaron en las manos, los brazos, la cara e incluso en la coronilla.

Se sentía aprisionado incluso sin la cuerda alrededor del cuerpo. Cerró los ojos y permaneció tumbado y quieto durante unos segundos. La postimagen del Hombre de Blanco apareció detrás de sus párpados y Saulo recordó el sueño: la corona de espinas; los clavos en manos y pies.

Con intrépida determinación, empezó a levantarse, pero se lo impedían las recias ramas y las lacerantes espinas del arbusto. Palpó el suelo blando con los dedos y empezó a salir poco a poco de debajo de la mata. Los pinchos le arañaron y desgarraron la piel, pero él no se detuvo. Hincando los pies en la tierra, se arrastró de espaldas hasta salir de la maraña.

Cubierto de arañazos en la espalda, los hombros y los brazos, se sentó contra el muro y contempló la oscuridad. Una media luna de un rojo oscuro empezaba a elevarse, y las lomas que había al fondo cobraron forma lentamente. Saulo se adentró en la vegetación y dirigió sus pasos hacia el este. Siguiendo los afluentes del río Abana, aguas arriba, estaba la ciudad de Harán. Tal vez podría ir allí. Estaba justo debajo de la luna, que incluso a medida que fue elevándose, no perdió el tono rojo intenso.

«Eso es que se acerca el *kadim* —pensó—, el cálido viento del este procedente del desierto.» Ocurría de vez en cuando, nadie podía predecirlo. El *kadim* soplaba con furia durante tres días con sus noches trayendo consigo el polvo del desierto, un polvo que se metía por todos los resquicios. Muchas reses y animales salvajes morían asfixiados por culpa del polvo. Se colaba en las casas, bajo los portales; en el pan, en la leche, entre la ropa, fuera uno rico o pobre. Abundaban las supersticiones con relación al *kadim*. Se decía que los niños nacidos en plena ventolera del desierto acababan siendo criminales o locos. La menstruación en las mujeres se demoraba o duraba más de lo habitual. Cuando soplaba el *kadim* había más asesinatos que en

cualquier otra época del año.

La gente llevaba la cara cubierta cuando soplabla aquel viento terrible. Se contaba que algunos hasta perdían la cordura. Todo el mundo temía el ululante viento que los acribillaba con el polvo enloquecedor.

El rojo de la luna se fue oscureciendo a medida que ascendía en el cielo, y Saulo supo que el *kadim* no tardaría en llegar precisamente de la dirección hacia la que él se encaminaba.

Cuando llegaron las primeras ráfagas, Saulo se esforzó por avanzar entre los arbustos y las piedras del lecho seco del río. Había perdido la cuenta de las horas y aún no había encontrado ninguna ruta de caravanas. Ya solo veía la luna de vez en cuando, y el cielo del amanecer estaba gris y cubierto.

Fatigado, dolorido por los apuros sufridos en la huida y teniendo que bregar con aquel viento que no daba tregua, Saulo se detuvo y se sentó en el tronco de un árbol grande que había caído al lecho del río. El polvo del *kadim* disminuía la claridad diurna, y Saulo analizó su situación.

Se quitó la capa que llevaba y anudó las mangas a dos grandes ramas del tronco. Después cogió otras dos más pequeñas y las clavó en la arena por el lado de donde soplabla el viento, a fin de improvisar un refugio. Se tumbó bajo la capa, pegado al tronco, y se tapó la boca y la nariz con el chal de oración. Del pequeño zurrón que Rebeca le había dado y que llevaba colgado del cinto, sacó unos higos y un poco de queso. Tras decir sus oraciones, tomó aquel frugal desayuno y luego echó un trago de agua del pequeño odre que llevaba atado al fajín.

El viento y el polvo aumentaban y el cielo se oscurecía con un aire espectral mientras el exhausto Saulo dormía profundamente con el chal cubriéndole la cara. El viento no paraba de aullar y el polvo rojo era cada vez más compacto, pero él siguió durmiendo, protegido por el tronco y la capa. El polvo se arremolinaba en torno a su cabeza, y pronto todo él estuvo rodeado de montículos de polvo y arena, que lo protegieron todavía más del furioso *kadim*.

En medio del ensordecedor alarido del viento, a eso del mediodía, Saulo se sobresaltó al oír una voz que le llamaba por su nombre. «Saulo», dijo suavemente la Voz. Abrió los ojos, los volvió a cerrar, y allí estaba otra vez la imagen en negativo

del Hombre de Blanco.

—Saulo —dijo nuevamente la Voz.

—Sí. Aquí me tienes —dijo Saulo en un susurro, medio dormido todavía.

Notó una extraña sensación, como si estuviera abandonando su cuerpo.

De pronto se vio a sí mismo por encima de la tormenta, girando y girando en el espacio como los pequeños remolinos de arena allá donde estaba hacía solo un momento.

—Mira hacia abajo, Saulo —dijo la Voz.

Así lo hizo, y pudo ver la ciudad costera de Jaffa y el azul Mediterráneo bañando su litoral.

—Observa —dijo la Voz — la instrucción de tu compañero Simón, cuyo nombre es Pedro, aquel a quien yo llamaba Cefás.

—Le veo —susurró Saulo —, en el tejado.

En su visión, el *kadim* había dejado de soplar y el sol del mediodía brillaba radiante sobre Simón Pedro. Se hallaba en presencia de Simón Pedro, y al mismo tiempo no. Estaba por encima de él, pero también a su lado. Aunque Saulo estaba fuera de su cuerpo, los cabellos y barba cobrizos y las anchas espaldas del pescador parecían muy tangibles. Aguardó y observó, regocijándose en el hecho de poder presenciar la experiencia de Pedro.

—Yo no soy digno, Señor —susurró.

—Calla y observa —dijo la Voz —. Que sepas que el Santo hace recto el camino y claro el propósito cuando llama a sus apóstoles a su servicio.

Los ojos de Simón Pedro estaban vueltos hacia el cielo cuando tuvo la visión. Un gran lienzo blanco, anudado en las cuatro esquinas, descendió sobre el tejado como si de un navío se tratara. Pedro, y también Saulo, vieron que atados en el lienzo había toda clase de cuadrúpedos, domésticos y salvajes, criaturas que nadaban y criaturas que reptaban, y muchos tipos diferentes de aves de corral.

Saulo oyó una voz que se dirigía a Pedro:

—Levanta, Pedro. Mata y come.

—Oh, no, Señor —dijo Simón Pedro, todavía estupefacto ante aquel despliegue

animal —. Jamás he comido nada que sea vulgar o inmundo.

La Voz le habló por segunda vez:

—Lo que Dios ha limpiado, no eres tú quién para llamarlo vulgar.

Pedro se tapó un momento la cara con las manos y luego miró hacia arriba. El lienzo estaba descendiendo otra vez del cielo.

—Levanta, Pedro. Mata y come —repitió la Voz.

Y de nuevo Pedro reiteró su objeción.

La visión se desvaneció después de la tercera vez, y Pedro se postró de rodillas y oró:

—Señor, revélame el significado de esto.

En ese instante, Saulo fue arrebatado de Jaffa mientras la Voz le decía:

—Ve cómo el Padre se preocupa de ti, Saulo. Tus compañeros están al corriente como tú lo estás de que los gentiles pueden recibir la salvación de Dios por mediación de Jesucristo. Los dones del Espíritu Santo son también para ellos.

»Eso es lo que significan los seres vivos que Simón Pedro llamaba “vulgares”. A partir de ahora sabe que Dios no hace distinción de personas y que no estima a un hombre por encima de otro; así pues, toda nación que le tema y lleve a cabo su obra de rectitud es aceptada por él. Es el momento de predicar por todo el mundo la palabra de Dios, tal como les fue dada a los hijos de Israel.

Saulo abrió los ojos. Al principio, con el viento aullador y rodeado de arena, no supo dónde se encontraba, pero luego recordó y se dio cuenta de que había dormido mucho rato. Sin embargo, el viaje en sueños a Jaffa era real. Había sido bendecido con otra visión, ser testigo de la propia visión de Pedro y oír su significado.

La arena continuaba dibujando remolinos en torno a su cuerpo. De vez en cuando, Saulo tenía que apartar el chal con que se había tapado nariz y boca para sacudir la arena acumulada. Le pareció que el sol ya debía de estar alto. Mirando por debajo de la capa, vio que el cielo estaba casi oscuro de tanta arena arremolinada.

Aquello duró todo el día y toda la noche, y siguió por la mañana. El viento rugía y la arena se acumulaba en montones a su alrededor. De cuando en cuando Saulo los deshacía con el pie a fin de hacer circular el aire, preñado de polvo, y golpeaba la capa hacia arriba cuando el peso de la arena le molestaba en la cabeza. Estaba muerto

de sed.

Hacia el alba comió un segundo puñado de fruta y queso y se terminó el agua que quedaba en el odre. Sabía que iba a tener que aguantar a que amainara la tormenta de arena. Si se movía de allí, no tardaría en perder el sentido de la orientación.

—Oh, Señor —rezó —, cuando las próximas tormentas de la vida se ceben en mí, enséñame a quedarme quieto y esperar tu llegada.

En ningún momento pensó en rezar para verse libre del apuro en que se encontraba. En ningún momento pensó que estuviera en peligro. Era cuestión de esperar a que el lacerante viento abrasador amainara por completo y luego ponerse en camino.

—¿Hacia dónde? —se preguntó en actitud de plegaria.

El viento no le respondió.

Después de comer volvió a quedarse adormilado. El rumor constante del viento era como una nana, y cerró los ojos.

«¿Qué dirección debo tomar?», se preguntó. Estaba ansioso por poner manos a la obra para la que había sido llamado, pero por algún motivo Dios había juzgado oportuno hacerle esperar en aquel lecho de río. Sabía que la maravillosa visión que había podido compartir con Simón Pedro era una de las razones de la demora en su viaje. Sin embargo, pasaba el tiempo y el *kadim* no dejaba de silbar y de aullar, acribillando todo aquello que tocaba con su munición de arena y polvo. El polvo era como una gran nube que se moviera con la fuerza de una galerna, solo que en lugar de traer lluvia traía tierra suelta de otro país. «¿Cuándo acabará esto?», se preguntó Saulo, medio dormido.

Le vino a la memoria una escena de su juventud. Jemima estaba sentada a su lado, apoyados ambos en el tronco de una palmera. Saulo no pensaba entonces en los asuntos del mundo ni en los del Templo. Habían ido hasta las orillas del Jordán, dando un paseo desde la tienda donde el padre de ella vendía alimentos cocinados. Ambos eran muy jóvenes y aquella mañana habían reído mucho. Él lanzó varias piedras a las aguas verdeazuladas del río, haciéndolas botar hasta la otra orilla.

—¡Lo has conseguido! —gritó Jemima —. Ha botado tres veces.

«Qué persona tan agradable», pensó Saulo, admirando los dientes blanquísimos de

la chica cuando sonreía. Sus ojos verdes relucían al sol de la tarde. Todo en ella le gustaba. Llevaba dos largas trenzas que enmarcaban su cara y que volaban a su alrededor cuando movía la cabeza. Su rostro era muy vivaz.

—¿Se puede saber qué miras? —preguntó Jemima.

Saulo estuvo a punto de responder «A ti», pero rápidamente desvió la vista y cogió otra piedra para lanzarla.

—Nada —dijo, un momento antes de mandar el guijarro a la otra orilla botando sobre la superficie.

Jemima no dejaba de mirarle.

—Eres un chico extraño, Saulo.

—¿Qué quieres decir? —musitó él, sonrojándose.

—Nada —dijo ella, apoyando de nuevo la espalda en el tronco de la palmera. Luego cogió una fronda caída y la agitó en el aire —. Es que estás siempre tan serio... Deberías reír más. Siempre que parece que lo vas a pasar bien, se te va la cabeza a otro mundo.

—¡A otro mundo no! —balbució Saulo —. ¡A este mundo, Jemima! ¡Al reino de Israel! Trato de fortalecer y templar mi alma para hacer de ella un verdadero utensilio del Altísimo. ¡No hay ningún motivo para la risa! Los estandartes romanos están en las calles de Jerusalén. Muchos hombres son apartados a la fuerza del culto al verdadero Dios, ¡al único Dios! ¡No conozco mejor razón de vivir que la de servirle mediante el estudio y la práctica de su Ley! Cuando echemos a los romanos al mar y un rey judío vuelva a ocupar el trono del Israel, entonces reiré.

—Me estás gritando, Saulo —dijo ella muy seria.

Él se levantó y la miró, perplejo.

Ella también se puso en pie y dijo con aire resignado:

—Es mejor que nos vayamos. Llévame de vuelta a Jericó.

—No, espera —se apresuró él a disculparse —. Siento haberte gritado.

Se sentó en la hierba y le pidió que se sentara a su lado, cosa que Jemima hizo a regañadientes.

—¡Los romanos! —exclamó ella al fin —. ¡Israel!

—Te he dicho que lo sentía.

Saulo le puso una mano en el hombro. Los ojos de Jemima le devolvieron una mirada cautivadora.

—Me gustaría poder mirar en el interior de tu alma, Saulo, en tu yo secreto, para ver cómo eres en realidad.

—Bien, pues mira —dijo él, acercando su cara a escasos centímetros.

Y antes de que ninguno de los dos se diera cuenta, sus labios se juntaron y él la estaba abrazando. Al principio ella no se resistió, pero comoquiera que él la estrechara con más fuerza y la besara con más pasión, tratando de recostarla sobre la hierba, Jemima se apartó de Saulo. Avergonzada, le dio la espalda.

—No deberías besarme así —dijo—. Aún no estamos prometidos.

Él se levantó al instante.

—¿Prometidos? ¡Nunca lo vamos a estar! —gritó.

Ella se volvió y le miró de hito en hito. Si en un primer momento pareció desilusionada, un segundo después su mirada fue de ira.

—Llévame a Jericó —dijo—. A casa de mi padre.

Y se alejó con paso decidido.

Le pareció oír un ruido fuerte y se sobresaltó. Aguzó los oídos, pero lo que le había despertado era el sonido del silencio. El viento había cesado y todo estaba increíblemente silencioso y en calma.

Muy turbado por el recuerdo de aquel día con Jemima, permaneció tumbado mirando el retazo de cielo azul por un resquicio de su capa. No, no solo estaba turbado, sino también solo, muy solo. Intentó borrar de su mente la imagen de Jemima, pero a la desnuda luz del día, con el sol cayendo a plomo, su soledad se le antojó tan real como su sed. «Debo olvidar a Jemima —se dijo—. Si antes ya pensaba que en mi vida no había lugar para una esposa y una familia, más seguro de ello estoy ahora. Mi casa será la de los seguidores de Jesús allá donde vaya. Mi familia será la de los fieles que adoran al Señor. Todo aquel que cumpla la voluntad del Padre será un familiar para mí. Oh, Señor, líbrame de todo deseo de la carne y tentaciones

similares; púleme para que sea fiador de mi objetivo.»

Se miró las manos y los brazos cubiertos de costras, de los cortes y arañazos que se había hecho con los espinos. De haber podido verse la cara, le habría alarmado su semblante fatigado y torturado. Se palpó el estómago y le pareció que si apretaba un poco notaría la columna vertebral.

Dobló las piernas para comprobar su flexibilidad. «He de encontrar agua», pensó, poniéndose de pie. Se subió al tronco y miró hacia poniente. A lo lejos, brillante como una joya en el cielo ahora despejado, estaba la ciudad de Damasco. Había andado un buen trecho. La ciudad descansaba sobre un altiplano, en las estribaciones de las montañas del Líbano. La larga y alta muralla parecía ceñir Damasco como una diadema dorada.

Hacia el sur se extendía el árido e interminable desierto, que era hacia donde él pensaba dirigirse. Allí, solo los más hábiles sobrevivían. Salvo si uno viajaba bajo la protección de una caravana, era indispensable echar mano de todo el sentido común y mostrar respeto por el desierto.

Saulo escrutó el horizonte. «Allí está mi misión», pensó. Luego miró hacia el este, y siguiendo el lecho seco del río, a poca distancia de donde se encontraba, vio que había una poza con agua.

—Alabado sea el Altísimo —dijo, y se bajó del tronco para ir hasta allí.

Antes de beber y lavarse, se postró de rodillas para dar gracias. Aun sediento como estaba, se olvidó de sí mismo y de sus necesidades para expresar gratitud por el aparentemente milagroso hallazgo.

Levantó la cabeza y miró la poza que tenía delante. El agua brotaba del suelo, formaba lentos remolinos, discurría un trecho corto y volvía a hundirse bajo tierra. Mientras meditaba en actitud fervorosa, observó las pequeñas olas que arrastraban consigo el polvo depositado en las piedras, llevando más agua transparente y pura al interior de la poza.

Cerró los ojos y, una vez más, detrás de sus párpados se formó la imagen en negativo del Hombre de Blanco.

—Saulo —dijo la Voz.

—Sí, Señor.

—Bebe y aprende esta verdad.

Saulo se tumbó boca abajo y bebió largamente de la poza.

—Todo aquel que beba de esta agua volverá a tener sed, pero todo aquel que beba del agua que yo le daré no volverá a estar sediento. El agua que yo le dé será un pozo que lo llevará a la vida eterna.

—Sí, Señor —dijo Saulo.

—¿Entiendes lo que digo? —preguntó afablemente la Voz.

—Sí, Señor. Que aquel que crea en ti, de su interior brotarán ríos del agua de vida. Hablas del Espíritu Santo.

—Si un hombre pasa sed, deja que venga a mí y beba —dijo la Voz—. Tienes que llevar mi agua de vida al mundo. Que todo aquel que pasa sed se acerque a ti. Y tú déjale saciarse del agua de vida.

La imagen desapareció, y con ella la Voz.

Saulo se bañó a conciencia en la poza, echándose el agua sobre la piel, y luego se levantó. Caminó por las rocas de la orilla, desde donde contempló cómo la refrescante agua giraba en pausados círculos, y entonces se acordó de lo que había soñado en lo que le parecía que hacía mucho, mucho tiempo: las voces que le llamaban desde el agua, los judíos y toda aquella multitud de las naciones gentiles exclamando su nombre en numerosas lenguas.

Extendió los brazos y esbozó una amplia sonrisa. Luego, levantando la cara hacia el sol, rio.

—La tierra recibe bendiciones de Dios —dijo—. Hazme digno de ser una vasija con que verter tu agua de vida.

Echó a andar hacia el este. La arena, que seguía levantándose en remolinos, lo cubría todo. Al rato, divisó una caravana en un promontorio y dedujo que aquella debía de ser la gran ruta comercial norte-sur que atravesaba la franja occidental del desierto de Arabia. Cuando llegó allí, puso rumbo al sur.

No era una calzada rectilínea y de piedra como las que construían los romanos, sino un sendero ancho apisonado por siglos de patas de camello y asno, de ruedas de nobles e innobles carruajes, y de pies descalzos de esclavos portando literas reales

cuyos ocupantes viajaban con las costosas cortinas echadas para evitar que entraran las pulgas, el calor y el olor de los animales. Los pies descalzos de peregrinos recorrían aquella senda, así como grandes carros cargados de mercancías que trocar en Filadelfia o en Maqueronte, al este de las montañas, al este del mar Muerto, o que llevar más lejos aún, atravesando el siempre ardiente Sinaí, hasta Menfis y Alejandría.

La carretera se ceñía sinuosamente al terreno que atravesaba, sorteando el territorio hostil pero procurando que la ruta meridional desde Oriente hasta sus diversos destinos fuera lo más recta posible. Además de los bandidos que con frecuencia asaltaban en grupos de doce o más, eran temidos los afloramientos de roca y los desfiladeros por la presencia de leones. Cuanto más al sur viajaba Saulo, más duro y salvaje era el terreno. Veía a diario a cientos de viajeros y procuraba estar siempre cerca de una caravana bien protegida. Por las noches comía poco y apenas dormía. La tercera noche de camino se levantó de nuevo un viento feroz y Saulo, tendido en una cuneta para protegerse, vio literas que volcaban y bestias que rompían sus cabestros y desaparecían en el desierto.

Un hombre oriental, cuya litera había volcado el viento, pidió ayuda a sus esclavos. De entre los cortinajes rasgados del vehículo caído apareció la esposa del hombre y se aferró a sus pies. Al ver que los esclavos enderezaban la litera, Saulo se levantó de un salto y corrió a ayudarlos sacando del cinto las agujas y demás utensilios de su oficio. El hombre, mientras tanto, se había acurrucado en el suelo para proteger a su esposa del terrible viento y del polvo.

En medio de la oscuridad, Saulo oyó el balido de una cabra y, alargando los brazos, encontró los cuernos del animal y le torció el pescuezo hasta que lo hizo caer a tierra. De sus costados arrancó mechones de largo pelo negro. Luego soltó al animal, enhebró el pelo en una aguja y, tanteando en la oscuridad para coger la tela desgarrada de la suntuosa litera, le dijo al hombre que llevara adentro a su mujer. Saulo empezó a remendar la cortina, zurciendo como si fuera un ciego, a tientas. Cuando hubo reparado aquel roto, palpó los costados de la litera y, al encontrar otro desgarrón, volvió a enhebrar la aguja y se puso a zurcir hasta dejarlo todo como nuevo.

Las toses y el llanto de la mujer cesaron por fin, y Saulo, con las narices y los ojos ardiendo por la furia del viento y la arena, se tumbó en el suelo al abrigo de la litera y durmió.

El día amaneció sereno y despejado, y Saulo se despertó con los rebuznos de las bestias traídas de vuelta a la caravana desde los diversos puntos en que se habían extraviado tras vagar sin rumbo durante la noche.

Al incorporarse, y para su sorpresa, Saulo vio que estaban bastante cerca del exuberante valle del Jordán, con la ciudad de Jericó al fondo. Todo el revuelo y la locura de la víspera se convirtieron en soledad y confusión por la mañana. Dentro de la litera junto a la cual había yacido, dormían todavía el oriental y su esposa. Los esclavos le miraron con curiosidad, pero Saulo no hizo caso.

Las penurias del viaje y las traumáticas semanas anteriores lo habían dejado muy débil, y mientras contemplaba las aguas verde esmeralda de Jericó más allá de la breve extensión de desierto, Saulo intentó orar. Sin embargo, la carne gritó, y gritó la humanidad que había en él: «¡Jemima! ¡La hermosa Jemima de Jericó!». Pensar que en aquel momento podría haber estado disfrutando de una buena casa, comida, reposo... Saulo reconoció en voz alta:

—Estoy muy solo, Señor.

Sintió amargura. ¿Acaso la venida del Mesías no significaba que hallaría la alegría y la paz? Le pareció que había pasado mucho tiempo desde su conversión en el camino de Damasco.

Un fastidioso viento de levante había estado soplando sin tregua hasta el alba, y ahora, en la claridad y la calma del día, Saulo no podía apartar los ojos del oeste y del refugio que podía hallar en Jericó.

Lo sacaron de su ensueño los golpecitos en el hombro de un dedo largo y negro, y al volverse y mirar hacia arriba vio que se trataba de un gigante de piel oscura. El hombre le habló al tiempo que señalaba hacia la litera, en cuyo interior estaban todavía las figuras reclinadas de aquel rey de Oriente (suponiendo que lo fuera) y de su reina, o esposa.

Saulo se puso de pie. Apenas si le llegaba a la cintura a aquel criado, que hizo que

dirigiera su atención hacia el faldón suelto que hacía las veces de puerta de la litera.

Dentro, mirando a Saulo, estaba el «rey», tumbado de espaldas y con la cabeza apoyada en una tabla revestida de tela. A su lado, el rostro velado por un encaje de exquisita factura, yacía la mujer. Solo sus ojos se movieron en dirección a Saulo.

El criado le empujó para que se acercara más a la abertura en la cortina.

—Mi amo quiere hablar contigo —le dijo.

Saulo se inclinó decidido hacia el rostro del hombre, evitando en todo momento la mirada de la esposa.

El criado hablaba un arameo entreverado de un dialecto que incluso a Saulo le resultaba extraño.

—De más allá de los dos ríos venimos, el Tigris y el Éufrates. El amo te va a hablar.

—Acércate —dijo el personaje real—. Quiero verte la cara.

Saulo se inclinó para que el hombre pudiera examinarlo de cerca.

—Eres judío —dijo el rey, afirmando más que preguntando.

—Lo soy —dijo Saulo.

El rey apartó un poco más el faldón de entrada y eso permitió a Saulo ver que los dos regios personajes tenían las manos apoyadas en otra tabla revestida de tela. Y entonces reparó en algo que solo conocía de oídas: las uñas de ambos eran más largas que los propios dedos. Las del hombre eran el doble de largas que sus dedos y estaban enroscadas y brillantadas.

¿Una señal de belleza? ¿De paciencia y aguante? No había duda de que con semejantes uñas, tan largas y perfectamente retorcidas, la pareja real jamás empleaba los dedos para ninguna tarea que pudiera perjudicar al crecimiento y la belleza de sus prodigiosas uñas. ¿Sería una costumbre religiosa?, se preguntó Saulo. ¿Era un símbolo de su posición, y por tanto debían ser servidos a perpetuidad por su legión de criados? ¿O acaso era solo una muestra de vanidad?

Sus ropajes eran hermosos. El rey llevaba un turbante tachonado de piedras preciosas. Al igual que las uñas, el bigote era largo y retorcido. Llevaba puesta una túnica roja de seda con fajín dorado y unas sandalias también doradas. La mujer era muy menuda, pero muy bella. Tenía el pelo negro, lo mismo que los ojos. Sus

diminutas sandalias eran rojas con ribetes de oro. De sus lóbulos y cuello colgaban piedras preciosas. El interior de la litera estaba impregnado del olor dulzón y almizclado del franquinciense.

El mundo más allá de Israel tenía perplejo a Saulo, y eso que su viaje no había hecho más que comenzar. ¡Cuánta perplejidad no suscitaría él en los demás tan pronto empezara a proclamar a Jesús de Nazaret como el Mesías de Dios!

El rey habló, al tiempo que señalaba uno de los remiendos que Saulo había hecho la víspera en el paño de la litera.

—El trabajo que has hecho es tan maravilloso que, más que un zurcido, parece que hayas decorado la tela.

—Gracias —dijo humildemente Saulo.

No sabía cómo debía dirigirse a aquel regio personaje. «Amo» estaba de más, y tampoco estaba seguro del tratamiento de «rey».

El criado reparó en su confusión y se apresuró a informarle:

—Estás en presencia de Batu-Han, rey de la provincia de Delbad. Tiene un millór de súbditos que le son fieles. Te postrarás de rodillas y le ofrecerás tus indignos servicios. No mirarás a los ojos a la esposa de Batu-Han, rey de Delbad, so pena de muerte.

Saulo se irguió y miró al criado del rey a la cara.

—Yo no me arrodillo ante ningún hombre —dijo—. Solo me postro ante el Altísimo, Señor de Israel. Anoche le presté un servicio a tu rey pues lo consideré necesario. Pero él no es mi rey.

Un momento después Saulo estaba tirado en el suelo. El gigante le había propinado un manotazo terrible en la cabeza y, al mismo tiempo, un rodillazo en la entrepierna. El estupor dejó a Saulo aturdido en un primer momento, pero enseguida llegó el dolor. Se había quedado sin resuello, y mientras yacía hecho un ovillo en el suelo, tratando de respirar y de sobreponerse al dolor, oyó que el rey gritaba órdenes al criado que acababa de derribarlo. El criado hizo una venia, dio media vuelta y se apartó.

Por fin remitió el dolor y Saulo consiguió incorporarse, frotándose la sien donde había recibido el tremendo golpe. Batu-Han, rey de Delbad, le observaba en silencio;

una sonrisa titilaba en sus negros ojos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Batu-Han en un arameo atroz.

—Soy Saulo de Tarso, judío de la tribu de Benjamín.

—¿De Jerusalén?

—Sí —dijo Saulo.

—¿Adónde te diriges? —preguntó el rey.

—Me dispongo a prepararme para servir al Altísimo por mediación de su Hijo, el Mesías prometido —respondió Saulo.

—¿El Mesías?

—Así es. Jesús, el Libertador.

Batu-Han sonrió al oírlo y asintió con la cabeza, como si no fuera la primera vez que oía semejante cosa.

—¿Y ese Mesías ya ha venido? —preguntó.

—Sí —dijo Saulo.

—¿Te ha librado de tus enemigos?

—No.

—¿Quiénes son tus enemigos?

La pregunta era complicada de responder, y Saulo intentó simplificar.

—Yo no tengo enemigos —declaró.

Batu-Han le miró ladeando la cabeza.

—Entonces ¿quiénes son tus amigos? —preguntó, más que confuso.

—Aquellos que hacen la voluntad de Dios —dijo Saulo—. Pero, aparte de eso mis amigos son los amados seguidores del Hijo de Dios y Ungido de Israel.

Batu-Han se lo quedó mirando con curiosidad.

—He oído hablar de tu pueblo —dijo—, y sé unas cuantas cosas de vuestra religión y vuestras tradiciones. Dios es uno, ¿no es así? Tengo entendido que eso es lo que proclamáis a diario en vuestros rezos. ¿Me estás diciendo que vuestro dios tiene un hijo? —preguntó Batu-Han—. Si él también es un dios, entonces tenéis dos dioses, ¿no?

—Dios es uno —respondió Saulo—, pero también es trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sin embargo, es uno. Es posible llegar a conocer su omnipotencia a través del

Hijo por medio del Espíritu Santo.

Batu-Han se echó a reír.

—He visitado todas las grandes ciudades del mundo, y tu pueblo está en las ciudades de todo el mundo gobernado por Roma. Tenéis muchas sectas y sinagogas.

—Lo sé —dijo Saulo.

El rey sonrió afectuosamente.

—Saulo de Tarso —dijo —, te equivocas al pensar que no tienes enemigos. El mundo entero te odia.

Saulo se quedó estupefacto. El comentario le dejó sin habla.

—En todas las ciudades del mundo, grandes y pequeñas, tu pueblo está siendo perseguido con saña. Viven en barrios muy poblados y de la peor condición. Se los obliga a vivir juntos por numerosas razones. Tu pueblo es propenso a formar clanes y suele oponerse a la autoridad civil, aparte de no tolerar otra religión que no sea la suya.

—¿Cómo sabes tanto sobre la diáspora de Israel? —le preguntó Saulo.

—He estado en todos aquellos lugares del mundo en que hombres y mujeres adoran el oro, la seda, las especias exóticas. Es una vanidad que hombres y mujeres tienen en común, y mis camellos y carros les proporcionan esa necesidad universalmente compartida. A cambio, soy un hombre inmensamente rico e influyente.

Esto no pareció impresionar a Saulo, pero el rey tenía más cosas que decir.

—Adondequiera que vayas te saldrán enemigos. Allí donde menos esperes que te rechacen, volarán piedras contra tu persona.

—He sido llamado —dijo Saulo.

—¿De veras?

—El Hijo de Dios, en toda su gloria, descendió de los cielos, donde está sentado a la diestra de Dios, y se me apareció.

En ese momento Batu-Han lo miró como si lo viera por primera vez. Fue entonces cuando Saulo pensó que lo mejor sería explicarle la experiencia en el camino de Damasco, responder a preguntas incrédulas y aclarar su misión con los gentiles. Le hizo un resumen de todo lo ocurrido previamente.

El rey comprendió el acérrimo judaísmo de Saulo anterior a su conversión. Había visto a muchos zelotes, pero la experiencia en el camino de Damasco y la aparición de un Hijo de Dios eligiendo a Saulo para semejante misión le resultaban incomprensibles.

Sus primeras palabras, después de que Saulo concluyera su exposición, fueron:

—Has equivocado la ruta. —Se rio y dijo —: Ese mundo de los gentiles está en Antioquía, Tarso, Antioquía de Pisidia, Éfeso, Troas, Tesalónica, Atenas, Corinto, Roma...

—Primero voy al Sinaí —dijo Saulo—, a la roca de la que fui tallado, por decirlo así. Luego, cuando él así lo quiera, iré a esas ciudades.

Batu-Han le habló con afecto y en tono personal.

—No puedes hacer tal cosa, Saulo. Todas las ciudades y todos los pueblos tienen dioses. Pondrás uno más en sus vidas, cuando si algo les sobra son dioses.

—Hay un solo Dios verdadero, el Dios de la Alianza —dijo Saulo—. Y por la Alianza con el pueblo de Israel, su pueblo escogido, un Salvador, el Hijo de Dios, fue sacrificado en nombre de todos aquellos que creen.

Batu-Han se relajó y luego, cerrando los ojos, preguntó:

—¿Tu dios hace distinción de personas? Según él, ¿hay una raza inferior o superior?

—No lo entiendes —dijo Saulo—. Dios no quiere más a una raza que a otra, a un hombre que a otro. Él no hace distinción de personas. Es por eso por lo que he sido llamado como apóstol. Bajo la nueva alianza, o la alianza definitiva por mediación de Jesús el Salvador, Dios no desea que ningún hombre sufra, sino que ofrece la salvación a todos ellos a través de la fe.

La caravana avanzaba lenta pero inexorablemente por la vertiente oriental del lago Asfaltites. Podían verse centenares de ruidosos animales, así como personas de numerosas razas y religiones con muchas razones para hacer aquel viaje. Enormes carros con víveres y suministros seguían a la litera de Batu-Han. Altos esclavos

broncíneos caminaban junto a los carros, azuzando a las bestias de carga. Saulo también acompañaba a la caravana, y se ganaba comida y protección remendando tiendas, paños y prendas de vestir en cada parada.

El camino se convirtió en una quebrada pedregosa cuando la caravana ascendió lentamente la meseta, coronada en la distancia por la fortaleza de Maqueronte. La torre se fue acercando poco a poco, un día, dos, tres. El paisaje era árido en las cuestas, y el calor sofocante. Abajo en los valles, el mundo parecía otro. Allí la temperatura era más suave y había mucha vegetación.

Saulo se tumbó bajo las estrellas, acunado por el canto de pájaros nocturnos y los gritos de animales salvajes. Chacales y perros estaban siempre al acecho, advirtiendo de los peligros de la extraña oscuridad.

Y más y más extraño se fue volviendo también el terreno. Los cañones eran más profundos, las montañas más abruptas y escarpadas. Entre las rocas crecía más vegetación, zarzas espinosas y enmarañadas. Al cruzar los repechos orientales de Maqueronte, Saulo empezó a ver ejemplares del hermoso y poco común árbol de la ruda. Los gigantes de tronco liso y fresco eran endémicos de aquel paraje, y debido a su belleza, dureza y rareza, la madera de ruda se utilizaba mucho en los magníficos aposentos del Templo de Jerusalén.

Los criados de Batu-Han dispusieron la cena sobre una alfombra exquisita, y una docena de hombres tomó asiento alrededor de la mesa improvisada. Los sirvientes pusieron a hervir agua, y al poco rato los reyes estaban tomando un bebedizo caliente. Pasaron luego a la tienda, que unos esclavos habían montado con presteza, y se reclinaron bajo la cubierta de seda para relajarse con la fresca brisa de poniente que al anochecer soplaba desde el gran mar.

Una hilera interminable de criados se encargó de servir a Batu-Han y su reina los numerosos platos de la cena. Saulo no se sentó a comer con los demás, sino que se alejó unos cuantos pasos y contempló meditabundo la fortaleza de Maqueronte.

La ciudadela había sido hecha construir por Herodes el Grande, y sus lujosos aposentos estaban cincuenta codos por encima de la roca sobre la que se asentaba. Excavada en el mismo peñasco había una prisión, en una de cuyas mazmorras estuvo Juan el Bautista cargado de cadenas hasta que Herodes, el tetrarca de Galilea, lo hizo

decapitar.

Antes de la muerte de Herodes el Grande, la fortaleza había aumentado su altura en cuarenta codos. Temiendo posibles ataques de Egipto o de Roma, el rey hizo construir lo que consideraba un refugio inexpugnable, pese al hecho de que para los romanos no había muro que no se pudiera escalar. Con sus rampas de tierra o de madera y sus grandes máquinas de guerra, los romanos, como ya habían hecho en Babilonia, trepaban o destruían todo muro levantado para impedirles la entrada.

El sol sacaba destellos dorados al tejado de la torre, que parecía una joya en medio del cielo. «El monumento de un hombre a sí mismo —pensó Saulo— no puede sino caer como cayó la torre de Babel. ¡Y qué crueldades no padeció el Bautista en esa mazmorra!»

Los rebuznos de un burro sacaron a Saulo de su ensimismamiento. Dos hombres tenían al animal enjaezado y trataban de obligarlo a que se moviera. Detrás del burro había un gran montículo de tierra, y Saulo, al fijarse mejor, vio que estaban intentando arrancar una planta. Habían desenterrado suficiente raíz como para pasar una cuerda alrededor y atarla al arnés del burro. Los hombres no paraban de gritar a la bestia y de azuzarla a palos, pero el burro no se movía del sitio.

Saulo los estuvo observando un buen rato. La planta tenía apenas unas cuantas ramas con hojas por encima del suelo. Sin embargo, la raíz era larga y profunda, y gruesa como la pierna de un hombre.

—¿Qué planta es esa? —les preguntó finalmente.

Los hombres hicieron caso omiso y siguieron peleándose con el animal.

—Es la raíz de baaras —dijo Batu-Han, quien al oír el alboroto se había acercado a mirar.

Y en ese momento Saulo se acordó: la legendaria y misteriosa raíz de baaras. Nunca había visto una, porque, al igual que la ruda, crecía únicamente en la ladera de los montes al este del mar Muerto, pero había oído hablar mucho de las propiedades curativas que la gente de la región le atribuía. Bien aplicada, la raíz curaba supuestamente todo tipo de dolencias, pero se decía que era también peligrosa pues tenía propiedades mágicas. La gente aseguraba que la raíz principal de aquella planta

podía producir una descarga más potente que la de las mortíferas anguilas del mar Rojo.

Unos años atrás, en el circo de Jerusalén, había actuado un mago egipcio que, según decían, había convertido la noche en día. Saulo, buscando una respuesta al supuesto milagro, había descubierto que el hombre estaba de pie encima de una caja grande en la que había muchas raíces de baaras. De la caja salían unas tiras delgadas de estaño que iban hasta un recipiente, también de estaño, situado frente al público. Con gran ceremonia y mucho aspaviento, invocando esos poderes que los magos suelen invocar, el hombre juntó dos de aquellas finas tiras y el recipiente despidió un resplandor que por momentos iluminó todo el estadio. En medio de la humareda, el recipiente se fundió.

La caja con las raíces estaba cubierta por grandes piezas de seda de diversos colores, y el aspecto del mago, saludando repetidas veces con un floreo de su suntuosa capa, era impresionante. El público se puso en pie y le ovacionó. Hasta el gobernador romano y su séquito parecían asombrados ante el milagro.

Tales eran los poderes que se atribuían a la raíz que aquellos hombres estaban intentando desenterrar. Finalmente lo consiguieron valiéndose de un palo puntiagudo. El burro embistió hacia delante y la cuerda extrajo la planta del hoyo con tal fuerza que esta salió volando y cayó sobre el lomo del animal. Al contacto con las raíces, el burro soltó un bramido de dolor, pegó un salto agónico y, acto seguido, se desplomó con un estremecimiento.

Los hombres se echaron a gemir pensando que habían perdido a su animal. La raíz había quedado de través sobre el lomo del burro. Batu-Han continuaba al lado de Saulo y parecía estar analizando la situación. Y en eso estaba cuando ocurrió la cosa más extraña. El sol estaba poniéndose, y de repente, de la raíz empezaron a salir chispas y fucilazos apuntando al sol poniente. El rey abrió mucho los ojos al verlo; los hombres retrocedieron unos pasos.

Saulo aprovechó la oportunidad.

—No os preocupéis —dijo, y todos se quedaron mirando cómo se acercaba, se ponía de rodillas y susurraba —: En el nombre de Jesús de Nazaret, que los hombres puedan creer.

Luego, con la mano derecha, agarró las hojas de la planta y apoyando la raíz en el hueco de su codo izquierdo, la separó del animal muerto.

Los hombres quedaron estupefactos; Batu-Han miraba sin decir nada. Saulo dejó la raíz en el suelo, cerró los ojos y volvió a orar. Luego, buscando al rey con la mirada, alargó el brazo y con un dedo tocó al burro. El animal abrió los ojos de golpe, se levantó de un salto y empezó a rebuznar.

Saulo buscó la mirada de Batu-Han, pero le distrajo un momento la actitud de los dos hombres. Se habían postrado de hinojos y estaban venerando a Saulo. Él los hizo levantarse.

—Soy un hombre igual que vosotros —dijo—. La resurrección ha sido obra de Jesús, el Hijo del Altísimo, que resucitó.

—¿Mediante qué poder has hecho eso? —le preguntó el rey.

—Como he dicho, por el poder de Jesús de Nazaret, el poder de la fe en él y en su Palabra.

—¿Qué palabra? —preguntó Batu-Han.

Saulo dio media vuelta y echó a andar despacio hacia la tienda de campaña.

—Él es la Palabra resurrecta —dijo—. Por el poder de su espíritu, que en mí habita, ese animal que estaba muerto se ha recuperado.

Batu-Han se detuvo y le miró.

—¿Esto ha sido hecho en mi beneficio?

—Sí —dijo Saulo—. La salvación de Dios acaba de serte revelada.

Tras abandonar la caravana, Saulo continuó por la senda de los peregrinos, que discurría al borde de precipicios, rodeando salinas y atravesando abrasadores páramos desérticos. Saulo iba a pie y en solitario. Cuando el calor era insoportable, buscaba refugio a la sombra de matas y arbustos, en concreto «la zarza ardiente», una planta común en la península del Sinaí. Sus hojas eran de color rojo y, según como le daba la luz, parecía que estuviera en llamas. Pero las hojas ofrecían protección suficiente cuando el sol estaba alto, y Saulo pasaba aquellas horas tumbado en la

arena fresca al pie de los matorrales. Con todo, incluso a la sombra, el calor era demasiado intenso y no había forma de dormir, pero aventurarse en el desierto bajo aquel sol de justicia habría sido llamar a las puertas de la muerte. Saulo procuraba beber lo imprescindible y comer lo justo. En una ocasión alguien le había dicho: «Para un trayecto largo, mejor un caballo flaco». Flaco y enjuto, así era Saulo, y con la piel morena de tantos días al sol.

Los afanes y los padecimientos de su pueblo le vinieron de nuevo a la mente, no en vano aquel era el desierto en que Moisés y los hijos de Israel habían vivido durante cuarenta años tras librarse del yugo egipcio. Era aquí donde Moisés había golpeado la roca y había hecho brotar el agua de vida, el lugar en que Dios le dictó los Diez Mandamientos.

La Ley. Una ley dura de un Dios celoso para un pueblo contumaz. La Ley había sido dada a Israel a fin de que la humanidad pudiese vivir siendo consciente de sus limitaciones sin Dios. Conocer la Ley y su incapacidad de estar a la altura de su mandato hizo a los humanos conscientes de su gran necesidad.

Mediante la Ley, los hombres conocieron su naturaleza pecadora. Ahora, sin embargo, tal como daban fe la Ley y los profetas, y el propio Saulo, la rectitud de Dios en virtud del cumplimiento de la Ley se manifiesta a través de Jesús a todos aquellos que creen en él. Todos son iguales, judíos y gentiles. Todos han pecado y se han apartado de la gloria de Dios, pero por la gracia del Hijo y a través de la redención que Jesús brinda a quienes creen en él, todos pueden hallar la justificación por la fe. Luego ¿la fe anula la Ley?

—Al contrario —dijo Saulo en voz alta—. Lo que hace la fe es consolidarla.

Revelación

Por fin, una mañana recién terminadas sus oraciones, Saulo se encontró al pie de la montaña sagrada: el Sinaí. Junto a otros peregrinos comenzó la larga ascensión a la cumbre; tres mil peldaños tallados en la piedra serpenteaban entre riscos y subían por las laderas de los escarpados picos camino de la cima. Esta casi nunca estaba a la vista, tan peligrosa era la ascensión. De cuando en cuando los escalones desaparecían, y Saulo, dejando atrás a hombres menos resistentes, trepaba por la roca hasta un nuevo tramo.

La escalera original, a la que la gente solía referirse como «la Escalera al Cielo», era muy antigua. Nadie sabía con exactitud cuántos siglos hacía que se habían tallado aquellos escalones en las laderas de los sucesivos picos. Saulo continuó subiendo por otro de los tramos de la famosa escalera todavía intactos. Las huellas de los escalones estaban hundidas por la parte central a resultas de los millones de creyentes que, descalzos o en sandalias, se habían afanado hasta la cumbre a fin de pisar el sitio exacto donde Moisés estaba cuando Dios le habló.

La luz del sol, al reflejarse en los montes circundantes, daba al entorno un extraño resplandor violeta, rosa, dorado y azul. «Parece cosa de otro mundo —pensó Saulo—. ¡Qué menos, tratándose de la montaña de Dios!»

Hacia el mediodía, habiendo cubierto ya la mitad de la ascensión, Saulo se topó con dos jóvenes que bajaban de la cima. Tenían la cara, las manos y los pies ensangrentados, y toda la ropa desgarrada. Un viento cálido soplaba del desierto, y Saulo se detuvo a descansar. Sacó el chal de oración que llevaba prendido del fajín y se lo puso sobre los hombros. Mientras estaba de rodillas, los muchachos pasaron por

su lado y uno de ellos dijo:

—Más vale que reces para que te libren de este espantoso lugar.

Saulo levantó la mirada para ver una cara mugrienta, con costras de sangre aquí y allá. El otro joven se detuvo a un par de escalones de donde Saulo se encontraba. O bien se habían enzarzado en una terrible pelea o bien se habían caído entre las rocas por el camino. Ambos tenían la piel casi negra y lucían el tocado de los nómadas del desierto.

—Yo no deseo que me libren de este lugar —dijo Saulo—. Vuelvo a la cima de la roca de la que fui tallado.

De pronto recibió una patada en la espalda y sintió cómo le desgarraban la ropa. Oyó a uno de los muchachos decir: «Otro de esos zelotes locos de Jerusalén que vienen a buscar a su Dios», y al momento le llovieron más golpes a Saulo en la espalda y en la cabeza. Estaba ya casi desnudo, solo llevaba encima el taparrabos. Le habían quitado el cinto, el zurrón y el odre, la túnica y las sandalias. Forcejeó, pero recibió otro golpe en la cabeza. Y todo se volvió negro.

Le despertó el zumbido de una abeja cerca de su cara. El sol caía a plomo y Saulo estaba muy dolorido. Comprendió la brutalidad con que había sido golpeado cuando intentó levantar una mano para espantar a la abeja. Hombros, brazos y espalda protestaron con punzadas de dolor. Yacía hecho un guiñapo sobre unas matas, donde los chicos le habían arrojado o empujado a puntapiés, pero no acababa de entender aquel terrible zumbido que le rondaba la cabeza. Empezó a ver mejor, y fue entonces cuando se dio cuenta de que el sonido no era solo imaginario: un enjambre de abejas llenaba el aire por encima de él. Lo más sorprendente era que no le habían picado. Con gran esfuerzo, Saulo consiguió incorporarse. Vio panales prendidos de las piedras a la altura de su cabeza: era una colmena poblada por millares de abejas.

Se sentó y se examinó el cuerpo, y le pareció que no tenía ningún hueso roto, aunque estaba lleno de cardenales. Sus agresores lo habían abandonado sin otra posesión que el taparrabos que llevaba. Alargó un brazo y tocó el panal, apartando suavemente a las abejas. No le picaron. Entonces recordó que de pequeño, en Tarso, había ido a recoger miel con su padre y nunca se había puesto una malla ni ningún otro tipo de protección. Era una de esas personas a las que, por algún motivo, las abejas

no picaban.

Reflexionó desconcertado ante su situación: primero lo tiraban al suelo, lo golpeaban y lo dejaban sin nada, y al momento era proveído de sustento. Pensó en Elías, el profeta de antaño, y en cómo el Señor había enviado unos cuervos para que lo alimentaran mientras yacía medio muerto junto al arroyo de Cherit. La miel era de un precioso color dorado, y Saulo, tras una oración de gracias, rompió un panal y empezó a comer despacio aquel ambarino alimento. Masticó la cera, la escupió y partió otro pedazo; comió hasta quedar satisfecho.

Finalmente se puso de pie y, dejando atrás la nube de abejas, regresó dolorido y con esfuerzo a los escalones. Una vez estuvo en el sitio donde se había arrodillado para rezar antes de ser golpeado, examinó su posición.

Ante él se extendía el interminable desierto del Sinaí. Allá había levantado Aarón, el hermano de Moisés, el primer «Templo», el tabernáculo en el desierto, siguiendo las indicaciones exactas que el Señor les había dado para ese edificio transportable. «Un milagro —pensó Saulo— que en medio de esta aridez pudieran hacerse los maravillosos vasos dorados, la pila de bronce, el candelabro y el arca de la alianza.» Por debajo de la montaña en que Saulo se encontraba ahora, una nube había cubierto la puerta del tabernáculo. Y desde la nube, Dios había hablado al hombre.

¿No era ese el verdadero propósito de siglos de peregrinaje a la cima de la montaña sagrada? ¿Pensar que quizá ese día en concreto Dios volvería a dirigirle la palabra al hombre? ¿Que quizá ese día el negro destino del presente se vería iluminado y guiado por la divina Voz?

«¿Por qué tengo que escalar esta montaña? —se preguntó Saulo—. Conozco muchas de las razones. Unas serán egoístas y otras caritativas, pero en mi visión hay una oscuridad que creo que va a desaparecer en cuanto llegue a la cumbre.»

Miró hacia arriba. La escalera se perdía de vista en las nubes ralas que coronaban la montaña. «Con suerte —pensó—, quizá llegue a la cima antes de que anochezca», y reanudó lentamente la ascensión.

No prestó atención a su cuerpo, al hecho de que, aunque ahora el sol lo calentaba, al caer la noche el aire sería helado. No paró mientes al hecho de que no disponía de

alimento ni agua, y de que al final del día estaría aún más lejos de ambos. Decidió no comer ni beber hasta que hubiera pasado tres días de ayuno y oración en la cima de la montaña.

Durante el resto de la ascensión se abismó en sus pensamientos, entregado mentalmente al Señor y a los memorables sucesos que habían tenido lugar en aquella montaña, pues era allí donde el Señor había proclamado y ratificado su omnipotencia. «No tendrás dioses ajenos delante de mí», había escrito en la piedra.

Saulo descansó un poco. Al mirar hacia el norte, en la dirección de Jerusalén, de repente se sintió otra vez muy solo. ¿Y su hermana? A estas alturas ya le habrían llegado noticias de lo que le había ocurrido en Damasco, y también a Baana ben David. Si iba a Jerusalén, probablemente lo arrestarían, de modo que tendría que esperar y seguir con su tarea. Debía ir a las otras ciudades de la Decápolis, y a Damasco una vez más, antes de regresar a Jerusalén. Tenía que compensar a aquellos a los que había hecho daño; sus amigos y parientes necesitaban, y merecían, una explicación... pero no era el momento todavía.

Levantó la vista. Sentía que algo tiraba de él hacia la cumbre y estaba impaciente por llegar.

—Como tantos otros millones antes que yo —dijo para sí—, vuelvo a la roca de la Alianza, pero esta vez busco un mayor entendimiento del nuevo testamento de Dios, la plena comprensión de la justificación de lo viejo con lo nuevo.

Al llegar a lo alto de los tres mil escalones, pasó bajo lo que era conocido como «el Portal del Cielo». Aquel imponente arco de piedra era cinco veces más alto que su persona y había soportado siglos de viento y arena del desierto. Estaba construido en el estilo grecorromano popular en la época, con grandes bloques de basalto negro, pero los martillos y escoplos en manos de los innumerables peregrinos habían profanado la piedra con nombres, fechas y nombres de ciudades. Mientras descansaba bajo el arco, Saulo vio que algunas fechas eran anteriores a los tiempos de Alejandro Magno.

Al reseguir con el dedo las letras de un nombre grabado, se preguntó si sería el mismo tipo de piedra en que el dedo de Dios había tallado los mandamientos. «Seguramente no», se dijo. Las palabras sagradas debían de haber sido escritas en

una piedra más dura y más pulida que aquella basta roca volcánica. Pero entonces pensó que bien podía tratarse del mismo tipo de piedra. Era quebradiza, y Moisés había roto las tablas la primera vez. «Sí —pensó Saulo —, posiblemente este sea el tipo de piedra que Dios utilizó: áspera, oscura y maleable como las vidas, los actos y la devoción de los hombres.» En aquella textura, el dedo del Altísimo había escrito palabras duras y delicadas por las que regirse en la vida.

Más allá del gran arco había una amplia zona llana donde, según la tradición, Dios se había aparecido a Moisés. Un lado caía a pico formando un gran precipicio, y ofrecía una impresionante panorámica del desierto que se extendía durante kilómetros sin fin. Por encima de la pequeña planicie, grandes peñascos de negra roca volcánica daban al lugar una apariencia ultraterrena. Algunas de aquellas rocas como burbujas gigantes eran huecas, y al mirar por el agujero de una de ellas, Saulo vio que en el interior había espacio suficiente para un hombre de pie. «Bueno —pensó —, esta será mi casa en este peregrinaje.» Y luego dijo en voz alta:

—Un refugio en la roca. Alabado sea el Altísimo. Dios siempre provee.

Aprovechando que aún había luz, se puso a recoger brazadas de la hierba parda que crecía a manojos entre las rocas. Encontró varias matas de lo que llamaban «la zarza ardiente» y cogió también sus hojas para fabricarse un lecho en la roca hueca que había elegido. Partió varias ramas con hojas para tapar desde dentro el agujero cuando se dispusiera a pasar la noche. Una vez preparados su «casa» y su lecho, fue hasta el borde del precipicio y, orientándose hacia Jerusalén, se arrodilló para decir sus oraciones vespertinas.

Volvía a notar de nuevo los efectos de la paliza, pero a medida que oraba el dolor pareció ir quedando atrás y empezó a sentirse cada vez más cerca del Creador. Rezó hasta que cayó la noche.

Por fin, tendió su cuerpo mallugado sobre el lecho de hojas y hierba y, dejando la abertura sin tapar, contempló las pocas estrellas que podía ver por el agujero. Pero estas desaparecieron al instante cuando cerró los párpados y la imagen del Hombre de Blanco apareció de nuevo. Saulo se echó a temblar, pero enseguida se sintió invadido de una sensación reconfortante. Después le pareció oír, pero no mediante los oídos,

sino con la mente, unos cánticos. No reconoció lo que decían, pero cientos o miles de voces entonaban a gritos cánticos de alabanza y adoración. Saulo se quedó embelesado por la belleza y la gloria de aquel sonido. Entonces oyó un rumor de viento y un murmullo creciente de agua; el agua parecía caer y bullir. Sonaba como un mar embravecido, como una catarata precipitándose sobre unas rocas. Luego oyó la Voz, primero casi inaudible y al momento más cercana y cálida, a la vez personal y autoritaria. Fue como un susurro salido de entre la multitud de voces celestiales y del rumor del agua. No le cupo duda alguna: era la Voz del Maestro.

—Saulo —dijo la Voz en un tono afable. Y volvió a llamarle, imperiosa ahora —: Saulo.

Finalmente él acertó a responder:

—Sí, mi Señor.

—Mi nueva alianza, mi testamento, debe ser ratificada por tu mediación, mi discípulo escogido —dijo la voz.

—Pero soy indigno, Señor —dijo Saulo.

—Debes convertirte en una vasija vacía a fin de poder verterme —dijo la Voz —. Muchos son los llamados y pocos los elegidos.

—Enséñame, Maestro.

—Desconfía de falsos consejeros. Desconfía de quienes contaminan mi evangelio. Desconfía de los aduladores.

—Perdona mi indecisión —dijo Saulo —. He vuelto al Sinaí para comprender mejor mi llamado.

—Tu misión no está aquí —dijo la Voz —. Es a través de mí como llegará la revelación.

Saulo guardó silencio, y luego dijo en voz queda:

—Será que tengo miedo. Quisiera ver más allá... más allá del velo.

—Se te mostrará la esfera de tu misión y el alcance de tu obra. Mi nuevo testamento debe llegar a todos los confines de la tierra —dijo la Voz —. El tabernáculo fue construido con su sanctasanctórum a fin de que el Altísimo pudiera morar entre los hombres.

»Tu cuerpo debe convertirse en templo del Altísimo. Con la nueva alianza, yo soy

tu sumo sacerdote. Mi Espíritu, que en ti mora, te hace uno con el Padre, pero el Padre y yo somos uno. Mi pueblo está disperso por toda la tierra. A través de él llevarás mi alianza a los gentiles. Mis siervos de Jerusalén volverán a reunirse, pero por muy poco tiempo. Dios no habita en un templo hecho con las manos, sino en los corazones de los hombres.

Saulo permaneció callado durante un largo rato, en apacible comunión con la presencia. Aunque no hubo más revelaciones, y aunque el sonido de la Voz cesó, se sintió enormemente inspirado. Parecía estar experimentando una afluencia por el canal de la sabiduría divina, pues paulatinamente fue entendiendo mejor lo que el Espíritu le estaba enseñando.

Saulo durmió profundamente hasta que las estrellas desaparecieron del agujero en la roca y la primera luz del día tiñó el cielo de un gris apagado. Trepó entonces a las rocas que había más arriba de su improvisado hogar, encontró un sitio confortable, se sentó y descansó mirando hacia Jerusalén y el Templo. Desde allí alcanzaba a ver la mitad del desierto, más allá del cual estaban las montañas de Judea, el mar Muerto y la ciudad santa.

Sabía que la Voz no tardaría en volver. De repente notó la cálida presencia y cerró los ojos. La imagen apareció de inmediato, el perfil del Hombre de Blanco silueteado contra el interior de sus párpados. Saulo dejó de experimentar toda sensación, y sintió como si se separara de su cuerpo, como si flotara.

—Saulo —dijo la Voz.

—Sí, Maestro.

—Ahora te mostraré el final físico del culto y los rituales del Templo, tal como los elegidos han venido celebrando. Verás a qué grandes extremos se verá reducida esta nación. Se salvarán unos cuantos, y los que queden dispersados sobrevivirán. El Padre sigue amando a los que elige, y a través de los elegidos como tú mi evangelio debe llegar al mundo. Treinta años trabajarás, y habrás de llevar mi nuevo testamento a todos los hombres. Y sucederá más o menos en el momento en que pongas fin a tu labor... Observa.

Saulo estaba expectante, apenas si respiraba. Oyó primero un fragor de batalla, y

poco después la imagen del Hombre de Blanco empezó a desvanecerse y un cuadro triste y espantoso apareció ante sus ojos. Y mientras la escena lo envolvía, se vio a sí mismo allí, formando parte de ella.

En la visión, su cuerpo caminaba por la ciudad en llamas de Jerusalén. La destrucción era absoluta, sus murallas derrumbadas, pilas de cascotes esparcidos por los valles circundantes. Los romanos se habían empleado a fondo. Había muertos por doquier, solo quedaban con vida los muy viejos y los muy pequeños.

El Templo propiamente dicho era un espectáculo abominable. Cadáveres humanos y de animales yacían putrefactos en los patios sagrados. Soldados romanos deambulaban por los patios del recinto, ebrios del vino confiscado. Vasijas y utensilios de oro y plata, así como adornos sagrados de bronce, eran saqueados sin el menor escrúpulo, al igual que los tesoros sagrados del Templo.

El aceite sacro que los sacerdotes tenían guardado corría a regueros por el suelo. Sobre el altar del patio de Israel yacían sacerdotes muertos; el velo del Templo había desaparecido. El sanctasanctórum estaba a oscuras. No ardía incienso. El candelero de oro estaba tirado en el suelo. Una jauría de perros rondaba por el patio, cebándose en la carroña, tanto animal como humana.

Saulo, enormemente atribulado, exclamó:

—¡No! ¡Mi pueblo! ¡Mi pueblo!

El llanto sacudió todo su cuerpo. Entonces le habló el Confortador:

—Esto es solo el comienzo de los pesares. Ve ahora la desolación abominable.

En espíritu, Saulo se hallaba entre las ruinas del Templo, en el patio de Israel, cerca de donde en otro tiempo había ofrecido sus sacrificios. Vio cómo siete desertores judíos eran apresados por el jefe rebelde Simón y los pocos sacerdotes que sobrevivían eran convocados en el ara del Templo. Luego los obligaban a degollar a los siete desertores, tumbados sobre el altar.

Después los romanos atacaban de nuevo con sus grandes arietes para destruir lo poco que quedaba del Templo. Pero los jefes rebeldes, a fin de negarle a Roma la victoria final, prendían fuego al edificio. A esto sucedía una gran conflagración, y pocos momentos después el Templo sagrado se venía abajo.

Y así, el decimoséptimo día del mes de Tamuz, conforme a la predicción de

Daniel, cesaron las ofrendas y sacrificios diarios. Pero aunque no hubiera sido pasto de las llamas, en el Templo no habría habido más sacrificios: no quedaban sacerdotes vivos que pudieran ofrecerlos. Los que no habían muerto de inanición o se habían suicidado fueron asesinados por los romanos.

Saulo fue testigo de cómo el feroz holocausto se prolongaba durante días. Y cuando ya parecía que el gran incendio estaba por extinguirse, el viento cambiaba de dirección y otra parte de la ciudad empezaba a arder. Chispas y llamas se encumbraban hasta el cielo. Desde cualquier punto a lo largo y ancho del país, podía verse el humo de día y las llamas de noche. Especialmente espectrales eran las noches de cielo cubierto, pues los incendios de la ciudad santa dibujaban extrañas figuras sobre el tapiz de las nubes.

En medio del horror de saber que aquello era el fin de su ciudad, de su país, y también de sus vidas, miles de personas manifestaron haber visto en las nubes imágenes de caballos y carros de combate, de encarnizadas batallas, de máquinas de guerra, de ejércitos marchando, de multitudes avanzando cargadas de cadenas y custodiadas por soldados.

Se habló también de escenas de crucifixión. Estos cuadros vivos a modo de espejismos, reflejados e iluminados en el cielo, fueron vistos por Tito y su ejército, y pasados muchos, muchos días llegó a Roma la noticia de que los dioses sonreían favorablemente a Tito y la décima legión.

El emperador César Vespasiano, al enterarse del triunfo de su hijo Tito y de los buenos augurios mostrados por los dioses en las nubes, decretó que Tito (y él mismo, dado que esta favorable revelación había tenido lugar durante su mandato) fuera deificado, y que su estatus fuera vigente en todas las ciudades del imperio. Vespasiano propuso asimismo a Tito que cambiara el águila de la décima legión por un emblema que reflejase más apropiadamente la victoria romana en Judea.

La visión continuaba en todo su realismo, y Saulo presencié cómo Tito se paseaba entre las ruinas del Templo. No había llovido desde hacía semanas y muchas de las cámaras subterráneas del recinto seguían ardiendo. Tito se detenía frente al altar, que estaba muy dañado, además de mancillado por huesos y restos de hombres y animales.

Entonces soltaba una carcajada, al imaginar el dibujo que en adelante llevaría el estandarte de la décima legión.

Y a los pocos días desfilaba por el recinto del Templo bajo el nuevo estandarte portado por sus legionarios. La imagen que ostentaba era un símbolo de la victoria total y de la abominación definitiva para cualquier judío que aún viviera para verlo.

Había sido modelado a partir del emblema que representaba el origen de Roma, la estatua de bronce de los niños Rómulo y Remo siendo amamantados por una loba, tal como podía verse en el foro del Miliario de oro en la ciudad eterna.

Tito había hecho introducir no pocas modificaciones: en lugar de una loba, el nuevo estandarte llevaba ahora una cerda amamantando a dos lechones. Entre las cenizas y los escombros, los portaestandartes desfilaron tres veces al día coincidiendo con lo que antes eran las horas de oración de los judíos.

Frente al lugar que había ocupado el sanctasanctorum, los soldados se detuvieron y agitaron su enseña con la imagen de los cerdos y gritaron obscenidades contra Jehová. Después empezaron a beber vino y a hacer abluciones a Júpiter y Mercurio sobre suelo sagrado.

Algunas vasijas y piezas del mobiliario del Templo habían quedado intactas tras los incendios, y los romanos se disponían a transportarlas por tierra y por mar para la marcha triunfal sobre Roma. La mesa de los panes, la pila de bronce y el imponente candelabro dorado de siete brazos se habían salvado. Sin embargo, había toneladas de oro derretido por el furibundo calor: molduras, vasos sacrificiales, cenefas de los magníficos aposentos, los revestimientos que adornaban la mayoría de las puertas y pasillos, incluso los ropajes sacerdotales hechos con hilo dorado. Gran parte del oro que había en las arcas del Templo se había fundido, al igual que todas las franjas, láminas, esferas y molduras que habían coronado los muros, parapetos y tejados del edificio sagrado.

Al ser poroso y muy pesado, el precioso metal formaba regueros resplandecientes que partían del fuego. Los soldados contemplaron aquel espectáculo día y noche; aquellos diminutos riachuelos buscaban grietas y resquicios por donde colarse. De noche, al iniciarse nuevos incendios, el brillante metal fundido fluía desde nuevas alturas para acabar hundiéndose en nuevas profundidades.

Cansado de guerrear y de la propia Judea, el ejército de Tito se dispuso a volver a Roma. Una fuerza de ocupación al mando de varios centuriones estableció campamento en medio de las ruinas de la ciudad.

Y mientras los romanos hacían preparativos para la marcha, empezó el saqueo por parte de los nómadas del desierto. En gran número y trabajando de noche, lograron mover una de las gigantescas piedras con las que se había cimentado el patio de Israel. Alrededor de la enorme roca, y a mucha profundidad, había grandes láminas de oro que se habían endurecido al enfriarse los restos del incendio.

Los soldados prendieron a los saqueadores y los ejecutaron. El botín de guerra fue llevado ante Tito. Panes de oro que exigieron la fuerza de doce hombres para ser transportados constituían el tesoro que se había dejado al descubierto al mover una sola piedra. Tanto es así que Tito ordenó: «Movedlas todas. No dejéis piedra sobre piedra». Al oír estas palabras, Saulo recordó la profecía de Jesús.

La décima legión al completo se dispuso a recuperar el botín de guerra. Túneles y aposentos subterráneos fueron despojados de sus riquezas escondidas. Descubrieron montañas de monedas y valiosos lingotes de metal. A medida que los soldados iban desplazando y volcando piedras, aparecieron tiras, dedos, bolas, barras, pepitas y láminas. Todos estaban ansiosos por regresar a Roma, de ahí que trabajaran con ahínco y sin tregua, y utilizaran también las máquinas de guerra y el ariete.

Desde el monte de los Olivos, puesto de observación durante la batalla, Tito contempló ahora una escena harto distinta. Diez yuntas de bueyes tirando de los carros con el botín de guerra avanzaban lentamente detrás de la larga hilera de soldados. El monte Moriá, el monte del Templo, se veía pelado y sin el menor rastro de que allí hubiera existido nada con anterioridad. No quedaba ningún indicio de que sobre aquella suave y redondeada colina hubieran descansado, hasta hacía apenas unos días, las murallas más robustas que el mundo había conocido.

No habían dejado piedra sobre piedra.

En todo este tiempo, Saulo había permanecido quieto y con los ojos cerrados. Las escenas se fueron desvaneciendo, y poco a poco volvió a ser consciente de la roca sobre la que estaba sentado. Un pasaje sagrado acudió a su cabeza, y las palabras

cobraron forma y sonido. Era de uno de aquellos trozos del rollo de las Crónicas que la rata había devorado parcialmente aquella noche en su habitación, antes de que él empezara a perseguirla: «Esta casa que he consagrado a mi nombre la arrojaré de mi vista...».

Entonces le habló de nuevo la Voz:

—Saulo.

Debilitado, despertó lentamente de su trance.

—Sí, Maestro —dijo.

—Levanta.

Saulo caminó hasta el borde del risco y contempló el panorama. Ya no veía la imagen del Hombre de Blanco, pero la presencia continuaba allí.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó.

—Baja de esta montaña —dijo la Voz —, y haz lo que mi Padre ordena.

Sin dudarle un momento, Saulo se puso en marcha, cruzó el Portal del Cielo e inició el descenso.

—Ve por todo el mundo —dijo la Voz —. Predica el evangelio y bautízalos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Yo siempre estoy contigo.

Comunión, 40 d.C.

Al rodear Saulo el monte de los Olivos y tener a la vista la ciudad y el Templo, su corazón dio un salto. Jerusalén, la ciudad santa, Jerusalén la que mata a sus profetas. Jerusalén. ¡Oh, Jerusalén!

Le dolían los pies y las piernas y estaba abrasado de calor. Se detuvo junto a la calzada, en un punto desde el que podía ver bien la ciudad, y se sentó a la sombra de un cedro. El árbol, con sus retorcidas y escuálidas ramas, no daba apenas sombra, pero le refrescaría. Se aflojó las tiras de las sandalias y se frotó los pies. A pesar de los muchos callos, sentía punzadas de dolor. Luego se soltó un poco la ropa y disfrutó de la brisa procedente del valle del Cedrón. Le vinieron recuerdos a la mente, unos dulces y otros amargos.

Al fondo del valle estaba el monte en el que, volviendo aquel día a la ciudad, había presenciado la horrible crucifixión y visto morir a su amigo Miguel. Allá abajo, en el Cedrón mismo, estaba el lugar donde Esteban había caído. No sintió remordimientos, y eso le intrigó no poco. Había dado muerte a un hermano en el Señor y se sentía en paz con ello.

Vio en su mente el rostro de Esteban y entonces comprendió los motivos que Dios había tenido para que sufriera martirio: un testigo agonizante de las glorias futuras, un testimonio de fe y devoción, un ejemplo del éxtasis en la agonía del sufrimiento por el Señor. Así como el Señor dio su vida por todos, así lo hizo Esteban, y la dio especialmente por él, por Saulo, que siempre tendría presente el alegato ejemplar de Esteban ante el sanedrín. Muchas veces, en el ejercicio de su tarea, recurriría en su testimonio al estilo de Esteban.

El propio Templo le trajo a la mente numerosas escenas de la vida de su pueblo. Pero el Templo, con toda su magnificencia, su oro y su bronce y sus buenas maderas, le hizo pensar en una parábola del Señor: «Por fuera todo el oropel y por dentro toda la corrupción».

¡Qué peso se había quitado de encima! El Templo y sus ataduras espirituales. Experimentó una sensación de libertad y de júbilo como no había conocido jamás al ver el Templo. Nunca hablaría de la visión que había tenido de su destrucción, pero le entristeció saber lo que iba a pasar.

Y fue con cierto pesar y sobrecogimiento como contempló en ese instante la ciudad de sus antepasados, y no sin anhelo pensó en el distanciamiento de quienes habían sido sus más afectuosos colegas. ¡Ahora sí que querrían conocer su testimonio! Cuando los fariseos, incluso Gamaliel, vieran el milagroso cambio que se había obrado en él, sabiendo cuán acérrimo perseguidor había sido, sin duda le creerían. Sin embargo, por mucho que deseaba que le creyeran, en el fondo de su ser intuía que no iba a ser así.

Teófilo era el nuevo sumo sacerdote, designado por el gobernador romano Marcelo, quien, para ganarse el favor del emperador Calígula, había elegido a un hombre que mantuviera la paz en estricta adhesión a las exigencias de Roma.

Saulo era consciente de que había perdido toda influencia en el Templo, sabía que le llamaban «renegado». Con Teófilo al mando, si lo detenían y juzgaban sería con toda probabilidad ejecutado. Los votos de los pocos amigos que aún pudieran quedarle en el sanedrín no bastarían para evitarlo. Aun así, tenía que ver el Templo, necesitaba caminar otra vez por aquellos pasillos y aposentos.

Mientras se anudaba de nuevo las sandalias, pensó en Sara, su hermana, y en su familia, el niño Jacob, el marido de ella. Sonrió al acordarse de Leví ben Lamec «Puede que no le convenza —pensó—, pero al menos no será capaz de negar el cambio que he experimentado gracias al amor divino.»

La aguja de la enorme clepsidra contigua al Templo señalaba la hora sexta. Sintióse como un extraño por primera vez, Saulo dejó atrás la torre y cruzó el porche meridional y luego el patio de los Gentiles. Había pisado aquel lugar todos los

días de su vida desde que llegara, siendo un niño todavía, de su Tarso natal, pero le pareció que nunca había estado allí. Se apresuró por la amplia zona descubierta camino del patio de Israel, donde pensaba ir a rezar, y de repente se detuvo con la sensación de que alguien le estaba siguiendo. Se volvió para mirar y, al hacerlo, vio que un hombre se paraba a cierta distancia de él. Saulo le miró un momento y siguió su camino, pero a un paso de los escalones del patio de Israel giró de nuevo la cabeza, y allí estaba de nuevo aquel hombre, ahora más cerca.

Esta vez, el que le seguía no se detuvo, sino que siguió caminando hacia Saulo. Iba descalzo y vestía una túnica sencilla. Por el corte de pelo, debía de tratarse de un griego.

—Saulo de Tarso —dijo el hombre.

La voz no solo le resultó familiar, sino que fue como si le tocara una fibra muy adentro, y entonces reconoció a Bernabé el chipriota, a quien se había enfrentado una vez en la sinagoga de las Islas del Mar.

Saulo se quedó callado, mirando al hombre a los ojos. Luego bajó la vista a la hendidura que Bernabé tenía en el cuello y pudo apreciar la fea cicatriz que él mismo le había hecho con la espada la noche en que interrumpiera la liturgia de los nazarenos.

—Te he reconocido por la manera de andar, Saulo —dijo Bernabé con una sonrisa—. Nadie salvo tú camina con tanta, eh... determinación.

—Bernabé... —Saulo no encontraba palabras, pero luego apoyó las manos en los hombros del chipriota y le miró a los risueños ojos—. Es curioso que seas tú la primera persona que veo a mi regreso.

—En efecto —dijo Bernabé—. Ven, sentémonos a la sombra de la columnata y charlemos. He oído hablar mucho de ti desde que te fuiste de Jerusalén.

Fueron a sentarse en los frescos escalones de piedra del pórtico de Salomón y contemplaron el extenso recinto del Templo. Al principio ninguno de los dos dijo nada: había tanto de que hablar...

De repente, Bernabé se echó a reír y Saulo le miró con curiosidad.

—Eres uno de los hombres más buscados en este mismísimo Templo y sin embargo aquí estás, sentado tan tranquilamente. ¿Quién te iba a reconocer? Yo diría que ahora

te pareces más al humilde Juan el Bautista que al temible fariseo que eras cuando te marchaste.

Saulo sonrió a su vez.

—Tal vez tengas razón —dijo.

—Te habrás enterado —dijo Bernabé, ahora serio — de que hay un nuevo sumo sacerdote. Teófilo ben Anás se está ganando rápidamente el favor del gobernador Marcelo.

—Lo entiendo —dijo Saulo —. Para estar a bien con Roma, un sumo sacerdote debe ser más romano que judío.

—Sí, sobre todo ahora, con ese loco de Cayo Calígula en el trono —dijo Bernabé—. El estandarte romano ya ondea públicamente sobre Cesarea y otras ciudades. Se avecinan momentos terribles para Jerusalén. Todo el mundo está tomando partido.

Saulo miró a Bernabé con serenidad y dijo:

—Esto me concierne personalmente, ¿no es así?

—Así es. El sanedrín te declaró traidor a poco de llegar la noticia de tu conversión en Damasco. Si alguno de los sacerdotes o de los ancianos te reconoce, serás arrestado.

—A lo que seguirá mi juicio y mi ejecución —dijo Saulo—. Conozco el procedimiento.

—No parece que tengas miedo.

—Amigo mío, quienes caminan en la Ley tienen muy presente las cosas de la carne. La nueva ley del espíritu de vida en Cristo me ha liberado de la Ley del pecado y la muerte carnal.

—Has estado fuera mucho tiempo —dijo Bernabé—. Debes venir conmigo a la casa de Pedro y conocer a tus compañeros en el Señor. Y te prevengo: muchos de ellos te temerán y no va a ser fácil que crean que eres uno de los nuestros.

—Ansío demostrarles que lo soy —dijo Saulo, riendo—. Iré a la casa de Pedro pero antes debo visitar a mi hermana y hacer las paces con su esposo.

Se levantaron y se dieron un abrazo.

—Ven pronto —dijo Bernabé—. Intentaré allanarte el camino para cuando llegues.

Mientras lo veía alejarse hacia la calle, Bernabé se dijo: «He ahí un hombre nuevo. Ya no un halcón, sino un águila con corazón de paloma».

Cuando Saulo llamó a la puerta, su hermana Sara no le reconoció al momento. Luego soltó una exclamación y le abrazó.

—Saulo, ¿qué te ha pasado? Pareces un mendigo. Me parte el corazón verte así.

—Estoy bien, hermana —dijo él, entrando en la casa—. No soy un mendigo. Siggo ejerciendo mi oficio, como siempre, y soy muy feliz con mi trabajo. Pero mis utensilios, el telar y el huso, están donde los dejé al partir. Necesitaré las herramientas para pagar mi sustento.

—¿Dónde has estado? —quiso saber Sara—. Me han llegado extraños rumores de tu estancia en Damasco. ¿Es cierto lo que cuentan? ¿Has abandonado tu tarea y te has enemistado con tus amigos de aquí?

—No he hecho más que empezar mi trabajo, Sara —dijo Saulo—. Es preciso que tú, sobre todo tú, me entiendas. He venido para conocer el cumplimiento de las promesas de la Alianza. Me he convertido en maestro y predicador del nuevo testamento de nuestro Mesías, que ha venido como se nos prometió. Soy un hombre de paz, Sara, y la paz es de mi Señor.

En ese momento entró Leví. En lugar de acercarse para darle un abrazo, se lo quedó mirando como si fuera un intruso.

—Tienes valor, Saulo, volviendo a esta ciudad. No solo las autoridades del Templo, sino también los griegos, los gentiles a los que tantas penurias causaste, van a intentar matarte. Tu vida no vale ni un séquel.

—Leví —le interrumpió Sara—. Es mi hermano a quien así hablas.

—¿Hermano? —dijo Leví—. ¡Lo que eres es un traidor! —le gritó a Saulo.

Sara se abrazó a su hermano y lloró.

—Por favor, Leví —dijo.

—¿Dónde está mi sobrino Jacob? —preguntó Saulo.

—Por suerte, en este momento está en la escuela —respondió Leví—. Y estoy seguro que tú serás mejor bienvenido en la congregación de tus amigos.

—Me encontrarás en la casa de Simón Pedro —le dijo Saulo a su hermana—.

aquel a quien llaman Cefás. Ve a verme allí.

—Recuerdo cuando lo juzgaron —dijo Leví —, y los azotes que recibió por burlarse de los ancianos del sanedrín. Lo mismo les pasará a todos sus compinches tarde o temprano.

—Mi querido cuñado —dijo Saulo, sonriendo —, ¿cómo es que ahora te preocupas por la secta de los nazarenos?

—¡Porque eres uno de ellos! —gritó Leví —. ¡Y no me llames cuñado!

Dicho esto dio media vuelta y salió de la habitación.

Sara abrazó de nuevo a su hermano.

—Ten cuidado, Saulo —le dijo —. Iré a verte.

Apesadumbrado, Saulo se dirigió a la casa de Simón Pedro.

—Lamento perder a Leví —murmuró para sí —, pero no puedo arrojar margaritas a los cerdos.

El hijo mayor de Simón Pedro se llamaba Jessé, y el menor David. A los doce años Jessé mostraba ya una sabiduría impropia de su edad. Tenía los cabellos cobrizos y ensortijados como su padre, y sus mismos ojos oscuros. Era de espaldas anchas y muy robusto. David había salido a su madre, Lea, con el pelo lacio negro y los rasgos finos.

Las antorchas del Templo estaban encendidas y el reloj de agua había dado la hora duodécima. La familia juntó las manos alrededor de la mesa y recitó la oración. «Danos hoy el pan de cada día...»

Era un pan de cebada, redondo y pesado, el que comía la gente corriente. Pedro partió el primer pedazo y se lo dio a Lea. Luego, cada cual cogió un trozo y lo mojó en el guiso de lentejas. Jessé fue el primero en hablar.

—Anoche tuve un sueño muy extraño, padre —dijo.

—¿Qué soñaste? —preguntó Pedro.

Su barba empezaba a encanecer, pero sus ojos conservaban una viveza juvenil y sus manos y su cara estaban muy morenas de viajar a pleno sol.

Jessé dejó el pan a un lado y bajó la vista a su plato, pensativo.

—Soñé —dijo — que un hombre estaba orando en el Templo y todo el mundo quería matarle.

—¿Ese hombre era yo? —preguntó Pedro, sonriendo.

—No —dijo Jessé—. Era un desconocido, pero me resultaba familiar. En el sueño yo le decía que podía venir a nuestra casa.

Pedro se quedó mirando a su hijo.

—Eso estuvo bien —dijo, y continuó comiendo.

—Bueno, supongo que solo fue un sueño —repuso Jessé, quitándole importancia—. Mucha gente reza en el Templo.

—Sí —dijo su padre —, y allí han matado a muchos. Quizá no sea solo un sueño. No sería la primera vez que alguien viene a esta casa en busca de refugio.

Lea se levantó de la mesa para cerrar el regulador del brasero, y en ese momento llamaron a la puerta. Pedro hizo ademán de ponerse en pie, pero Lea dijo:

—Yo iré.

La habitación en la que cenaban hacía las veces de cocina, comedor y dormitorio. Lea cruzó el pequeño patio y después el recibidor para abrir la puerta delantera. Desde el patio se accedía por una escalera exterior al tejado, que era donde las familias solían pasar la velada después de cenar.

—Jessé —dijo Pedro mientras esperaban a que regresara la madre de los muchachos —, y David: hay que dar siempre la bienvenida a quien llama a la puerta, no lo olvidéis. Aunque entrañe peligro recibir a quienes acuden una vez echado el cerrojo, los visitantes pueden ser ángeles inadvertidos. Y más en esta casa, donde...

Pedro calló de repente al ver a Lea en el umbral, los ojos muy abiertos y la cara pálida de miedo.

—¿Qué ocurre, Lea? —dijo, levantándose al punto—. ¿Quién es?

—Creo que es Saulo de Tarso —dijo ella, temblando—. El perseguidor. Está ahí fuera.

—No os mováis de aquí, hijos —dijo Pedro, y al pasar por su lado le advirtió a Lea —: Tú quédate aquí con ellos. Voy a ver.

Una vez delante del fariseo que había llamado a la puerta de su casa, Pedro escrutó

su cara y dijo:

—Así que eres tú, Saulo. ¿Es verdad? ¿Has venido en son de paz?

—La paz de Jesús nuestro Señor sea con todos los de esta casa —dijo Saulo.

Y entonces Pedro lo supo.

—El gran perseguidor, Saulo de Tarso, ha conocido al Señor.

—Me envía Bernabé —dijo Saulo—. Vengo como hermano. ¿Puedo entrar?

—¿Has visto al Señor, como cuentan por ahí?

—Así es. Y he venido a compartir contigo mi alegría en él.

—Lea, Jessé, David —dijo Pedro, entrando en la estancia—, haced sitio para nuestro hermano Saulo. Ven, siéntate a mi derecha y cena con nosotros.

—Tienes dos hijos magníficos, Pedro —dijo Saulo. Y al ver que Lea le miraba con ojos inquisitivos, añadió—: Entiendo que hayas sentido miedo al verme, pero tranquilízate porque vengo en nombre de Jesús nuestro Señor.

Pedro señaló hacia Jessé.

—Creo que mi hijo te esperaba, Saulo. Anoche tuvo un sueño.

—El Señor ha hablado muchas veces a su pueblo mediante sueños y visiones —dijo Saulo, mirando al muchacho—. Su mano vela por esta casa.

Una vez que hubieron terminado de cenar, Pedro le dijo a Lea:

—Trae una jofaina con agua fresca para que pueda lavarle los pies a nuestro huésped.

—Me haces un gran honor, Pedro —dijo Saulo.

—No, hermano mío. Honro a mi Señor con un acto de humildad.

Lea se acercó con el agua y se arrodilló al lado de Pedro.

—Yo no soy un hombre de grandes conocimientos, Saulo —dijo Pedro—, me costaba entender gran parte de lo que el Señor decía. Aquella última noche con él y con los otros discípulos, Jesús se arrodilló y nos lavó los pies. Cuando fue mi turno, quise negarme. Entonces me dijo que si no me lavaba los pies, no podría estar con él en el reino de los cielos. Es más, me dijo que yo no entendía por qué hacía aquello, pero que lo entendería con el tiempo. —Pedro hizo una pausa. Miró a Saulo—. Me enseñó una gran lección. Todos debemos ser humildes como niños para poder entrar en su reino, y qué mejor manera de hacerlo que lavándonos los pies unos a otros.

»Pero luego he comprendido que había otra enseñanza más profunda en todo ello —continuó Pedro —, y es que el Señor es el agua de vida; bañarse en él es quedar limpio de espíritu. Quiero decir que es él quien te lava los pies, Saulo. Yo solo lo hago en su memoria.

Lea secó con sus cabellos los pies de Saulo. Luego los chicos le cepillaron delicadamente el pelo y la barba, aplicándole unas gotas de aceite de oliva para que quedara brillante. La calidez del ambiente familiar emocionó a Saulo. Qué hermosos eran los chicos, riendo y turnándose con el cepillo. Mientras tanto, Lea cantaba flojito un salmo, arrodillada a sus pies.

Pedro dio las buenas noches a su familia y Saulo y él subieron al tejado, pues había mucho de que hablar.

La noche era cálida y estrellada; las enormes antorchas en los pináculos del Templo bañaban la ciudad con una luz anaranjada. Se sentaron frente a frente y Saulo le explicó al detalle su experiencia en el camino de Damasco, intentando describir toda la gloria del Hombre de Blanco. Hizo una pausa, luego dijo:

—Pedro, tú viste al Señor en carne y hueso. Yo le vi descender gloriosamente de la diestra de Dios.

—También yo le vi en toda su gloria, Saulo. Me encontraba con él en la montaña sagrada cuando la Voz de las alturas proclamó: «Este es mi Hijo bien amado...». Y también le vi después de su resurrección.

—Su semblante glorificado... —dijo Saulo —. La pura gloria de aquel rostro me dejó ciego. Aún tengo grabada su imagen detrás de mis párpados cuando cierro los ojos.

—Pero no debemos olvidar que era muy humano —dijo Pedro —. Comía, dormía, reía. Se cansaba, tenía sed, se enfadaba, le dolían los pies. Sentía dolor igual que tú y que yo. Y había una cosa humana en concreto que debía hacer, Saulo: sangrar.

—La sangre —dijo Saulo —. Yo vi su sangre en sueños.

—La sangre de la redención, sí. El don divino que se nos concede a través de la gracia por el derramamiento de su sangre.

—Y a mí el Señor —dijo Saulo —, cual médico experto, me curó la fiebre de mi

exceso de celo cuando peor estaba.

—Ningún hombre ha hablado como lo hizo mi Señor —dijo Pedro—. Las suyas eran palabras de vida. —Se quedó pensando—. Se acerca el sabbat, Saulo, y pronto estará aquí nuestro hermano Santiago. Con él leeremos las palabras del Maestro a los fieles.

—¿Leeremos? —preguntó Saulo.

—Así es. Un día en que el Señor estaba enseñando y sanando en mi casa de Cafarnaúm, vino un escriba y le dijo que le seguiría adondequiera que fuese. Traía una bolsa de pergamino y escribió todo cuanto el Señor iba diciendo, aunque alguna palabra se le escapó —comentó Pedro, riendo—. Los zorros tienen madriguera y los pájaros nido, dijo el Señor, pero el Hijo del hombre no tiene donde apoyar la cabeza. Después fuimos al lago y se desató una tormenta. Desde la orilla, el escriba vio cómo el Señor extendía sus brazos y calmaba las aguas.

—¿Y tienes todas esas palabras del Señor que el escriba fue anotando? —preguntó Saulo.

—Sí. Mateo Leví volvió a copiarlas, y Santiago es quien tiene ahora esa copia. La leerá el próximo sabbat.

—Muchas cosas me ha revelado el Señor —dijo Saulo—, pero me gustará oír sus palabras leídas en voz alta.

—Solía servirse de parábolas para enseñarnos, porque su mensaje era muy nuevo y muy profundo. En cierta ocasión, unos fariseos que habían venido a ponerlo a prueba le pidieron que les diese alguna señal del cielo, y él les respondió: «Cuando el cielo se pone rojo al anochecer, decís que mañana hará buen tiempo; y si el cielo está rojo por la mañana, decís que hará malo». Y entonces añadió: «¡Hipócritas! Sabéis interpretar la cara del cielo, pero no el signo de los tiempos en que vivís». Al ver que ellos se quedaban perplejos, les dijo: «No recibiréis de mí otra señal que la del profeta Jonás».

—Los tres días en la panza de la ballena —dijo Saulo.

—Sí —dijo Pedro—. El símbolo de su muerte su muerte inminente y de los tres días que estuvo sepultado antes de resucitar.

»Dondequiera que iba, era siempre muy bondadoso con los pobres. Y si alguien se

mostraba humilde en su presencia, él no hacía distinciones entre judíos, gentiles o romanos, varones o hembras, esclavos o libres.

»Una vez, una mujer de Canaán acudió a él para rogarle que sanara a su hija. Nosotros le pedimos que no la atendiera, pero él replicó: “No he sido enviado únicamente para las ovejas descarriadas de la casa de Israel”. La mujer se echó a sus pies y le veneró. Él la puso a prueba diciendo: “No está bien quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros”.

—¿Qué quiso decir con eso? —preguntó Saulo.

—Que él era el pan, y nosotros los hijos. Entonces la mujer le rogó: «Señor, deja que los perros se coman las migas que caen de la mesa del amo». Y el Señor dijo: «Tu fe es grande, mujer». Y la hija quedó sanada... solo unas migas del pan de vida de la mesa del Maestro.

Se quedaron un rato en silencio, luego Saulo dijo:

—Tuve el privilegio de presenciar tu visión en aquel tejado de Jaffa, Pedro.

Pedro puso cara de asombro.

—¿Viste el lienzo y todos aquellos animales?

—Sí. El Señor ha querido dejar bien claro que la puerta de su reino está abierta para todos, sean judíos o gentiles. Pero hay ciertos problemas que debemos abordar. No se trata de ofender a nuestro pueblo, pero por otra parte no podemos dejar que los nuevos conversos crean que quedarán atados a las tradiciones de la Ley.

—Jesús era de la casa de Israel, como tú y yo, Saulo. Él no vino para abolir la Ley sino para cumplir la promesa de la Ley y de los profetas. Es más, nos dijo que debíamos regirnos por los mandamientos pues su cumplimiento lleva implícito el amor a Dios, y que cumplirlos es asemejarse a él, ya que el Señor era la perfección de la Ley en su obediencia.

Saulo no dijo nada durante un momento. Cerró los ojos, y allí estaba otra vez la imagen del Hombre de Blanco.

—Yo conozco el camino de la salvación, Pedro —dijo—. Todo me ha sido revelado, y no por un hombre (que nadie se jacte de ello), sino por el propio Señor a través de ángeles, a través de la divina visita del Espíritu Santo, y por medio de su

VOZ.

Pedro se lo quedó mirando unos segundos y luego sonrió.

—Entonces a ambos nos ha enseñado el Señor en persona.

—Así es —dijo Saulo—. Hemos sido bendecidos entre todos los hombres.

—Éramos doce —dijo Pedro— los que él eligió pública y personalmente para que le ayudaran en su ministerio, pero envió a otros muchos y también llamó a muchos como en tu caso. Y te diré una cosa, Saulo: ningún hombre debería jactarse de ello, aunque haya recibido la revelación de manos del mismísimo Señor.

Saulo meditó sobre lo que Pedro le decía.

—Supongo —sonrió— que mi afirmación anterior ha sido bastante presuntuosa, dando a entender que mi llamado era más elevado...

—Todos nuestros llamados son elevados, Saulo —dijo Pedro.

—¿Los demás apóstoles vendrán aquí el sabbat?

—No, solo Santiago, y puede que Bernabé. Aquí acuden muchos que en otro tiempo celebraban el culto en la sinagoga de los Libertinos o en la de las Islas del Mar. — Pedro sonrió—. Bueno, Saulo, creo que ya hemos hablado suficiente por hoy. Oremos, y luego deberíamos retirarnos.

La familia de Pedro se puso en marcha muy temprano. Primero se despertaron los chicos, que no paraban de reír y de hablar. Cuando salían para ir a la escuela, Lea los acompañó hasta la puerta cepillo en mano, tratando de domar las rebeldes guedejas de Jessé.

—Ha llegado el tío Santiago, padre —dijo el muchacho en voz alta antes de cerrar.

Saulo acababa de decir sus oraciones matutinas y se vistió para recibir al recién llegado. Al entrar Santiago en la casa, Pedro se dispuso a presentarlos, pero entonces vio cómo se miraban el uno al otro.

—Santiago —dijo Saulo—, he visto al Señor en toda su gloria y me ha llamado para que sea su testigo ante los gentiles.

Santiago buscó la mirada de Pedro, y este le sonrió.

—Bien —dijo al fin—, si Cefás te ha acogido como a uno de los nuestros, será que lo eres.

—No olvido mi reputación, Santiago, y estoy dispuesto a correr el riesgo. Si se me

permite tomar la palabra ante la congregación, los convenceré de que he visto al Señor.

—Muy bien —dijo Santiago—. Pero dudo mucho que puedas convencerlos a todos. —Se volvió hacia Pedro—. Debo guardar estos rollos en el arca. Está nublado y hace mucho viento. Creo que el patio interior no será el mejor sitio para reunirse.

—Usaremos la habitación de arriba —dijo Pedro.

De repente oyeron alboroto fuera, y Pedro salió a mirar. Frente a la puerta había un burro y una carreta, y en la carreta una mujer, su hijo pequeño y algunos enseres.

—¿Qué te trae aquí? —le preguntó Pedro.

—Soy Sara, la hermana de Saulo de Tarso. Y este es mi hijo Jacob.

Al ver a su hermano, que salía en ese momento, Sara saltó de la carreta para abrazarle.

—Saulo —dijo llorando—, he tenido que venir. Creo que me necesitas como yo te necesito a ti, pues ahora no tengo a nadie más que a Jacob.

—¿Dónde está tu marido?

Ella dudó un momento. Miró avergonzada a Pedro y luego otra vez a su hermano.

—Ha ido a hablar con los sacerdotes y escribas del Templo para obtener un acta de repudio.

—¿Repudio! —exclamó Saulo—. ¿Y eso por qué?

—Cuando le expliqué que venía a verte, Leví montó en cólera. Me dijo que si me relacionaba con esta secta de proscritos yo también mancillaría la Alianza. Pero tú eres mi hermano, Saulo. Yo no pretendía abandonar ni mi casa ni a mi esposo.

—Quizá cuando se le pase el enfado cambiará de opinión, Sara —dijo Saulo, tratando de consolarla.

Pedro la miró con dulzura y posó una mano en su hombro.

—Las mujeres de mi casa están preparando comida para el sabbat. Tendremos muchas bocas que alimentar. Si quieres, puedes ir con ellas y quedarte para el culto de esta noche. —Miró a Jacob y añadió—: Tu hijo puede buscar un hueco donde duermen mis chicos. Bienvenidos a mi casa y a la congregación.

—Gracias —dijo Sara—. He alquilado un burro y una carreta para traerte tus

instrumentos, Saulo. Tengo aquí el telar, la lanzadera, el huso, agujas y pinzas. Ah, y el algodón y el lino que te dejaste en casa de Baana ben David. —Dudó un momento, miró a su hermano —. Baana preguntó por ti.

—Iré a verle en cuanto pueda —dijo Saulo.

Empezó a entrar sus enseres y los fue dejando en un rincón del patio. Después se puso a tejer una cortina para el patio interior. Sus dedos volaban, y la pieza de tela iba haciéndose cada vez más larga. Jacob le echó una mano mientras Sara ayudaba a las otras mujeres.

Por la tarde, Sara fue a hablar con su hermano.

—Saulo —dijo —, independientemente de lo que haga Leví, mi casa sigue siendo mi casa. Deberías volver conmigo, porque aquí es peligroso que te quedes.

—¿Por qué lo dices?

—A través de mi esposo las autoridades del Templo sabrán que estás aquí —dijo Sara —. Y entonces vendrán a prenderte.

—No temo a los hombres —repuso él —. Y debo estar en comunión con los otros apóstoles.

—Me preocupa tu seguridad.

—Querida hermana, tú siempre te has preocupado por mí. Pero estoy viviendo uno de los momentos más dichosos de mi vida.

—Cosa que yo no puedo decir —se lamentó Sara —. ¿Qué crees que debo hacer, Saulo? Leví habla en serio, y es abogado. Conseguirá lo que se propone.

—No hagas nada para luchar contra él —dijo Saulo —. Tú no has roto ninguna familia por el hecho de venir a verme, pero si ocurre, que así sea. Jesús nuestro Señor dijo que su venida no traería paz sino espada y disensión dentro de las familias, y que el que lo recibe a él recibe a aquel que lo envió.

—Saulo —dijo Sara —, hay muchas cosas que no entiendo. Lo único que sé es que me gusta lo que veo en ti: bondad, gentileza, amor, incluso tu obstinada actitud de firme alegría ante los desvaríos de mi esposo.

—Aprenderás del Señor, Sara, y con el tiempo hallarás paz en él.

La gente empezó a llegar antes del ocaso: judíos, griegos, cilicios, galileos, samaritanos; hombres, mujeres y niños.

Saulo continuó trabajando de espaldas al patio hasta poco antes de que se pusiera el sol. Como el viento había cesado y la noche empezaba a refrescar, la gente se congregó en el patio descubierto.

—*Shalom*, Saulo —dijo Bernabé, que apareció de repente a su lado—. Este lienzo que has tejido quedará muy bien como telón de fondo para el altar.

—Eso espero —dijo Saulo.

—Ya está todo el mundo reunido. A Pedro y a Santiago les gustaría tenerte con nosotros en el altar.

Saulo miró en derredor y no reconoció a ninguna de las personas allí congregadas, salvo a su hermana y su sobrino, que estaban hacia el fondo en compañía de Lea, Jessé y David.

Pedro, Santiago y Bernabé estaban sentados en butacas altas junto al altar. En el momento en que tomaba asiento, Saulo miró a Sara y sonrió. Pero luego, al reconocer a los dos hombres recostados contra la pared detrás de ella, su sonrisa se desvaneció: eran los hebronitas, Cononia y Semei.

Ellos no parecieron reconocer a Saulo, pues estaban mirando al resto de la gente y en ningún momento fijaron la vista en él. Semei se apoyaba en su pierna buena y tenía la otra medio doblada. El ojo bueno de Cononia estaba muy abierto y se movía rápidamente de una cara a otra entre los congregados.

Simón Pedro se levantó para dirigir la palabra a los presentes y todo el mundo se dispuso a prestar atención.

—Bienvenidos en el nombre de Jesús nuestro Señor —dijo—. Arrodillémonos y juntemos las manos para rezar como él nos enseñó. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

Sara y Jacob se pusieron de rodillas como los demás, pero no recitaron la oración. Al notar un movimiento a su espalda, Sara volvió lentamente la cabeza y vio que los dos hombres apoyados en la pared intercambiaban susurros mirando hacia donde se encontraba Saulo. Terminada la oración, Pedro tomó de nuevo la palabra. Sara volvió a mirar a los dos hombres que tenía detrás y advirtió que seguían observando a su hermano.

—Nuestra congregación no deja de aumentar —dijo Pedro—. Hoy debemos de ser varios centenares. Quisiera dar la bienvenida a los que vienen de fuera de la ciudad. Levantaos, por favor, para que podamos veros.

Casi la mitad de los presentes se levantó. Terminados los saludos, Pedro volvió a sentarse y Bernabé se adelantó.

—Soy Bernabé de Chipre —dijo, cogiendo el rollo del profeta Isaías—. De este modo habló el profeta refiriéndose a nuestro Señor. —Empezó a leer—: «Al otro lado del Jordán, en la Galilea de los gentiles, el pueblo que andaba en tinieblas ha visto una gran luz. Los que habitaban en tierra de sombra de muerte, la luz ha resplandecido sobre ellos...».

Cononia y Semei aprovecharon la lectura para avanzar entre los fieles hasta situarse hacia la mitad del camino del altar. Desde allí volvieron a mirar a Saulo, el cual no se había movido y seguía atento a Bernabé.

—«Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado. Y sobre sus hombros recaerá la soberanía y se le conocerá con los nombres de Admirable Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno y Príncipe de la Paz.»

Bernabé enrolló el pergamino, lo dejó en su sitio y entonces dijo:

—Esta escritura se cumple ahora...

Calló de repente al reconocer a los dos hebronitas, que tenían la vista clavada en Saulo. Bernabé miró al de Tarso, y este se limitó a sonreír y a invitarle con un gesto de cabeza a que continuara.

—Un ángel se apareció al carpintero José de Nazaret y le dijo: «Hijo de David, no temas tomar a María como esposa, pues el hijo que lleva dentro fue concebido por el Espíritu Santo. Parirá un varón, al que pondrás por nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de sus pecados».

»La profecía de Miqueas quedaba así cumplida —continuó Bernabé, mientras abría otro rollo para leer un pasaje—: “Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre los millares de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser gobernante en Israel, y sus orígenes son desde tiempos antiguos, desde los días de la eternidad”.

Bernabé tomó asiento y le dijo a Saulo en voz baja:

—Veo que han venido dos viejos amigos tuyos.

—Sí —dijo Saulo con una sonrisa—. El que tenga oídos, que oiga —citó—. Puede que hoy reciban la Palabra de Dios.

Santiago se dirigió a los fieles con estas palabras:

—Yo soy Santiago, hermano en el Señor. Del Deuteronomio quisiera leer esto: «El Señor tu Dios levantará de en medio de ti, entre tus hermanos, un profeta como yo. A él sí lo escucharás». Y el Señor dijo —continuó Santiago—: «Un profeta como tú levantaré de entre sus hermanos, igual que yo, y pondré mis palabras en su boca y él les hablará todo lo que yo le ordene».

Dejó a un lado el rollo de la Ley y, abriendo un tubo largo de cuero, sacó otro en el que estaban copiadas las palabras de Jesús. Lo enrolló y desenrolló hasta dar con los fragmentos pertinentes al mensaje que deseaba transmitir.

—El profeta Isaías dijo muchas cosas sobre la venida de nuestro Señor. Yo estaba presente aquel sabbat, en la sinagoga de Nazaret, cuando se levantó para leer. Este es el pasaje que leyó: «El espíritu del Señor está sobre mí porque él me ha ungido para que predique el evangelio a los pobres; él me ha enviado para curar a los desconsolados, para predicar la liberación a los cautivos y la recuperación de la vista a los ciegos, para poner en libertad a los que están heridos y para proclamar el año favorable del Señor».

»Y entonces, amigos amados —continuó Santiago—, el Señor anunció a la sinagoga que él era el cumplimiento de estas Escrituras.

Dicho esto, Santiago volvió a guardar el rollo y Pedro tomó de nuevo la palabra.

—Demos la bienvenida a un hermano nuestro que ha venido en paz —dijo—. ¡Un hombre a quien el Señor ha revelado su gloria!

Hizo una pausa. Todo el mundo estaba mirando a Saulo, y se oyeron algunos murmullos.

—¡Saulo de Tarso! —gritó Cononia, señalándole con el dedo.

Sara se levantó al momento, pero otro tanto hizo la mitad de los presentes, algunos de ellos aterrorizados. Muchas madres hicieron salir apresuradamente a sus hijos. Un hombre exclamó: «¡Mi esposa murió por su culpa!», y otro: «¡Mató a mi hijo con sus

propias manos!»). Muchas mujeres corrieron entre gritos hacia la puerta que daba a la calle.

—¡Por favor! —dijo Pedro, tratando de hacerse oír por encima de las voces que clamaban contra Saulo, el cual permanecía sentado —. Dejadle que hable.

—Ya han hablado sus actos por él —dijo un hombre mientras urgía a su familia a salir a toda prisa.

Unos pocos, en su mayoría hombres, no se habían movido. A estos Pedro les dijo:

—Que Dios nos perdone en el día de hoy por juzgar a nuestro prójimo. Ahora quisiera que vosotros, fieles, oigáis de boca del propio Saulo de Tarso lo que él ha conocido del Señor.

—Escucharé —dijo Sara, levantándose y tomando a Jacob de la mano —, aunque yo ya creo. El cambio en su semblante es prueba suficiente para mí.

—Soy judío —empezó diciendo Saulo —, natural de Tarso, una ciudad de la Cilicia, pero me crie aquí en esta ciudad a los pies de Gamaliel. Fui instruido en la perfección de la Ley de nuestros padres y puse un gran celo en Dios, lo mismo que vosotros.

»Os perseguí, incluso hasta la muerte.

Se oyó un murmullo de asentimiento entre los presentes, pero Saulo continuó, hablando de su misión de ir a otras ciudades y apresar a los seguidores del nazareno y de cómo quedó cegado en el camino de Damasco. Relató su conversación con el Cristo glorificado y la orden que recibió de llevar el evangelio a los gentiles. Fue una alocución dura y convincente, y uno a uno todo el mundo fue a abrazarlo.

Sara se quedó de rodillas frente al altar, concluida la liturgia. Se acercaron todos para darle su apoyo: Pedro, Santiago, Saulo, Bernabé y Lea, que se arrodilló a su lado.

—Recibe, oh, Señor, a tu servicio —dijo Pedro —, a Sara, hermana de Saulo de Tarso.

Los muchachos, Jessé y David, se encargaron de llevar el vino y las tortas de pan ácimo. Pedro partió un pedazo de pan y, dándoselo a Sara, dijo:

—En recordatorio del maestro. Este es el cuerpo que él sacrificó por nosotros. — Luego le dio el vino, diciendo —: Esta es la sangre del nuevo testamento, que ha sido

derramada para la remisión de los pecados.

Después, Sara se puso en pie y todos la abrazaron, Saulo el último.

—Ve ahora en su amor —dijo Saulo — e intenta poner remedio a ese hogar roto. Nos veremos dentro de un par de días.

—Temo por ti, Saulo —dijo ella.

—No te apures. Su mano me guía.

Desde la puerta entornada, Cononia había observado cómo le daban el pan y el vino a Sara, tras lo cual los hebronitas corrieron a casa del sumo sacerdote. Tuvieron que golpear varias veces la aldaba hasta que, por fin, un guardián del Templo bajó muy enfadado por el camino flaqueado de flores que comunicaba el palacete con la verja de entrada.

—¿Qué queréis? ¡Es sabbat!

—Tenemos que hablar con el sumo sacerdote —respondió Cononia —. Es muy urgente.

—¿Urgente? Nada es urgente —dijo el guardián —. Teófilo está cenando con su familia. Marchaos.

—Pero es que el perseguidor renegado ha vuelto a Jerusalén —dijo Semei —. Saulo de Tarso.

—Id al Templo mañana —les dijo el guardián —. Ya habéis quebrantado la Ley entrando aquí.

Y los dejó con la palabra en la boca.

—¿Qué hacemos? —preguntó Semei a su compañero.

—Esta noche vigilarémos la casa de ese pescador —dijo Cononia —. Y mañana iremos al Templo.

En casa de Pedro, los cuatro hombres subieron al tejado para hablar.

—Teófilo no va a ser un hueso fácil de roer, Saulo —dijo Pedro —. No aceptarán tu testimonio y te encarcelarán.

—Bueno, Pedro, pero existe la ley romana —dijo Saulo —, y yo soy ciudadano romano.

—Hay todo tipo de artimañas —le previno Pedro —. Te cogerán cuando menos lo

esperes.

—Creo que deberíamos convocar otra vez a nuestra congregación —dijo Bernabé—. Cuando oigan tu testimonio, aquí al menos serás aceptado.

—Quizá debería marcharme de Jerusalén —dijo Saulo—. Parece que he alterado la paz que había.

—El problema con el Templo —dijo Santiago— es que nosotros hemos formado un grupo propio y hemos permitido que los gentiles, mujeres incluidas, tuvieran la libertad de entrar a formar parte de él. Lo que hacemos es algo que nos ha ordenado el Señor en persona: todo el que crea en él es libre de venir.

—Debemos ser firmes —dijo Saulo—. No podemos aceptar libremente en su reino a los gentiles si primero los sometemos a nuestras leyes y tradiciones.

—¿Acaso no tenemos ventaja, por el hecho de ser judíos? —preguntó Santiago.

—¿Eso no se lo preguntamos ya al Señor? —dijo Pedro.

—Sí —dijo Santiago—. Le preguntamos quién tendría mayor importancia en el reino de los cielos.

—¿Y qué dijo él? —preguntó Saulo.

—Que a menos que seamos humildes como niños —respondió Santiago—, no podremos entrar.

—Y también dijo —añadió Pedro—: «Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros». Es decir, nadie es más importante que nadie: todos somos iguales en él.

—Escuchad, hermanos míos —dijo Santiago—. Dios ha elegido a los pobres del mundo que son ricos en fe y están llenos de amor por él como herederos de su reino.

—Nuestra única ventaja —dijo Saulo— es que los oráculos de Dios se nos comunicaron a nosotros. Pero bajo la Ley es imposible la justificación, mientras que ahora la rectitud de Dios se manifiesta a través de la fe en él, que encarna el cumplimiento y la perfección de la Ley. Todos aquellos que creen reciben mediante la fe la rectitud de Dios.

Siguieron hablando hasta bien entrada la noche, y lo mismo la noche siguiente. El tema de la circuncisión fue también motivo de debate.

—Dios justificará por la fe a los circuncidados, y por la fe a los no circuncidados

—dijo Saulo—. La Ley halla su confirmación por la fe.

—¿Y qué hay de los ya circuncidados que acuden al Señor? —preguntó Santiago—. ¿Crees que eso no significa nada?

—Ni la circuncisión ni la no circuncisión son lo más importante. Antes bien es la fe, que obra por medio del amor.

—Hermanos míos —dijo Pedro—, él no pone más requisito que acudir a él tal como somos. No confundamos el evangelio de Cristo. Es un don que Dios nos concede. A los oprimidos les dijo: «Venid a mí y yo os daré reposo». Él carga con nuestras penas y nos libra del yugo de las ataduras.

—Nos libró del yugo de las ataduras con respecto a la Ley —dijo Saulo—. Pero los hechos de la Ley no justifican a ningún hombre. Los hechos de la Ley nos brindan el conocimiento del pecado.

—Y él cargó con nuestros pecados —dijo Bernabé—. Es así como nos libró del yugo.

—Ya David en sus tiempos hablaba de los bienaventurados a quienes Dios atribuye la rectitud sin necesidad de obras —dijo Pedro.

—La fe sin obras es fe muerta —dijo Santiago, elevando el tono de voz.

—Abraham tuvo fe, y eso le valió la rectitud —dijo Saulo.

—¡Claro! —dijo Santiago, señalando directamente a Saulo—. ¡Pero su fe se manifestó a través de obras! Él ofreció a su propio hijo en sacrificio. ¿Qué mayor obra podría hacer un hombre? —Hizo una pausa, inspiró hondo y agregó—: Fue por sus obras por lo que la fe de Abraham se hizo perfecta.

—Sí —concedió Saulo—, pero para ganarnos a determinados conversos debemos pedirles que vengan como simple acto de fe, y enseñarles luego los deberes que entraña seguir al Maestro. Las obras vendrán después.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Santiago—. Si un hermano o hermana nuestro tiene frío y hambre y tú le dices «Sigue tu camino, sáciate y caliéntate» pero no se le pasa el frío ni el hambre, ¿qué habrás conseguido?

—En el camino de Damasco, cuando él se me reveló —dijo Saulo—, supe que a partir de aquel momento me había reconciliado con Dios por medio de la fe.

—Bien, tú dices que tienes fe —insistió Santiago —, y yo digo que tengo obras. — Miró a Saulo con aire retador —. Muéstrame tu fe sin obras y yo te mostraré mi fe mediante mis obras.

—Está bien, hermano —dijo Saulo —. Entiendo y acepto tu punto de vista. El mío es que los conversos deben saber que al acudir al Señor quedan justificados por la fe en él, y que es por la fe en él como se alcanza la rectitud de la Ley.

Pedro intervino en la discusión.

—Nuestra congregación está en la ciudad santa, la capital de Israel. Tendremos que honrar ciertas tradiciones, ciertos rituales, si no queremos que nos echen a todos de aquí.

—¿Qué tradiciones? —preguntó Saulo.

—Los festivos de carácter nacional según la tradición —respondió Pedro.

—Bien —dijo Saulo.

—Y en lo que respecta a la circuncisión... —prosiguió Pedro.

—La circuncisión es cosa de los judíos que se atienen a la Ley —le interrumpió Saulo.

—Pero los gentiles que acudan al Señor por la fe —intervino Bernabé — no tienen por qué ser circuncidados.

—Habrá muchos problemas —dijo Pedro —. Las autoridades del Templo están pendientes de la menor fechoría que podamos cometer contra la Ley.

—¿Acaso Dios es solo el Dios de los judíos? —preguntó Saulo —. ¿No es también el Dios de los gentiles? Sí. Él es el Dios de todos y justificará por la fe a los circuncidados y por la fe a los no circuncidados.

—Pero la circuncisión, Saulo, es el sello de la fe para los judíos —dijo Santiago.

—La promesa que Dios le hizo a Abraham de que heredaría la tierra no fue hecha a Abraham y su semilla a través de la Ley, sino a través de la rectitud por la fe —dijo Saulo —. Por consiguiente, la justificación mediante la fe nos da la paz con Dios a través de Jesús nuestro Señor.

—Lo que debe preocuparnos, hermanos míos —dijo Pedro —, es cómo acceder a su gloria y hacernos partícipes de la naturaleza divina y cómo guiar así a otros. Por la

fe se accede a la virtud, por la virtud al conocimiento, por el conocimiento a la templanza, por la templanza a la paciencia, por la paciencia a la devoción. Y de la devoción surgen la bondad y el amor fraternales. Debemos esforzarnos, pues, con toda diligencia en llevar a los otros a su reino sin yugo y sin precio que pagar por ello.

—El asunto de la circuncisión no ha quedado solventado —observó Santiago, y se miraron los unos a los otros.

—Debemos rezar para obtener sabiduría —dijo Saulo.

—Las respuestas están en las Sagradas Escrituras —dijo Santiago.

—Entonces recemos para que nuestra interpretación de las mismas sea la correcta —propuso Saulo—. Para mí la circuncisión no es nada, como tampoco lo es la no circuncisión. Que los circuncidados lo sigan siendo, y otro tanto los no circuncidados. Yo no voy a imponer ninguna carga al gentil que acuda a Dios a través de Jesús.

—Solo por eso podrías perder conversos —dijo Santiago.

—Si a alguien le ofendiera que yo comiese carne —repuso Saulo—, nunca más volvería a comer carne. En Jesucristo todas las cosas me parecen lícitas si es por ganar adeptos a su causa.

—¿Y qué me dices de la carne de cerdo? —preguntó Santiago con cierta irritación—. ¿Eso te parece lícito?

—Santiago —dijo Saulo—, no todo es conveniente, por muy lícito que sea. Y ciertas cosas, aun siendo lícitas, no le edifican y podrían incluso ser un gran obstáculo. Pues claro que no, yo no comería carne de cerdo.

—Dios me mostró en Jaffa que todos los hombres son iguales —intervino Pedro—. Él acepta a todo aquel que se acoja a su rectitud.

—Como Saulo acaba de decir —terció Bernabé—, no deberíamos imponer ninguna carga al gentil que acuda a Dios a través de Jesús.

Se produjo un silencio. Cada uno de ellos sabía en el fondo de su corazón que el tema no había quedado solventado a entera satisfacción de todos.

—Debemos rezar para obtener sabiduría —insistió Pedro—. Hemos de buscar siempre la guía del Señor. Él llamó «hipócritas» a los escribas y a los fariseos. En el propio Templo les recriminó por someter a los hombres a cargas pesadas e imposibles de llevar.

Se quedaron un rato callados, meditando las palabras del Señor y su significado.

—Debemos reunir de nuevo a nuestra congregación —dijo Pedro al fin.

—Es verdad —convino Santiago—. Los fieles deben saber también que la reconciliación con Dios no significa necesariamente que eso conlleve la reconciliación con el prójimo.

Esto lo dijo mirando directamente a Saulo.

—Sí —repuso este—, lo sé muy bien por experiencia propia... y también en el caso de mi cuñado Leví. —Hizo una pausa—. Por otra parte, para ser seguidor de Jesús hay que llevar una cruz. Seremos odiados en todas partes y querrán matarnos por afirmar que él es el Señor.

—El Maestro dijo una vez: «Conocerás la verdad, y la verdad te hará libre» —citó Pedro.

—Debemos librarnos de toda preocupación en cuanto a lo que el mundo pueda hacernos, pues no nos hemos inventado astutas fábulas respecto al poder y la gloria de nuestro Señor. Nosotros hemos sido testigos presenciales de su majestad.

Sara volvió al día siguiente a la casa de Pedro y le dio un pergamino a su hermano.

—Estaba clavado en la puerta cuando regresé a casa anoche.

Tenía lágrimas en los ojos. Saulo cogió el papel y rodeó a su hermana con los brazos, sabiendo de qué se trataba.

Se sentaron en un banco que había en el patio interior.

—¿Qué motivo aduce él para repudiarte? —preguntó Saulo.

—Abandono de la devoción a él y a las tradiciones de nuestra fe —respondió Sara—. Me dijo que yo había rechazado la verdadera religión de nuestros padres, y que para él me había convertido en una pagana —añadió, conteniendo más lágrimas.

Saulo la miró serenamente.

—Bueno, acabas de conocer a un nuevo Maestro. El amor es el camino para entrar en su reino, pero el Señor dijo que para construir su reino él viene como espada, y que los enemigos de un hombre serán los de su propia familia.

Sara le miró.

—Es más temible aún que el Dios de Abraham que arrasó Sodoma y Gomorra — dijo —. No lo comprendo, Saulo. Bernabé le llamó Príncipe de la Paz. ¿Por qué me sobreviene este terrible dolor justo cuando yo le acepto?

—Tu fe es puesta a prueba, Sara, y eso requiere paciencia. Y con tu fe y con paciencia, ganarás sabiduría —dijo Saulo, posando las manos en los hombros de su hermana —. Aguanta, Sara, aguanta, y en el Príncipe de la Paz hallarás consuelo.

Ella le miró de hito en hito.

—Tus palabras son hermosas, Saulo —dijo. Y luego, tras una pausa —: Dame un poco de tiempo. Tú no sabes lo duro que es para una mujer que la repudien; casi siempre es por adulterio. —Se echó a temblar —. Y no puedo mirar a mis amigas. Jacob no ha abierto la boca en toda la mañana. Sabe que ha ocurrido algo demasiado horrible para comentarlo. Y por otro lado se alegró mucho de mi júbilo aquí, en la ceremonia del sabbat.

Saulo reflexionó unos momentos y luego preguntó:

—¿Has pensado en volver a Tarso? Antes solías decir que te gustaría...

—Viví diez años allí, Saulo. Los recuerdos se van difuminando. Apenas me llegan noticias de la gente que conocíamos. Claro que aquí ya no tengo a nadie más que a ti y Jacob, y tú no te quedarás.

—Puede que sí —dijo Saulo —. Debo hacer que la gente crea.

—Conseguirás que te maten —dijo Sara —. El sumo sacerdote, Teófilo, hace cualquier cosa por agradar a Marcelo. Y tú eres una amenaza para la paz.

—Tengo que predicar un evangelio de amor, Sara.

—Sí, pero tú mismo has dicho que enfrenta al marido y a la mujer, y sabes también que enfrenta a judíos contra judíos, y eso es algo que Marcelo no va a tolerar. Las cosas eran diferentes cuando estaba Jonatán ben Anás; él prácticamente hacía caso omiso de que los romanos gobernarán. Ese Calígula es un loco, y además nos odia. Teófilo no permitirá que hombres como tú hablen en público en el pórtico de Salomón mientras los soldados de Marcelo miran desde lo alto.

Permanecieron un rato en silencio.

—Debes confiar en el Señor —dijo Saulo al fin. Y añadió —: Pronto tendré que volver al Templo.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Para rezar, Sara.

—Ahora he de volver con Jacob —dijo ella, y se levantó —. Saulo, quiero pedirte algo.

—¿De qué se trata? —preguntó él con una sonrisa.

—Quiero ser bautizada en su nombre. No sé, siento esa necesidad. He dado un paso: tengo que ir hasta el final con él.

Por tercer día consecutivo, Cononia y Semei llamaron a la antecámara del sumo sacerdote en el Templo.

—Ahora no podéis ver al padre Teófilo —dijo el guardián que les abrió la puerta.

Cononia se apresuró a informarle:

—Ese perseguidor renegado, Saulo de Tarso, está aquí en Jerusalén y se reúne con los nazarenos.

—El sumo sacerdote no quiere que vuelvan a molestarle con el asunto de los nazarenos.

Cononia metió un pie en el resquicio de la puerta.

—El sumo sacerdote —dijo entre dientes — quiere a Saulo de Tarso, y nosotros sabemos dónde está.

—¿Dónde? —preguntó el guardián.

—Tenemos que hablar con el padre Teófilo —insistió Cononia.

—Un momento —dijo el guardián, cerrando la puerta.

Teófilo no levantó la vista de lo que estaba haciendo cuando entraron los dos hombres, y dejó pasar unos instantes hasta que finalmente les dirigió la palabra.

—¿Qué es eso que me cuentan de Saulo de Tarso? —preguntó.

—Está aquí, en Jerusalén —dijo Semei.

—En casa del galileo Simón Pedro —añadió Cononia.

—¿Desde cuándo? —preguntó el sumo sacerdote.

—Desde hace unos días. Profanaron el sabbat con sus rituales en honor de ese nazareno —dijo Cononia.

—¿De qué manera?

Los hebronitas se miraron, cada uno esperando que fuera el otro quien respondiese.

—¡Beben la sangre del nazareno! —dijo finalmente Cononia.

Teófilo no se inmutó.

—¡La Ley lo prohíbe! —añadió Semei. Y luego —: También comen su carne. Se van pasando trocitos y todos dan un mordisco.

—Estoy harto de estas historias sobre las cosas espantosas que hacen los nazarenos en su culto —dijo el sumo sacerdote—. De ser ciertas, ese a quien llaman «nuestro Señor» debería haber sido tan alto como el monte Hermón y haber tenido unas venas tan grandes como el Jordán.

—Lo hemos visto, maestro Teófilo —dijo Semei.

—¡Largo de aquí los dos! —gritó el sumo sacerdote.

Nada más salir los hebronitas, Teófilo hizo entrar al guardián.

—Saulo de Tarso está en casa de Pedro, el predicador galileo —le dijo—. Ve a la fortaleza Antonia, consigue una cohorte de soldados y arréstalo. Haz que lo encarcelen en la fortaleza.

Estaban cerca del lugar donde Juan el Bautista había bautizado a Jesús. En aquel punto el Jordán era ancho y poco profundo. Gracias al curso del río, un exuberante cinturón verde atravesaba el árido territorio.

El oasis de Jericó quedaba a la vista, pero Saulo se puso de espaldas a la ciudad; los recuerdos que tenía de aquella joven, Jemima, le parecían de otra vida. No obstante, se preguntó si habría llegado a casarse. «¿Tiene hijos? ¿Es feliz?» Bajó la vista y los recuerdos le causaron dolor, no solo recuerdos de ella y de los momentos compartidos, sino de su propia soledad desde el instante en que decidió rechazarla hasta el día en que toda su vida cambió de repente en el camino de Damasco.

La voz de Bernabé lo sacó de su ensimismamiento.

—Puesto que has profesado tu fe en Jesús nuestro Señor, yo te bautizo, hermana Sara, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

El agua del Jordán la cubrió un momento y Sara emergió llorando lágrimas de alegría. Lea y Bernabé la condujeron hasta la orilla; Lea le cubrió los hombros con una manta, pues tiritaba de frío. Habían ido los cuatro a aquel sitio por petición expresa de Sara. Mientras se secaba los cabellos, dijo:

—Quisiera ser más como Jesús y más como aquellos que le conocen.

—Bienvenida a su reino —dijo Saulo, abrazando a su hermana.

—¿Cómo podría hallar paz en mi situación familiar, Saulo? —preguntó ella, tiritando con las prendas mojadas.

—Debes intentar reconciliarte con Leví, amarle más. Inténtalo, Sara, y reza.

—Vamos a que te cambies de ropa —dijo Lea, y se llevó a Sara aparte.

Saulo se volvió de espaldas a ellas.

—Gracias, Dios, por traerla a tu servicio —dijo. Al verse de cara a Jericó, fue como si una guerra estallara en su interior —. Jemima. —Pronunció lentamente su nombre —. Jemima.

Cerró los ojos para no ver la ciudad.

Cuando volvían a la casa de Pedro, Saulo se detuvo al doblar la columnata meridional del Templo.

—Adelantaos vosotros —dijo —. Debo entrar una vez más en el Templo y rezar.

—Ten mucho cuidado —dijo Sara, y le vio alejarse escaleras arriba con aquel paso decidido tan característico, su capa ondeando tras él.

—Vamos, Sara —dijo Lea —. Los niños deben de tener hambre.

Bernabé se quedó mirando hasta que Saulo se perdió de vista entre las columnas, camino del patio de Israel, y luego dio media vuelta y siguió a las dos mujeres hacia la casa de Pedro. Pero cuando estaban llegando, se detuvieron. Algo malo pasaba. En la calle, frente a la puerta, había soldados romanos. Uno de los guardianes del Templo parecía estar en plena discusión acalorada con Cononia y Semei. Los soldados cortaron el paso a Bernabé y las dos mujeres cuando se aproximaron a la

casa.

—¿Dónde está Saulo de Tarso? —exigió saber el guardián.

Bernabé no respondió, y recibió un golpe que lo hizo caer de rodillas. Las mujeres, aterrorizadas, consiguieron entrar en la casa y fueron a ver a los niños, que estaban también muy asustados.

—¿Estáis bien? —preguntó Lea.

—Sí —dijo Jessé—. Quieren a Saulo.

Sara cogió a Jacob en brazos.

—Se marcharán enseguida, hijo. No nos harán daño.

Los soldados empujaron a Bernabé para que caminara, y como este dudara, lo cargaron de cadenas y se lo llevaron a rastras hacia la rampa que daba acceso a la zona del Templo, pasando por la sala del Juicio hasta la sala de las Flagelaciones, donde lo ataron a un poste.

Los ancianos y los sacerdotes principales lo interrogaron sobre Saulo y sus actividades en la casa de Pedro. Bernabé no soltó prenda, y los latigazos empezaron a cebarse en su espalda. Se desmayó antes de llegar al trigésimo noveno. Los soldados le quitaron las cadenas y se lo llevaron por el patio de Israel, empujándolo rudamente escaleras abajo, y allí quedó, sangrando y descalabrado, en el llamado patio de las Mujeres.

Saulo, entretanto, estaba arrodillado en el patio de Israel, rezando.

—Guíame, oh, Señor, te lo ruego —dijo—. Como David antaño, estoy rodeado de enemigos por todas partes.

»Me has llamado; me has hecho tuyo. Me has dado amigos en tu obra. Has puesto a mi hermana de mi lado para tu servicio. Me has bendecido trayéndome a Bernabé. Ahora te ofrezco mi cuerpo como sacrificio viviente. Me encuentro entre quienes desean matarme. ¿Debo ofrecer mi cuello al verdugo? ¿Debo ofrecer mi cuerpo a la lapidación? ¿Qué harías tú conmigo, Señor?

»Para mí, la vida consiste en predicar tu evangelio, en hablar de tu salvación. Si he de morir, moriré en ti; si he de vivir, debo vivir en ti. Para mí, vivir es ser tu ministro, tu apóstol.

»No busco complacer a los hombres, pues ahora entiendo que eso no significaría

ser un buen servidor. Háblanos a todos nosotros. Da fuerzas y sabiduría a Cefás y Santiago como me das fuerzas a mí.

»Estoy crucificado contigo, Señor; sin embargo, vivo, pero no yo sino tú en mí, y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo por la fe en ti.

»Haz que me mantenga firme en la libertad por la cual tú me has hecho libre. Déjame caminar en tu Espíritu, no en la carne.

»Mi carne está crucificada a mayor gloria tuya. Déjame conocer los frutos del Espíritu, los frutos del amor, la alegría, la paz, el padecimiento, la bondad, la dulzura, la fe, la mansedumbre y la templanza.

»Envíame a donde tú quieras, Señor. Ilumíname para que pueda enseñar a los hombres la comunión del misterio que ha estado oculto desde el principio de los tiempos, y así poder impartir a tu iglesia tu inabarcable sabiduría.

»Déjame llevar los justos frutos de la rectitud por medio de Cristo para honra y gloria tuyas.

De pronto dejó de orar al sentir la presencia. Estaba de rodillas y con los ojos cerrados cuando la postimagen del Hombre de Blanco apareció detrás de sus párpados. Oyó el rumor del agua eterna, y con él las voces que le llamaban en lenguas extranjeras. Y entonces la Voz divina le susurró, y el hecho de que el Señor pronunciara su nombre de aquella forma lo dejó helado y emocionado a la vez.

—Pablo —dijo la Voz—. Pablo.

Saulo fue incapaz de responder.

—Pablo, Pablo —volvió a llamarle la Voz.

Y la imagen empezó a resplandecer, y el rostro de su visión irradió gloria. La hermosa Voz eterna le llamó de nuevo por su nombre de gentil.

—Pablo.

—Sí, Señor —dijo él, apenas un susurro.

—Sal cuanto antes de Jerusalén —dijo la Voz—. Aquí no van a recibir tu testimonio sobre mí.

—Señor —dijo Pablo —, ellos saben que encarcelé y apaleé en las sinagogas a aquellos que creían en ti, y cuando la sangre del mártir Esteban fue derramada yo no

hice nada por impedir su muerte. Yo guardé las prendas de quienes le mataron a pedradas.

El Señor, pasando por alto esta confesión, dijo:

—Ve. Te envío a los gentiles, lejos de este lugar.

Pablo se levantó de inmediato y se encaminó a paso vivo hacia el patio de las Mujeres. Tembló al recordar la visión que había tenido de la destrucción del Templo.

«Mi Señor tiene muchos templos en los que espera entrar —pensó—, los templos de los corazones humanos.»

Se estremeció de nuevo al bajar los escalones y entrar en el patio de las Mujeres. Allí estaba Bernabé, tendido en el último peldaño. Había conseguido sentarse e intentaba ponerse en pie. Mucha gente pasaba de largo, no queriendo verse implicada en ayudar a un malhechor. Pablo se detuvo incluso antes de reconocerle. Bernabé estaba cubierto de sangre.

—Había soldados frente a la casa de Pedro —dijo—. Te buscaban a ti.

Pablo le ayudó a levantarse.

—Y te han azotado a ti —dijo. Al mirar las muñecas de Bernabé, añadió—: Y encadenado también.

—Así es.

—¿Siguen en casa de Pedro?

—Probablemente no —dijo Bernabé, apoyando un brazo en el hombro de Pablo mientras caminaban despacio.

Pablo se quedó un momento callado.

—Han ido demasiado lejos —dijo—. Somos ciudadanos romanos, y es ilegal encadenar y azotar a un ciudadano de Roma.

—Ha ocurrido, y te pasará a ti también —dijo Bernabé.

Cuando llegaron a casa de Pedro encontraron el patio lleno de gente. Al entrar ellos, Pedro estaba dirigiendo la oración, y cuando levantó la cabeza y vio a Bernabé, dijo:

—Nuestras súplicas han sido escuchadas. Está vivo.

Pablo se situó junto a Pedro, Santiago y Bernabé y miró a los congregados. Muchos de ellos habían huido al enterarse de quién era.

—He convocado de nuevo a toda esta gente —le dijo Pedro —, pues ahora saben que ya no eres su perseguidor sino un verdadero discípulo.

Pablo despojó a Bernabé de su capa para que todos vieran el resultado de la flagelación.

—Ved, hermanos y hermanas. Estas son las aflicciones que conlleva servir al Señor. —Hizo una pausa y añadió —: Pero sabed que los padecimientos de ahora nada son comparados con la gloria que todos alcanzaremos por ser fieles a su llamado.

Sara y Lea se adelantaron para llevar a Bernabé adentro.

—Sara —dijo Pablo —, tengo que dejarte.

—¿Adónde vas? —preguntó ella —. ¿Dónde puedes estar a salvo?

Pablo fue con los tres a una habitación, donde Lea procedió a lavar la espalda y los hombros del flagelado. Desde donde estaba sentado, Bernabé miró a Pablo y este le dijo:

—Voy a volver a Tarso. He tenido una visión de Dios. Debo ir con los gentiles.

—Lo que me han hecho a mí no es más que un anticipo de la persecución de que tú serás objeto —dijo Bernabé.

—Eso lo sé muy bien. Forma parte de mi llamado.

—Vuelves a casa sin mí —dijo Sara, resignada.

—Debo partir ahora mismo —dijo Pablo —. Iré a Cesarea y una vez allí buscaré la manera de embarcar hasta Tarso.

—Ya no tengo a nadie —dijo Sara, apesadumbrada —, excepto a mi hijo.

—Tienes a tus hermanos y hermanas en Cristo —dijo Pablo —. Si tu esposo no se aviene a rescindir el acta de repudio, me gustaría que hicieras lo necesario para sacar a Jacob de la escuela y reuniros cuanto antes conmigo en Tarso. De la gente que conozco allí, no sé de nadie que esté al servicio de nuestro Maestro. Tú me serías de gran ayuda para fundar allí una iglesia.

Su entusiasmo era tan patente que Bernabé sonrió.

—Así que finalmente has decidido responder a la llamada de los gentiles...

—Sí, hermano mío —dijo Pablo, y con un brazo sobre los hombros de Sara,

condujo de nuevo a Bernabé hasta el patio.

—Leví nunca permitirá que me lleve a Jacob —dijo Sara.

—Aun así, debes venir —dijo su hermano—. Reza por ello. Dios hará que Jacob se reúna allí con nosotros. Jacob ha presenciado muchos testimonios del Maestro. Es ya un canal abierto al amor de Cristo. Irá contigo a Tarso, Sara. Lo sé. Y estará con nosotros al servicio del Señor.

Algunas personas no se habían marchado aún; eran sobre todo los ancianos de la iglesia, una docena o así, y estaban hablando con Pedro y Santiago. Cuando Pedro abrazó a Bernabé, este sonrió y dijo:

—Sufrir por el Maestro es un privilegio para mí.

Pedro se llevó a Pablo aparte.

—Acaban de decirme que los parientes de esa mujer griega que murió a causa de tu persecución planean matarte.

—En el Templo he tenido una visión, Pedro. Estoy enterado de ello. Iré a ver al gobernador Marcelo y exigiré una escolta militar hasta Cesarea. Un ciudadano romano, Bernabé, ha sido ya ilegalmente azotado y encadenado. El Señor me ordena partir. Debo asegurarme de que nada me impida obedecerle.

—Iré contigo —dijo Pedro.

—No —dijo Pablo—. No debes ser visto en ese lugar. Iré solo. —Se volvió hacia Sara—. Esta decisión te aportará paz, Sara. Es un designio de Dios.

—No sé qué va a ser de mí —dijo ella.

—Te estaré esperando en Tarso, hermana.

—¿Hablarás a los ancianos, y a todos nosotros, antes de partir? —preguntó Pedro.

Pablo se volvió hacia el grupo de hombres.

—Hermanos —dijo—, que me acogierais en vuestro seno fue motivo de júbilo para mí. Ahora debo abandonaros para poder cumplir el dictado del Maestro.

»He sido testimonio del arrepentimiento de judíos y griegos para abrazar a Dios y la fe en Jesucristo nuestro Señor. Ahora parto, arropado por el Espíritu Santo, sabiendo que me aguardan persecución y aflicciones. Pero voy a ir a las ciudades. Seré lo que todos sean a fin de ganarme a algunos para Cristo, y las desgracias que me sobrevendrán no me preocupan; no le tengo apego a la vida, con tal de que pueda

terminar felizmente mi tarea.

»No huyo de Jerusalén por temor a esos hombres empeñados en matarme. Obedezco la orden de llevar a los gentiles el testimonio de su evangelio. Y en cuanto a aquellos que me temisteis, declaro que estoy limpio de la sangre de todos, pues quedé justificado por mi sumisión al amor del Señor.

Después de una pausa, y mirando a todos a la cara, dijo:

—Antes de partir, quiero recordaros el mandamiento de amar al prójimo como a nosotros mismos.

Se volvió hacia Bernabé y apoyó una mano en su hombro y la otra en su cabeza.

—Pedro —dijo —, reza conmigo para que el Señor cure las heridas de Bernabé.

Ambos, Pablo y Pedro, bajaron la cabeza, las manos sobre Bernabé.

—Señor, Creador del universo —dijo Pablo —, tú que resucitas a los muertos, renueva la carne de nuestro hermano herido.

Se quedaron quietos durante unos segundos. La imagen del Hombre de Blanco había aparecido detrás de los párpados cerrados de Pablo, y al abrir de nuevo los ojos para mirar a Bernabé, vio que la cicatriz de su cuello había desaparecido sin dejar rastro alguno.

—Las marcas del látigo ya no están, Bernabé —dijo Pedro —. Aquel que resucita a los muertos puede curar fácilmente una piel lacerada; solo necesitamos tener fe.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos —dijo Pablo, abrazando a Pedro.

—Cuando Dios así lo quiera —dijo Pedro.

—Adiós, Bernabé. He encontrado en ti un espíritu afín. Algún día predicaremos juntos. —Pablo se volvió hacia Santiago —. El amor de Cristo limará toda confusión y toda diferencia de opiniones, hermano mío —dijo, y le dio un abrazo.

—Guíate por la ley perfecta que da libertad —dijo Santiago —, persevera en ella, practícala, y serás bendecido.

Pablo se dirigió finalmente a Sara.

—Quédate aquí de momento. Reza para que la voluntad de Dios dirija tu vida. Si él así lo dispone, pronto te veré en Tarso.

Se abrazaron entre lágrimas y luego Pablo se marchó.

Estaba a las puertas de la residencia del gobernador Marcelo, y un guardia le cerró el paso al ver que se acercaba.

—Vengo a exigir protección —dijo Pablo—. No voy a entrar, pero puedes decirle que me proporcione una escolta militar para ir a Cesarea.

El guardia dio media vuelta y entró en el edificio.

Pablo pudo ver un largo pasillo con suelo de mármol. El interior era muy lujoso. Un gran busto de Calígula y otro de Tiberio destacaban sobre altos pedestales, ambas esculturas iluminadas mediante reflectores de estaño detrás de unos candiles situados en el suelo.

«Algún día —pensó— entraré en sitios como este para dar testimonio ante reyes y gobernantes, y es muy probable que sea escarnecido y maltratado. Pero no esta noche. No por un asunto así. Además, no soy digno de entrar ahí y hollar el suelo que pisó el Maestro ante Pilato.»

Marcelo compareció pocos minutos después, acompañado del guardia, y al mirar a Pablo de arriba abajo rio con sarcasmo. Lucía en la cabeza una corona de hojas de laurel. Era robusto e iba ataviado con la armadura militar romana, además de una capa de seda azul con flecos dorados.

—Así que tú eres el temible perseguidor renegado —dijo, soltando una carcajada—. A fe mía que no das mucho miedo —añadió, tocando la manga de la sencilla túnica de Pablo y mirando sus polvorientas sandalias.

—Soy ciudadano romano —dijo Pablo—. Procedo de Tarso, en la Cilicia, y allí pienso volver ahora.

—Pues ya puedes irte —dijo Marcelo, y se dispuso a volver por donde había venido.

—Exijo una escolta hasta Cesarea. Hay un complot para asesinarme.

—¿Exiges...? —Marcelo no se lo podía creer.

Pablo le miró sin intimidarse.

—Mi hermano Bernabé el chipriota ha sido encadenado y flagelado en tu fortaleza,

lo cual es una violación del derecho romano por cuanto él es un ciudadano de Roma. Varios grupos de esta ciudad planean matarme; si llegaran a hacerlo, estarían violando otra de vuestras leyes, pues piensan hacerlo en recinto religioso, y nosotros tenemos garantizada la libertad de culto desde los tiempos de Pompeyo. —Pablo bajó la voz, sin dejar de mirar fijamente a los ojos del gobernador—. Si no me proporcionas una escolta para salir sin contratiempo de esta ciudad, me encargaré de que estas injusticias e infracciones legales lleguen a oídos del César en persona.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Marcelo alzando la voz.

—Sí —dijo Pablo con firmeza.

Marcelo le dio la espalda un momento y le dijo al centurión:

—Organiza una cohorte de seis soldados para ir a Cesarea. Saca a este hombre inmediatamente de la ciudad.

El centurión saludó marcialmente y se fue.

—Gracias —dijo Pablo.

—Vete y no vuelvas más —le dijo Marcelo.

Giró sobre sus talones y se alejó hacia el interior.

—Por ahora, no —dijo Pablo, mientras esperaba la escolta.

Al pasar junto al Templo con los soldados, no se fijó en si alguien le reconocía. Las lágrimas casi le impedían ver el Templo. Estaba pensando en que el propio Jesús había llorado aquella noche en Getsemaní y le entró gran pesadumbre, sabedor de la destrucción que había de llegar. Pensó: «Debo hacer comprender a mi pueblo que Dios no habita en un templo hecho con las manos».

No obstante, en un determinado punto de su itinerario, y sabiendo que pronto no se divisaría ya el Templo de Jerusalén, Pablo se detuvo, miró hacia atrás y susurró la *shemá*:

—Escucha, oh, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor uno es.

Más adelante, tras dar la espalda a la ciudad, dijo en voz alta y en latín, para los soldados que lo escoltaban:

—Y él entregó a su único Hijo, de forma que todo aquel que cree en él no morirá sino que alcanzará la vida eterna.

Los soldados le miraron con aire inquisitivo, pero no dijeron nada.

«Harán muchos comentarios y muchas preguntas —pensó Pablo, sonriendo para sí —, pues tengo mucho que contarles a estos, mi primera audiencia de gentiles, en mi primer viaje.»

ESTA HISTORIA

NO TIENE

FINAL

Epílogo, 70 d.C.

Aquel pequeño contingente de entre los últimos supervivientes de Jerusalén había logrado escapar, pero por poco tiempo. Los romanos los habían descubierto en grutas, edificios calcinados, en rocas y peñascos de los alrededores.

Habían esclavizado a millares, sobre todo a los más jóvenes y fuertes, tanto varones como hembras, para ser vendidos en Roma o entregados como regalo a determinados ciudadanos selectos de la capital. Aquellos esclavos, parte del botín de guerra, habrían de ir hasta la ciudad eterna a pie y cargados de cadenas, y una vez allí sufrir la humillación pública. En el desfile triunfal de Tito habría además otro botín: el arca de la alianza, el candelabro dorado y otros muchos objetos sagrados del Templo ahora en ruinas.

Pero los que habían sido apresados más tarde y llevados de vuelta a la escena de total desolación imploraban que les dejaran morir, si es que implorar podían, pues vivían miserablemente bajo el látigo de los soldados. Estos les obligaban a recoger los cadáveres de hombres, mujeres y niños, y arrojarlos a unas carretas. Los bueyes tiraban de su terrorífica carga hacia el valle de Hinón, donde los cuerpos eran arrojados a una fosa en llamas. Otros esclavos iban vertiendo cubos de brea para que el fuego no dejara de arder. Bajo el látigo romano, carretas y esclavos volvían una y otra vez a la ciudad, hasta que no quedó un solo cadáver por recoger y quemar.

Luego, desde el lago Asphaltites, el mar salado muerto, una larguísima hilera de hijos de Israel cargados de sacos de sal puso rumbo a la ciudad que había dejado de serlo. La sal era para cubrir todo el suelo del recinto templario, y los viajes se fueron sucediendo hasta que todo el perímetro de la ciudad quedó cubierto por una gruesa

capa de blanco.

A modo de colofón, para que no hubiera duda sobre las intenciones del conquistador, hicieron surcos en la tierra con bueyes y arados con el fin de que la sal impidiera que volviese a crecer planta alguna. Y debajo de la capa de sal quedó oculta la sangre de los habitantes de la ciudad, que antes alfombraba el suelo.

La secta de los que se hacían llamar «cristianos» estaba floreciendo en gran parte del Imperio romano. Los apóstoles habían fundado iglesias desde Jerusalén hasta Roma y España. También en Asia crecían, así como en la Cilicia y en Macedonia.

Se había establecido un orden en las iglesias. Cada ciudad tenía sus obispos y ancianos designados o elegidos, y la lucha por la protección y la propagación del evangelio de Cristo era infatigable. En África y en la India el apóstol fundó iglesias y nombró ancianos y diáconos para que divulgaran el evangelio.

Pero unos años antes de que estallara la guerra en Judea, se produjo en Roma una gran persecución de cristianos. Se les culpó del pavoroso incendio que había arrasado Roma con Nerón en el poder, y muchos padecieron una muerte cruel en el coliseo. A unos se los obligaba a enfrentarse desarmados a fieras salvajes; a otros se los vestía con pieles de animales y se los echaba a los perros; otros en fin eran enganchados a un tiro de caballos y arrastrados por la arena.

De los doce discípulos que habían acompañado a Jesús como amigos, camaradas y servidores suyos —descontando a Judas Iscariote, que ya había fallecido—, once tuvieron una muerte violenta: uno fue desollado vivo, otro fue descoyuntado por caballos salvajes y otro fue crucificado en una cruz de San Andrés. Santiago fue muerto a espada por orden de Herodes Agripa.

Solamente uno vivió hasta muy anciano: Juan, el amado, que escribió el Apocalipsis durante su exilio en una isla del mar Egeo. Al final se le permitió volver a su iglesia en Éfeso, donde seguiría cuidando de María, la madre de Dios.

Dos de los principales apóstoles de los nazarenos fueron ejecutados. Simón Pedro, que rechazó la ciudadanía romana sosteniendo que él era ciudadano de la Tierra del Señor, fue condenado a morir en la cruz, método utilizado por Roma con los extranjeros. En el último momento, Pedro pidió a sus verdugos que lo crucificaran boca abajo, pues no se consideraba digno de morir erguido como lo había hecho

Jesucristo.

El otro apóstol era un ciudadano libre del imperio, aunque en la ciudad de Jerusalén había sido un fariseo prominente. Este hombre, el más ardiente defensor del evangelio del nazareno, fundaría después iglesias cristianas por todo el mundo conocido. Bajo su dirección y pastorado, la iglesia de Tarso, su lugar de nacimiento, creció en feligreses y en influencia.

Sus viajes, en una época en que los medios de transporte eran primitivos, están bien documentados y son poco menos que asombrosos. Allá donde se sentía llamado a ir, allá iba él; a menudo eran órdenes directas que recibía a través de visiones del Señor y de ángeles enviados por Dios. Por todas las tierras de la Cilicia, la Capadocia y el Ponto, provincias que ahora conforman Turquía, viajó el apóstol fundando iglesias entre los creyentes y sufriendo las más terribles persecuciones. En Iconio fue lapidado y sobrevivió por muy poco. En Derbe fue apedreado de nuevo y arrojado al vertedero de la ciudad, donde lo dejaron por muerto.

Junto con Bernabé, fue expulsado de la ciudad de Antioquía, en Siria, pero regresaría después, y con Bernabé y otro ayudante, de nombre Silas, ganaron muchos adeptos.

En una visión que tuvo en Tróade, un macedonio le pedía que acudiera a su país, y el apóstol respondió a la llamada y de este modo entró en el continente europeo. Es probable que el evangelio no hubiera llegado hasta nosotros en América, a través de nuestros antepasados europeos, si él no hubiera acudido a la llamada.

Fundó una iglesia en Filipos, ciudad en cuya sinagoga Silas y él habían predicado y donde fueron despojados de sus vestiduras, apaleados y posteriormente encarcelados. En Atenas su mensaje no fue muy bien recibido, pero hubo algunos que creyeron, y de ese pequeño núcleo nacería una importante iglesia.

En Corinto desafió al jefe de la sinagoga, ya que en una visión Jesús le había dicho: «No temas hablar, pues yo estoy contigo». Pasó un año y medio allí, y su iglesia prosperó. En Éfeso hizo varios milagros. Inválidos y enfermos sanaban con solocarle la túnica. En dicha ciudad se ganó a tantos seguidores que la gente dejó de comprar ídolos de Diana, la diosa del amor. Los plateros se sublevaron, pero él ya

había cumplido su misión y abandonó Éfeso.

En Jerusalén, después de uno de sus viajes, fue sacado a rastras del Templo y apaleado. Estuvo preso dos años en Cesarea, acusado de sedición. Sufrió un naufragio y fue mordido por una serpiente venenosa letal, pero sobrevivió. Fue encarcelado de nuevo y llevado a Roma, donde continuó logrando conversiones incluso entre la propia familia del César.

Siempre dejó sus iglesias bien establecidas, nombrando a ancianos en cada lugar para que mantuvieran la jerarquía y predicaran el mensaje de Jesús. Nunca recibió dinero por su labor pastoral o evangelizadora; para su sustento recurría a su oficio de hacer y remendar tiendas de campaña.

Pero ahora había acabado la lucha, había alcanzado su meta, y sin haber perdido la fe. Sacaron al apóstol fuera de las murallas de la ciudad para decapitarlo. Con la misma expresión de Esteban en su semblante, cerró los ojos y ofreció el cuello a su verdugo.

El oscuro contorno del Hombre de Blanco apareció detrás de sus párpados, y, en el momento en que él expiraba, la imagen se tornó tan blanca, tan deslumbrante y tan gloriosa como la que aquel día lo derribara en el camino de Damasco. Esta vez, sin embargo, la visión parecía prolongarse, y una luz en verdad esplendorosa irradió de aquella faz cuyos penetrantes ojos de amor llamaban al apóstol Pablo.

He estado en Damasco
y no fui allí por el aire.
Caminé por la vieja calzada romana
y estuve en el sitio exacto
donde una vez brilló una fuerte luz.
Y ese día vi un centelleo fugaz,
pero no tenía por qué ser Damasco,
y tampoco en un camino
ni en lo alto de una gran montaña;
podía ser en un ropero
y podía estar en esa puerta
que, al abrirla, desata la gloriosa luz cegadora.

© 1986, JOHN R. CASH
AURIGA RA MUSIC, INC.

Posfacio

¿La espina arrancada?

Mi padre sentía gran afinidad por el apóstol Pablo. En muchos sentidos eran de la misma índole. Pablo fue poeta, viajero y visionario. Mi padre, que viajó durante buena parte de su vida, mantuvo su objetivo y sus criterios cristianos tan bien como le fue posible. Mi padre leía los escritos de Pablo como los poemas que eran, y a lo largo de toda su vida le sirvieron de inspiración. Sentía que conocía personalmente a Pablo. Para mi padre, el apóstol fue un mentor, un amigo y un camarada. Este libro es una de las grandes visiones que tuvo mi padre.

Siendo yo muy pequeño, un día me pillé un dedo con la puerta del coche. Me quedé sin uña, y tardó mucho tiempo en curarse, tanto es así que temí que mi dedo nunca volvería a ser el mismo, que no podría utilizarlo como antes.

Cuando le confesé a mi padre mis temores, él sonrió y dijo:

—Estoy seguro de que ese dedo no tardará en estar bien, hijo. Pero si no llegara a curarse del todo, utilízalo como la espina clavada en tu carne.

—Pero, papá —dije yo, confuso —, si no tengo ninguna espina...

—Dios puede hacer que saquemos provecho de nuestras aflicciones y debilidades —dijo —, y en última instancia es para bien suyo.

Me miré el dedo sin uña, la yema ennegrecida, sin tener la menor idea de qué había querido decir mi padre.

El dedo me quedó como nuevo en cosa de unas semanas, pero nunca olvidé aquellas palabras.

Cuando leí por primera vez *El Hombre de Blanco*, entendí lo que significaban. La espina nos obliga a superar la aflicción. De alguna manera, el dolor refuerza lo que es

más importante, hace que la meta cobre más sentido.

No sabemos exactamente cuál fue la espina de Pablo... epilepsia, probablemente, quizá una carencia auditiva... o incluso un defecto del habla.

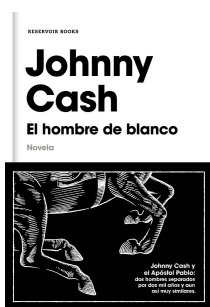
Sé cuáles fueron algunas de las de mi padre: perder a su hermano a temprana edad, sus batallas contra sus propios demonios... Más adelante, un trastorno neurológico y la diabetes. Puede que estas espinas lo entorpecieran, pero no solo se mantuvo firme en su fe sino que, de hecho, cobró nuevo impulso a raíz de esas batallas. Estoy convencido de que a Pablo le ocurrió lo mismo.

«Algunas espinas quedan permanentemente clavadas, durante el tiempo en que vivimos y respiramos. Yo creo que la de Pablo nunca fue arrancada, ni tampoco la de mi padre, la aceptó como su carga personal, como algo que superar, algo para afianzar su coraje, para definir su objetivo, y para ayudarlo a recordar que debía seguir dando gracias por sus bendiciones.»

Yo doy gracias por que las palabras de mi padre sigan ahí para bendecirnos, y por que su música continúe emocionando al mundo. Y ahora que han sido por fin arrancadas, no tengo la menor duda de cuál era el propósito de sus espinas.

«Through a glass darkly»,
JOHN CARTER CASH
Mayo de 2006
Hendersonville, Tennessee

Johnny Cash y el apóstol Pablo: dos hombres apasionados, controvertidos, abrasivos, destructivos... y redimidos. Dos hombres legendarios que se sobrepusieron a las «espinas clavadas en la carne». En esta sorprendente novela encontraremos a Johnny Cash, el Hombre de Negro, como nunca lo hemos visto: como un novelista febril transformado de pies a cabeza por Jesucristo, el Hombre de Blanco.



Esto ocurrió en Palestina, siglo I, bajo la dominación romana. Saulo de Tarso, fariseo radical, solicita permiso al sumo sacerdote de los judíos para arrestar a cristianos en la frontera oriental del Imperio, hacia las ciudades de la Decápolis. En el camino a Damasco, sin embargo, se le aparece el Hombre de Blanco, su más íntimo enemigo.

Tras caer del caballo, Saulo de Tarso ya no es quien era: ha empezado a convertirse en el apóstol Pablo.

¿Cómo puede un hombre transformarse así? En ese misterio indagó media vida Johnny Cash, el gran icono del country, el rockabilly, el blues y el folk. Inmerso en un apasionante viaje interior, logró finalmente retratar a san Pablo bajo una nueva luz, en su primera y única novela, inédita hasta hoy en lengua española.

«El más grande de entre los grandes de ahora y siempre. Si queremos saber qué significa ser mortal, no hay más que mirar al Hombre de Negro.»

BOB DYLAN

**«Su influencia ha recaído sobre muchas generaciones. Un grandísimo cantante,
letrista y escritor.»**

MICK JAGGER

«Con Johnny Cash perdí mi inocencia.»

NICK CAVE

Nacido en 1932 en Arkansas, **Johnny Cash** se crió en el seno de una comunidad agrícola pobre y se unió al Ejército del Aire en 1950. Al licenciarse, cofundó una banda musical, y en pocos años Johnny Cash and the Tennessee Two ya habían obtenido hits con canciones como «I Walk the Line». La carrera de Cash casi descarriló en la década de los sesenta por sus graves adicciones. Sin embargo, su matrimonio con June Carter y el célebre álbum *Johnny Cash at Folsom Prison* (1968) lo pusieron de nuevo en el camino del éxito. Durante dos décadas realizó giras mundiales, grabó decenas de discos, dirigió shows televisivos de máxima audiencia y participó en supergrupos musicales (por ejemplo, The Highway Men, con Willie Nelson, Waylon Jennings y Kris Kristofferson). A partir de 1994, Cash publicó una serie de discos, los *American Recordings*, que le valieron nuevamente el favor de la crítica y el público joven. Murió el 12 de septiembre de 2003.

Título original: *Man in White*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 1986, John R. Cash

Publicado por acuerdo con Thomas Nelson, división de HarperCollins Christian Publishing, Inc.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Luis Murillo Fort, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Diseño de la colección: Pepe Medina

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Cent Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17125-85-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El Hombre de Blanco

Introducción

Prólogo

1. El juramento, 37 d. C

2. El ayuno

3. La purga

4. La iluminación

5. La errancia

6. Revelación

7. Comunión, 40 d. C

Epílogo, 70 d.C.

Posfacio, por John Carter Cash

Sobre este libro

Sobre Johnny Cash

Créditos